

# *El arte de hablar y escribir*

Experiencias y recomendaciones



**Raúl Rojas Soriano**



Edición revisada y aumentada

PLAZA Y VALDES

**P Y V**

EDITORES

**C**ultivar la expresión oral y escrita resulta importante para lograr una formación integral. Por ello, el autor de estas páginas revela diversas vivencias y recomendaciones con el afán de mostrar la trascendencia de esmerarse por redactar con pulcritud, así como expresarse en público con elocuencia.

Por razones didácticas se precisa el modo como se procedió a escribir este volumen para incitar al lector a exponer sus trabajos con sencillez y elegancia. Igualmente, se narran las circunstancias en las que se elaboró. Cabe destacar que una parte de la obra se fue confeccionando mientras el doctor Raúl Rojas Soriano vivía experiencias relacionadas con la materia; del mismo modo, el escritor recurre a sus propias fallas al correr la pluma, con el propósito de ilustrar distintos puntos del libro.

Los planteamientos del profesor Rojas Soriano en este campo sirven para derivar sugerencias sobre el particular, a fin de recurrir a ellas tanto al componer como al pronunciar un discurso. Por lo mismo, *El arte de hablar y escribir* no es un texto sólo para leerse...

*¿Conoces el significado de estos vocablos?*

arcano      rémora      mítico      bisbiseo      aserto      sempiterna      porfiar  
abstruso      apostilla      numen      égida      lapidaria      apósito      denuedo      parangón  
aticismo      arrobar      prurito      óbice      laxitud      aquiescencia  
proemio      prelusión      eufemismo      trémula      proscenio  
tribuno      egregio      vorágine      lasitud      infausta  
núbil      hito      solecismo      impronta      periplo      dileitante  
grácil      culmen      atingencia



obsecuente      inmarcesible

*¡Consúltalo en el diccionario que se incluye en esta obra!*

# *El arte de hablar y escribir*

**Experiencias y recomendaciones**

**Raúl Rojas Soriano**



En la fotografía superior derecha el autor imparte un curso en Argentina, en noviembre de 1994, y en la fotografía inferior dirige un mitin en Emiliano Zapata, Morelos, en mayo de 1973.

Primera edición: febrero del 2001  
Segunda edición: abril del 2001  
Tercera edición: junio del 2001  
Cuarta edición: marzo del 2002  
Quinta edición: octubre del 2002  
Sexta edición: marzo del 2003  
Séptima edición: noviembre del 2003  
Octava edición: agosto del 2004  
Novena edición: mayo del 2006  
Décima edición: diciembre del 2007  
Décimo primera edición: julio del 2008  
Décimo segunda edición: septiembre del 2009  
Décimo tercera edición: mayo del 2011

**El arte de hablar y escribir.  
Experiencias y recomendaciones**

© Raúl Rojas Soriano  
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla española. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

ISBN: 968-856-892-9

Impreso en México / *Printed in Mexico*

[www.raulrojassoriano.com](http://www.raulrojassoriano.com)  
[@RojasSorianoR](http://www.facebook.com/rojassorianoraul)

## Índice

¿En qué circunstancias escribí este libro? . . . . . 9

### **Capítulo I**

¿Por qué escribí este libro? . . . . . 17

### **Capítulo II**

La comunicación como proceso social  
y humano. El papel del hogar y de la escuela. . . . . 19

### **Capítulo III**

El papel del profesor y de los alumnos  
en el desarrollo de la expresión oral . . . . . 29

### **Capítulo IV**

La expresión oral en la vida cotidiana . . . . . 43

### **Capítulo V**

Algunas ideas sobre el proceso educativo  
para facilitar la expresión oral. . . . . 59

## **Capítulo VI**

Hablar en público: temores, fracasos  
y satisfacciones . . . . . 67

## **Capítulo VII**

Aspectos a considerar antes de dictar una  
conferencia o intervenir en una mesa redonda . . . . . 85

## **Capítulo VIII**

Recomendaciones para iniciar nuestra participación  
en una mesa redonda, o al impartir un curso  
de actualización o conferencia . . . . . 93

## **Capítulo IX**

Recomendaciones para escribir un discurso . . . . . 111

## **Capítulo X**

Figuras de construcción, vicios y fallas al redactar . 129

## **Capítulo XI**

Otras fallas y dudas al expresarnos . . . . . 141

## **Capítulo XII**

Recomendaciones para pronunciar o improvisar  
un discurso . . . . . 161

## **Capítulo XIII**

El aspecto subjetivo antes, durante y al concluir  
la disertación . . . . . 179

## **Capítulo XIV**

Aspectos físicos a considerar para facilitar  
nuestra exposición . . . . . 195

## **Capítulo XV**

Situaciones adversas que pueden presentarse antes  
o durante nuestra disertación . . . . . 205

## **Capítulo XVI**

Estrategias para incitar la participación del público . . . 211

## **Capítulo XVII**

Situaciones inesperadas que pueden suceder  
antes o durante la exposición . . . . . 227

## **Capítulo XVIII**

El final de la exposición: momento decisivo  
para completar el éxito . . . . . 233

## **Capítulo XIX**

Cuando el orador se convierte en polemista . . . . . 237

## **Capítulo XX**

Grupos difíciles para el conferenciante . . . . . 243

## **Capítulo XXI**

Desafíos y satisfacciones en un curso-taller  
impartido en Palenque, Chiapas . . . . . 251

## **Capítulo XXII**

Cómo aprender a investigar. Plática con alumnos  
y alumnas de cuarto año de primaria . . . . . 261

## **Capítulo XXIII**

Necesidad de improvisar un discurso ante  
situaciones y temas desconocidos . . . . . 271

## **Capítulo XXIV**

El desafío de presentar un libro sobre  
el Che Guevara . . . . . 277

## **Capítulo XXV**

El oficio del sociólogo. Charla de café con  
estudiantes universitarios . . . . . 305

## **Capítulo XXVI**

El oficio del escritor. Cómo escribí este libro . . . . . 309

## **Capítulo XXVII**

El lector tiene la palabra . . . . . 327

## **Apéndice I**

Reflexiones sobre el movimiento estudiantil  
en la UNAM, 1999-2000 . . . . . 329

## **Apéndice II**

Un caso para ilustrar una conferencia o un curso . . . 335

Glosario de términos y modismos . . . . . 337

Bibliografía . . . . . 371

## ¿En qué circunstancias escribí este libro?

Luego de varios días de vehemente dedicación, hoy, 13 de noviembre del 2000, terminé de incluir en el archivo de la computadora las correcciones plasmadas en la enésima versión del texto, la cual era supuestamente la definitiva. Son las 19:57 horas.

La obsesión por escribir estas notas se dejó sentir hace más de tres años. En las primeras semanas abordé de manera breve algunas ideas para ahondar en ellas ulteriormente; empero, poco después descuidé el proyecto en vista de que otros deberes llamaron mi atención.

¿Faltaba algo, o quizá mucho, para madurar el plan de redactar un libro con las características anheladas? *En el fondo me negaba, más bien, a reconocer la incertidumbre de afrontar los avatares\* de nuevos desafíos.*

---

\* Consúltese el significado de los vocablos de uso poco frecuente en el *glosario* que se incluye al final de la obra.

Con el decurso del tiempo dejé de preocuparme por la cuestión. Muchos pensamientos me detenían; otros alentaban mi ánimo para persistir en dicho afán. Mas nada ocurrió.

Las cuarenta páginas escritas a principios de 1998 no me satisfacían del todo, y tal vez por ello olvidé la intención. Febrero de ese año fue la última fecha registrada en la que contemplé esos adelantos (¿o retrocesos?).

El devenir de los meses siguió ineluctablemente, mostrando la marcha implacable de Cronos. Para tranquilizarme ante la imposibilidad de proseguir, evocaba la reflexión de Carlos Darwin apuntada en su celeberrima *Autobiografía*:

***Gané mucho con mi demora en publicar el libro*** [sobre el origen de las especies], *desde alrededor de 1839, cuando la teoría fue claramente concebida, hasta 1859; nada perdí con ello, ya que no daba gran importancia a si los hombres me atribuían más originalidad a mí o a Wallace* (pp. 80-81. El énfasis es mío).

Tal razonamiento sirvió de pretexto para desentenderme del mundo y de la obra, apenas en ciernes.

Las escasas cuartillas que alcancé a escribir las introduje en un programa de computadora ya obsoleto, comparado con las recientes innovaciones tecnológicas. Conservaba, igualmente, una copia impresa, pues siempre

he desconfiado de aquello que no veo “con mis propios ojos”, valga aquí el pleonasma.

Durante un largo periodo no me inquietó si un virus travieso o el transcurso del tiempo borrarían esos vestigios de mi aspiración remota por redactar un volumen sobre la expresión oral y escrita.

Carecía de entusiasmo para volver al tema; el advenimiento del supuesto nuevo milenio tampoco hizo mella en mí. En una oportunidad me animé a revisar los presuntos avances; ni el respaldo electrónico ni las hojas mal impresas aparecieron. Poco me importó.

La inspiración no brotaba, ¿o acaso en lo profundo de mi ser deseaba no enfrentar los retos inéditos que surgen al escribir un libro?

Sin percatarme en qué momento ocurrió, se confabularon al fin las circunstancias; anhelé recuperar el legajo y, en consecuencia, los años aparentemente perdidos. ¿Podría conseguirlo? La fortuna se puso de mi parte por esas fechas, aunque creo que ayudé un poco al evidenciar cierta disposición por superar el marasmo en el que vivía con relación a dicho proyecto.

Me afané por localizar el archivo y la copia impresa, expresiones de mi posible fracaso en las que, al mismo tiempo, se encerraba la posibilidad de alcanzar el éxito, con el que ahora soñaba. Hallé únicamente las cuartillas perdidas entre otros documentos, como si se rehusaran a ser descubiertas; el disco lo encontré abandonado a su suerte en los días subsecuentes, tras una

búsqueda frenética como si de tal proceder dependiese mi existencia.

Por el lapso transcurrido –medité– la información probablemente ya se perdió y, en consecuencia, la pretensión de culminar el empeño; mas ahí permanecía intacta, como esperando que cristalizara mi numen. Esto me incitó, en tanto que estimé era un buen prelude.

Torné a discurrir sobre el particular a mediados del mes de septiembre del 2000. Examiné meticulosamente las páginas redactadas. No me acabaron de convencer cuando las leí de nuevo; con todo, juzgué que servirían de base para cavilar otra vez con respecto al asunto, valorando la coyuntura en la que retomé la iniciativa.

Soporté un ritmo de trabajo intenso pese a complicaciones familiares, concretamente el agravamiento por esa fecha de la enfermedad de mi madre.

Octubre hizo su aparición y conservé el paso. A cada instante avizoraba más cercano el ignoto horizonte, aunque en ocasiones acaecía lo contrario, toda vez que al mirar más próximo el final, el esfuerzo apasionante incitaba la imaginación; sentía, por ende, que el camino se prolongaba de modo inexorable. Mientras, la desesperación se apoderaba, poco a poco, de mí.

La impresión era de que nunca acabaría de escribir pues fluían, como ríos caudalosos, deseos y pensamientos cautivantes que reclamaban un espacio en las páginas del texto. A ello se sumaba la tarea de repasar una y otra vez aquellas locuciones plasmadas en papel; pulía

su construcción para hermostrar su figura, a fin de que salieran a la calle a embelesar al lector; simultáneamente anotaba cuestiones no incluidas para mejorar el contenido, o meditaba sobre planteamientos que requerían profundizarse antes de ver la luz.

Pese a mi afán, las ideas se resistían a su propia perfección. Una contienda se libraba en mi interior entre la escasa paciencia, que me exigía poner punto final, y el anhelo por perfeccionar la obra incorporando aspectos novedosos, o cortejando los vocablos para abrillantar la escritura. No obstante la lucha que vivía, en el fondo de mi ser disfrutaba realmente del correr de la pluma, en tanto que afrontaba desafíos inesperados; ello me satisfacía espiritual e intelectualmente y renovaba mis ansias de avanzar en pos de la ilusión.

Ahora que escribo estas líneas vislumbro más cerca el principio del fin. Son las 20:32 horas de la fecha apuntada en el párrafo inicial. Un barrunto de tempestad quizá se convierta en cualquier instante en una triste realidad. Ayer me avisaron que mi madre –contra todos los pronósticos médicos– persiste en seguir viviendo, aunque ello revela, desde una interpretación dialéctica, su lenta agonía hacia lo ineluctable.

Redacto estas líneas, que parecen una introducción, en circunstancias anímicas difíciles, pues cada vez que suena el teléfono me figuro que al descolgar escucharé la infausta noticia; empero, frente a la adversidad la imaginación despliega todas sus potencialidades.

Estoy fascinado: las palabras van apareciendo en la pantalla de la computadora sin mucho esfuerzo, posiblemente como una expresión de los arcanos del ser que en estados de angustia o desaliento se sobrepone y triunfa sobre el infortunio, para alcanzar la quimera.

Contra lo esperado, la versión preliminar de esta especie de preámbulo salió sin mayores contratiempos; me gusta cómo la voy confeccionando en tanto que muestra, como una pincelada de realidad, las dudas y motivaciones que agitan mi ser.

En distintas conferencias y cursos-taller he revelado lo arduo que me resulta escribir el proemio de una obra, especialmente en casos como éste donde el propósito se cumple tres años después de haber concebido el plan, y de varias semanas dedicadas a rehacer, una y otra vez, las casi cuatrocientas páginas. El trabajo pareciera jamás llegar a culminar.

Quiero en este momento confesarte algo, estimado lector: estas reflexiones ni siquiera pasaban por mi mente hace una hora. La *introducción* que había redactado era otra (“¿Por qué escribí este libro?”). Para no omitirla, pues en su construcción invertí cierto tiempo, dispuse que fuera el capítulo siguiente para que discurras al respecto.

En un orden lógico elemental dicha *prelusión* debía ir antes que estas líneas (“¿En qué circunstancias escribí este libro?”). Sin embargo, frente a la argumentación racional, evoco, al menos aquí, una razón sentimental.

Si prefieres que la versión aludida ocupe este lugar, tal como era mi punto de vista al concluir el libro, manifiesta tu deseo. En caso de que muchos lo sugieran prometo efectuar el cambio en una edición ulterior, pese a que gocé como nunca al redactar los párrafos que lees, no obstante la aflicción que vivo.

Mas, si ninguno de los dos ofrecimientos te convence, dejo al final del volumen una hoja en blanco en espera de que encamines tu inspiración para forjar el prefacio que satisfaga vuestro sentir. Mi correo electrónico es: [rosra@servidor.unam.mx](mailto:rosra@servidor.unam.mx). Aguardo tu propuesta. Son las 21:08 horas del día, mes y año citados en el preludeio.

Mientras cobran forma estas líneas, en mi mente excitada se abría paso cierta idea tocante a un compromiso que he esperado ansiosamente, en tanto que lo entreveo como una parada para relajarme antes de proseguir avanzando por los caminos contradictorios de la vida.

Mañana conversaré con un grupo de estudiantes de sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM que han organizado un acto *sui géneris*, con la mira de conocer a sus docentes no en su actividad profesional sino en su parte humana, como individuos. Esta índole de reuniones se han intitulado: “Charlas de café. El oficio del sociólogo”.

Para que se compenetren un poco en las vicisitudes, anhelos y frustraciones que entraña el quehacer del investigador-escritor, quizá la lectura de estos pensamientos, redactados en medio de la vorágine de los últimos mi-

nutos, sirva para ilustrar dicha intención. ¿Coincidirías conmigo? Mi reloj marca las 21:53 horas de un día pleno de emociones, en donde he gozado y sufrido de verdad.

Para no continuar viviendo la incertidumbre, que me angustia profundamente cada vez que timbra el teléfono, dejé unos instantes de escribir para comunicarme al pueblo con mi hermano. La noticia me sorprende y alienta.

Nuevamente mi madre se sobrepone a otra crisis y a su consiguiente desenlace. Se obstina en proseguir desafiando a los vaticinios médicos y a las escasas fuerzas de su organismo ya marchito, tal como lo hizo su progenitora hace 28 años, quien se sobrepuso, en condiciones semejantes, a los designios de la natura y a los pronósticos de la ciencia...

*Raúl Rojas Soriano*

Ciudad de México, 13 de noviembre del 2000.

Hora: 22:16 minutos

*Postdata uno:* En el capítulo xxvi narro ciertos pormenores sobre *cómo escribí este libro*.

*Postdata dos:* Por razones de espacio y eufonía, al referirme a sustantivos de los dos géneros en ocasiones sólo incluyo uno de ellos, sin que esto signifique la exclusión del otro.

*Postdata tres:* Espero, estimado lector, que disfrutes al leer estas líneas, tanto como yo al redactarlas.

## Capítulo I

### ¿Por qué escribí este libro?

La escasa relevancia que la mayoría de las instituciones educativas, desde el nivel preescolar hasta el universitario, le asignan a la comunicación oral en sus proyectos curriculares ha ocasionado una deficiente preparación. Ello se advierte en los escollos que afrontan los estudiantes y egresados para expresarse en público, realidad que se complica cuando los grupos son distintos de aquellos con los que se relacionan cotidianamente.

*Aunado a tal circunstancia, la inseguridad de muchos sujetos inhibe su deseo de hablar en el momento oportuno. Finalmente desisten de exteriorizar sus dudas o pensamientos y ello les genera frustración. Encima, dicha conducta se traduce en una pobre participación en su formación académica,*

*hecho que redundo negativamente al ejercer la carrera.* Semejante comportamiento se genera desde la infancia y adolescencia; en razón de ello dedico los capítulos II, III, IV y XXII para discurrir al respecto a fin de formular algunas propuestas.

En este libro relato ciertas experiencias adquiridas durante treinta y tres años de práctica docente en la UNAM, y al dictar más de mil conferencias y decenas de cursos-taller. También apunto sugerencias derivadas de mi actividad política para quienes se inclinen por incursionar en otro campo diferente del académico.

Incorporo, igualmente, recomendaciones para redactar un texto pues parto del razonamiento siguiente, que la práctica profesional me ha confirmado como válido: “Dime cómo escribes y te diré tus posibilidades de éxito profesional”. Con ahínco dejaremos de ser *escribidores* para convertirnos en escritores grandilocuentes.

Si estas notas son útiles para elevar la calidad de tu expresión oral y escrita, sentiré que el tiempo dedicado a correr la pluma no fue en vano, y ello me alentará para andar nuevos caminos.

Agradezco a la profesora Amparo Ruiz del Castillo sus valiosas observaciones. Al final de la obra agregó un *glosario de términos* a los que recurro para acrecentar el caudal léxico. Este prurito me llevó a ***no repetir un vocablo en la misma página o en hojas contiguas***, salvo las preposiciones, artículos y conjunciones, y cuando se carece de un sinónimo apropiado o se trata de una cita textual, y si la construcción de la idea exige su reiteración.

## Capítulo II

### **La comunicación como proceso social y humano. El papel del hogar y de la escuela**

1. Para conquistar al público debemos primero conquistarnos a nosotros mismos, empeño que quizá dure varios años y en el cual afrontamos situaciones inéditas en las que se expresan los avatares de nuestra existencia. En dicho proceso se exhiben, pues, los aspectos contradictorios de la naturaleza humana, que se concretan en las posibilidades y limitaciones del individuo.

*La realidad personal de cada ser se encuentra condicionada por su contexto histórico específico. El ambiente sociocultural que prevalece en el medio familiar y escolar restringe muchas veces el desarrollo de la comunicación oral.*

Así, cuando los pequeños comienzan a hablar, sus preguntas no siempre son contestadas de modo pertinente por los progenitores; no sólo eso, es frecuente reprimir su curiosidad al menospreciar sus dudas e inquietudes.

Carl Sagan, uno de los investigadores con más reconocimiento por su inclinación hacia la divulgación de la ciencia, se refiere a esa actitud:

*He visto a muchos adultos que se enfadan cuando un niño les plantea cuestiones científicas. ¿Por qué la luna es redonda?, preguntan los infantes. ¿Por qué la hierba es verde? ¿Qué es un sueño? ¿Hasta qué profundidad se puede cavar un agujero? ¿Cuándo es el cumpleaños del mundo? ¿Por qué tenemos dedos en los pies? Demasiados padres y maestros contestan con irritación o ridiculización, o pasan rápidamente a otra cosa: “¿Cómo querías que fuese nuestro satélite, cuadrado?”*

*Los menores reconocen enseguida que, por alguna razón, este tipo de preguntas enoja a la gente grande. Unas cuantas experiencias más como ésta, y otro chicuelo perdido para la ciencia. No entiendo por qué los mayores simulan saberlo todo ante un rapaz de seis años. ¿Qué tiene de malo admitir que no sabemos algo? ¿Es tan frágil nuestro orgullo? (El mundo y sus demonios, pp. 348-349. El énfasis es mío).*

2. En la escuela ocurre algo similar. Recuerdo la preocupación que exteriorizó un docente en la conferencia sobre investigación que dicté al alimón (conjuntamente) con la profesora Amparo Ruiz del Castillo, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 5 de septiembre de 1997.

El maestro expuso la manera de comportarse de su vástago de tres años, común en los menores pero que suele acabar con la paciencia de los padres. *El infante planteaba tantas preguntas que el preceptor y su consorte ya no sabían qué hacer, pues de las respuestas proporcionadas al chico éste derivaba nuevas interrogantes.*

¿Cómo deberían proceder ante tal conducta?, era la cuestión sobre la cual deseaba el afligido educador saber nuestros puntos de vista.

Antes de imaginar una posible propuesta para afrontar un fenómeno cotidiano, aunque sumamente complejo que abrumba a muchos, otro de los asistentes lo tranquilizó: ***“No te preocupes compañero, cuando tu hijo ingrese al colegio, ahí le van a quitar las ganas de preguntar”***, lo que suscitó diversas manifestaciones de asentimiento de una gran parte del auditorio.

Tal aserción (afirmación) revela una realidad insoslayable: el sistema educativo constriñe o no impulsa la comunicación oral, verbigracia: la discusión franca y permanente en el grupo, el trabajo en equipo, el planteamiento de dudas y críticas de los estudiantes hacia el mentor, etcétera.

Dicha situación incide negativamente en los educandos, quienes evidencian escollos para expresarse de manera espontánea y correcta. En vez de mostrar confianza habrá vacilaciones cuando hablen en público.

Tampoco los establecimientos académicos contribuyen ciertamente a alentar la escritura, y esto se corrobora al advertir que la mayoría de los alumnos universitarios, normalistas o de otras áreas, se halla en apuros al redactar un texto, y más si se les invita a que lo hagan con aticismo, es decir, con delicadeza y elegancia, para mejorar la calidad de los trabajos.

Sin duda, *el hecho de no preocuparnos –como padres y maestros– por incitar en los escolares la exposición precisa y armoniosa de los pensamientos, se convierte en un lapsus que afectará su desenvolvimiento en los diferentes niveles de la enseñanza.*

José Martí, prócer cubano, apreció la capacidad de los menores y procuró su participación en una revista (*La edad de oro*) dedicada a los infantes de América. En ella plasmó su reflexión tocante al punto, la cual debería servir como una recomendación para tenerla presente tanto en la escuela como en la casa: “Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían” (p. 8).

Tomar en cuenta la sugerencia del preclaro hombre de letras, de correr la pluma, conjuntamente con la exhortación a cuidar la expresión oral, resulta imprescindible si pretendemos fortalecer la formación académica.

De este modo las personas contarán con más oportunidades para interactuar en los distintos espacios sociales, y para cumplir con aquellas tareas propias de su preparación y práctica profesional.

Sin embargo, la institución escolar –como apunté antes– no siempre se contempla como el ámbito idóneo para que las chicas y chicos desarrollen y transmitan las potencialidades y manifestaciones de su creatividad. Por el contrario, en ella muchas veces se frenan –a través de la estructura burocrática y de la docencia– aquellos planteamientos o prácticas que rebasan los cauces convencionales, ya no se diga si se trata de inconformidades o de protestas estudiantiles.

Los colegas dejan, poco a poco, en manos de otros la elaboración de sus proyectos de vida, tanto personales como sobre su carrera, y que decidan por ellos en cuestiones trascendentes para su formación.

La escuela termina por verse como un lugar en donde muchos se sienten imposibilitados para avivar su imaginación creativa; se aburren en ella o la viven como una prisión.

Al respecto una maestra española, Isabel Agüera, refiere en su libro *Ideas prácticas para un currículo creativo* un diálogo que sostuvo con uno de sus alumnos de cuarto año de primaria en España (p. 174):

*–¿Sabe maestra en qué se parece una escuela a una jaula?*

*–Dímelo tú –contesté, sin saber a dónde quería llevarme.*

*–Pues, ¡en que las dos sirven de cárceles!*

*–Tú, aquí, no estás en una cárcel; eres libre.*

*–Pues, entonces –contestó haciendo ademanes de irse– ahora mismo me voy.*

*–Bueno, pero primero, pídele permiso al director.*

*–¡Anda! ¡Y dice que no estoy en una cárcel!*

*Yo reflexioné y me dije:*

*Tendríamos que buscar la fórmula para que los alumnos/as se sintieran en la clase tan a su gusto que esa fuera la libertad que quisieran elegir.*

Trabajaba en estas notas cuando tuve la oportunidad de conversar con una connotada pedagoga cubana que se ha preocupado por analizar la problemática infantil en relación con la escuela. Lidia Turner Martí ha vivido experiencias didácticas con educandos en varios países, que le han llevado a formularse preguntas sobre cómo viven su vínculo con el centro escolar.

Por falta de espacio incluyo sólo dos de ellas, con su aquiescencia (consentimiento), las cuales forman parte de un documento de su autoría:

*¿Por qué durante los primeros años de vida el niño quiere saberlo todo, el porqué de cada cosa, de cada hecho, de cada fenómeno de la naturaleza y después en el aula pierde el interés por*

*indagar, por cuestionar y se limita a responder preguntas acerca de lo estudiado en los libros, pero no formula constantes preguntas al maestro?*

*¿Por qué durante varios años sueña el niño ansiosamente con el día en que comenzará a asistir a clases y casi un año antes quisiera la libreta, el lápiz, el libro, la mochila, y después de unos años en el colegio, desearía que las vacaciones fueran más extensas, el día escolar más corto o que llegue pronto el sábado para quedarse en la casa? (“Saben más de lo que parece”, p. 3).*

Científicos de la talla de Carlos Darwin mostraron, sin eufemismos, su desencanto hacia la institución académica: **“La escuela como medio de instrucción era para mí un vacío”**, escribió en forma lapidaria el autor de la teoría de la evolución de las especies (*Autobiografía*, p. 6).

Con muchos esfuerzos –presionado por su padre– Carlos Darwin pudo avanzar en sus estudios, pese a tener casi todo en contra para desarrollar sus capacidades:

*Cuando dejé la escuela no era ni demasiado alto ni demasiado bajo para mi edad, y creo que estaba considerado por todos mis profesores y por mi padre como un niño muy corriente, bastante por debajo del estándar normal de inteligencia. Para mi gran mortificación, mi padre me dijo una vez: “Tú*

*no te preocupas por nada que no sea la caza, los perros y la captura de ratas, y serás una deshonra para tí mismo y para toda tu familia” (ibid.\*).*

En diciembre de 1831 Darwin, prototipo del intelectual aventurero, se embarca a la edad de 22 años en el famoso *Beagle* para recorrer regiones ignotas del planeta con el propósito de analizar diversas muestras de plantas, minerales y animales para fundamentar sus hipótesis acerca de la evolución de las especies.

He pronunciado en distintas conferencias este juicio, que pareciera cuestionar a la educación superior: *Si a Carlos Darwin se le hubiese exigido permanecer en la escuela con el afán de adquirir una mayor preparación, quizás el científico cuya teoría revolucionó parte de la ciencia moderna, no habría existido.*

Por fortuna para nosotros, Darwin decidió abandonar sin dilación sus estudios formales pues no cejó en su empeño de realizar un periplo, el cual duró cinco años, para consolidar sus conceptos que han significado un hito en la historia del saber.

Mas no todos los niños y jóvenes poseen la osadía de ese investigador egregio o, aunque la tuviesen, la familia y la escuela aplacarían su “inquietud pueril”, por lo que difícilmente podrían evadir el compromiso escolar. Procuran en tal caso sobrevivir: tratan de eludir el conflicto siguiendo las instrucciones del maestro al pie de la letra para no ser increpados con una retahíla de sermones.

---

\* *Ibidem (ibid.)* significa el mismo autor y libro antes citado.

Estiman más cómodo “darle el avión al profesor” en vez de confrontarlo, incluso si creen tener la razón. Suponen que si hablan poco se expondrán menos a la crítica; si se quedan callados, tanto mejor.

3. El sistema tradicional de enseñanza-aprendizaje se reproduce en la pasividad que asume la mayoría del grupo. Se destaca por ello la transferencia mecánica del conocimiento, lo cual lleva a la obsecuencia, es decir, a la sumisión de sus miembros, en tanto que actúan sólo como simples depositarios de datos, en lugar de participar críticamente como productores y usuarios de los mismos.

Dicho proceso de transmisión sólo se concreta y adquiere sentido (en el método educativo antedicho) en la medida en que el preceptor, o la autoridad escolar, solicita determinada información y precisa el modo como debe entregarse.

La comunicación oral vista desde una perspectiva social y humana cede terreno cada vez más, debido en parte al avance de las telecomunicaciones y de la informática. Así, muchos sujetos permanecen varias horas sentados frente al televisor, la computadora o los videojuegos, o escuchando música proveniente de reproductoras individuales, “sin sentir el paso del tiempo”. *Si esta actitud se mantiene invariable por un lapso prolongado, las personas se desconectan de su entorno inmediato.*

Antes de pasar al capítulo subsecuente resulta oportuno hacer hincapié en que *la comunicación es, además de un proceso social, un fenómeno profundamente humano. Esto implica referirnos a factores subjetivos, es decir, propios del individuo, los cuales surgen en gran medida de su contexto sociocultural y forman parte de su realidad específica.*

En cierto momento dichos elementos se expresan objetivamente, o sea, se manifiestan en prácticas concretas de comunicación, como veremos más adelante.

*Postdata:* Revisaba el volumen para pergeñar (preparar) la segunda edición cuando leí en el periódico *La Jornada* los resultados de una encuesta del Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) realizada a 11 mil 800 niños y adolescentes de América Latina y el Caribe (de entre 9 y 18 años de edad), los cuales confirman las opiniones vertidas en este capítulo:

Para la UNICEF, el rechazo a la escuela (sólo 8 por ciento estudia *por gusto* en la región aludida; 13 por ciento en México) es una señal de que debe modernizarse dado que los alumnos muestran insatisfacción con la forma como está organizado el sistema educativo. Según tal estudio (“La voz de las niñas, los niños y los adolescentes de América Latina y el Caribe”), sólo el 33 por ciento de los comentarios son *favorables* a los profesores, y el 22 por ciento para los directores (14 de abril del 2001, p. 8).

## Capítulo III

### **El papel del profesor y de los alumnos en el desarrollo de la expresión oral**

1. La vida moderna genera barreras que inhiben la comunicación en el hogar, la escuela, la oficina, la fábrica, etcétera. En los salones de clase el vínculo entre el docente y los alumnos se vuelve cada vez más convencional, en función de las exigencias y objetivos enunciados en el plan de estudios de las carreras y, especialmente, en los programados para las asignaturas o módulos que lo conforman.

*Esta realidad surge en gran medida por la implantación del modelo neoliberal en el campo educativo, el cual se encauza a preparar individuos para satisfacer las exigencias del mercado de trabajo. El fin primordial es proporcionar aquellos conocimientos y*

*habilidades que requiere el sistema productivo y el aparato político-administrativo para volver competitivas a las personas y, en consecuencia, que sólo las más aptas ocupen los puestos disponibles.*

En este contexto, se entiende la actitud de muchos maestros –más bien instructores– que llegan a sus clases sin preocuparse por el estado anímico del grupo; tampoco toman en cuenta las vivencias que éste tuvo antes de su curso, o si se halla inquieto por la preparación de tareas y exámenes o por determinadas cuestiones institucionales. Es más, varios profesores ni siquiera saludan; olvidan que el primer contacto con los educandos resulta primordial para establecer una interlocución idónea, a fin de favorecer la enseñanza-aprendizaje.

Por consiguiente, se deja de lado –como apunté en el capítulo previo– que la **comunicación** es una actividad profundamente humana modelada por el medio socio-histórico donde se lleva a efecto, y del cual provienen los actores principales del proceso educativo.

Aquella no sólo se manifiesta a través del lenguaje verbal, sino también mediante el corporal, como son las expresiones faciales, los ademanes y posturas que se adoptan al caminar o al sentarse, lo cual refleja la personalidad del sujeto.

2. En cuanto a las *estrategias para comenzar el diálogo con el grupo e incitar su participación*, estimo que una breve anécdota, el relato de cierta experiencia o

comentar información reciente divulgada por los medios impresos o electrónicos, que posea atingencia (relación) con la asignatura, pueden surtir un efecto positivo, particularmente si el inicio es luego de la comida o si los colegiales han asistido antes a otros cursos.

Con todo, aún existen docentes cuya preocupación no es por estos detalles, mucho menos por motivar a los alumnos. Al contrario, parten del supuesto de que éstos acuden a la escuela exclusivamente para aprender y, por ende, deben conservar la atención necesaria para tal fin.

Al respecto, he escuchado a mentores universitarios pronunciar en congresos estas locuciones: “No soy hormona para servir de estímulo a las personas”; “mis discípulos saben que en el aula deben olvidarse de sus problemas individuales para concentrarse en la materia”. Y en el colmo de su acíbar (amargura), una instructora de bachillerato les espeta a sus grupos: “El único justificante válido para no acudir a clases es su acta de defunción”.

Empero, no sólo ciertos catedráticos siguen tal idea; también funcionarios escolares apoyan con sus decisiones esas conductas. Escribía estas notas cuando pasé por una preparatoria de la UNAM en cuyo edificio central una manta exhibía la frase: “Estudiante, estudia”. Dicha exigencia formulada tras la huelga estudiantil, 1999-2000, resulta clara en el marco de la estructura de poder institucional y cuyo significado, no me cabe la menor duda, es el siguiente: “Educando, olvídate de protestar y concéntrate en el estudio sin importar lo demás”.

En esta tesitura (actitud), conseguir la participación del grupo no implica una encomienda sencilla, y más si la enseñanza la compartimos con profesores cuya práctica docente contribuye a refrendar las relaciones de poder predominantes en el conjunto de la sociedad, y en cada uno de los espacios específicos donde nos desenvolvemos como actores sociales (familia, sindicato, iglesia, hospital, escuela, barrio, etcétera).

Aun cuando nos afanamos porque el proceso educativo se lleve a cabo con una visión distinta al enfoque tradicional, advertimos un fenómeno común en las clases, el de que una buena parte del alumnado es reticente; trata, por tanto, de sentarse lo más distante del preceptor.

Si éste empieza a preguntar o a demandar la participación, muchos procuran “desaparecer” para no verse obligados a abrir la boca (bajan la cabeza, encogen el cuerpo si estaba enhiesto, se muestran meditabundos, escriben algo en su cuaderno, etcétera). Si son elegidos piensan en su mala suerte y que ése no es su día, en lugar de reflexionar en el sentido de tener una oportunidad valiosa para sacar a la luz sus dudas y comentarios.

Se precisa, pues, *cambiar de actitud si se nos pide intervenir en una clase. Debemos valorar esta petición como una práctica normal, sobre todo como una manera de elevar la calidad de nuestra formación académica, aun a riesgo de arrostrar (afrontar) la crítica, de hacer el ridículo o desagradar a ciertas personas por romper nuestro silencio.*

3. Al estar a la vista del público sentimos –y más si carecemos de experiencia– que las miradas se concentran en nosotros, aunque el grupo sea el mismo de todos los días, lo cual posiblemente nos colme de angustia. En ese momento acaso pase por la mente que los condiscípulos no sólo estarán al pendiente de nuestras palabras sino, encima, se fijarán en la vestimenta que llevamos, así como en la postura y ademanes que adoptemos.

Tal percepción quizá genere *pánico escénico*, el cual se expresa en la búsqueda de una mesa o silla como una égida, o sea, una protección frente a nuestros compañeros; igualmente, dicha pavora se deja sentir a través de una *voz trémula, rubor, tartamudeo, sudor o temblor en las manos, movimiento constante de los pies, equivocaciones diversas, muletillas que empobrecen el discurso*, etcétera. Resulta peor cuando el sujeto se delata y pronuncia una frase que pretende ser una disculpa anticipada de su posible fracaso: “Estoy nervioso”.

Esto no sólo ocurre a colegiales, sino también a profesionistas y directivos. Escribía estas líneas cuando impartí (septiembre del 2000) un módulo sobre categorías sociológicas para el análisis del proceso salud-enfermedad dentro del diplomado “Modelos de prevención de riesgos de trabajo en instituciones y empresas” que organiza semestralmente el Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social (CIESS).

Al concluir mi exposición y el trabajo en taller, se planeó una sesión plenaria. Solicité al grupo (treinta y

dos funcionarios provenientes de diez países de América Latina) su apoyo para organizar la presentación de los resultados de los cinco equipos constituidos.

Pedí un voluntario para fungir como moderador. Ninguno se atrevía a asumir, *motu proprio*, dicho compromiso, hasta que las miradas y señalamientos se centraron en un compañero del Ecuador, quien había descollado por participar de modo perenne (constante).

A este profesionista le indiqué tener en cuenta lo subsecuente al desempeñar el papel asignado: los elegidos para leer las conclusiones *debían pasar al frente* (cabe mencionar que la ubicación de los asistentes era detrás de las mesas colocadas alrededor del aula, por lo que cada uno de ellos podía ver directamente a los demás).

Sin embargo, dicha petición causó zozobra en los concurrentes, pues muchos insistían en hablar desde su lugar; ello pese a haber puntualizado previamente la trascendencia que implicaba para nuestra práctica profesional exponer desde el sitio que yo había ocupado como profesor, pues observarían más fácilmente las reacciones de la gente.

Ante tal exigencia (de sentarse adelante quienes leerían las conclusiones de cada subgrupo), los relatores se vieron “obligados” a acatar la disposición.

Sucedió, así pues, lo señalado: la primera persona a quien correspondió hacer uso de la palabra principió *reconociendo su humanidad*: “Discúlpeme, estoy muy

nerviosa”, y para exaltar este hecho a los pocos instantes de haber iniciado se le traspapelaron las hojas donde tenía sus apuntes, por lo que demandó el apoyo de algún miembro de su equipo. Afortunadamente reinaba un ambiente de compañerismo, lo cual ayudó a superar la situación embarazosa que se había creado.

Un fenómeno similar enfrenté en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, el 15 de mayo de 1993. Para festejar el “Día del Maestro”, la institución y su sindicato planearon una jornada académica a la que me invitaron como “orador huésped”.

Llevaba por escrito la ponencia y como es natural en estos casos, y más si disponemos de tiempo, dedicamos algunos minutos para revisar por enésima ocasión el documento, a fin de conseguir un estilo grandilocuente.

Como era bastante tarde me invadió la indolencia (flojera) pues no pasé en limpio las notas que agregué a vuela pluma. Y aconteció lo imprevisto, mas por fortuna fue al final del discurso: no entendí las apostillas (anotaciones) y “me hice bolas”. Decidí, por ende, improvisar para concluir la conferencia sin mayores contratiempos. Desde esa fecha *me esmero por escribir claramente las acotaciones de última hora.*

4. Si se carece de experiencia para disertar y resulta imposible eludir la responsabilidad, el expositor adopta ciertos comportamientos que delatan de inmediato su vacilación o miedo:

- a) Procura no mirar al auditorio y sin dilación se refugia en la lectura del trabajo.
- b) Si debe improvisar orienta su vista al techo, o dirige sus palabras hacia donde se localiza el mentor o los responsables del acto académico, o “pierde su mirada en el vacío”.
- c) Asimismo, se advierte la premura por concluir cuanto antes; por lo mismo, pronuncia las locuciones farfulladamente, es decir, de manera atropellada.

Expresarse en público no representa, pues, una encomienda sencilla para la mayoría, y más si sabemos de la trascendencia de hablar con propiedad para que nuestros pensamientos sean fáciles de comprender. El temor al ridículo puede surgir sobre todo si somos tímidos o carecemos del hábito de exteriorizar correctamente las ideas.

5. A veces resulta complicado concentrar la atención del grupo en el profesor en tanto que existen circunstancias adversas, por ejemplo, si los educandos muestran lasitud, esto es, cansancio, luego de varias clases o se encuentran abrumados por los exámenes y tareas pendientes. Lo antedicho quizás aminore el deseo de escuchar al preceptor o conferenciante.

Del mismo modo, si se habla en voz baja es dable que el murmullo aparezca de improviso. Este hecho ocurre con frecuencia cuando son estudiantes quienes participan. Muchos tratan de dirigirse al maestro pues

su timbre de voz no se ha preparado para abarcar a todo el salón.

Si son bastantes los condiscípulos, ello impresiona a individuos apocados; si estiman, además, que el mentor o ciertos compañeros replicarán sus planteamientos o el modo de enfocarlos, tratarán de evadir el compromiso.

Igualmente, si los hablantes se enteran de que en la clase hay personas que han brillado por su retórica, ello acaso les cohiba y los *lapsus línguae* se evidencien más.

El calor o el ruido externo son también aspectos que reducen las posibilidades de conseguir una comunicación fluida y eficiente. Encima, *los problemas familiares y personales quizás inhiban el deseo de hablar, o que los sujetos cumplan exclusivamente con el encargo pero procurando terminar a la brevedad.*

Respecto al porcentaje de quienes participan, la experiencia revela que menos del 30 por ciento de los escolares intervienen activamente en los cursos, aunque esto depende de la índole temática; del tamaño del grupo; del marco sociocultural de donde provienen sus miembros; de la motivación del educador hacia los alumnos; del sistema de enseñanza-aprendizaje: tradicional o modular, etcétera.

6. Las consecuencias reconocidas después de cursar una carrera es que muchos egresados no sabemos hacer uso de la palabra para transmitir determinada información o ideas. Asimismo, se nos dificulta conservar el interés

de la gente. Tales aspectos limitan el análisis y la recuperación crítica de nuestras aportaciones por parte del auditorio, ya sea en esa ocasión o ulteriormente, lo cual reduce la posibilidad de socializar el conocimiento.

Cabe apuntar, además, la diferencia entre abrir la boca sólo para criticar, y de este modo hacerse notar ante la concurrencia, que participar para desarrollar un pensamiento, exponer un proyecto, o para defender con argumentos la validez de una tesis.

Rememoro el caso de un investigador, doctorado en física en la Universidad de Harvard, quien descollaba por sus comentarios y cuestionamientos en un curso-taller que impartí en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes en 1984. Cuando llegó la fecha para presentar los proyectos de investigación a fin de someterlos a la crítica general, dicho compañero me sugirió que si era elegido para dar a conocer el trabajo de su equipo, no lo tomara en cuenta pues se sentía angustiado y prefería en esa oportunidad no intervenir (véase mi libro *Investigación social: teoría y praxis*, capítulo 1).

Esta reticencia la he visto en todo tipo de profesionistas; muchos tratan de aislarse en el laboratorio o biblioteca para *no hablar en público sobre cuestiones que si bien dominan, su exposición verbal se les hace cuesta arriba*; tal escollo puede superarse si porfiamos en pos del triunfo.

No parece sencillo controlar la nerviosidad al estar en presencia de un grupo, sobre todo si el sujeto es

introvertido. Por ello, *es preciso que tanto los educadores como los padres se involucren activa y perennemente en dicho aspecto de la formación del individuo, desde el día en que ingrese al colegio.*

De esta suerte, los educandos podrán pergeñar (preparar) tanto los temas que les corresponda exponer en clase, como el modo de expresar sus puntos de vista, con objeto de conseguir la atención de sus condiscípulos, y así facilitarles la comprensión de los contenidos.

Debemos, pues, alentar en los colegiales el libre albedrío para que rompan el silencio durante el curso o en mesas redondas, al igual que para plantear, ante cualquier concurrencia, sus dudas y comentarios sin temor a la crítica, a fin de elevar la calidad de la educación.

Durkheim, uno de los pensadores positivistas que más han sobresalido, escribió una reflexión que los mentores no debemos desdeñar, pese a que muchos discrepamos de la ideología conservadora de dicha corriente; sin embargo, en este caso, la idea subsecuente del autor citado resulta válida:

*Si los profesores y los padres sintiesen, de una manera más constante, que nada puede pasar ante el niño sin dejar huella en él; que la forma particular de su espíritu y de su carácter depende de esas miles de pequeñas acciones insensibles que se producen a cada instante, y a las que no prestamos atención a causa de su insignifican-*

*cia aparente, ¡cómo tendrían más cuidado con su lenguaje y con su conducta!* (Durkheim, *Educación y sociología*, p. 92).

De la cita previa se colige la relevancia de que los preceptores cuidemos no sólo el lenguaje cuando estamos frente al grupo, *sino también nuestras expresiones corporales, a fin de darles mayor seguridad a los estudiantes*. Muchas veces una sonrisa leve, cierto movimiento de los ojos o una palmada en el hombro expresan más que cien palabras de reconocimiento cuando los chicos y chicas se esfuerzan en su trabajo académico. Al respecto Paulo Freire relata una vivencia que tuvo, otra, cuando era adolescente, y que transcribo *in extenso*:

*A veces ni se imaginan lo que puede llegar a representar en la vida de un alumno un simple gesto del profesor. Lo que puede valer un gesto aparentemente insignificante como fuerza formadora o como contribución a la formación del educando por sí mismo. En la ya larga historia de mi memoria nunca me olvido de esos gestos del profesor que tuve en mi adolescencia remota. Un gesto cuya significación tal vez le haya pasado inadvertida a él, el profesor, y que tuvo importante influencia en mí. Yo era entonces un adolescente inseguro, con un cuerpo anguloso y feo, me percibía menos capaz que los otros, fuer-*

*temente inseguro de mis posibilidades. Estaba mucho más malhumorado que sosegado con la vida. Me irritaba fácilmente. Cualquier consideración de un compañero rico de la clase me parecía de inmediato un señalamiento de mis debilidades, de mi inseguridad.*

*El profesor había traído de su casa nuestros trabajos escolares y, llamándonos de uno en uno, los devolvía con su evaluación. En cierto momento me llama y, viendo y volviendo a ver mi texto, sin decir palabra balancea la cabeza en señal de respeto y consideración. **El gesto del profesor valió más que la propia nota de diez que le dio a mi redacción** (Paulo Freire, *Pedagogía de la autonomía*, pp. 43-44. El énfasis es mío).*

Lo precitado revela parte de la complejidad del fenómeno de la comunicación en la práctica docente; ello implica reflexionar en torno a él como un proceso social profundamente humano, con la mira de enriquecer nuestra preparación en cualquier campo de la vida y de la ciencia. Meditar y proceder en dicho sentido redundará positivamente para conseguir un desarrollo integral.



## Capítulo IV

### La expresión oral en la vida cotidiana

1. El refinamiento de la expresión verbal no sólo debe cuidarse en el medio académico sino, igualmente, en la vida cotidiana, con el propósito de seducir a través de las palabras a nuestros interlocutores. Para ello aprendamos de los demás; rememoremos lo que experimentamos cuando ciertos sujetos nos abruma con su perorata o con una plática tediosa; debemos, pues, afanarnos por dejar una buena impresión tanto por el *contenido* como por la *forma* de expresar los pensamientos.

En el primer caso, para conseguir ser buenos conversadores es preciso contar con la materia prima indispensable. Por tal razón se requiere ampliar nuestros horizontes intelectuales leyendo periódicos y revistas

científicas y políticas, al igual que asistiendo a conferencias y acercándonos a individuos que poseen experiencias o información sobre los asuntos que nos interesa enriquecer, para que nuestra conversación sea relevante.

Respecto al modo de exteriorizar las ideas procuremos superar la pobreza del lenguaje, las construcciones rebuscadas o disonantes, el uso de muletillas (“este”, “entonces”, “¿no es así?”, etcétera). De la misma forma, evitemos en la charla comentarios o datos superfluos, lugares comunes o frases trilladas.

Asimismo, si nuestra voz carece de la sonoridad anhelada, es dable educarla para que la amenidad se revele plenamente a través de las palabras. Es menester acompañar las locuciones con los ademanes y gestos apropiados para que de manera sutil, pero categórica, se refuerce la expresión oral, cuidando siempre que el cuerpo entero se desenvuelva con naturalidad, en tanto que mediante él se expresa la emotividad o el sentido en el que se pronuncian los pensamientos.

Además, observemos las reacciones de nuestros interlocutores para no cansarlos o aburrirlos con referencias innecesarias o expresiones verbales y corporales fuera de contexto. Debemos mirar siempre a los ojos de los otros dialogadores, y si son muchos tratemos de que todos reciban nuestra atención a través de la mirada, para que la relación que se establezca con ellos sea más cálida.

Lo referido coadyuvará para que cuando estemos conversando informalmente con personas conocidas o con quienes apenas acabamos de conocer, éstas disfruten de nuestra compañía en vez de sentirse incómodas.

2. *No temamos estar cerca de la gente*; al contrario, si son pocos los interlocutores con los que platicaremos en una reunión informal, saludémoslos de mano como un prelude para establecer una relación afable. Si debemos charlar con un público numeroso la experiencia aconseja acercarnos a él para que la conversación sea más efectiva (véase la fotografía de la portada).

3. *La frase justa en el instante oportuno puede servir para evitar un conflicto o para convencer al oyente más remiso (reacio)*. Aunado a esto, el esbozo de una sonrisa, lo mismo que un leve movimiento de los ojos, que revele el interés por quienes nos escuchan, como un modo de *cultivar el don del trato*, todo ello coadyuvará para que trascienda la expresión oral.

Debemos, en cualquier circunstancia, rememorar este consejo:

***Sonría siempre, al empezar y durante la exposición, mostrando que está a gusto con la gente. La sonrisa posee algo mágico, nos afecta a nosotros mismos, alegrándonos el ánimo y afecta a la forma en la que nos ven, haciéndonos más atractivos. Sonreír comunica una actitud amigable y***

*anima a la reciprocidad* (José María Martínez Selva, *Aprender a comunicarse en público*, p. 88).

Lo predicho ayudará a que las palabras sean mejor atendidas por nuestros interlocutores y, por ende, los mensajes puedan comprenderse cabalmente.

4. Embelesar al público, sea éste grande o pequeño, o incluso si sólo conversamos con un individuo, es un arte que se consigue dominar a través de los años, aunque existen dialogadores que poseen el don de cautivarnos con su elocuencia, aun cuando aborden temas triviales. Le saben poner sabor a su charla y las pinceladas de realidad con las que acompañan su oratoria, lo mismo que los distractores que utilizan, nos mantienen arrobados sin preocuparnos por el devenir del tiempo.

*El buen conversador habla con naturalidad y fluidez, empleando únicamente los términos que le son familiares..., se distingue porque habla correctamente, expresa ideas claras y nadie advierte el esfuerzo que hace para dar con la palabra exacta. Tal vez sea la conversación lo que mejor refleja nuestra personalidad con todos sus rasgos favorables y desfavorables (La fuerza de las palabras, pp. 619-620).*

5. Interpretemos el silencio de quienes nos escuchan y sepamos cuándo *callar* es la mejor estrategia para no

dañar una relación de amistad. Del mismo modo, si participamos en una reunión informal donde todos desean ser los primeros en expresar sus puntos de vista y nos arrebatan la palabra, o pasan varios minutos y no cesan de hablar pese a que intentamos interrumpirlos para aclarar ciertas cosas, mientras va en aumento nuestra impaciencia, evoquemos la sabiduría de Séneca: “Si quieres que callen los demás, calla tu primero”.

6. Cuando parlamentemos (conversemos) con individuos que poseen otros referentes culturales, es pertinente conocer el significado de las expresiones o modismos de uso más frecuente en su región o país, a efecto de prevenir situaciones incómodas.

Hace unos meses un argentino me relató lo que le ocurrió en México a un compatriota suyo; a los pocos días de trabajar en una empresa, el jefe llama al sudamericano para darle una nueva (noticia): “Por favor dígame a su compañera que hoy cenamos *en la casa de usted*”. Tal invitación fue mal comprendida por el recién llegado, quien de inmediato telefoneó a su consorte para ponerla al corriente de la *decisión* del directivo.

Con poco que ofrecer debido a la penuria en la que vivían en México, los argentinos se dedicaron a pergeñar una cena que fuese del agrado del mexicano y su cónyuge. Éstos, por su parte, también se esmeraron en su casa por hacer resaltar la hospitalidad que nos caracteriza. Como podrás imaginarte, en ambos domicilios espe-

raron pacientemente a los invitados sin que hicieran acto de presencia. Al día siguiente se aclaró, en la oficina, el malentendido. La expresión: “Hoy cenamos en la casa de usted” es una muestra de deferencia (consideración), pues quien la pronuncia le entrega, simbólicamente, las llaves de su hogar a personas que apenas conoce o con quienes desea quedar bien.

7. El buen conversador *es realmente auténtico* en tanto que siente lo que expresa pues en su alocución se advierte que está convencido de lo que profiere (dice). Para adquirir la habilidad de conquistar a los interlocutores no únicamente por nuestra elocuencia sino por el contenido del discurso, evoquemos un adagio chino: “*Sólo quien investiga tiene derecho a opinar*”.

Tal aserción (afirmación) nos exige, como lo indicamos en el punto uno, *enriquecer nuestro acervo cultural en todos los órdenes de la vida*, recurriendo para ello a diversas fuentes de información, con el propósito de sustentar correctamente nuestros pensamientos.

Esta sugerencia coadyuvará, sin duda, para tener otras ideas sobre cuestiones que se tratan en los medios electrónicos (radio, televisión), o que en éstos no se tocan. *Sólo así mantendremos una actitud crítica hacia los noticiarios y opiniones que se transmiten por dichos medios*, los cuales en numerosas ocasiones más que divulgar de manera objetiva y precisa los hechos que acaecen en el ámbito nacional e internacional, lo que hacen

es tergiversar la realidad en función de los intereses económicos y políticos dominantes.

Asimismo, hoy en día el docente demanda a sus estudiantes documentarse ampliamente sobre los temas a desarrollar, a efecto de cumplir de forma satisfactoria con sus tareas escolares. En esta tesitura (disposición), revisan la información y los artículos divulgados a través de la internet sin preocuparse por acudir a otras fuentes para enriquecer sus textos. Ello ha conducido a constreñir su capacidad investigadora y, por si fuera poco, se fortalece el fenómeno del plagio.

Sin desconocer la relevancia de esta herramienta para el trabajo científico, los padres y mentores debemos acrecentar los horizontes intelectuales de nuestros hijos y alumnos para que su formación sea integral.

8. Si se tienen ideas rebuscadas ello se expresará en una redacción abstrusa que conduzca a interpretaciones distorsionadas de las locuciones. Hace tiempo dos filósofos materialistas sudamericanos llegaron a la ciudad de México exiliados (expatriados) por la dictadura que se había instaurado en su país. Horas después de su arribo resolvieron darse un baño de realidad por lo que se encaminaron al Centro Histórico de nuestra urbe; en cierta esquina hallaron un letrero que les llenó de inquietud puesto que los cuestionó, como seguidores del materialismo, en lo más profundo de su ser: **“Prohibido a los materialistas estacionarse en lo absoluto”**.

Semejante hallazgo de una *reflexión filosófica* en plena calle fue rememorado semanas después al parlamentar con algunos compatriotas mexicanos, quienes sacaron de su error a los recién llegados. No había tal pensamiento celeberrimo; el cartel se refería a una disposición de tránsito aunque mal redactada, y los *materialistas* son los camiones de carga, según el vulgo.

9. Si se nos hace cuesta arriba sostener una conversación debido a la *timidez* que nos invade, aun cuando estemos con gente conocida, revisemos el porqué de tal rémora (dificultad). Muchas veces suponemos que nosotros somos los únicos que la padecemos y ello nos ocasiona inseguridad para romper nuestro silencio.

La experiencia revela que la mayoría de las personas, incluyendo a profesores, investigadores y profesionistas en general, titubeamos cuando nos corresponde tomar la palabra.

Ante esta situación que nos abrumba, y más si tenemos que ponernos delante del público, sea éste grande o pequeño, *debemos realizar un esfuerzo para superar poco a poco la introversión*, aunque al principio hablemos con voz trémula, empleemos muletillas, nos equivoquemos o se nos complique expresar las ideas ordenadamente. Para colmo, a ello quizá se sume que nos suden las manos o las tengamos dentro de los bolsillos, o no sepamos qué hacer con ellas.

Es común también que la timidez nos lleve a evadir la mirada de la gente, a bajar la cabeza o no dejar de movernos, exhibiendo la inexperiencia de no saber cómo actuar en tales circunstancias.

Si porfirmos (insistimos) conseguiremos vencer el miedo y superar las fallas que advertimos en nuestra alocución. Una práctica pertinente para tal efecto es grabar las palabras para descubrir vicios de dicción y otros *lapsus*. Del mismo modo, debemos mirar sin temor a los interlocutores, mantener el cuerpo enhiesto, de manera natural, y utilizar las manos como un recurso para reforzar la oratoria; esto coadyuvará para adquirir la recia personalidad que distingue a un orador elocuente.

Como expresé antes, la inseguridad, el sentirnos cohibidos cuando estamos a la vista de los oyentes o condiscípulos es un fenómeno que ha abrumado incluso a figuras señeras (extraordinarias) de la pedagogía. Evoco el caso del brasileño Paulo Freire, quien en su obra *Cartas a Cristina. Reflexiones sobre mi vida y mi trabajo*, propala vivencias de su época de adolescente (pp. 78-79. El énfasis es mío):

*Tren de las siete de la mañana, estudiantes felices o preocupados por las pruebas parciales... En medio de ellos y tal vez sin que ellos me percibiesen, pobre, flaco, desaliñado, feo, muchas veces me sentí inhibido... En mi lucha contra la inhibición expli-*

*cable tuve, en la seriedad de mis estudios de portugués, la fuerte ayuda que precisaba. No es que ninguno de ellos o ellas (mis compañeros) haya revelado o insinuado, por palabras o gestos, el más mínimo maltrato hacia mí. No era necesario. **Bas-taba con que yo mismo me sintiese inseguro. No eran ellas o ellos quienes me agredían, era la difícil realidad en la que me encontraba.***

Tal revelación nos muestra una de las facetas humanas de este egregio educador de América Latina, quien se nos adelantó en el viaje sin retorno en mayo de 1997.

Paulo Freire exhibe también la pobreza en que vivió su familia, razón que le impedía, fungiendo ya como preceptor, vestir de modo apropiado; este hecho suscitó comentarios poco comedidos que, sin duda, afectaron su estado de ánimo:

*Uno de mis atuendos permanentes –aunque no predilecto– era un traje de paño tropical marrón con rayas blancas que por el uso excesivo ya se había vuelto casi verde, quemado por el sol. Un traje caliente hasta para las temperaturas más suaves. Imagínense lo que sería en los 28 y 30 grados del verano recifense [ciudad de Recife, Brasil].*

*Un día, al final de una clase, al mediodía, un alma viva e inteligente, de esas inteligencias que*

*de vez en cuando son sopladas por ingenuidades casi angelicales, me preguntó de pronto, como si no pudiese dejar la pregunta para otro día:*

*—Paulo, ¿usted no tiene calor con esa ropa?*

*—Sí tengo —dije yo—. Pero es que no tengo otra. Luego de la clase cayendo en sí, vino hasta mí un tanto turbada y me pidió innecesarias disculpas. Fui yo quien por poco no me disculpo por la escasa o ninguna importancia que daba a mi forma de vestir. Sin embargo, para mí eran más valiosas las revistas y los libros que compraba y con cuya lectura desafiante, iba aprendiendo a estudiar y me capacitaba mejor para hacer más eficaz mi práctica docente, más que con ropas elegantes y en mayor cantidad (ibid., p. 93).*

Las vivencias de Paulo Freire nos sirven para mostrar que el interés por refugiarse en la lectura coadyuvó para afrontar con mayor entereza (fortaleza) su apariencia física que afectaba negativamente su autoestima.

10. La familia es uno de los espacios más trascendentes para que el niño crezca tanto física como intelectual y emocionalmente. El hecho de que muchas veces en el seno familiar se carezca de comodidades materiales representa, sin duda, una severa limitación para desarrollar nuestras capacidades. Aun así conocemos casos en que los chicos y las chicas consiguen descollar porque

sus padres mantienen hacia ellos una relación afectiva y, en la medida de lo posible, se preocupan por atender las necesidades de los hijos al igual que les ofrecen un espacio de libertad para que se superen académicamente y como individuos.

Quizá por ello Paulo Freire pudo salir adelante pese a la miseria que le rodeó desde la infancia. En sus palabras:

*Mi padre tuvo un papel importante en mi búsqueda. Afectuoso, inteligente, abierto, jamás se negó a escucharnos en nuestras curiosidades. Él y mi madre hacían una pareja armoniosa,... El testimonio que nos dieron siempre fue de comprensión, jamás de intolerancia. Católica ella, espiritista él, se respetaron en sus opiniones. Con ellos aprendí el diálogo desde muy temprano. Nunca me sentí temeroso de preguntar y no me acuerdo de haber sido castigado, o simplemente amonestado, por discrepar (ibid., pp. 45-46).*

11. Uno de los propósitos de este libro es acrecentar el vocabulario de niños y adolescentes para que cultiven su expresión oral y escrita, incorporando voces de uso poco frecuente que están encerradas en el diccionario. Ello coadyuvará para conseguir un mayor refinamiento expresivo que evidenciará su preocupación por el idioma y por la cultura en general.

Anhelo revelarte, estimado lector, un sueño infantil: cuando estudiaba la primaria me afané por hallar en el glosario aquellos vocablos que resultaban ignotos (desconocidos) en ese medio escolar; ansiaba sorprender a mis condiscípulos cuando dialogara con ellos. Deseo ahora que semejante quimera se plasme en estas páginas para enriquecer tu caudal léxico, con el fin de que cuentes con más recursos expositivos en tu vida cotidiana y académica.

12. Concluyo el capítulo propalando cosas recónditas. Durante cerca de diez años (entre los doce y los 22 años de edad) padecí un trastorno en el habla (nunca supe el motivo preciso, aunque presumo que era de carácter psicológico); ello me hacía tartamudear mientras conversaba. Tal eventualidad me ruborizaba y suponía para mí un verdadero abrojo; cuando era estudiante (en la secundaria, preparatoria y licenciatura) debía callar por temor al ridículo, pese a saber las respuestas a determinadas preguntas que formulaban los profesores, o si deseaba replicar o exteriorizar mis dudas.

Cuando me comprometí en actividades docentes dentro de la Universidad, la situación se volvió más incómoda en tanto que representaba un martirio pararme frente al grupo y comenzar a hablar. Recurría siempre a ciertos vocablos para hacer menos complicado el preludeo de mi exposición, y tenía preparados otros para ayudarme a proseguir, tratando de disimular la angustia. Para colmo, mi apariencia física (el hecho de no disponer

de un atuendo apropiado para la ocasión), hizo más arduos aquellos días.

Aunado a ello, otra faceta de mi forma de ser era (es, mejor dicho) la de considerarme un individuo tímido, lo que me ha llevado a afrontar diversos desafíos y a tratar de superar, a lo largo de los años, varias limitaciones personales. El retraimiento se acentuó, en mi caso, al padecer durante la adolescencia el desagradable acné en el rostro del que, por suerte, salí incólume (sin daño).

No ha resultado simple arrostrar esos retos, pues hoy en día al dirigirme al público todavía experimento, como creo que es natural, cierta zozobra de no enunciar mis ideas con claridad para que sean comprendidas y, en consecuencia, abrumo al auditorio. Es entonces cuando me veo compelido a controlar mi timidez, especialmente en los primeros instantes; procuro poco a poco dominarla, sobreponiéndome a esa expresión de mi personalidad *que valoro no como un aspecto negativo, sino como una parte de mi dimensión humana*.

Para contener un tanto el desasosiego evocaba, otrora, el poema *¡Adelante!* de Francisco Villaespasa que mi padre, dechado (modelo) de virtudes, me enseñó siendo yo niño. Esta poesía tuvo un significado lenitivo\* en mi existencia (Fuente: periódico *Novedades*, 20 de noviembre de 1949, p. 6):

---

\* *Lenitivo*: “Medio para mitigar los sufrimientos del ánimo” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

## ¡Adelante!

¿Qué te detiene, luchador? ¡Avanza!  
¡avanza sin cesar!  
mientras tu pecho abrigue una esperanza  
no debes desmayar.  
Esos que hoy en mitad de tu camino  
atacándote ves,  
mañana, como triunfe tu destino,  
de rodillas caerán a tus pies.  
Antes de entrar en lid, tu vuelo ensaya,  
y prueba tu vigor:  
para escalar con triunfo el Himalaya  
se necesitan alas de *condor*.<sup>\*</sup>  
Si las tienes, la ignara muchedumbre  
en vano se opondrá...  
quieran o no, la nieve de la cumbre  
tus pies alfombrará.  
No te canse lo largo del Calvario  
ni te arredren los golpes del dolor;  
para que brote el fruto, es necesario  
que se extinga la flor.

---

\* El cóndor es la mayor de las aves que vuela y anida en los Andes; el autor de este poema, F. Villaespasa, usa dicho vocablo *sin acento* por una licencia poética, para que rime con *vigor*.

¡El pesar ennoblece! Más fulgores  
da en la sombra la luz;  
Tiberio expira en tálamo de flores,  
y Cristo muere en afrentosa cruz.  
No escuches, no, la voz de tu marasmo  
y hasta la cumbre ve;  
no hay espada mejor que el entusiasmo  
ni armadura más firme que la fe.  
Contesta de la envidia a los rencores  
con un himno inmortal:  
los golpes el rosal paga con flores...  
¡sé tú como el rosal!  
De la contraria suerte a los embates  
no temas perecer...  
¡de la vida, en los trágicos combates,  
es tan noble morir como vencer!

## Capítulo V

### **Algunas ideas sobre el proceso educativo para facilitar la expresión oral**

Hace varios años decidí sustituir en mis cursos el sistema tradicional de enseñanza-aprendizaje por un método activo sustentado en la pedagogía crítica, de conformidad con los planteamientos de Antonio Gramsci, Paulo Freire y Henry Giroux, entre otros autores.

Este cambio ha coadyuvado para que las clases se vuelvan más dinámicas con el propósito de favorecer la participación reflexiva, crítica y propositiva de los estudiantes, y se supere la transmisión mecánica del conocimiento.

*1. Recorro a la investigación como un medio para que las y los alumnos dejen de verse como seres pasivos y*

*se responsabilicen activamente de su propia formación.*

Para llevar a cabo las investigaciones y preparar los temas teóricos de la clase, destaco la trascendencia de *trabajar en equipo*, dentro y fuera del aula. De esta suerte, procuro alentar a quienes muestran temor de expresarse en público.

Este tipo de trabajo contribuye a inducir la comunicación oral, pues al participar un número reducido de interlocutores la experiencia revela que quienes poco hablan se sentirán con más confianza de parlamentar; ello sirve de acicate para que se decidan a romper su silencio en las sesiones plenarias.

*2. Recalco, encima, la exigencia de adquirir **elementos formativos**, pues son éstos los que ayudarán para organizar, de manera más racional y efectiva, las distintas actividades, tanto de la materia de la que soy responsable como de las otras que cursan. De este modo le encontrarán más sentido a su permanencia en la escuela; ello coadyuvará para que se involucren en las diversas tareas escolares.*

Dichos **aspectos** son *esenciales* para que al egresar se realice una práctica profesional que trascienda, a fin de cumplir con los objetivos individuales, institucionales y sociales que cada ser humano se fija como parte de su proyecto de vida.

En la medida de lo posible trato de relacionar mi asignatura con las otras programadas durante el semestre respectivo, con la mira de articular los diferentes aprendizajes, para que la preparación sea más consistente.

3. Una de las metas principales desde el inicio del curso es *conseguir que a la gente le resulten significativos los puntos a desarrollar; para ello procuro vincularlos, directa o indirectamente, con fenómenos de la vida cotidiana.*

Asimismo, destaco la trascendencia de contextualizar la formación académica en el ámbito social donde viven las personas y ejercerán su profesión.

En las clases, y por la índole de materias que imparto, exhorto a los discípulos para analizar permanentemente, sobre la base de distintas fuentes informativas, los fenómenos sociales presentes en el ámbito nacional e internacional, y que el grupo cataloga como interesantes. Va un ejemplo, como pincelada de realidad:

Retocaba estas notas en una ocasión en que correspondía en mi clase tratar la validez de los instrumentos de recolección de datos. Por ello, juzgué pertinente ver la pregunta que días antes formuló el canal 2 de Televisa a su audiencia tocante a la decisión del gobierno de tomar parte en acciones pacificadoras allende nuestras fronteras: *¿Está usted de acuerdo en que México participe en operaciones de paz en el extranjero?*

El 48 por ciento de quienes llamaron a ese medio (aproximadamente 9 mil personas) contestó de modo afirmativo.

Con mi grupo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM analicé la cuestión para mejorar su estructura, dado que el concepto *operaciones de paz* de acuerdo con el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) implica *mandar militares a otros países*, por lo que la pregunta no denotaba este último punto. Además, en ella tampoco se indicaba que dichas acciones son impulsadas por ese organismo internacional.

Con base en tales reflexiones se modificó la redacción; quedó así: *¿Está usted de acuerdo en que México participe en operaciones de paz de la ONU, enviando tropas al extranjero?*

Luego de replantear el asunto estimé oportuno acercarnos a la realidad, por lo que exhorté a los ochenta alumnos y alumnas a que cada uno entrevistase a quince individuos, inquiriendo, a la vez, su nivel de escolaridad. De 1 200 personas, sólo el 22 por ciento de los que tienen primaria y secundaria dio una respuesta asertiva (afirmativa). Con respecto a los que poseen estudios técnicos o de bachillerato y profesional respondió, en ese sentido, únicamente el 25 por ciento.

*Comprobamos de esta forma, pese a ser sólo un sondeo, que la manera de redactar una interrogante, donde está implícita cierta ideología o postura política, condiciona la contestación.*

4. Desde el principio subrayo lo valioso de la participación individual y colectiva; me preocupo porque en el transcurso del semestre intervenga la totalidad de los educandos o, al menos, la mayoría; ello no resulta a veces sencillo, especialmente cuando la asistencia es grande.

Para conseguir que éstos se expresen en clase –y disfruten de esa oportunidad– se requiere construir entre todos *un ambiente de confianza donde el respeto sea un elemento consubstancial\* del proceso educativo*. Ello coadyuvará para sentar las bases a fin de que se decidan a abrir la boca quienes menos lo hacen, pues tendrán la garantía de que se les escuchará con interés. De esta suerte, iniciarán su disertación con buenos auspicios.

Cuando adquieren más seguridad, gracias al clima de compañerismo existente en el aula, compruebo un fenómeno que nos impele a proseguir en la docencia: las personas taciturnas se animan *motu proprio* a hablar cada vez más. Con la mira de perfeccionar su expresión oral y superar, poco a poco, el pánico escénico recomiendo, entre otras cosas, lo subsiguiente:

- a) Si las sillas están colocadas como en el sistema tradicional (en hileras, orientadas al frente, donde se halla el lugar del maestro), es necesario ubicarlas en círculos concéntricos para conseguir una interacción más profunda entre los escolares y el

---

\* “Que está íntimamente unido a algo” (*Diccionario enciclopédico Planeta*).

profesor; también para acostumbrarlos a mirar a la cara al grupo cuando hacen uso de la palabra.

En caso de que los pupitres se encuentren fijados al piso, se requiere separarlos para que se coloquen según se describió antes. Esta acción la he ejecutado con mis alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM para volver más dinámico el proceso educativo, aunque ello genere desazón en ciertos funcionarios escolares.

b) Para “obligar” a los discípulos a expresarse de modo tal que su voz se escuche en todo el salón, el docente debe irse a la parte opuesta de donde se halla el hablante. En mis clases *invito a quienes corresponde exponer que pasen al frente (donde yo estoy) para ver directamente a sus compañeros durante su alocución.*

c) Para aprender a improvisar los exhorto a no leer el documento pergeñado para ese día (la reseña de un libro, el resultado de un ejercicio individual o de equipo realizado en el horario de clase, etcétera). Les sugiero, más bien, *confeccionar un guión con los puntos cardinales que a su juicio son relevantes, con objeto de enfocar su exposición y no “se pierdan” debido a fallas de su retentiva.*

Les rememoro, a la vez, un proverbio chino que cité hace muchos años en mi primer libro (*Guía para realizar investigaciones sociales*): “Preferible es la más pálida tinta a la más brillante memoria”.

Igualmente, si sólo se pretende plantear una duda o pregunta, o tememos olvidarlas en el momento de hablar, o *enredarnos*, es aconsejable anotar la cuestión en una hoja o tarjeta, con el propósito de no dejar pasar la oportunidad de participar.

Debe puntualizarse que *existe una gran diferencia entre intervenir desde la silla donde se sienta habitualmente la persona, que dirigirse al público delante de él (desde el lugar del profesor), aun cuando los asientos se encuentren colocados en círculo. Ello quizá debido al respeto que inspira “el sitio del maestro”*.

Algunos educandos que participan constantemente desde su pupitre en el salón no saben expresarse con propiedad si están frente a sus discípulos. Esto no sólo acontece con los estudiantes, suele suceder también a profesionistas, quienes temen que llegue el tiempo de disertar, como vimos en el capítulo tres.

*El proceso educativo constituye, por tanto, un espacio primordial para promover la expresión oral. Los docentes debemos aprovechar dicha posición privilegiada para impulsar, con nuestros conocimientos y experiencias, esa parte fundamental de la formación académica de los discípulos.*

5. Sin embargo, a veces las cosas no salen según nuestros planes, pues surgen situaciones objetivas y subjetivas que inciden negativamente en el proceso de

enseñanza-aprendizaje. Las rémoras, es decir, las dificultades que vive a diario el alumno dentro y fuera del aula, así como las vicisitudes que enfrentamos los maestros, convierten a la educación en una actividad compleja; ello nos obliga a bregar con ahínco para superarnos como profesionistas y sujetos sociales.

La enseñanza-aprendizaje es, por tanto, un fenómeno sociohistórico y profundamente humano. Parte de las experiencias vividas durante la docencia, y que afectan el proceso educativo, las documento en la obra *Investigación-acción en el aula*.

6. Siempre quedan varias inquietudes cuando culmina cada curso, algunas de las cuales preciso en los términos subsecuentes:

*¿De las clases, donde estimulo la participación activa de todos los y las estudiantes, qué aspectos trascienden al concluir el curso?*

*¿Habré contribuido en algo para mejorar su expresión oral y escrita?*

*¿Serán capaces de hacer uso de la palabra para defender, con razonamientos categóricos, sus proyectos e ideas frente a públicos disímiles?*

*¿Perdurarán las enseñanzas, o serán efímeras?*

## Capítulo VI

### **Hablar en público: temores, fracasos y satisfacciones**

1. Quienes temen disertar o rechazan hacerlo pese a saber del tema, se debe casi siempre a que son presas de la timidez y suponen que son las únicas con esa “imperfección”. En la práctica observamos a muchos sentirse cohibidos si requieren hablar, o se les complica ordenar sus pensamientos para exteriorizarlos. El retraimiento limita la comunicación y el recurso de quien lo padece es reducir el volumen de la voz.

Mas no debemos ver en ello un defecto; al contrario, partamos de reconocer tal particularidad para superarla poco a poco, aunque resulte arduo en un principio desenvolvernos con la prestancia de un tribuno consagrado.

Si porfiamos, aunque con tropiezos, lograremos superar la introversión pues ésta no es sempiterna (perpetua); así, apreciaremos verdaderamente el trecho recorrido en pos de la realización de nuestra quimera.

Sin duda, *el inicio de toda empresa entraña una aventura y los óbices aparecen por doquier*. Esto no debe desanimarnos, pues aquello que implica una mayor dedicación se valora más y tiene su recompensa en tanto que nos lleva a saborear realmente el éxito alcanzado.

2. Estar a la vista de una multitud tal vez represente un momento aterrador para muchos sujetos, quienes preferirán en todo caso no hablar, o buscarán pretextos para diferir el compromiso. Personajes con gran capacidad para afrontar desafíos fuera de lo común o que lucharon con denuedo (valor) en el campo de batalla, viven una contienda consigo mismos cuando deben enfrentarse a un auditorio específico.

Uno de ellos fue Ernesto Che Guevara, quien revelaba su *humanidad* al hallarse delante de los micrófonos: “La verdad es que yo vine a este acto solamente a hacer de claque y ahora me encuentro que tengo una claque propia. Gracias, ustedes saben, o si no lo saben deben saberlo, que soy un poco guajiro y *me asustan todos estos aparatos, delante de la boca*” (Palabras del comandante Ernesto Che Guevara en la apertura del curso académico en mayo de 1959, Revista *Debates Americanos*, No. 3, p.72. El énfasis es mío).

Haydée Santamaría, quien combatió también en el proceso revolucionario cubano e impávida (serena) arrostraba el peligro como parte de su realidad cotidiana, confiesa su falta de grandilocuencia:

*Cuando se nos invitó a venir aquí para hablar sobre la fecha del 26 de julio, como siempre, nuestra primera reacción fue negarnos... En mi caso, he dado algunas entrevistas también, bastante informales... Pero hablar en público, sea pequeño o grande, nunca lo he hecho. **Ocurre que no tengo mucha facilidad para hablar: no es la cosa que más fácil me resulta hacer en mi trabajo** (Charla ofrecida por Haydée Santamaría sobre “El asalto al Cuartel Moncada” en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de La Habana, 13 de julio de 1967, *Haydée habla del Moncada*, p. 7. El énfasis es mío).*

3. Expresarse en público supone para muchos individuos una de las encomiendas más dificultosas que deben realizar en el devenir de su existencia. Arrojar a los espectadores significa un reto todavía mayor, el cual sólo con el ejercicio y a través de los años puede conseguirse, aunque ningún tribuno por experimentado que sea está exento de un posible yerro.

Se aprende más de los desatinos que de los aciertos, reza un adagio, y aquí su validez es más trascendente.

Resulta cómodo apuntar que cualquiera puede hacer uso de la palabra en un acto académico, social o político para transmitir sus ideas o exponer sus desacuerdos. En la práctica muchos preferimos no abrir la boca a sabiendas de que poseemos habilidad para discurrir y formular planteamientos críticos o preguntas novedosas. Ello debido al temor de manifestar oralmente nuestros pensamientos. La timidez, en parte, es la razón por la cual dejamos pasar la oportunidad.

Algunas personas se caracterizan por ser buenas conversadoras en círculos de amigos o en reuniones familiares, y poseen el don de seducir con su oratoria. Con todo, se les complica articular su discurso cuando tienen el encargo de atender a un público distinto, y más si la intención es persuadir a los oyentes.

Otras están acostumbradas sólo a musitar, pues su voz apenas se escucha a dos metros de distancia y si se les demanda subir el tono deben esforzarse ciertamente, aunque tal acción sólo perdura unos minutos y luego aquél vuelve al modo habitual, como si fuese un susurro.

Si el auditorio sabe de la valía del disertante y se encuentra ávido por conocer sus aportaciones, es dable conservar el silencio para escuchar al personaje.

4. Cuando se entra en un debate político, una voz pausada, sin brillo, genera un campo propicio para que aparezca el bisbiseo y, por consiguiente, el contrincante se valga de tal descuido para ganar la partida, aunque los

argumentos convincentes los formule el sujeto cuya voz escasamente se oye.

Si se usa correctamente el micrófono, quienes debaten consiguen ponerse en igualdad de condiciones (en cuanto a la fuerza de la expresión oral). Empero, aun con dicho aparato a muchos casi no se les escucha porque no elevan el tono. Otros, en cambio, pueden prescindir o no depender totalmente de aquél, toda vez que durante años han tomado la palabra en numerosas discusiones y ante auditorios variados en cuanto a su composición y tamaño. Así, logran salir sin mácula de la lid.

*Esta práctica ha coadyuvado para educar la voz y adecuarla a circunstancias disímiles, por ejemplo, disertar en espacios abiertos, ante grupos grandes o en donde existe ruido exterior o interior excesivo (originado en este último caso por aparatos de ventilación).*

Viene a mi memoria una experiencia que viví el 5 de marzo de 1973 en el estado de Morelos, en uno de los movimientos populares donde me involucré (véase mi libro *Teoría e investigación militante*). En ese caso se trataba de exigir a las autoridades la ampliación de la red de agua potable para beneficiar a cinco poblaciones en las que cada vez era más insuficiente el vital líquido.

Se citó a una reunión con los lugareños en el pueblo de Atlacholoaya, a donde acudirían los delegados gubernamentales para proponer una solución conjunta al problema aludido, que ya irrogaba (ocasionaba daños) en la salud de la gente.

*Cuando me correspondió hacer uso de la palabra, el pánico escénico se apoderó de mí al verme frente al micrófono. Por algunos instantes, que me parecieron siglos, valga la expresión, enmudecí.*

En esa fecha fungía ya como profesor de la UNAM, mas nunca había recurrido a tal instrumento.

La falta de habilidad para expresarme en público a través de dicho medio y la responsabilidad que sentía hacia los habitantes (600 aproximadamente), reunidos en un espacio abierto, así como cierto temor de hallarme ante funcionarios estatales y federales, me abrumaron en esos momentos.

Un impulso que vino desde lo más profundo de mi ser me llevó a arrojar literalmente el aparato y a ponerme de pie simultáneamente, para dirigirme “a viva voz” a la concurrencia, intentando captar su atención; para ello hablé con mayor fuerza, hasta donde la capacidad física me lo permitía.

Relato esta experiencia porque significó un hecho cardinal en mi práctica política pues me percaté de mis limitaciones y cómo, afortunadamente, logré superarlas en esa oportunidad. Ello sirvió, por otra parte, para que la relación con los participantes en ese movimiento se volviera más estrecha.

Días después, en Chiconcuac, Morelos (12 de marzo de 1973), enfrenté la necesidad de arengar, sin micrófono, a una multitud de más de cuatro mil personas de las cinco comunidades que concentramos en ese pobla-

do para obligar al gobernador del estado y al subsecretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos (funcionario este último del gobierno federal) a que resolvieran el problema de la carencia del vital líquido.

Dichos servidores públicos fueron forzados para asistir a esa localidad debido a la tensa situación reinante. Luego de varias movilizaciones de los afectados (hombres, mujeres y niños), se consiguió ampliar la red de agua potable.

En los meses ulteriores participé en diversos mítines tanto en la cabecera municipal (Emiliano Zapata) como en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, para protestar, primero, por la imposición de candidatos impopulares del partido oficial y, luego, para exigir que se respetaran las elecciones donde intervenían aspirantes electos democráticamente por los ciudadanos.

En ocasiones era factible colocar un micrófono en el quiosco del jardín donde se realizaría el mitin (véase la portada del libro), mas en otras, las autoridades quitaban la energía eléctrica, por lo que nos veíamos compelidos a dirigir nuestra arenga sin recurrir a tal aparato (los magnavoces se conocían poco; también la rapidez con que acaecieron los hechos, así como la inexperiencia, nos impidió buscar un amplificador de voz).

Un caso similar afrontamos en la UNAM. El 16 de enero de 1992 el secretario general de la Universidad daría a conocer ante el Consejo Técnico y la comunidad de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la

UNAM, a los integrantes de la terna, de donde la Junta de Gobierno de la institución designaría al próximo director del plantel. La expectativa por el acto era grande entre los docentes, alumnos y trabajadores universitarios.

Con la maestra Amparo Ruiz del Castillo encabezamos un movimiento académico-político para evitar la imposición de un directivo cuyas características no respondieran a las exigencias escolares de la Facultad.

Para cumplir con el compromiso institucional las autoridades salientes dispusieron arbitrariamente, en connivencia (complicidad) con el enviado del rector, de un lugar que no contaba con micrófono ni con los recursos técnicos para transmitirlo por circuito cerrado a otros sitios, violando los acuerdos.

En estas condiciones nos costó un gran trabajo hacernos oír por los espectadores que se hallaban no sólo dentro del local. Nuestro afán era que también escucharan las exigencias del profesorado quienes permanecían fuera de él.

*La estrategia diseñada previamente coadyuvó a conservar el interés de la concurrencia, pues dividimos el documento en varias partes para que la profesora Ruiz del Castillo y quien escribe estas líneas habláramos alternadamente, con el propósito de conseguir la atención del público.*

Ello se logró pese al ruido que ocasionaba la gente situada en el exterior, que pretendía entrar al recinto.

Ayudó, asimismo, la buena acústica del auditorio y *el hecho de haber distribuido suficientes copias del do-*

*cumento antes de nuestra intervención, para que los asistentes siguieran cómodamente la lectura, dentro y fuera del local. Tal experiencia se narra con detalle en el libro que escribimos al respecto (Investigación-acción en la UNAM. Universidad y relaciones de poder).*

5. Sin duda, las posibilidades de triunfar en un debate dependen en buena medida del conocimiento que los expositores posean sobre la cuestión a discutir, así como de su capacidad para disertar. Empero, aquí influye, igualmente, la manera como el tribuno se presenta y actúa en la contienda política (su vestimenta, sus ademanes y gestos), así como el tono y volumen de su voz. *Tales elementos forman parte de su personalidad y son decisivos para fascinar o no a los espectadores.*

*La gente nota de inmediato si el ponente posee habilidad o no para expresarse. Observa cómo se sienta y si ve directamente a los concurrentes o evade mirarlos de frente. Si está agachado o mantiene la figura enhiesta (sin verse rígida). Con estos detalles se reconoce el recio carácter del hablante o si éste es una persona apocada.*

Pese a exhibir una excelente argumentación en una controversia académica o política, quizás el orador se lamenta por no haber dejado satisfecho al público con su disertación.

Un caso célebre viene a mi memoria, como una pincelada de realidad. El 16 de mayo de 1925 se enfrentaron en la Cámara de Diputados de Italia dos personajes cuyas ideas antagónicas revelaban dos proyectos de na-

ción distintos. Uno era Benito Mussolini; el otro, Antonio Gramsci. El gobierno fascista del primero trataba de sentar sus reales en ese país.

Por la trascendencia histórica de dicha polémica y porque resulta conveniente para ilustrar este libro, cito *in extenso* los prolegómenos de tal confrontación (véase Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*, pp. 231-232):

*El gobierno había preparado un proyecto de ley que, según el ministerio, iba dirigido, sobre todo, contra la masonería. Pero el proyecto se proponía el fin mucho más genérico de “disciplinar la actividad de las asociaciones, entes e institutos y la pertenencia a éstos de los empleados públicos”. Así que era fácil adivinar la verdadera intención de los proponentes: están decididos a crear un instrumento para golpear todas las organizaciones antifascistas, bajo la apariencia de actuar en régimen de plena legalidad [...]. El 16 de mayo de 1925, Gramsci intervino en la Cámara para denunciar la superchería de la ley. Era su primera intervención en el Parlamento. Finalmente se encontraban frente a frente el joven líder de la oposición de izquierda (Gramsci tenía entonces treinta y cuatro años) y el hombre que [...] se hacía llamar el duce por las fuerzas de asalto de la burguesía reaccionaria. Aunque hasta entonces no hubiesen te-*

nido nunca la oportunidad de encontrarse, se conocían muy bien el uno al otro. Hablando (en la Cámara) el primero de diciembre de 1921, Mussolini había dicho: **“Los anarquistas definen al director de L’Ordine nuovo (Antonio Gramsci) como un estúpido aparente; aparente porque se trata de un sardo jorobado y profesor de economía y filosofía, un cerebro indudablemente poderoso”**.

Y Gramsci había escrito el 15 de marzo de 1924 en L’Ordine nuovo quincenal: **“En Italia tenemos el régimen fascista y al frente del fascismo tenemos a Benito Mussolini; tenemos una ideología oficial en la que el jefe es divinizado, declarado infalible y preconizado como organizador e inspirador de un renacimiento del Sacro Imperio Romano. Cada día vemos publicados en los periódicos decenas de telegramas de homenaje al jefe, procedentes de las vastas tribus locales. Vemos las fotografías [...] Conocemos aquel puño siempre cerrado en son de amenaza. Conocemos todo este mecanismo, todo este instrumental y comprendemos que pueda impresionar y remover las vísceras a los jóvenes de las escuelas burguesas; es realmente impresionante, incluso visto de cerca...”** .

Por primera vez, los dos líderes se enfrentaban en la sala de Montecitorio (en el Parlamento).

*Dos personalidades opuestas, dos temperamentos contrarios. Gramsci no tenía nada de la sonoridad del tribuno. Su discurso parecía venir directamente del cerebro, no de los pulmones y la garganta. Gobetti había escrito (en abril de ese año) en La Rivoluzione liberale: “Si Gramsci llega a hablar en Montecitorio veremos probablemente a los diputados fascistas recogidos y silenciosos para oír su voz apagada y tenue [...]”. Eran palabras proféticas. “Mientras Gramsci hablaba –recuerda Velio Spano– todos los diputados se habían concentrado en los bancos de la extrema izquierda para oír mejor su débil e inflexible voz. Una gran fotografía publicada por un periódico de Roma mostraba al jefe de gobierno con la mano haciendo pantalla detrás de la oreja, en un esfuerzo de atención” (ibid., p. 232. El énfasis es mío).*

La polémica entre Gramsci y Mussolini se expone en la obra de G. Fiori. Sólo resta decir que “en el aula se percibían grandes rumores. Para Gramsci era el comienzo y la despedida. Nunca más habló desde aquel banco” (ibid.). Nueve días después escribió a Julia (su consorte), con quien lo ligaban rescoldos de un amor malogrado, las impresiones de su participación infortunada en el Parlamento:

*El trabajo se realiza de manera muy desordenada e inconexa: esto se refleja en mi estado de ánimo, ya bastante desordenado. Las dificultades se multiplican; tenemos ahora una ley sobre las organizaciones y en contra de ellas, que anuncia una represión policíaca sistemática para disgregar nuestro partido. Refiriéndome a esta ley precisamente, he tenido mi primera intervención en el Parlamento. Los fascistas me han dado un trato de favor, esto quiere decir, desde el punto de vista revolucionario, **que mi primera intervención ha sido un fracaso. Tengo la voz muy baja y por esto se han reunido en torno a mí para escucharme** y me han dejado decir todo lo que quería, me interrumpían continuamente para desviar el hilo del discurso, pero sin voluntad de sabotaje. **Me divertía escuchar lo que decían, pero caí en su juego, porque me fatigué y no conseguí el planteamiento que quería dar a mi intervención** (ibid., pp. 235-236. El énfasis es mío).*

Del caso relatado se colige la importancia de cuidar que nuestra voz sea elocuente y se escuche en todo el recinto, para inclinar la balanza a nuestro favor, a fin de concluir la disertación fascinando a la concurrencia.

El 8 de noviembre de 1926 Antonio Gramsci, fundador y diputado del Partido Comunista, fue detenido por

la policía de Mussolini “pese a estar protegido por la inmunidad parlamentaria. Tenía treinta y cinco años... Empezaba el largo calvario de Antonio Gramsci” (*ibid.*, pp. 261-262).

El fiscal habló en la audiencia el 2 de junio de 1928. Su requisitoria fue violenta. Refiriéndose a Gramsci profirió: “*Hemos de impedir durante veinte años que este cerebro funcione*” (*ibid.*, p. 275). Y ésa fue la sentencia que le impuso el tribunal del fascismo.

Este ínclito pensador pervivió prisionero varios años. Gracias a la presión internacional, Gramsci obtiene su libertad condicional confinándosele en una clínica, en octubre de 1934; muere en abril de 1937 víctima de los padecimientos mal atendidos durante su reclusión.

Pese a tener encima el poder del Estado fascista y varias afecciones, Antonio Gramsci escribió, muchas veces transido de dolor, sus señeros (extraordinarios) *Cuadernos de la cárcel*, donde discurre sobre el Estado, la cultura, los intelectuales, la educación, entre otros conceptos. La actualidad de su pensamiento para el análisis social y la lucha política está fuera de dudas.

*Gramsci, prototipo de la perseverancia frente a la adversidad, se preocupó tanto por el contenido de sus trabajos como por su presentación* (véase la p. 298).

6. Para mostrar que incluso los oradores más reputados han fracasado en su ruta hacia el éxito, evoco la historia del egregio Demóstenes (véase Werner Jaeger, *Demós-*

*tenes*, pp. 184 y ss.). En el año 348 antes de nuestra era, el gobierno ateniense envió a Macedonia, como embajadores, a los diez disertadores de mayor prestigio para tratar de convencer a Filipo, rey de ese país, de no invadir Atenas. Entre ellos figuraban dos tribunos que eran acérrimos adversarios, Esquines y Demóstenes. La encomienda para cerrar con *broche de oro* le fue otorgada a este último porque, pese a su juventud, había descollado en diversos juicios populares con su oratoria elocuente capaz de cautivar a los públicos más remisos (reacios).

Cuando le correspondió a Demóstenes hacer uso de la palabra, éste se bloqueó pues no supo cómo hilvanar su discurso (una de sus limitaciones era no saber improvisar de modo fácil). Así, frente a su enemigo Esquines, en esa ocasión fracasa el padre de la oratoria. Los biógrafos del celeberrimo orador se preguntan: “La personalidad de Filipo ¿impresionó a Demóstenes tan fuertemente que le quitara el aliento?” (*Ibid.*, p. 185).

Años después:

*Ctesifón propuso que se le concediera a Demóstenes una corona de oro, y Esquines lo había procesado por esta proposición. Entonces Demóstenes presentándose ante el tribunal en defensa de Ctesifón, puso su mano sobre la corona que su adversario esperaba arrebatarle bajo la protección de las armas macedónicas. La*

*situación es tremendamente simbólica. Lo mismo que el discurso de acusación de Esquines pasa revista en toda su extensión a la política de Demóstenes, así también el discurso de éste **Sobre la Corona** es inevitablemente una defensa de todo lo que hizo desde el comienzo mismo de su carrera política... Después de un largo aplazamiento, llega la vista del juicio de Esquines contra Ctesifón (amigo de Demóstenes), toda Grecia presta oído atento y la gente acude de todas partes del país a presenciar este gran espectáculo al que se ha llamado **la batalla de los oradores** (Werner Jaeger, *Demóstenes*, p. 238).*

En esa memorable contienda el refinamiento expresivo de Demóstenes brilla como nunca en la plaza principal de Atenas al enfrentarse a otro gran orador, Esquines, su rival de toda la vida. Con la elocuencia que sólo llega a dominar quien ha vencido diversas rémoras, entre ellas ciertas limitaciones físicas, como padecer tartamudez que logró superar con un perenne esfuerzo, Demóstenes se impone ante Esquines con argumentos categóricos que hacen resaltar más su prestancia como tribuno consagrado; por ello se le cataloga como el padre de la oratoria. En su vibrante alocución:

*Demóstenes describe la difícil situación con que se enfrentó al principio de su actividad como es-*

*tadista: la acumulación de peligros, la confiada actitud de los griegos, la venalidad y la cobardía de los caudillos. Y fue él quien ocupó su lugar en el frente político y quien trató de promover un cierto sentimiento de lo que Atenas se debía a sí misma. ¿Fue esto un error? ¿Debía acaso haberse puesto también en la misma laya de los tesalios y los dólopes, y ayudar a que Filippo realizara sus planes (ibid, p. 239).*

Éstas son algunas de las palabras proferidas por Demóstenes en esa histórica disputa y que han perdurado hasta nuestros días:

*Dime, Esquines: ¿Qué tenía que hacer nuestra ciudad cuando vio que el propósito de Filippo (rey de Macedonia) era establecer sobre los griegos su tiránico dominio? ¿Qué podía yo haber dicho o propuesto como consejero de Atenas, [...] sabiendo que desde los primeros tiempos hasta el día en que subí por vez primera a la tribuna, nuestra patria se había empeñado siempre por la supremacía, el honor y la fama; [...] viendo como veía que al propio Filippo, contra quien luchábamos nosotros, lo incitaban la soberbia y el poder de tal modo que por ellos sufrió la pérdida de un ojo, la fractura de la clavícula, quedó lisiado de una mano y una pierna, y habría sa-*

*crificado gustoso todos los miembros de su cuerpo con tal de que el honor y la fama fueran suyos por el resto de su vida...?*

***Lo único que se podía hacer, y lo que era necesario hacer, era oponerme con justicia a todas sus injusticias..., y yo fui quien lo propuso todo el tiempo, mientras actué en política. Y ahora lo sostengo. ¿Qué otra cosa debía haber hecho? Te lo pregunto a ti, Esquines (ibid., pp. 239-240. El énfasis es mío).***

La fuerza de la argumentación de Demóstenes y su elocuencia como tribuno brillaban como nunca en esa célebre confrontación frente a cientos de sus compatriotas que ávidos escuchaban la arenga del orador más connotado de Grecia.

La diatriba\* de Esquines no surtía efecto, en tanto que Demóstenes se ganaba los ditirambos (alabanzas) de la multitud.

La expectación era enorme... Finalmente: “Demóstenes aparecía como vencedor ante el tribunal popular de Atenas y recibía la corona de oro mientras que su oponente, Esquines, abandonaba Atenas para siempre” (*ibid.*, p. 242).

---

\* *Diatriba*: “Discurso o escrito violento e injurioso contra personas o cosas” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

## Capítulo VII

### **Aspectos a considerar antes de dictar una conferencia o intervenir en una mesa redonda**

Tarde o temprano la mayoría de los investigadores y profesionistas en general deben cumplir con el compromiso de hablar en público, si se les encarga una conferencia o intervenir en una mesa redonda, al igual que para enunciar proyectos o divulgar información, etcétera.

El auditorio puede ser variado o concentrar a individuos de una sola disciplina; ser numeroso o reducido; pasivo, participante o sumamente flamígero (agresivo). Quizás acuda motivado por el tema, o exclusivamente para conocer al disertante; que concurra por las exigencias de cierta autoridad, o con la mira de

adquirir una constancia de asistencia para sus evaluaciones académicas.

Como he señalado, *muchos estudiantes y egresados no se encuentran preparados para hacer uso de la palabra, pues en las instituciones de educación superior, al igual que en los primeros niveles de la enseñanza, se descuida este aspecto que debiera catalogarse como parte fundamental de su desarrollo.*

No es suficiente, por lo tanto, adquirir vastos conocimientos en el aula; se necesita saber transmitirlos con propiedad, con el fin de realizarnos como profesionistas e individuos.

Nuestra formación se orienta en la mayoría de los casos –como apunté en el tercer capítulo– *a reproducir un modelo educativo donde el profesor asume el mando y dirige al grupo, en tanto que los alumnos deben adoptar una actitud receptiva y pasiva, además de seguir las instrucciones a pie juntillas.* Este sistema de enseñanza-aprendizaje subsiste en casi todas las instituciones de educación superior de México y del extranjero, lo cual incide negativamente en el ejercicio profesional.

Con respecto a la exigencia de hablar en público, muchos quisiéramos que no llegara ese momento o se demorara el mayor tiempo posible. Sin embargo, debemos saber cómo abordar semejante compromiso para pugnar por salir airosos. Sólo con ahínco conseguiremos la grandilocuencia de un tribuno consagrado.

Ciertas recomendaciones previas a la disertación son pertinentes para no navegar al garete:

1. Evitemos condenarnos al fracaso desde antes de comenzar. Rehuyamos, por ende, la actitud derrotista que encierran las frases: “No podré hacerlo”, “me van a traicionar los nervios”, “otros conocen más del tema”.

*Debemos convencernos de nuestra capacidad para cumplir ese encargo y de que, además, lo haremos satisfactoriamente si nos preparamos como es debido, tanto con respecto al asunto sobre el cual versará la ponencia, como física y anímicamente.*

Reflexionemos también en el sentido de que esa es una oportunidad para comunicarnos con nuestros compañeros o con las personas a quienes nos dirigiremos; ellas dejarán de realizar otras cosas para escucharnos.

No nos arredre romper el silencio; lo que debe llenarnos de preocupación es la indecisión o la carencia de posibilidades para sacar a la luz nuestras ideas y vivencias y, por ello, permanezcamos en el anonimato.

2. *El orador experimentado cuida siempre su organismo a fin de prevenir contratiempos el día del compromiso. Una alimentación rica en frutas y vegetales es importante para contribuir a tal propósito.*

*Asimismo, conviene efectuar diariamente algún tipo de ejercicio para mejorar la salud, el estado de*

*ánimo y la imagen corpórea en general* Si conseguimos una figura grácil, tanto mejor. Debemos pensar en que seremos el centro de atención, y desde la entrada del auditorio, quizá desde que arribemos a la escuela o dependencia, nos observarán constantemente.

No debe angustiarnos el saber que las personas estarán al pendiente de nuestras palabras; más bien aprovechemos esos momentos, previos a la disertación, para ir conquistando al público.

Una buena apariencia física, con la vestimenta apropiada para la ocasión, son puntos a favor nuestro. Si el expositor es hábil sabrá cómo manejar esos detalles para crear desde el comienzo un campo propicio a efecto de atraer positivamente la atención de la concurrencia.

Si el nerviosismo persiste es recomendable respirar profundamente varias veces antes de hablar. En mi caso recorro a prácticas de digitopuntura para tranquilizarme, por ejemplo, discretamente presiono, lo más fuerte posible, con la uña del dedo pulgar de la mano derecha la parte interior del meñique izquierdo, específicamente a un milímetro abajo de la uña (tiempo de duración de dicha práctica: de 30 a 60 segundos). Cada quien debe descubrir los medios para controlar el pánico escénico, y así *no quitar el dedo del renglón*.

3. Es indispensable conversar ampliamente con quienes nos invitan a una mesa redonda, o para dictar un curso o una conferencia, con objeto de precisar: las característi-

cas de los convocados y algunas de sus expectativas, el número de ellos, la índole de recursos didácticos disponibles, el tamaño del local, su ubicación, la existencia de micrófono y si éste es fijo o móvil, etcétera. Respecto a esto último conviene solicitar dos aparatos, de preferencia portátiles, uno para el disertante y el otro para el auditorio.

4. *Si no dominamos la materia y carecemos de experiencia para hablar en público, eludamos improvisar toda vez que el nerviosismo quizá nos lleve a tartamudear, a no saber cómo hilar las frases, a emplear muletillas, lo cual revelará nuestra incapacidad para expresarnos correctamente.* Podemos vernos, por tanto, en serios aprietos y hacer el ridículo.

Como dice Peter B. Medawar (Premio Nobel), “hasta los ponentes más experimentados se sienten nerviosos antes de una charla, y es conveniente que así sea, pues es una señal de que también les interesa quedar bien” (*Consejos a un joven científico*, pp. 93-94).

5. Conviene llevar dos copias del trabajo, por si los organizadores requieren de una de ellas para su publicación en las memorias del congreso o foro. Debemos escribir nuestro nombre al principio para reducir el conato (intento) del plagio de las ideas.

6. Es necesario confeccionar un *currículum* breve para que la gente se entere, aunque sea a través de una corta

semblanza, de nuestra trayectoria. Su lectura constituirá un valioso prelude a fin de crear un ambiente favorable para comenzar la disertación con buenos auspicios.

7. Si se nos llama para fungir como *moderadores* en una mesa redonda o como maestros de ceremonia, cuide-mos la introducción correcta de los ponentes y precisemos los temas que abordarán. Encima, debemos vigilar el cumplimiento de los tiempos previstos de exposición, pergeñar (preparar) un resumen con las aportaciones más significativas de los invitados para leerlo al concluir éstos, y organizar la parte relativa a las preguntas y respuestas, encauzando la discusión a efecto de alcanzar los objetivos formulados.

Ante tal compromiso, rememoremos el adagio chino plasmado en el capítulo cinco: “Preferible es la más pálida tinta a la más brillante memoria”. Apunto esto debido a una experiencia que vivió un docente de la Escuela de Derecho de la Universidad Zacatecana al desempeñarse, cierta vez, como encargado de una mesa redonda donde discursaría un reputado jurista.

Para mantener expectante al público, el moderador principió la presentación del insigne conferenciante ofreciendo una biografía pormenorizada del mismo, sin hacer alusión al nombre del personaje. Al terminar debía, como es natural, mencionar de quién se trataba; empero, el responsable de la sesión olvidó cómo se llamaba el disertante. Sin perturbarse por el yerro, se acercó dis-

cretamente al organizador del acto, quien se hallaba a su lado, y sin apagar el micrófono o cubrirlo con la mano, le preguntó: “Dime cómo se llama este *güey*”. El público rió de buena gana ante tal gazapo, me comentaron varios catedráticos de dicha escuela.

Concluía estas líneas cuando leí en un rotativo (periódico) el desatino de George Bush, candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos. El 3 de septiembre del 2000 se obnubiló (ofuscó) ante la crítica que le formularon en un medio de comunicación: “Insultó en privado a un periodista de *The New York Times*, pero a centímetros de un micrófono abierto, por lo que fue escuchado por todos los que asistían a un acto” (*La Jornada*, 6 de septiembre del 2000, p. 29).

En otras ocasiones se cometen pifias cuando más se anhela emular a Demóstenes para salir por la puerta grande. Le pasó a una concursante ignara, en un certamen de oratoria, quien, por desconocer la acepción de ciertos vocablos, al dirigirse a los miembros del *presidium* se expresó así: “Distinguidos señores *presidarios...*”, lo que produjo, como es de imaginarse, la risa de la concurrencia y la pena de la dama por semejante *lapsus*.

Partamos de un supuesto al comprometernos para concurrir en público: todo puede suceder, por lo que debemos prevenirnos para arrostrar cualquier clase de contingencias. *Si tenemos un resbalón no nos resignemos a ver tal hecho como una hecatombe (catástrofe) que nos deje resabios; en tanto porfiemos con ahínco conseguiremos salir victoriosos del traspíe.*

8. Con objeto de avanzar con más seguridad rumbo a la meta, convertirnos en oradores persuasivos, una recomendación cabe aquí, la de *adquirir una cultura lo más vasta posible en los distintos campos del conocimiento filosófico, histórico, político, jurídico, de la salud, etcétera.*

Esto se consigue asistiendo a conferencias o mesas redondas y por medio de la lectura de revistas científicas y de carácter político, así como de periódicos, entre otras vías.

De este modo, ante públicos disímiles será sencillo recurrir a ejemplos de su disciplina o cercanos a ésta. Con ello mantendremos su atención en lo que proferimos, pues la disertación será convincente, por lo que el auditorio comprenderá sin complicaciones los puntos que se abordan.

9. Por si fuera poco, el enriquecimiento cultural se reflejará también en la conversación cotidiana dado que las charlas que sostengamos con familiares y amigos serán más substanciosas. Éstos se solazarán realmente con la amenidad de nuestra plática y anhelarán volver a tener noticias de nosotros.

Hagamos sentir bien a la gente para que en otra ocasión desee volver a escucharnos. A veces, cuando no existe una relación previa, basta con un trato breve para que en otra oportunidad las personas al vernos se atrevan a hablarnos, en vez de ignorarnos, dado que les inspiramos confianza.

## Capítulo VIII

### **Recomendaciones para iniciar nuestra participación en una mesa redonda, o al impartir un curso de actualización o conferencia**

Reconocemos, ya sea como expositores o asistentes a una jornada académica o política, que *el modo de planear el preludio del discurso resulta decisivo para seducir o no al público. Si logramos armar una entrada que llame la atención será más sencillo avanzar en la disertación, hasta conseguir conquistar plenamente a la concurrencia.*

La manera de iniciar el desarrollo del tema representa un indicador visible e inconfundible de nuestra personalidad, y del dominio de la materia sobre la cual versará

la alocución. Enseguida enuncio ciertas estrategias a las que recurro, en ocasiones, para abrir la exposición.

1. Cuando asisto con grupos cuyo interés fundamental es la educación me refiero, en primer término, a un fenómeno que advierto en todas partes, incluso en el auditorio donde en esa oportunidad dictaré la conferencia: *los concurrentes procuran sentarse en los puntos más distantes del sitio en que se halla el orador.*

Ante tal conducta narro experiencias vividas sobre el particular.

En diciembre de 1990, en la Facultad de Pedagogía de la Universidad Veracruzana (Unidad Poza Rica) sugerí a los organizadores de una jornada sobre investigación colocar las sillas en tres círculos concéntricos, para que los convocados (cien aproximadamente) pudieran interactuar de manera más dinámica, con objeto de facilitar el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Sucedió entonces un hecho notorio: la mayor parte de los y las pedagogas evitaban sentarse en el primer círculo; se “peleaban” por conseguir lugares situados lejos del expositor.

Semanas después, en la Escuela Normal de Bacalar, Quintana Roo, debía coordinar un curso-taller sobre la misma cuestión, cuyos participantes eran profesores normalistas de la zona. Decidí, por ello, aprovechar el momento para llevar a cabo una observación controlada, con el afán de reunir más evidencias empíricas res-

pecto al modo de proceder de los educadores a la hora de sentarse en el aula.

Previamente a dicha actividad académica, propuse a los directivos del plantel ubicar las sillas en *tres círculos concéntricos* para contemplar el comportamiento de los noventa docentes que acudirían al curso. Se repitió el mismo fenómeno ocurrido en Poza Rica, Veracruz: los preceptores se apresuraban a ocupar los asientos de atrás.

Meses más tarde dicté dos conferencias sobre “Cómo aprender a investigar” en una escuela pública de educación primaria, de la ciudad de Oaxaca. Una charla era para los escolares de cuarto año, y la otra para los de quinto.

Mi primera participación se previó para las 10 horas; por lo mismo, los niños y niñas se hallaban ya trabajando en el aula donde acostumbraban hacerlo cotidianamente. Pedí, por tanto, a sus mentores que, de ser posible, consiguieran otro salón para organizar los pupitres en la forma descrita. Cada grupo se trasladaría a dicho local; así, podría observar su conducta al encontrar las bancas dispuestas de ese modo.

El primero con el que platicaría era de cuarto grado. Noté ahí una actitud opuesta a la que vi, otrora, en maestros de dos zonas distintas del país: los colegiales se sentaban en cualquier lugar, sin preocuparles si quedaban en el primer círculo o detrás. Similar proceder tuvieron dos horas más tarde los estudiantes de la otra clase.

En cambio, el comportamiento que adoptan los alumnos y profesores de las carreras donde he impartido cursos y conferencias se ubica, por lo general, en el mismo patrón de reticencia antes descrito. Ello pese a reconocer la necesidad de alentar una *interacción más profunda y permanente* entre los distintos miembros de la clase, a fin de favorecer las actividades educativas.

Para superar tal incongruidad (incongruencia) *debe insistirse en que los actores del proceso de enseñanza-aprendizaje se sitúen lo más cerca posible, unos de otros, aun cuando se disponga de micrófono* (que recomiendo dejar de lado si el local posee una buena acústica y no se padece alguna afección de las vías respiratorias).

Esto coadyuvará para que dicho proceso cumpla su cometido de generar conocimientos relevantes sobre la cuestión que se analiza y, por si fuera poco, sirva para adquirir una formación integral como profesionistas y como seres humanos.

En la práctica educativa la comunicación es, sin duda, fundamental para conseguir que el individuo deje poco a poco el anonimato, en tanto propenda a brillar participando de manera activa, crítica y reflexiva.

Luego de estas experiencias, relatadas en los párrafos precedentes, me surgen varias cuestiones:

*¿Por qué nos resistimos a estar cerca del disertador, si sabemos del valor que tiene una relación estrecha con él, tanto el día de la confe-*

*rencia o el tiempo que dura el curso como ulteriormente, para que el contacto intelectual persista y trascienda aún más?*

*¿En qué fase de nuestra infancia o adolescencia empieza a surgir el miedo de aproximarnos a quien puede, “en razón de su poder o de sus conocimientos”, requerir que participemos?*

*¿Cómo superar el temor que provoca en muchos la cercanía del expositor o de la autoridad, y más si presumimos que nos demandarán hablar?*

*¿De qué modo los sistemas familiar y escolar constriñen, poco a poco, nuestras inquietudes por involucrarnos en las diversas actividades académicas?*

*¿A quién beneficia que los alumnos, profesionistas y personas en general se conviertan en seres receptivos, pasivos y obsecuentes?*

Estas preguntas las planteo en ocasiones a ciertos grupos para iniciar la reflexión en torno al proceso educativo.

2. Otro modo de abrir una conferencia es citar una frase de algún personaje connotado en el campo de la ciencia, la cultura o la práctica política. La referencia que seleccionemos deberá evidenciar, por un lado, el marco filosófico, teórico o político, según el caso, en donde ubicaremos la exposición y, por el otro, servirá para despertar la expectación del público, a partir de ese instante.

Por ejemplo, si la materia sobre la cual voy a discutir es la dialéctica en el campo de la investigación, es oportuno comenzar con una frase de Nezahualcóyotl (1402-1472) que me encanta, la cual pronuncie primero en náhuatl y luego en español: “Nochi pano... nochi tlami, ipan inin tlalticpatli...”; “Todo pasa... todo acaba, nada queda en este mundo...”.

Si acudimos a un acto político conviene precisar desde el principio nuestra posición, pese a saber que buena parte de los oyentes quizá discrepa de ella.

*Una cosa me ha enseñado la vida: no temer expresar, en cualquier circunstancia, nuestra postura intelectual; ello significa adoptar cierta concepción sobre el mundo y la sociedad y, por consiguiente, asumir determinados compromisos sociopolíticos.*

He llegado a la conclusión de que es mejor esto, pese a los riesgos inherentes, que endilgar un discurso abstracto o en donde su autor se refugia en el *eclecticismo* para no arriesgarse con ninguna línea intelectual o política (aunque permanecer en la “neutralidad” revela una actitud acomodadiza: preservar o adquirir canonjías, eludiendo compromisos de fondo).

Por esta razón, el 4 de enero del 2000 al disertar acerca del movimiento estudiantil que tenía lugar en esa fecha en la UNAM, decidí abrir mi participación ante el rector y cientos de académicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales con una frase célebre que indicara, de entrada, por dónde encaminaría mis palabras.

Elegí, por lo mismo, un pensamiento que el presidente Salvador Allende pronunció en un discurso histórico, en diciembre de 1972, en Guadalajara, México: “Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero al ir avanzando por los caminos de la vida, mantenerse como revolucionario en una sociedad burguesa es difícil”.

En esa ocasión quienes me habían antecedido en el uso de la palabra se dirigieron exclusivamente al rector de la UNAM desde el sitio donde se hallaban en el auditorio. Por mi parte, *consideré oportuno pasar al frente del recinto y desde ahí leer el documento, mirando tanto a dicho funcionario como a los académicos.*

Con tal acción pretendía demostrar mi respeto a la concurrencia, toda vez que no me interesaba hablar solamente para la autoridad. De este modo, *observaría las reacciones que mi intervención suscitara en el público.* El texto que elaboré para tal motivo con la profesora Amparo Ruiz del Castillo, se incluye en el apéndice 1.

3. Un modo poco usual de entrar en contacto con la gente antes de principiar, es proponer que entre todos modifiquemos la disposición de las sillas, en caso de no estar fijadas al piso, para favorecer la interacción.

En octubre del 2000 la Universidad de Panamá me invitó a dictar la conferencia “Formación de investigadores. Aspectos metodológicos y sociales” dentro de su Congreso Nacional: Investigación e Innovación.

La asistencia superaba las trescientas personas. Concluida la ceremonia de presentación, en vez de dirigirme al atril (como las normas lo señalan y era lo esperado por el público) para empezar mi disertación, y en vista de que estábamos en un enorme salón con asientos móviles y muchos permanecían de pie, me acerqué al grupo; le sugerí mover las butacas para ubicarlas en tres círculos concéntricos y aprovechar, además, el desnivel del proscenio para que las personas se sentaran ahí.

Semejante petición provocó desconcierto pues las conferencias precedentes se dictaron con las sillas dispuestas según lo acostumbrado (en filas, una tras otra). En el acto contuve la turbación al expresarles que ello facilitaría la interacción entre los concurrentes.

4. Otro modo de iniciar el discurso es citar alguna publicación, o referirme a cierto trabajo o acontecimiento que haya acaecido en los días previos a mi llegada al lugar donde impartiré el curso o la conferencia, y el cual estimo relevante comentar por su atingencia con el tema. Para ello solicito a los organizadores proporcionarme los rotativos (periódicos) principales editados en la ciudad o en la zona.

Al arribar a la población procuro leer los encabezados de las notas capitales; si me resulta atractiva una noticia o artículo lo reviso con presteza, a fin de precisar a qué asunto remitirme para abrir la exposición, o durante

los primeros minutos, máxime si el deseo es despertar la expectación del auditorio desde el preludeo.

En la conferencia que dicté en la Universidad de Panamá (véase el punto anterior) comencé, una vez colocadas las sillas en círculos concéntricos, haciendo alusión a la trascendencia de formar a los investigadores prácticamente desde la cuna; empero la familia, la escuela y el sistema social en general, constriñen la curiosidad e imaginación de los menores.

En este contexto, relaté la experiencia con los docentes de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, y lo que escribió al respecto la profesora Isabel Agüera (véase el capítulo II).

Para evidenciar el interés de los académicos panameños por esta cuestión me basé en el periódico *La estrella de Panamá*, que ese día (10 de octubre del 2000) publicó una reseña de la maestra universitaria Yolanda Crespo Díaz tocante al libro de Daniel Goleman, *El espíritu creativo*:

*La creatividad es el estado natural del niño; sin embargo, las presiones psicológicas que encontrará en el colegio inhiben su creatividad. Los principales asesinos de la creatividad son: la vigilancia constante, la observación continua y el control del niño; esto inhibe, esconde y ahoga el instinto creativo. La evaluación muchas veces asusta a los pequeños. Muchos niños reprimen*

*sus ideas creativas si piensan que no serán calificados con buenas notas si no responden como el maestro quiere. Entonces hacen una servil respuesta de lo que dice el libro o el maestro en clase y no se atreven a disentir por miedo a no recibir la aprobación del docente* (“El proceso de la creatividad”, p. C-4).

Los miembros del auditorio notan de inmediato cuando el disertante se preocupa por contextualizar sus palabras en el medio al que pertenecen; como respuesta a ello, tratarán de poner atención al orador.

5. Otras estrategias para abrir el discurso dependerán de las circunstancias particulares propias de cada caso; la materia sobre la cual se disertará y la orientación que pretendemos darle; la formación académica y el entorno social donde viven y laboran los asistentes; la índole de trabajo que ejecutan, así como las características de la institución que nos invita, etcétera.

Mientras meditaba sobre estos puntos me hablaron por teléfono del Estado de México, para concretar una conferencia que dictaría el 22 de enero del 2001, en la población de Almoloya de Juárez.

Aproveché la oportunidad para conversar con la organizadora sobre distintas cuestiones referentes a la charla. Propuse como título de ésta: “La problemática de salud en México y su causalidad social. Estrategias para

prevenir la enfermedad y promover la salud”, debido esto a la clase de público que acudiría a escucharme.

Ignoro en este momento cómo *empezaré* a disertar sobre tal tema aunque tengo ya un bosquejo. A veces tomo la decisión horas antes del compromiso.

En este caso, debo valorar la coyuntura actual: la realidad socioeconómica deteriorada que irroga (causa daños) en la salud de la población, así como las expectativas de los participantes, entre otros puntos, para comenzar a trabajar en la entrada del discurso. Se espera una asistencia superior a las trescientas personas.

Cabe mencionar que en cuanto supe de la invitación hace unas semanas, me dediqué a reunir la materia prima para estructurar la conferencia, verbigracia, *entrevistas actuales a funcionarios del área de la salud, estadísticas e informes, así como artículos sobre la temática de la disertación, divulgados en periódicos. Igualmente, me di a la tarea de recopilar documentos y libros sobre la cuestión, primordialmente aquellos cuyas referencias e interpretación sean de utilidad, de acuerdo con el modo como pretendo enfocar la exposición. Asimismo, juzgo conveniente repasar ciertos planteamientos que he publicado al respecto y, sobre todo, analizar las experiencias que he tenido con grupos similares.*

Estimo oportuno confeccionar, en primer lugar, un guión a fin de orientar mis palabras. Para ello debo revisar la manera como he encauzado otras conferencias relativas al

mismo asunto, así como las discusiones que en este campo he sostenido con médicos, enfermeras y odontólogos.

El desafío es mayúsculo si tomo en cuenta que los convocados no desean conocer exclusivamente mis ideas sobre la causalidad social de la problemática de salud. Ellos esperan llevarse, por si fuera poco, sugerencias para planear sus actividades de prevención de la enfermedad y promoción de la salud, según me indicó la organizadora de la plática.

Todavía ignoro si a partir de los rubros que pienso desarrollar redactaré un documento para leerlo el día del compromiso, o si improvisaré mis palabras (no el contenido, aclaro) basándome en dicha guía.

En cualquier caso, juzgo que la forma de principiar, como he apuntado, será fundamental para mantener en expectación al auditorio. Si logro una buena entrada, creo que desde ese instante comenzaré a seducirlo, y terminaré de discursar sin contratiempos.

*Presumo, por ende, que lo esencial en este breve lapso, que comprende el preludio, es ostentar plena seguridad y elocuencia al iniciar la alocución, de modo tal que conmueva a los asistentes y, a la vez, coadyuve para emprender con certidumbre el camino hacia el punto culminante de mi disertación: la conquista total del público.*

En tanto cavilo acerca de la manera de abrir el discurso para abordar el tema aludido, viene a mi mente una experiencia que viví el 8 de febrero de 1998, en

la ciudad de La Habana, Cuba, al participar en la presentación de un texto sobre Ernesto Che Guevara escrito por un comandante de la Revolución Cubana, amigo del mítico guerrillero. Me encomendaron previamente redactar un prólogo para esa obra, la cual se comentó en la Feria Internacional del Libro en la población y fecha precitadas.

En vista de lo significativo que ese hecho resultó para mí, lo narro en el capítulo XXIV.

6. Hoy, 22 de enero del 2001, acabo de retornar del municipio de Almoloya de Juárez, luego de dictar la conferencia referida en el punto previo. Son las 17:15 horas. Una vez más compruebo que la realidad es más rica que cualquier paradigma (modelo) de interpretación de la misma. El relato de esta vivencia, donde afronté desafíos y disfruté de momentos placenteros, tuve todavía oportunidad de incluirlo en la primera edición. Si hubiesen pasado unas horas más, el volumen estaría ya formado y no habría sido posible incorporar lo sucedido en dicha alcaldía.

Mañana deben hacerse los negativos de las páginas para que a la brevedad se inicie su impresión y salgan a la luz dentro de tres semanas, cinco meses después de animarme a escribir estas líneas. Encima, debo meditar, enseguida de narrar lo acontecido en ese lugar, sobre el diseño de la portada para que se imprima en el acto. Espero que te guste; en caso contrario, acepto tus sugerencias (afortunadamente ya tengo compues-

ta la *cuarta de forros*, es decir, la contraportada, dado que la pergeñé mientras redactaba el postrer capítulo).

Para no perder el hilo conductor te invito a que me sigas en esta aventura intelectual y humana.

*Relato de la conferencia sobre la problemática de salud dictada en el municipio de Almoloya de Juárez, Estado de México, el 22 de enero del 2001*

Pese a que siempre trato de prepararme para arrostrar escenarios complicados cuando voy a dictar una conferencia o un curso-taller, a veces devienen circunstancias que no se prevén.

Cuando llegué al auditorio del palacio municipal los asistentes (alrededor de trescientos) ya se hallaban trabajando en equipos, pues la plática la impartiría dentro del “Taller de planeación intersectorial de la salud en el municipio”. Creí que tal hecho quizá generaría una actitud poco receptiva de los concurrentes hacia mis palabras, toda vez que para escucharme dejarían la discusión que en cada mesa se desarrollaba, tocante a los problemas de salud en sus comunidades y sobre sus posibles soluciones.

Aunado a lo antedicho, el diseño del auditorio, por cierto demasiado grande, daba una impresión de frialdad, como si reflejara la temperatura álgida del ambiente que sentíase en esos momentos. Sumado a ello, cuando entré al recinto me di cuenta de que estaba construido para

mantener a la gente lejos de los expositores, pues la altura del proscenio era de casi dos metros con respecto al piso donde se encontraban los miembros del grupo discutiendo en equipo.

Sin embargo, lo que más me desconcertó fue la clase de participantes; la organizadora de la jornada me había comentado que eran promotores de salud y pensé —erróneamente— que la mayoría tenía estudios de bachillerato, enfermería o de trabajo social. Cuando ingresé al lugar advertí que la mayor parte de la concurrencia estaba compuesta por personas que provenían de las 70 comunidades pertenecientes al municipio de Almoloya de Juárez.

*Al percatarme de que el público era distinto del esperado, consideré necesario **modificar en ese instante la estrategia**: no expondría completo el documento de veinte páginas que había pergeñado. Decidí leer sólo sus partes sustantivas, e improvisar sobre la marcha.*

Cabe mencionar que la organizadora me envió, con el chofer que me trasladaría al auditorio, un legajo con referencias acerca de las tasas de morbimortalidad (enfermedad y mortalidad) del municipio y sobre los servicios con que cuentan las viviendas, así como del ingreso *per cápita* de los habitantes y otros informes que revelaban la alta marginación de la zona.

Mientras el conductor guiaba a toda velocidad, dado que por el tránsito no llegó a la hora acordada para transportarme de la ciudad de México a la población de

Almoloya de Juárez, distante 100 kilómetros aproximadamente, me di tiempo para incluir en mi ponencia, a toda prisa, los datos relativos al municipio. *Ello con el afán de proporcionarle al grupo una pincelada de realidad más cercana a las circunstancias sociohistóricas donde vive y trabaja. Estimé que el hecho de escuchar datos sobre sus comunidades, mismos que presentaría dentro de la información referente a todo el país, atraería más su interés hacia mi alocución.*

Durante el traslado recordé que en otra ocasión, cuando me dirigía a una escuela del mismo estado, el lapso del recorrido fue muy grande y ello me agobió en exceso; ahora deseaba que los segundos se prolongaran para contar con más minutos a fin de incorporar de manera adecuada las referencias sobre la problemática de salud que la organizadora de la jornada me enviaba con el chofer de la alcaldía. ¡Realidades contradictorias de la vida!

Empero, volvamos al instante donde me quedé al arribar al auditorio y estaba a punto de abrir la exposición.

Dado que al trabajar en equipo mucha gente le daba la espalda al proscenio, desde donde yo hablaría, *demandé a los participantes que acomodaran sus sillas de tal forma que vieran hacia el frente. Asimismo, dejé el lugar asignado detrás de la mesa, desde donde haría uso de la palabra, y me paré delante del mueble para estar más cerca del público.* Pensé en cierto momento bajarme del estrado, mas razoné que, por el número de asistentes, no podría observar con facilidad a quienes estaban situados en los puntos más distantes del templete.

Cuando habló la moderadora del acto me di cuenta de que el sonido del micrófono no era claro; tampoco podía discursar sin recurrir a él dado que tenía una infección en las vías respiratorias; encima, el salón era demasiado grande y carecía de una acústica buena.

*Valoré todas las circunstancias referidas para iniciar la plática de modo tal que los lugareños sintiesen confianza.* Por ello empecé a ponerme “en su misma frecuencia”; principié sugiriéndoles que interrumpieran mi exposición en caso de que hubiese dudas.

Como apunté antes, sólo leí aquellas partes del discurso que estimé más relevantes; entre éstas, procuraba improvisar recurriendo a datos sobre el municipio, o relatando experiencias que he vivido en otras zonas rurales del país, y que tienen atinencia con el tema de la disertación, para conservar la atención de los oyentes.

Luego de concluir, se abrió un periodo de preguntas y respuestas.

La primera persona, una mujer, deseaba conocer mis puntos de vista acerca del alcoholismo. *Me dirigí a los demás asistentes para requerir un voluntario, a fin de que interviniera antes que yo para que exteriorizara su opinión tocante al asunto;* un hombre, que había vivido ese problema, expuso sus ideas. Cuando terminó, di a conocer lo que pensaba respecto a dicha enfermedad.

Otra señora preguntó qué se puede hacer para evitar que en las cooperativas de las escuelas se vendan alimentos chatarra. Una más comentó sus experiencias con el médi-

co, que mostraban el lucro que persiguen algunos (¿o muchos?) galenos con la medicina. Otras más expusieron sus pensamientos sobre cómo prevenir la enfermedad y cuidar la salud.

Estaba realmente encantado con la respuesta de la concurrencia, integrada en su mayoría por campesinas y campesinos ávidos de participar en el diseño de estrategias para enfrentar la problemática de salud del municipio.

Me percaté ahí de un fenómeno realmente bello: *los lugareños no tenían temor de hablar; ansiaban, más bien, aprovechar la oportunidad para que se les escuchara. Recordé en esos instantes que muchos alumnos y profesores aducen cualquier excusa para no expresarse en público.*

En esta ocasión, las personas que asistían a la conferencia, amables y plenas de envidia, habían convertido al auditorio –en el que percibí frialdad cuando llegué, quizá por su diseño, según lo relato párrafos antes– en un recinto donde una hora más tarde se respiraba una gran calidez; me sentí de verdad parte del grupo.

La despedida fue sumamente emotiva... Espero regresar pronto al municipio de Almoloya de Juárez del Estado de México para convivir otra vez con su gente campesina, que me hizo sentir bien, espiritualmente, para proseguir en pos de mi superación por los caminos contradictorios de la vida... Son las 22:33 horas de un día pleno de emociones (22 de enero del 2001)...

## Capítulo IX

### Recomendaciones para escribir un discurso

Cada discurso posee su especificidad en tanto se prepara en función de objetivos concretos, así como en determinadas circunstancias, y para pronunciarse ante cierta clase de público, en una fecha y lugar precisos.

Pese a tales peculiaridades, es factible enunciar sugerencias para elevar la calidad del escrito, las cuales son válidas en prácticamente todos los casos.

El contenido y su presentación deben cuidarse escrupulosamente, pues son aspectos que no es dable escindir en la preparación del documento.

Sin duda, *decidirse a redactar un texto implica superar el marasmo y la rutina cotidiana; acaso la incertidumbre ante retos inéditos angustie a un escritor*

*novel y ello complique el inicio. Mas esto le ocurre igualmente a individuos con experiencia, quienes afrontan apuros al escribir.*

Recuerdo lo expresado por Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura. En octubre de 1990, dos días antes de recibir esa distinción, el reportero del periódico *Excélsior* le pregunta: “**¿Maestro, cuando va a escribir un ensayo, qué es lo más difícil para usted?**”

La respuesta del ilustre hombre de letras encabeza el reportaje publicado en la primera página de dicho diario y revela lo que muchos experimentamos: “**Hallar la primera frase, lo más difícil**”.

Algo parecido acontece a los científicos, tal como lo puntualiza Peter B. Medawar, biólogo eximio, Premio Nobel 1960:

***La perspectiva de escribir llena de espanto a los científicos. La razón tradicional de la habitual renuencia del científico a elaborar un artículo es que le aparta de la investigación; pero la verdadera explicación es que escribir un artículo es algo que la mayoría de los científicos saben que para ello no sirven*** (Consejos a un joven científico, p. 96. El énfasis es mío).

Tocante a la presentación del texto, la práctica confirma la relevancia de las recomendaciones citadas a renglón seguido, para que tome vuelo nuestro escrito:

1. La estructura interna del discurso debe evidenciar de manera clara y precisa sus elementos cardinales, así como las tesis o ideas rectoras que sustentan la exposición. El desarrollo de los planteamientos debe realizarse de modo tal que en cada párrafo, apartado y capítulo, así como entre ellos, se observe un hilo conductor con objeto de mantener la coherencia tanto al interior de cada una de las partes, como en el conjunto del trabajo.

2. La originalidad y pulcritud al escribir son condiciones primordiales para cautivar al público; en razón de ello, depuremos con esmero nuestro estilo pues representará un sello de distinción. Acaso tardemos varios meses o años por lo que es menester iniciar a la brevedad, para que cortejando con finura las palabras consigamos hermohear las locuciones y abrillantar el discurso.

Para hacer realidad dicha aspiración debemos afanarnos en expresar los pensamientos con elegancia y, al mismo tiempo, con naturalidad; cuidar que la composición de las oraciones sea lógica y éstas se estructuren en forma clara y directa, sin rebuscamientos.

Al revisar meticulosamente el texto conseguiremos descubrir ideas abstrusas (de difícil comprensión), vocablos fuera de lugar o cuyo significado no es preciso, u otras fallas y vicios de redacción que se enuncian en el capítulo subsecuente; así, nuestra prosa resultará amena y sencilla de comprender. Sólo trabajando con ahínco

se perfeccionará de modo admirable la expresión escrita, a fin de embelesar a los lectores.

3. En este proceso el escritor incorpora *locuciones adverbiales* o *modos adverbiales* propios de su idioma y del país o región donde aquél se habla. Su uso oportuno le confiere brillo al lenguaje, y es una muestra del estilo sublime que el prosista forja con el decurso del tiempo.

*Las locuciones adverbiales también reciben el nombre de **modismos**, expresiones particulares o frases hechas, y no se sujetan a ninguna regla de sintaxis, mas contribuyen a darle color y sabor a nuestro idioma, por ejemplo: “a ciegas”, “a duras penas”, “a sangre fría”, “a sabiendas”, “en un abrir y cerrar de ojos”, “tarde o temprano”, “cueste lo que cueste”, “de corrida”, “de antemano”, “de memoria” (La fuerza de las palabras, p. 161).*

4. Recurrir lo menos posible a verbos comodines que si bien sirven al principio para escribir un pensamiento, reducen la fuerza expresiva del lenguaje, por ejemplo: haber, ser, hacer, saber, tener, deber, permitir, poder, dar, etcétera.

En el capítulo XXI usé otros verbos para pulir la exposición de cierta idea. Primera propuesta: “*Había un ambiente de confianza en el grupo y la comunicación era fluida*”.

Última versión: “*Reinaba un ambiente de confianza en el grupo y la comunicación resultaba fluida*”.

5. Reducir las frases incidentales o complementarias cuidando que no se afecte la comprensión del texto; la lectura se volverá más ágil si se arregla la redacción para cambiar de lugar dichas frases, o suprimirlas. Este recurso lo empleo, igualmente, con el fin de evitar disonancias.

Es dable, verbigracia, omitir las locuciones incidentales en el siguiente caso, que se refiere a un párrafo que escribí en un capítulo ulterior: “Para conseguir el efecto esperado el escritor-orador debe, en cualquier circunstancia, desde el principio hasta el final de su exposición, darle al público la impresión de que conversa amenamente con él”.

La versión que salió a la luz, más depurada, fue: *Para conseguir el efecto esperado el escritor-orador debe actuar con grandilocuencia, y darle al público la impresión de que conversa amenamente con él.*

En otras ocasiones es posible reestructurar la idea de modo tal que algunas frases incidentales cambien de sitio en la construcción, o ésta se arregle de manera distinta para hacer más placentera la lectura y, a la vez, se facilite la comprensión del enunciado.

6. Limitar el uso de gerundios; nunca principiar un párrafo con esta forma de conjugación de los verbos pues ello empobrece el estilo. Recurrir a su empleo solamen-

te si el sentido de la oración lo demanda y le confiere vigor a la prosa. A continuación expongo cómo procedí para eludir esa forma verbal (aunque su utilización en este caso no era incorrecta).

Una primera redacción de un planteamiento escrito en el capítulo subsiguiente, era:

**“Tal párrafo puede mejorarse *eliminando varias palabras innecesarias sin que se altere el contenido del mismo*”**. En otra de las revisiones, sin el *gerundio*, lo redacté así: “Tal párrafo mejora su presentación cuando se eliminan varias palabras innecesarias sin que se altere el contenido del mismo”.

Una ulterior propuesta fue: “*Tal párrafo se perfecciona al eliminar palabras innecesarias sin que se altere el contenido del mismo*”.

Otra composición quedó así:

“Tal párrafo se perfecciona al suprimir vocablos innecesarios sin modificar el contenido del mismo”.

La versión para este libro (acaso no la definitiva), fue:

***Tal parágrafo se depura al suprimir vocablos superfluos sin modificar su contenido.***

En esta última escritura, además de quitar dicha conjugación del verbo, retiré el vocablo *que* y otros cuya omisión no alteraban la idea; asimismo, procuré, sobre la base de las propuestas precedentes, confeccionar el acápite de una manera más elegante.

Sin embargo, en el proemio de esta obra consideré pertinente, como en otras partes del texto, recurrir al

gerundio, apoyándome en verbos auxiliares. Por ello, en un párrafo escribí: “Contra lo esperado, la versión preliminar de esta especie de preámbulo salió sin mayores contratiempos; me gusta cómo la voy *confeccionando* en tanto que muestra, como una pincelada de realidad, las dudas y motivaciones que agitan mi ser”.

Dicha idea no podría haberla construido así: “...me gusta cómo la confecciono en tanto que muestra,...”. Esta forma de redactar le quita el sentido de la acción al verbo principal y le resta brillo a la frase.

7. Evitar errores ortográficos; no confiar a ciegas en los programas de las computadoras destinados a revisar este aspecto. Más vale obrar con prurito y tener a la mano un diccionario del idioma, aunque en algunos advirtamos *lapsus*. Así, la *Real Academia Española* utilizó dos veces el vocablo *gente*\* en plural (*gentes*) al definir el término *reputación* (edición de 1999), quedando en entredicho el prestigio de la flor y nata de los puristas del lenguaje (esta falta se corrigió en la versión del 2001).

8. Utilizar correctamente los signos de puntuación para que la lectura sea fluida y el público asimile sin complicaciones aquella información de su interés. El abuso de la

---

\* El *Diccionario de la Real Academia Española* define *gente* como: “Pluralidad de personas”. Sólo es dable usar en plural dicho vocablo en ciertos modismos (véase la página 236).

coma al truncar innecesariamente un enunciado vuelve monótono el texto. Del mismo modo, la ausencia de dicho signo quizá lleve a la confusión de las ideas. Para el primer caso puede citarse el siguiente empleo indebido:

*Que entre el sujeto y el verbo de una oración aparezca una coma: Pese a su frecuencia, tal uso es incorrecto, aunque el sujeto conste de varias palabras: “Los nombres propios, se escriben siempre con inicial mayúscula”; “el presente estudio sobre el nacimiento del imperio romano, representa una valiosa aportación” (La fuerza de las palabras, p. 562).*

Como se indicó, aquí debe suprimirse la coma.

En el capítulo v existe un ejemplo para reafirmar que la coma no debe ir antes del verbo, aun cuando el sujeto incluya varios vocablos: “Con mi grupo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM analicé la cuestión para mejorar su estructura,...”.

Cabe mencionar que el punto y coma implica una pausa mayor que la coma pero menor al punto y seguido. El punto y aparte sirve para cortar un párrafo e iniciar otro, sin truncar de manera brusca el desarrollo de la exposición.

El empleo de comas para precisar una frase incidental o incluir información adicional, lo mismo que los guiones y los signos de paréntesis, debe hacerse con

cuidado para no redactar un texto farragoso que complique su entendimiento.

Los elementos de la construcción que se encuentran *entre comas* guardan una relación más estrecha con la parte del enunciado que le precede, en tanto que los señalamientos que *van entre guiones* poseen un vínculo menor, y aquello que se incluye *entre paréntesis* está menos ligado con el punto previo de la idea.

En cualquier circunstancia, al leerse el texto es dable prescindir de la información o frases que se hallan entre las comas, guiones o paréntesis. Una lectura en voz alta servirá para asegurarnos de que el enunciado no modifica su sentido si se ignora lo incluido adicionalmente.

Con respecto al uso del paréntesis, sirva de ejemplo lo que redacté en el capítulo precedente: “La asistencia superaba las trescientas personas. Concluida la ceremonia de presentación, en vez de dirigirme al atril (*como las normas lo señalan y era lo esperado por el público*) para empezar mi disertación,...”.

Aquí, como es factible verificar, puede omitirse lo que está dentro del paréntesis sin alterar el sentido del planteamiento principal: “..., en vez de dirigirme al atril para empezar mi disertación,...”.

En el libro existen ejemplos para los otros casos, es decir, las locuciones o datos que escribimos entre comas o guiones.

9. No dejar frases o pensamientos inconclusos en un párrafo. Una primera versión de una idea escrita en un

capítulo ulterior era: “En ocasiones asistirán al acto algunos individuos con un objetivo exclusivamente: cuestionar los planteamientos del disertante para hacerse notar... El ponente se percatará de inmediato si la crítica es constructiva o negativa”.

Al revisar el texto consideré oportuno agregar enseguida lo subsecuente: *En cualquier caso debe dejarsele hablar, salvo que pretenda apoderarse del control del auditorio.*

10. Asimismo, procúrese no repetir datos o ideas; ser reiterativo únicamente si el asunto lo exige y para fines didácticos. Por ejemplo, cuando el escritor-orador valore como trascendente fijar en la retentiva del público cierta información, o conceptos y razonamientos fundamentales a los que recurrirá más adelante, para ahondar en el análisis de algunas cuestiones de su ponencia. Igualmente, si son aspectos del discurso que se desea perduren en la mente o en el ánimo de los concurrentes.

Para que la reiteración surta el efecto anhelado es recomendable que aquellos argumentos o puntos de vista relevantes, que se estime deben conservar los oyentes, o el lector, se *recalquen* usando un tipo especial de letra o mediante el subrayado. Asimismo, durante la lectura deben enfatizarse esas partes del trabajo.

11. Si se formula un pensamiento y se enuncian distintas situaciones, experiencias o recomendaciones para

ilustrar el planteamiento preliminar, conviene arreglar cada una de aquéllas en acápites por separado.

Utilícese al inicio del párrafo principal un número o letra, para identificar sin contratiempos el tema correspondiente; asimismo, entre cada grupo de ideas o puntos disímiles debe existir un espacio adicional.

De esta suerte, el contenido no se verá amontonado y coadyuvará para hacer más sencilla y atractiva la lectura. Sirva de ilustración la forma como se perfiló este capítulo en cuanto a su organización.

Cuando se trata de capítulos grandes en donde sólo se expone un rubro, conviene igualmente dividir el texto en apartados (con subtítulos o sin ellos), para que el libro o artículo se lea placenteramente. Obsérvese cómo está estructurado, verbigracia, el capítulo xxiv.

12. Para cumplir con las normas académico-científicas resulta inexcusable no otorgar los créditos a los autores de quienes nos valemos para elaborar el documento; tal exigencia es con el fin de *prevenir el plagio*, tan frecuente en los medios académico y político.

Tocante a este hecho, que va en demérito del prestigio como creadores, véase mi obra *Trabajo intelectual e investigación de un plagio*, en donde narro los pormenores de una investigación que realicé para comprobar dicho delito, del que fui objeto por tres autores de un volumen. Basándome en dicha experiencia construyo una tipología de esa violación a la ley.

13. Con el afán de hacer más fácil la comprensión del texto resulta primordial la recomendación de Wright Mills (*La imaginación sociológica*): “No escribáis nunca más de tres páginas sin tener presente por lo menos un ejemplo sólido” (p. 234).

Tal propuesta contribuirá ciertamente para que el público siga sin dificultad la exposición y, en consecuencia, asimile aquellos planteamientos que a su juicio son substanciales para alcanzar los objetivos que le animaron a escuchar (o a leer) el discurso.

En mi caso, ilustro puntos especiales de la disertación valiéndome de hechos acaecidos recientemente en la zona, o que tienen trascendencia por mucho tiempo en la ciudad donde dicto la conferencia; asimismo, refiero experiencias propias o recorro a las de otros sujetos, con los créditos correspondientes. Si el tema se presta me valgo de estadísticas o de casos específicos para conseguir dicho propósito.

14. Si al expresar un pensamiento se recurre a conceptos inusuales o especializados, es preciso apuntar su acepción para entender mejor el sentido de la idea de la cual forman parte. Así, en el capítulo XII uso el concepto *impostación*. El *Diccionario enciclopédico Planeta* lo define como el “equilibrio que puede alcanzar la voz humana en su registro normal, por medio de un trabajo adecuado” (t. 6, p. 2562).

15. Un uso elegante del lenguaje puede lograrse si abrimos el texto con un *epígrafe*, o sea decir una frase sucinta de un personaje con reconocimiento en la disciplina donde se ubica la materia del discurso. El apotegma seleccionado coadyuvará, por un lado, para *evidenciar la filosofía u orientación intelectual o política del disertante y, por el otro, para incitar a las personas a escucharnos o a leer el documento*. En el capítulo precedente anoté algunas citas que he utilizado para darle realce a mis escritos.

16. La alocución exhibirá mayor fuerza de convencimiento si incluye, además de los puntos de vista de otros autores, los planteamientos y experiencias que poseemos sobre la cuestión. Si se cuida este aspecto será más sencillo persuadir a los concurrentes con nuestra prosa, pues éstos valorarán de verdad el tesón del conferenciante por enunciar tesis auténticas.

Si existe consistencia en la argumentación y solidez en los ejemplos, el auditorio se percatará de ello y conseguiremos el propósito central de cualquier disertador: *dejar un mensaje que perdure*.

Lo anterior servirá de estímulo a los asistentes para cristalizar lo aprendido, en tanto que se consiguió una identificación con el expositor; verbigracia: poner en práctica modelos de enseñanza-aprendizaje innovadores o paradigmas de investigación y enfoques políticos novedosos; buscar información sobre el asunto para profundizar en su análisis; constituir círculos de estudio, etcétera.

*El reto es claro, por lo que no basta un contenido original para hacer resaltar nuestro discurso; se requiere escribir con acuciosidad a fin de cautivar al público, en lugar de que el texto se convierta en un somnífero para que la gente caiga rápidamente en brazos de Morfeo.*

17. Vinculado con lo precedente, debe cuidarse que el escrito posea *eufonía*, es decir, “sonoridad agradable que resulta de la acertada combinación de los elementos acústicos de las palabras” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

18. Al correr la pluma acaso estimemos oportuno incluir *metáforas* para conseguir un estilo grandilocuente que le imprima viveza a nuestra prosa, y coadyuve al refinamiento expresivo. En algunas partes de la obra recurro a esa figura de la retórica para poetizar un tanto los pensamientos (*el otoño de mi vida, caudal léxico*). Igualmente, en el preludeo del libro y en el postrer capítulo.

19. Procurar que el principio de cada párrafo sea el pertinente y muestre de inmediato la fuerza de la argumentación. Ciertas entradas resultan ampulosas y revelan la pobreza del estilo: “La presente investigación tiene como finalidad principal llevar a cabo un estudio...”. Es dable ahorrarse varios vocablos con esta redacción: *El propósito de la investigación es analizar...* Otro ejemplo: “Como veremos enseguida, por medio

del presente trabajo abordaremos...”. Una propuesta para pulir dicho inicio es: *En este trabajo abordaremos...*

20. Construir acápites relativamente cortos, sin que parezcan telegramas. En todo caso, asegurarnos de que en ellos se desarrolle un pensamiento completo o si éste es muy grande, procurar redactarlo en dos o tres párrafos, de forma tal que no se vea forzada su separación.

En ocasiones no será factible dividir un párrafo por grande que sea. Enfrenté tal escollo en algunas partes del volumen donde creí pertinente no cortar la exposición.

21. Evitar saltos de un acápite a otro, o sea que haya discontinuidad en el texto y por ello resulte incoherente y deje de ser armonioso. Al igual que el comienzo de una idea, la terminación de ésta necesita pulirse; por lo mismo, es importante que al cerrarla el lector sienta que posee la llave para abrir las líneas subsecuentes, *como previendo su contenido*.

Así, el escritor-orador conseguirá su objetivo: cautivar al sujeto en tanto que éste quedará atrapado entre las páginas del libro o artículo, saboreando las palabras, o para que siga con vehemencia la lectura que el disertador hace del documento. Cuando se logra tal cosa, la relación entre ambos alcanzará su punto culminante, en tanto que aparecerá un lazo invisible pero real, que vincula al oyente, o lector, con el autor y su obra.

22. Procurar que los párrafos ubicados en una misma página no sean de igual tamaño, pues esto vuelve tediosa la lectura. Se requiere, por ende, revisar cada plana cuando ya se dispone de la última versión del trabajo. *Al rehacer párrafos contiguos con idéntico número de renglones, para construir dos o más, evítese cortar las ideas o que pierdan armonía.*

23. Vale, igualmente, esta recomendación: cuidar que el espacio entre las líneas así como la magnitud de los signos de escritura sean los idóneos para que las páginas resulten llamativas a primera vista.

Contra lo previsto por las normas editoriales, debe procurarse que el tamaño de los caracteres de las citas textuales que superen los cinco renglones (y deban ponerse por separado y con una clase de letra distinta) *sea de la misma medida que el usado en el resto del documento*. Véase, por ejemplo, la referencia de Medawar que escribí al principio de este capítulo.

Asimismo, la tipografía de las notas de pie de página (en donde se incluyen comentarios; escolios, es decir, explicaciones; información adicional, etcétera) debe ser de una magnitud pertinente para que nuestro escrito resulte atractivo y se lea con rapidez y agrado.

Para estructurar las referencias bibliográficas y hemerográficas consúltese mi libro *Guía para realizar investigaciones sociales*.

24. Con la mira de favorecer la lectura y comprensión del contenido, los recursos gráficos son de mucha ayuda: cámbiese el tipo de letra en aquellas reflexiones y propuestas que deseamos destacar, como lo indiqué antes. Utilícense caracteres *cursivos*, **negritos**, redondos o subráyese el texto. El lector agradecerá de verdad su pulcritud en la presentación del trabajo.

25. Una vez editado el artículo, libro o tesis no debemos pensar que el empeño ha culminado; resulta, por tanto, pertinente revisar la obra para enriquecerla, así como para proseguir embelleciendo sus páginas, pues al actuar en tal sentido mostramos respeto por quien nos lee y, además, coadyuvará para que depuremos el estilo y nos consagremos, poco a poco, como escritores.

Tocante a ello, relato mi experiencia. Pese a que analicé meticulosamente la confección de las ideas antes de publicarlas, una vez que salieron a la luz me entró cierto desasosiego, mas no quise leer de inmediato el libro pues tuve temor de hallar gazapos. Dejé pasar dos semanas y me di valor para principiar la enésima leída.

*Descubrí que era viable pulir la redacción de algunos pensamientos o aumentar el caudal léxico, ello con la intención de darle realce a la escritura. A guisa de ejemplo: modifiqué aquellos párrafos que, no obstante su claridad, cavilé, era factible abrillantarlos para hacer más atractiva la lectura. Asimismo, repasé con esmero cada acápite y enunciado para suprimir, has-*

*ta donde fue posible, las últimas cacofonías (disonancias) que aparecieron en la primera edición.*

*Dado que encontré todavía algunas repeticiones de vocablos al examinar el texto publicado, me afané por evitar la reiteración de una voz en el mismo párrafo o en párrafos contiguos, salvo las conjunciones, preposiciones y artículos, en tanto que son el cemento para edificar la construcción gramatical. Igualmente, revisé la puntuación de ciertas oraciones para amenizar la lectura. Por ende, atavié con otro ropaje a decenas de locuciones para que con más elegancia pudieran volver a la calle, con vestido nuevo, a embelesar al lector.*

Con el correr de la pluma rehice muchos párrafos, la mayoría de las veces por detalles imperceptibles para el común de los mortales, o que podrían parecer intrascendentes, pero vistos en conjunto, realzarán la prosa. En este afán de hermoejamento, aproveché la oportunidad para acrecentar el contenido; la *addenda* a esta edición incluye, entre otras cosas, un *glosario de términos* poco usuales a los que recurro a lo largo de estas hojas, para que aflore el caudal léxico guardado en el diccionario.

26. Dada la trascendencia que encierra escribir con ahínco en cualquier ámbito de la actividad humana y profesional, en el capítulo xxiv describo la elaboración de un proemio para enseñar, de modo preciso, la aplicación de las recomendaciones enunciadas, a fin de vencer, poco a poco, los estilos intrincados.

## Capítulo X

### **Figuras de construcción, vicios y fallas al redactar**

En el orden lógico del discurso este capítulo debería ir antes del noveno (“Recomendaciones para escribir el discurso”). Mas aquí he seguido la lógica del desarrollo natural de la expresión oral y escrita, así como lo que dicta la experiencia; ello con el afán de facilitar el empleo de las figuras de construcción, y hacer conciencia sobre los vicios en los que incurrimos al redactar.

Cabe apuntar que las figuras de construcción sirven para enriquecer la prosa y volver más amena la lectura, pero debemos ser cuidadosos en su uso pues si se utilizan incorrectamente producen el efecto contrario.

## *Figuras de construcción*

1. La *elipsis* se refiere a la posibilidad de omitir voces cuya ausencia no altera el significado de las ideas, aun cuando son indispensables desde el punto de vista gramatical. Tal recurso ayuda a pulir el texto y vuelve más placentera la lectura.

En un párrafo que confeccioné en el capítulo xxvi aproveché dicha licencia literaria. Su construcción preliminar era:

“En este proceso de perfeccionamiento, recordaba a veces cómo escribí mis primeros libros, con lápiz y en máquina mecánica. Igualmente, *recordaba* cómo se editaron,...”.

Al recurrir a la elipsis suprimí el vocablo que aparece en cursivas (*recordaba*), sin afectar la comprensión del contenido: “Igualmente, *cómo se editaron,...*”.

En el capítulo referido se encuentra otro caso: “En el proceso de pulir su obra el escultor se llena de polvo; el escritor, de muchos borradores”.

Varios ejemplos más se hallan dispersos a lo largo de estas páginas. Descúbrelos para familiarizarte con dicha figura de la sintaxis.

2. La *silepsis* se define como:

*La alteración de la concordancia gramatical (Un tipo importante de silepsis es la llamada “con-*

*cordancia ad sensum”, es decir, no según un criterio sintáctico, sino según un criterio semántico. Por ejemplo: La mayoría de los hombres van a la guerra. En esta frase el verbo está en plural, con un sujeto singular de valor colectivo) (Diccionario enciclopédico Planeta, t. 9, p. 4404).*

Como se comprueba, esta falta de concordancia gramatical no modifica el significado de la expresión, pero se gana en la fluidez de la lectura y, en este caso, se evita una cacofonía (*va a*).

En la cita de Peter B. Medawar plasmada al principio del capítulo IX, se recurre a la silepsis: “...la *mayoría* de los científicos *saben* que para ello no sirven”.

Al redactar este libro usé a veces dicha figura de construcción. Verbigracia, en el capítulo VIII escribí: “La *mayor parte* de los catedráticos de pedagogía *evitaban* sentarse en las sillas del primer círculo...”.

3. El *hipérbaton* consiste en cambiar de sitio ciertas palabras o frases sin alterar el sentido de la idea.

Primera propuesta: “Hoy, 13 de noviembre del 2000, terminé de incluir en el archivo de la computadora, *luego de varios días de vehemente dedicación*, las correcciones plasmadas en la enésima versión del texto, la cual era supuestamente la definitiva. Son las 19:57 horas”.

¿Reconociste en qué parte del libro escribí este párrafo?, aunque la construcción publicada fue:

*Luego de varios días de vehemente dedicación, hoy, 13 noviembre del 2000, terminé de incluir en el archivo de la computadora las correcciones plasmadas... (“¿En qué circunstancias escribí este libro?”).*

Con esta redacción la frase incidental o complementaria (escrita en cursivas en la versión preliminar) deja de serlo al ubicársele en otro lugar. Se evita así un texto farragoso y, en consecuencia, una lectura tediosa.

Asimismo:

*Se usan los hiperbartones o hipérbatos para dar maleabilidad a nuestras ideas, **consisten en colocar el verbo antes del sujeto**: “Vuela el águila a gran altura”; o en **poner el adjetivo antes del sustantivo**: “No es tan fiero el león como lo pintan”; o en **situar el adverbio antes del verbo**: “Tranquilamente volvió a su casa”; o bien **cualquier complemento antes del verbo**: “Con sus amigos es muy generoso; bien hiciste la tarea” (La fuerza de las palabras, p. 618).*

4. El *pleonasm*o sirve para darle, en ciertas circunstancias, mayor viveza a las ideas a fin de resaltar la prosa. En el preludio de la obra recurrí a él:

*Las escasas cuartillas que alcancé a escribir las introduje en un programa de computadora ya obsoleto, comparado con las recientes innova-*

*ciones tecnológicas. Conservaba, igualmente, una copia impresa, pues siempre he desconfiado de aquello que no veo “con mis propios ojos”, valga aquí el pleonasma.*

Otras expresiones que escuchamos a menudo, son incorrectas: “periodo de tiempo”; “subir para arriba”; “hemorragia de sangre”. Por ejemplo, el vocablo *periodo* encierra la noción del curso del tiempo; *hemorragia* significa pérdida de sangre.

5. La *traslación* consiste en utilizar un verbo en un tiempo que no concuerda con el sentido en el que está construida la oración, pero tampoco afecta la comprensión del planteamiento: “Marcos comenta el discurso del presidente el próximo sábado” (en lugar de *comentará*); “el siguiente martes participo en una mesa redonda” (en vez de *participaré*).

### *Vicios de dicción y fallas de redacción*

La existencia de vicios de dicción revela que hay problemas para estructurar lógicamente las ideas; tales faltas se trasladan a la escritura. Por tanto, es válida la aserción de que un pensamiento confuso se expresará, por lo regular, en una redacción intrincada.

1. El *solecismo* es un defecto del lenguaje que se debe a una elaboración incorrecta del enunciado (alteración de

la sintaxis), verbigracia: “Una joya con o sin cadena”; manera correcta: “Una joya con cadena o sin ella”. “Le llevé al auditorio”; forma válida: “Lo llevé al auditorio”.

En el capítulo precedente incurrí en dicho vicio en el primer borrador del acápite subsecuente: “Cuando se trata de capítulos grandes en donde sólo se expone un tema, conviene igualmente dividir el texto en apartados (*con o sin subtítulos*), para que el libro o artículo se lea placenteramente”. Con objeto de superar el gazapo, corregí la construcción dentro del paréntesis; quedó así: (*con subtítulos o sin ellos*).

Los *lapsus* al correr la pluma no son exclusivamente de escritores noveles; también especialistas en redacción, con obra publicada, cometen yerros. En este capítulo comprobaremos tal aserto (afirmación).

Antonio Miguel Saad cita los ejemplos subsiguientes de este descuido llamado solecismo (el modo correcto es el que está, con letras negritas, en el paréntesis):

*En veces (a veces); en relación a (con relación a; en relación con); tan es así (tanto es así); con el objeto de (con objeto de); a grosso modo (grosso modo); a excepción hecha de (a excepción de; excepción hecha de); a la mayor brevedad (con la mayor brevedad); a un mismo tiempo (a un tiempo); bajo el pretexto (con el pretexto); bajo el punto de vista (desde el punto de vista); de*

*conformidad a (de conformidad con) (Manual del redactor, pp. 82-85).*

2. La *anfibiología* significa falta de claridad en la exposición de los pensamientos; ello conduce al “equivoco o doble sentido de la palabra, frase o manera de hablar que puede tener más de una interpretación. Por ejemplo: Ella fue con usted a ver a su hermano (¿al ‘hermano’ de quién, de ‘usted’ o de ‘ella’?)” (*La fuerza de las palabras*, p. 412).

En las primeras versiones de estas páginas cometí varias veces el vicio referido. En el capítulo xxiv había escrito: “Con tal incertidumbre viajé con el director de la Editorial Plaza y Valdés a ese país, para persuadir al comandante Serguera de presentar su obra en un acto al que invitaríamos a los combatientes de la Revolución Cubana que aún vivían. El hijo del autor nos ayudaría a tal propósito”.

Con esta redacción no está claro si el vástago colaboraría con nosotros para convencer a su padre (el comandante Serguera) de presentar el libro de éste; o si apoyaría para invitar a los revolucionarios de la isla. Por consiguiente, juzgué oportuno modificar la última parte de la idea para precisar que aludía al primer objetivo. Quedó así: *El hijo del autor nos ayudaría a convencerlo.*

3. La *cacofonía* se refiere a la presencia de dos o más palabras con desinencias (terminaciones) o inicios igua-

les o semejantes en el mismo renglón o párrafo que al pronunciarlas producen un mal sonido, por ejemplo: “El *Estado está* tratando de *establecer* estrategias para combatir la pobreza”.

En este caso, un glosario de sinónimos será de gran ayuda para escoger vocablos sustitutos a fin de quitar la disonancia; es dable igualmente presentar la idea de otra manera sin alterar su contenido. Una propuesta quedaría en estos términos: “El Estado diseña políticas para combatir la pobreza”.

Durante las distintas revisiones del libro fui suprimiendo varias cacofonías que al principio no había descubierto. Una lectura en voz alta sirve a tal intención. Por ejemplo, en el capítulo VIII redacté un párrafo así: “Estas *cuestiones* se las planteo en *ocasiones* a ciertos grupos para iniciar las *reflexiones* en torno al proceso educativo”. Para evitar la inarmonía reemplacé el vocablo *cuestiones* por la palabra *preguntas* y el término *reflexiones* lo puse en singular.

La construcción publicada fue: *Estas preguntas las planteo en ocasiones a ciertos grupos para iniciar la reflexión en torno al proceso educativo.*

En el capítulo xxiii escribí inicialmente las siguientes interrogantes de este modo: ¿Qué tan pertinentes son las *observaciones*?, ¿nuestras *aportaciones* serán *interesantes* para el equipo respectivo y para los *integrantes* de los otros?

La redacción editada para suprimir las cacofonías quedó así: *¿Qué tan oportunos son los señalamientos?, ¿nuestras aportaciones serán de interés para el equipo respectivo y para los integrantes de los otros?*

A veces se escriben cerca dos palabras cuya terminación no es igual pero producen un sonido semejante y originan disonancia; por ejemplo, la primera versión de un párrafo del capítulo III era: “En esta tesitura, conseguir la participación del grupo no implica una encomienda sencilla, y más si la tarea educativa la compartimos con profesores cuya práctica contribuye a refrendar las relaciones de poder...”.

Para suprimir dicha inarmonía, arreglé la idea así: “...no implica una encomienda sencilla, y más si los procesos educativos los compartimos...”.

Cuando redactaba el segundo párrafo de esta página donde describo tal clase de cacofonías, cometí, sin quererlo, ese vicio: “A veces se escriben cerca dos palabras cuya terminación no es *igual* pero producen un sonido *similar*...”. Para suprimir la disonancia sustituí el segundo vocablo en cursivas por un sinónimo (*semejante*).

En ocasiones no fue factible eludir totalmente la inarmonía por el tipo de conjugación verbal que adopté en ciertos acápites. Verbigracia, en el capítulo XXIV redacté: “Me preocuparía tanto por el contenido como por la forma de escribir los pensamientos, toda vez que así

atraería de inmediato la curiosidad del lector. Eso al menos creía”. Para suprimir un poco la cacofonía modifiqué la última parte; quedó así: *Ése al menos era mi afán.*

4. El *circunloquio* o *perífrasis* es el uso de vocablos superfluos para expresar con rodeos lo que es susceptible de enunciarse de modo directo si redactamos con pulcritud (en la expresión oral cotidiana recurrimos en ocasiones a esta figura sintáctica si deseamos anunciar con suavidad una noticia grave).

Tal gazapo origina confusiones y vuelve tediosa la lectura; se emplea cuando se carece de capacidad argumentativa. Es frecuente hallar este *vicio* en las primeras versiones. Si existe aticismo en el prosista, es decir, delicadeza y elegancia, ese yerro se elimina en las fases sucesivas de perfeccionamiento del texto.

En términos coloquiales este fenómeno de prolijidad o redundancia en el léxico se conoce como “escribir con mucho rollo”, y puede convertirse en un galimatías.

Al evitar los circunloquios trátase de no sacrificar la claridad en aras de la concisión.

Seleccioné un párrafo del primer borrador de este libro, para ilustrar dicha falta:

*De acuerdo con lo expuesto en el capítulo xvi, trato de vencer la resistencia del grupo para que acepte un cambio de estrategia: el equipo no*

*designará a la persona responsable para leer los comentarios, dudas y conclusiones del equipo; yo seré quien seleccionará al miembro del equipo, no éste, cuya encomienda será la de exponer los resultados del trabajo en taller.*

Tal párrafo se depura al suprimir vocablos superfluos sin modificar su contenido:

*De acuerdo con lo señalado en el capítulo xvi, procuro vencer la resistencia del grupo para que acepte un cambio de estrategia: yo designaré a quien leerá las conclusiones del equipo, no éste.*

En resumen, la perífrasis es un vicio del lenguaje; no obstante, existen ciertas formas que, si se emplean correctamente, pueden servir como auxiliar en la construcción gramatical, por ejemplo, al *conjug*ar los verbos, puesto que:

*Al hablar o escribir no hallamos en la conjugación una forma verbal adecuada que exprese exactamente lo que queremos significar y nos vemos obligados a usar construcciones más complicadas con formas verbales auxiliares [...] En las perífrasis verbales se usan como auxiliares distintos verbos que ordinariamente no lo son, como “comenzar”, “quedar”, “estar”, “llevar”, “deber”, “acabar”, etcétera, y entre el verbo auxiliar y el segundo verbo usado puede apare-*

*cer la conjunción “que” o alguna preposición [...] Si decimos “estar comiendo”, “quedarse esperando”, “seguir estudiando”, con estas perífrasis verbales damos duración a la acción del verbo (por ejemplo): “Acababa de llegar cuando se lo dijeron”; “Últimamente estoy comiendo muy mal” (La fuerza de las palabras, p. 119).*

Hago un paréntesis para demostrar que en las obras especializadas en redacción se advierten también vicios y fallas al escribir. En el párrafo previo hay un *solecismo*: “En las perífrasis verbales se usan como auxiliares distintos verbos que ordinariamente no lo son”. Construida la idea de este modo no queda claro si se refiere a que no son *verbos* o a que no son *auxiliares*. Para superar tal falta, la escritura puede quedar así: “...que ordinariamente no cumplen con tal función”.

Hecha la observación anterior, cabe mencionar que varios ejemplos de perífrasis verbales se hallan diseminados a lo largo del libro. Uno de ellos está en el preludio: “Torné a discurrir sobre el particular a mediados del mes de septiembre del 2000. Examiné meticulosamente las páginas redactadas. No me *acabaron de vencer* cuando las leí de nuevo...”.

## Capítulo XI

### Otras fallas y dudas al expresarnos

1. Repetir la misma palabra en un párrafo o en párrafos contiguos; tal *lapsus* empobrece el lenguaje y vuelve pesado el texto. Un buen diccionario de sinónimos será una herramienta valiosa con objeto de sustituir vocablos, a la vez que servirá tanto para aumentar el caudal léxico como para agilizar y hacer más amena la lectura.

El término elegido debe poseer una acepción similar al que reemplaza, con el propósito de no afectar el sentido del pensamiento enunciado.

Para ilustrar la idea aprovecho lo que escribí en el capítulo XIII. Su versión preliminar era:

*El chofer enviado por la institución se presentó a mi domicilio con más de una hora de retraso, pues no le llegó a tiempo la orden correspon-*

*diente; por ello comencé tarde mi **conferencia**. Ofrecí previamente disculpas al público por esa falta de respeto ajena a mi voluntad; traté entonces de controlar mi enojo para no afectar mi **conferencia**.*

*Al concluir la **conferencia** recuerdo bien la primera pregunta que me formularon: ¿Qué sugería para que al investigador se le tomara en cuenta en nuestra Universidad?*

Ambos párrafos mejoran su presentación si suprimos el primer o segundo vocablo escrito en letras negritas (**conferencia**) por un sinónimo: *disertación*. En el párrafo subsecuente es dable recurrir a la elipsis para omitir la voz aludida, e iniciar de este modo: “Al concluir, recuerdo bien la primera pregunta...”.

Si se sustituye un término para eludir su reiteración en el mismo párrafo, debe procurarse que la nueva voz no esté incluida en el párrafo precedente o en el que sigue.

*No siempre es factible eliminar el vocablo repetido pues a veces se carece de la sinonimia apropiada o la construcción del enunciado exige su uso. Me topé con este problema al escribir un acápite en el capítulo II donde requerí emplear el verbo haber. Transcribo una de las primeras versiones:*

*¿Qué **hubiera** pasado si Carlos Darwin –por exigencia de su familia y presión de sus amigos– se **hubiera** visto obligado a seguir realizando estudios formales para alcanzar una mayor preparación? Seguramente se **hubiera** perdido la oportunidad para que surgiera un científico que revolucionó con su teoría gran parte de la ciencia moderna.*

El texto que debía publicarse en el libro es el siguiente, separado en dos acápites:

“¿Qué *habría* ocurrido si a Carlos Darwin se le *hubiese* obligado a permanecer en la escuela con el propósito de conseguir una mayor preparación?”

“Seguramente la oportunidad para que surgiera el científico cuya teoría revolucionó parte de la ciencia moderna, se *hubiera* perdido”.

En esta nueva propuesta recorro a otras formas de conjugar el verbo referido, de modo tal que no se altere el sentido de la idea; asimismo, al separar el párrafo en dos, alejo el último empleo del verbo de sus primeros usos. Igualmente, en el segundo arreglo omito vocablos innecesarios y la repetición de las voces: *que* y *para*.

Pensé que la estructura gramatical de tales párrafos era la pertinente y, por ende, sería la versión definitiva; mas no fue así. Horas más tarde revisé otra vez su construcción y decidí proseguir su refinamiento expresivo, en beneficio del lector. El texto editado es:

*Si a Carlos Darwin se le hubiese exigido permanecer en la escuela con el afán de adquirir una mayor preparación, quizás el científico cuya teoría revolucionó gran parte de la ciencia moderna, no habría existido.*

Con este cambio reduzco la utilización del verbo *haber* (de tres a dos veces).

Supuse que yo era de los pocos autores cuyas batallas decisivas al escribir se daban con los *verbos comodines*. Ello no es así, toda vez que en rotativos relevantes como *La Jornada* se observa en ocasiones este descuido. Sirva de ilustración un acápite redactado en el editorial del día 22 de noviembre del 2000 (se abordaron dos temas en esa fecha):

“*Será* la primera ocasión en que representantes populares provenientes del PRD entreguen el poder a sus correligionarios en una gubernatura, y *será* el primer mandato democrático que tenga la ciudad de México” (p.2).

Te hago una invitación, estimado lector: salgamos de cacería; armémonos con las recomendaciones de esta obra (y de otras sobre el tema) para descubrir, con paciencia y curiosidad, los gazapos que salen a la luz en periódicos, revistas y libros, incluido éste.

Más todavía; no nos conformemos con tal proceder; seleccionemos algunos párrafos de notas o artículos periodísticos o de cualquier texto, que a juicio nuestro sea conveniente depurar.

Con este ejercicio se acrecentará el léxico y se perfeccionará la redacción; además, comprobaremos que es viable superar nuestras deficiencias en tanto exista perseverancia, pulcritud y creatividad al ejecutar dicha tarea.

2. Un vicio frecuente es abusar del vocablo *que* (una expresión de queísmo). Para superarlo es preciso modificar la estructura gramatical del enunciado o párrafo; en este proceso evítese que se pierda el significado de los pensamientos y la sencillez en su exposición.

Antonio Miguel Saad recurre a un ejemplo concreto: “El edificio que está a media cuadra que da al oeste es el que nos pareció que era el más indicado para lo que nos proponíamos”. Forma sin la palabra *que*: “El edificio situado a media cuadra con fachada al oeste, nos pareció el más indicado para nuestro propósito” (*Manual del redactor*, p. 70).

En mi caso, revisé repetidas veces cada párrafo con el afán de reducir el uso de la voz aludida; traté de no alterar el contenido ni su claridad.

A guisa de ejemplo, la estructura de un acápite que escribí en el prefacio era, en su versión preliminar, la subsecuente:

“¿Algo me faltaba, o quizá mucho, para madurar la idea de redactar un libro con las características *que* deseaba? Lo cierto es *que* en el fondo me negaba a reconocer la inseguridad *que* experimento cada vez *que* empiezo a escribir un libro”.

La construcción publicada quedó así: *¿Faltaba algo, o quizá mucho, para madurar el plan de redactar un libro con las características anheladas? En el fondo me negaba, más bien, a reconocer la incertidumbre de afrontar los avatares de nuevos desafíos.*

Como se comprueba, además de suprimir la palabra *que* intenté depurar la escritura del párrafo.

Dicho vicio (abusar del vocablo *que*) lo observo en publicaciones serias que disponen de correctores de estilo. Revisaba este capítulo cuando al leer el segundo editorial del periódico *La Jornada* (22 de noviembre del 2000, p. 2) me topé con el párrafo siguiente:

“Es lógico suponer, en efecto, *que* en su larga trayectoria como funcionario policial y penalista, De Tavira haya tocado núcleos delictivos *que* se hicieron el designio de asesinarlo. Cabe recordar, a este respecto, *que* hace algunos años, el *que* fuera fundador del penal de alta seguridad de Almoloya de Juárez, fue víctima de un presunto atentado en su propio domicilio”.

Según se confirma, se comete el yerro referido y, encima, se repite el uso del verbo *hacer*. Te invito a redactar tu propia versión para pulir el texto.

Antes de proseguir, quiero confesarte un desatino, estimado lector. Con el afán de superar el abuso del vocablo *que*, existente en los primeros borradores, me obstiné en eludir su uso; mas al hacerlo cometí el vicio contrario, o sea la supresión indebida de dicha voz. Procuré, por tanto, corregir tal gazapo en las sucesivas re-

visiones, en un proceso incesante y, a la vez, artístico, para tratar de embellecer la obra.

Así, en el capítulo VII escribí a vuela pluma: “...reproducir un modelo educativo donde el profesor asume el mando y dirige al grupo, en tanto los alumnos deben adoptar una actitud receptiva y pasiva”; al revisar ulteriormente el trabajo me percaté de que es necesario el vocablo *que* para hacer más clara la construcción, y más fluida la lectura (“..., en tanto *que* los alumnos deben adoptar una actitud...”).

3. El descuido en el uso de *adjetivos calificativos* empobrece la expresión del lenguaje. Deben suprimirse, por ende, aquellos que resultan inútiles en una oración o sirven exclusivamente de adorno sin que ello se traduzca en una forma más precisa de enunciar un pensamiento, o en una mejor comprensión del mismo.

Recúrrase a este tipo de voces sólo si contribuyen a realzar la idea principal, y a darle brillo al texto.

4. Evitar las *falacias*, cuyo uso en el habla cotidiana es frecuente; su presencia demuestra la carencia de argumentación al sustentar un aserto, por ejemplo, las falsas generalizaciones: “Los individuos con deseos de progresar tienen siempre el éxito asegurado”; “al ganar las elecciones, el presidente actual cuenta con el apoyo de todos los mexicanos”.

Asimismo, se incurre en tal gazapo cuando establecemos una relación espuria entre fenómenos: “Los indígenas chiapanecos se mantienen en la pobreza debido al levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el 1 de enero de 1994”; “los presidentes que cuenten con estudios realizados en el extranjero tendrán mayor capacidad para gobernar el país”.

Otra expresión falaz se presenta al incluir en una misma interrogante dos o más opciones, por lo que la respuesta no puede ser unidireccional (*sí* o *no*), por ejemplo: ¿Vas a participar en el certamen, o no? En este caso, a quien se interroga no podría responder *sí* o *no*, pues no sabría a qué parte de la cuestión estaría respondiendo.

Para evitar la confusión basta redactarla así: ¿Vas a participar en el certamen?

Otra forma de pregunta compleja que encierra una falacia es la siguiente: ¿No te has ya comportado últimamente de manera incorrecta? Formulada en términos precisos, para superar la confusión, la interrogante quedaría de este modo: ¿Te has comportado últimamente de manera incorrecta?

En la discusión académica o política se expresan a veces falacias *Ad hominem*, cuyo propósito es descalificar al oponente en lugar de cuestionar sus planteamientos, por ejemplo: “Tal persona piensa que vivir en la capital de la República le otorga capacidad para saberlo todo y, por lo mismo, para criticar cualquier cosa”. El contexto en el que

se dijo este gazapo, un debate político, se detalla en el capítulo XIX.

Si se trata de imponer un razonamiento o punto de vista, por un principio de autoridad, sin fijarnos si existe un fundamento verdadero, hablamos de una falacia *Ad verecundiam*: “Dado que yo he escrito más sobre el tema, mi interpretación es la correcta”; “el Papa tiene la razón sobre el origen de las especies, frente al planteamiento de Darwin, porque aquél es el representante de Dios en la tierra”.

Cuando se pretende desconocer un hecho o disposición apelando a la ignorancia, para justificar una conducta o eludir un castigo o llamado de atención, nos referimos a falacias *Ad ignorantiam*: “No me enteré de la tarea, por lo que no existe razón para entregarla”; “ignoro tal artículo del reglamento de tránsito, por consiguiente, no debo ser sancionado”.

Otras faltas de este tipo se describen en libros especializados sobre lógica y redacción.

5. Evitar la *pobreza del lenguaje* que se presenta muchas veces con alguno de los vicios descritos, por ejemplo: la *cacofonía*, el abuso del vocablo *que* o su eliminación injustificada, así como el empleo de verbos comodines. Como reza cierto refrán, “un mal no viene solo”.

Pese al cuidado que siempre he tenido de escribir con esmero, los yerros en la redacción de mis obras van de

la mano, aunque trato de superarlos con ahínco. Para ilustrar mi verbo basta una pincelada de realidad.

En el capítulo xxiv estuve a punto de que se publicara el libro con este párrafo: “Para *contar con comentaristas* solicité tres meses antes a dos intelectuales cubanos elegir a *especialistas* para tal propósito”.

Como es sencillo reconocer, existen dos cacofonías y pobreza del lenguaje. Pulí la escritura para ofrecer esta nueva versión: “Cabe puntualizar que tres meses antes recurrí a intelectuales cubanos con la intención de que comprometieran a *especialistas* en la materia, para que comentaran las memorias de Serguera”.

Si se desea redactar de otra manera la última parte de la idea, es válido recurrir a la figura gramatical de la *traslación*, para modificar la conjugación del verbo comentar y quede así: “... para que el próximo año *comenten...*”.

Otro ejemplo. En el capítulo xxv había escrito inicialmente un párrafo así: “La conversación resultaba sumamente agradable, pues entre todos habíamos creado un ambiente de confianza que se percibía en el aula. Gozábamos ciertamente de ese momento placentero”. Dicha construcción no revelaba de modo pleno las vivencias de esos instantes. Por ello rehice la primera parte para que la descripción fuese más apegada a la realidad. Quedó así (se agregó el texto en cursivas):

“La conversación *se encauzaba por rumbos a veces nostálgicos, o giraba hacia situaciones graciosas que ocasionaban la risa espontánea de la gente; la charla resultaba sumamente agradable, pues entre todos...*”.

También procuro superar el vicio de utilizar un verbo por otro que no denota realmente la fuerza de la acción conducente. En el capítulo xxii escribí: “Varios equipos *elaboraron* caricaturas para ilustrar el comportamiento del mentor”. En la versión final recurrí al verbo dibujar (*dibujaron*).

Otro caso similar extraído de dicho capítulo: “¿Qué papel *debemos tener* los profesores para que los estudiantes de cualquier nivel dejen de ser individuos pasivos, receptivos y obsecuentes?” La construcción gramatical que salió a la luz es la siguiente: “¿Qué papel nos *corresponde asumir* a los profesores...”.

Asimismo, en ocasiones utilicé voces que no permitían darle vigor a la oración y denotaban pobreza de vocabulario. En el capítulo referido cometí esa falta. A guisa de ejemplo: “Ante tal hecho, tratamos de que el preceptor y el grupo no vieran en esos cuestionamientos *algo negativo*”. Para subsanar el yerro sustituí la palabra que está en cursivas por *actitud*. La escritura publicada fue: “...no vieran en esos cuestionamientos una *actitud negativa*”.

En el capítulo xxvi relato ciertos pormenores de *cómo escribí este libro* para que se comprenda de modo

más preciso los avatares que se afrontan, así como los gazapos que cometemos al correr la pluma.

*Cabe apuntar que cualquier escritor exhibe, en mayor o menor medida, errores al construir su prosa, y más si es un diletante, es decir, un aficionado. Por ello, aguardo vuestras sugerencias; mi correo está al inicio del texto. Si tu recomendación es pertinente la incluiré en la próxima edición, con tus créditos.*

6. Suprimir el uso de *barbarismos*, verbigracia, las voces o frases impropias para nuestra lengua que incluimos descuidadamente al conversar o escribir: anglicismos (palabras o expresiones inglesas); galicismos (vocablos franceses), etcétera.

Igualmente, se comete este vicio al pronunciar o escribir una voz de manera incorrecta: “haiga” por *haya*; “mounstro” por *monstruo*; “coyontura” por *coyuntura*; “cónyugue” por *cónyuge*.

Como expresa Antonio Miguel Saad:

*Hay quienes por apatía oyen o leen y repiten sin cerciorarse si un vocablo es o no castellano. Este proceder empobrece nuestro idioma, por demás rico en vocablos y locuciones; esto aparte, además (sic) de los barbarismos existe la propensión de crear voces en forma caprichosa, o bien, atribuirle distinto significado al que les corres-*

*ponde, lo que provoca grandes errores (Manual del redactor, p. 71).*

Abro otro paréntesis para poner de relieve un *lapsus cáлами* (error al escribir) del purista de la lengua a quien pertenece el párrafo precedente: “esto aparte, además”. Estas construcciones intrincadas pueden descubrirse en obras especializadas en redacción. Cuando transcribimos textualmente una idea confusa o fuera de lugar, es oportuno anotar entre paréntesis, inmediatamente después del enunciado o de la información equivocada, la locución latina *sic* que significa: “léase como está”.

De la obra referida extraemos ciertos gazapos señalados por su autor:

*“Implementar” es un barbarismo con el que se sustituyen los vocablos castellanos **equipar, organizar, complementar**, por ejemplo: Implementar un plan de desarrollo; lo correcto es “organizar un plan de desarrollo” (ibid., p. 76). El vocablo “evento” usado como suceso, hecho o acontecimiento es (también) un barbarismo que oímos y leemos a diario [...] Su significado, según la Academia, es algo **eventual, imprevisto o de realización incierta** [...] por ejemplo: “Llevar suficiente dinero en un viaje para cualquier evento”. (Aquí es sinónimo de eventualidad) (ibid., p. 75. El énfasis es mío).*

Otras expresiones que apunta dicho escritor (la forma correcta está en negritas, entre paréntesis) son:

*Influenciado (**influido**); suele decirse (**debe decirse**); infraccionar (**sancionar**); adecuó (**adecuo**); ambos sexos (**de uno y otro sexo**); ancestros (**antepasados**); ánfora para votaciones (**urna**); a nombre de (**en nombre de o en representación de**); en lo absoluto (**en absoluto**); concientizar (**concienciar o hacer conciencia**); con el objeto de (**con objeto de**); porciento (**por ciento**) (*ibid.*, p. 76).*

Cabe mencionar que el empleo diario permite, con ciertas reservas, la aceptación de algunos barbarismos, toda vez que *nuestro idioma es una lengua viva y, por consiguiente, la enriquecen quienes la usan en su comunicación cotidiana.*

Así, se recurre a la palabra *evento* para referirse a cualquier actividad o acto académico, deportivo, cultural, social, político, etcétera. Basándome en mi experiencia, reconozco que ese término se utiliza frecuentemente tanto en la expresión oral como en la escrita, así como por estudiantes, profesores e investigadores de distintas carreras en diversos países.

En este libro eludí su uso para ceñirme a las normas de los puristas del lenguaje, aun cuando dicha voz se registra, con la acepción aludida, en el *Diccionario del*

*español usual en México*. Es factible que en próximas ediciones recurra al vocablo *evento* como sinónimo de acto o actividad.

Igual ocurre con el término *implementar*, que en la actualidad se considera un barbarismo; en México se emplea constantemente como sinónimo de “aplicar”, “poner en acto”, “llevar a cabo”, “implantar”, etcétera.

Con respecto al barbarismo *suele decirse*, existe otro uso diferente del que le da Antonio Miguel Saad. Por ejemplo: “Al referirnos a la Universidad *suele decirse* nuestra Alma Mater”; en este caso no significa “debe decirse”, sino “se dice frecuentemente”.

### *Dudas en el uso y escritura de ciertos vocablos*

Cabe apuntar que en la redacción del libro me vi en aprietos cuando en un principio recurrí a los vocablos *conferencista* y *profesionista*. Referente al primero, en México, y también en otros lugares, se emplea dicha palabra, aunque los perfeccionistas del idioma indiquen que es mejor usar el término *conferenciante*.

En relación con el segundo, el diccionario *Larousse* señala que es una voz propia del español de México.

Tocante a la palabra *cuestionamiento*, ésta sólo la hallé en el volumen de la *Real Academia Española* como “acción y efecto de cuestionar”. En los otros glosarios que consulté, tal término se ignora. Con todo, y puesto que es común recurrir a él como sinónimo de

*crítica*, tanto en el lenguaje cotidiano como en el académico, decidí incluirlo en la obra.

Asimismo, utilicé el vocablo *cuestión* como sinónimo de *pregunta*, dado que en nuestro país se le da esa acepción (el lexicón de sinónimos de la editorial Teide considera ambas voces en el mismo sentido); hay especialistas que rechazan tal sinonimia.

Sobre la palabra *culmen*, ésta no aparece en ninguno de los volúmenes que revisé, incluido el de la Real Academia Española (edición de 1999); tal falta se corrigió en la versión del 2001.

Por otra parte, la voz *currículum* y la expresión *sui géneris* deben acentuarse según el vocabulario de dicha institución; procedí por ello en ese sentido, aunque en otros diccionarios se incluyen sin tilde. Igual sucede con *per cápita*, *lapsus cáلامي* y *lapsus línguae*.

Acerca de la locución *en ciernes* (en sus principios), algunos puristas rechazan *cierne* en plural, si bien ambas construcciones están consagradas por el organismo rector del idioma español. En cuanto al término *digresión*, con frecuencia se pronuncia con *s*: *disgresión*, por más que esta forma sea incorrecta.

Los casos citados son sólo una muestra de la incertidumbre referente a la ortografía de ciertas expresiones, así como respecto del significado distinto que poseen varios conceptos. Cuando exista vacilación sobre su escritura, consúltense los tratados de dudas de la lengua (véase la bibliografía).

*Anécdotas sobre la expresión oral y escrita*

En vista de que has logrado llegar hasta aquí te regalo un “gazapote” del tamaño de un sapote\*, aunque exista cacofonía, como un interludio para que dejes de navegar.

Cuando mi hermano y yo cursábamos el primer año de primaria, decíamos *ansina*, en lugar de “así”. La maestra nos impuso una tarea para corregir nuestro vicio de dicción: escribir cien veces el vocablo *así*. Al concluir el “castigo”, plenos de exultación nos acercamos a la preceptora para recibir su reconocimiento por haber cumplido; le preguntamos: “¿*Ansí* está bien?”. Ante el nuevo yerro podrás imaginarte el sermón que nos espetó la *mentora*, por no decir que nos la *mentó*.

Quizás en el fondo de nuestras mentes y corazones infantiles le teníamos más apego y cariño a la voz *ansina* porque es bonita y suena más armoniosa; posee “buena vibra”, dirían hoy los niños y adolescentes.

*Nota:* me encontraba en la editorial dándole el postre retoque a la obra para embellecerla (12:05 horas del día 13 de enero del 2001); en ese momento llegó un autor a revisar su libro. Cuando en la conversación pronunció reiteradamente la palabra *ansina* me hizo evocar mis *lapsus* infantiles; se disculpó por el *vicio de dicción*, aduciendo que así hablaban en su tierra.

---

\* *Sapo*, batracio de cuerpo redondo y torpe; por extensión utilizo el vocablo para denotar torpeza al hablar: “Parece que tienes sapos en la boca”.

Otra anécdota más. En mi pubertad me dio por la poesía. De mi numen brotaron muchos poemas, destinados a la chica núbil de mis sueños, y las disonancias (*cacofonías*) que critico en este capítulo, porque se ven como un vicio del lenguaje, otrora se concebían (aún hoy es así) como una virtud en cierto tipo de expresiones poéticas, por la cadencia que se logra. Es más, me dediqué a confeccionar un vocabulario con voces cuya desinencia (terminación) era la misma o semejante, para usarlas cuando mi musa anhelara convertirse en versos para arrobar a las doncellas de beldad sin par. Va un ejemplo:

“¡Oh niña de mi ilusión!  
mi corazón necesita  
para calmar su desvelo,  
para calmar su pasión,  
tener contigo una cita  
bajo el diáfano cielo”.

Del baúl de los recuerdos extraigo otra composición que escribí cuando aún no cumplía los quince otoños; sale a la luz ahora que vislumbro cercano el resplandor del otoño de mi vida. En esta trova, de la cual transcribo sólo una parte, se revela algo de mi forma de ser que refiero al principio de la obra.

“Termina el día  
con la tarde triste,  
pues la lluvia persiste  
en mantenerla fría.

Termina el día,  
la noche ya viene  
y nada contiene  
a la lluvia fría.

Ningún ruido  
perturba la calma,  
sólo el rugido  
se escucha del viento  
que hiere al alma  
con su lamento.

Ya nada existe,  
ni siquiera una ilusión  
que dé aliento al corazón  
pues todo está triste...”.

Es posible que con el decurso del tiempo mis recuerdos juveniles cobren vida para cambiar el desacierto en la prosa, por lo bello en la poesía, y en lugar de *discurrir* me dedique a *declamar*, valga aquí la cacofonía...

Cierro este capítulo evocando al hombre-escritor José Martí, cuya obra literaria lo convierte en una figura señera de la literatura universal (sin olvidar que con su pluma como político, en la tribuna como orador y con sus acciones como revolucionario, escribió una de las páginas más gloriosas de la lucha del pueblo cubano por su libertad).

Martí redactaba con aticismo, es decir, con delicadeza y elegancia. Sin embargo, los avatares de su existencia hacían mella en su vocación. En diciembre de 1889 le escribe a su amigo mexicano Manuel Mercado: “Para

encubrir culpas ajenas se llevaron a mi hijo ... ¡Cómo estará mi alma de tristeza..., [que] no he tenido en estos seis meses corazón para mover la pluma. Ni cuerpo!” (Martí, *Obras completas*, t. 20, p. 158).

La parte humana de este egregio escritor se manifiesta también ante las faltas de los correctores:

*Llegan a desesperarme de veras los errores esenciales e imperdonables con que aparecen mis cartas (en el periódico), a tal punto que los párrafos..., resultan por el cambio de una o más palabras capitales, una jerga ininteligible..., si no me respeta el caballero cajista las palabras que puedan parecerle nuevas, y la puntuación propia que enriquece y realza los pensamientos. ¡Y yo que a veces estoy, con toda mi abundancia, dando media hora vueltas a la pluma, y haciendo dibujos y puntos alrededor del vocablo que no viene, como atrayéndolo con conjuros y hechicerías, hasta que al fin surge la palabra coloreada y precisa”* (Ramón Becali, *Martí corresponsal*, p. 152).

Martí tenía el don de poetizar las vicisitudes de la vida. Tocante al punto previo escribió un poema (*ibid.*):

¿Por qué, corrector, te cebas  
en mí, si el Sumo Hacedor  
hizo hermanos, al autor  
y al que corrige las pruebas?

## Capítulo XII

### Recomendaciones para pronunciar o improvisar un discurso

1. Previamente a nuestra disertación debemos afanarnos de verdad por cumplir el compromiso de modo admirable. Recomiendo, por tanto, *leer repetidas veces y en voz alta el documento para descubrir*, de preferencia con el auxilio de otra persona:

- a) *Las locuciones mal redactadas.*
- b) *Los giros gramaticales impropios.*
- c) *La puntuación incorrecta.*
- d) *Los vicios y fallas de redacción referidos en los dos capítulos precedentes.*

Considerar tales cuestiones servirá para perfeccionar la estructura del texto en cuanto a su presentación;

es oportuno aprovechar ese momento para ahondar en su contenido, con objeto de conseguir una argumentación excelente.

Por si fuera poco, será un buen ejercicio para:

- a) *Corregir nuestros problemas de dicción.*
- b) *Precisar las frases donde poner más énfasis.*
- c) *Fijar las pausas en la alocución que resultan necesarias para que se entiendan las ideas de manera sencilla.*
- d) *Determinar en qué partes del escrito incluiremos ciertos ejemplos o comentarios para recalcar aspectos específicos del discurso.*

Debe leerse el trabajo con antelación y lo más fuerte posible; esto ayudará a *afinar la entonación pertinente con el propósito de que nuestra retórica trascienda, toda vez que la enjundia que exhibamos al exponer –al igual que los planteamientos convincentes– servirá para persuadir a la concurrencia.*

Para conocer las faltas en que incurrimos a fin de enmendarlas a tiempo, un recurso útil, como indicamos antes, es grabar las palabras.

La impostación de la voz (véase la página 122) coadyuvará para mostrar, a la vez, la elocuencia y seguridad del tribuno en su ruta hacia la conquista del auditorio.

Sin duda, *una pronunciación impropia de un texto bien redactado acaso reduzca la eficacia de los*

*argumentos y la comprensión de las ideas y experiencias. La elegancia tanto al escribir como al pronunciar cada frase es una exigencia insoslayable para cautivar a los circunstantes (concurrentes).*

Para conseguir el efecto esperado, el escritor-orador debe actuar con seguridad, y darle al público la impresión de que conversa amablemente con él. De este modo se sentirá tomado en cuenta y seguirá con expectación la lectura; alcanzar este momento representa el punto culminante de nuestra oratoria.

Atender las sugerencias señaladas en este capítulo nos dará mayor certidumbre al leer el trabajo.

2. Si se requiere enseñar estadísticas, definir conceptos o resumir razonamientos, las diapositivas o acetatos contribuirán a su mejor entendimiento.

Empero, el exceso de esquemas, tablas numéricas o gráficas posiblemente vuelva cansada la exposición; si el disertador no es hábil para explicar los materiales proyectados, quizá pierda, durante algunos minutos, el contacto directo con los espectadores toda vez que éstos cconcentrarán su atención en la pantalla.

Si se pretende mostrar un video, asegúremonos de que sea útil para acentuar el interés de los asistentes, en lugar de que aprovechen esos instantes para dormir o abandonar la sala. En cualquier caso, evitemos que el tedio se apodere del público al manejar guarismos y cuadros, o al recurrir a otros medios para ilustrar puntos especiales de la conferencia.

Si se carece de aparatos de proyección a pesar de haberlos pedido con tiempo, o no funcionan a la hora requerida, esto representará una contrariedad que tal vez arruine la estrategia diseñada para exponer el documento.

En razón de ello, tomemos las medidas indispensables para enfrentar este tipo de fallas; por ejemplo, *practiquemos en casa explicando a una multitud imaginaria, con términos sencillos, el contenido de los cuadros o esquemas principales.*

3. La preparación previa de la lectura del texto es necesaria pero no suficiente para alcanzar el éxito, pues desconocemos las condiciones del auditorio donde discursaremos. Actuemos con prurito para salir airoso. ***Un buen orador siempre se previene para afrontar circunstancias adversas que quizás estropeen su presentación, aun cuando haya puesto sumo cuidado en el trabajo.*** Algunas situaciones las señalo después.

4. Si el ponente se siente capaz de improvisar en tanto que posee un conocimiento amplio sobre la materia, así como experiencia para disertar, recomiendo *escribir un guión para encauzar el discurso.*

Si logra expresarse con espontaneidad, coherencia y sencillez, los asistentes le recompensarán su grandilocuencia. El interés de éstos se evidenciará en tanto que muchos desearán participar, o se suscitará la ovación

natural, las felicitaciones públicas y personales por la improvisación magnífica. Otros buscarán al invitado luego del acto para obtener información adicional relativa a su ponencia.

Escribía estas notas cuando llegó la fecha (16 de noviembre del 2000) en la que dictaría una conferencia magistral\*, “Investigación en salud”, en el Octavo Congreso Nacional de Odontología organizado por la Universidad Autónoma del Estado de México. Redacté los puntos cardinales para guiar la exposición:

- a) Plantear el error común cuando se discurre sobre el proceso investigativo: *la mayoría del público piensa que el disertante ofrecerá recomendaciones precisas o recetas para realizar una indagación.*
- b) Eliminar la idea de que sólo el conferenciante podrá responder a todas las dudas e inquietudes de los asistentes.
- c) Desterrar diversos mitos sobre cómo se forman y proceden los investigadores en sus dominios.
- d) Exponer la discusión en torno al método científico. Citar los comentarios de algunos autores.
- e) Analizar los conceptos *investigación y salud.*

---

\* Disertación especial dictada en un congreso o foro por un experto con reconocimiento en el campo académico-científico respectivo.

- f) Precisar los aspectos de la pesquisa clínica, epidemiológica y social en el campo de la salud. Sus posibilidades y limitaciones.
- g) Formular las siguientes diferencias: *entre cómo se investiga y la manera de exponer el trabajo; entre la enseñanza y la aplicación de la metodología; entre la investigación que se realiza en el ámbito académico y la que se efectúa fuera de él* (dependencias gubernamentales e instituciones privadas).
- h) Señalar los componentes básicos de mi propuesta metodológica:
  - Posibles caminos para investigar.
  - Precisar las razones para cambiar los conceptos “paso” o “etapa” por el de “proceso específico”.
  - Distintos niveles de los elementos metodológicos.
  - El quehacer investigativo es sociohistórico (en qué se trabaja, en qué circunstancias, para qué, quién y cómo se procede). Proyectar el esquema.
- i) Plantear la trascendencia tanto de saber indagar como de presentar por escrito los resultados.

5. Si llevamos redactado el discurso o decidimos improvisar, la experiencia aconseja *intercalar durante la exposición distractores que sirvan, a la vez, para concentrar la atención de los oyentes*. De este modo se reducirá la posibilidad de que pierdan el interés, se aburran o, en el peor de los casos, abandonen la sala.

Alguna información reciente o una anécdota que posea atinencia con el tema son recursos válidos para atraer de nuevo la consideración de los asistentes.

Al respecto, recuerdo cómo procedí para conservar la expectación del auditorio en la conferencia que dicté en la Universidad de Panamá, en octubre del 2000. Al tocar el punto relativo a las distintas concepciones sobre una misma realidad narré al público, para ilustrar mis palabras, la experiencia que viví ese día, antes de la plática.

*Pregunté al taxista que me condujo a la zona del Canal su opinión sobre lo que representaba para el pueblo de Panamá el hecho de que los Estados Unidos le hubiese devuelto el control de esa vía marítima al gobierno de su país, a partir del 31 de diciembre de 1999.*

*Dicha persona adujo razones concretas para fundamentar su desacuerdo con tal medida, verbigracia: incremento del desempleo y proliferación de secuestros y asaltos. “Con soberanía y patriotismo no se come”, arguyó convencido el trabajador del volante.*

*En la zona del Canal se hallaba una profesionista, empleada de la Universidad de Panamá, a quien formulé la misma cuestión. Su respuesta fue en sentido contrario a la del taxista; ella mostraba su orgullo de que el país recobrara el dominio de la susodicha ruta marítima, y estimaba que el pueblo compartía ese razonamiento.*

Ante el relato una buena parte del público evidenció disposición por participar en la controversia, mas en mi

condición de extranjero, y por respeto a la institución anfitriona, creí prudente no discutir asuntos de política interna de una nación distinta a la mía, tal como se lo indiqué a los universitarios.

La intención, en todo caso, era *demostrar la existencia de diferentes lecturas sobre un mismo hecho, sirviéndome para ello de un fenómeno reciente que afectaba directa o indirectamente a todos los panameños.*

Ilustrar con ejemplos cercanos al medio social donde se desenvuelven los participantes es, asimismo, necesario en los cursos-taller o en cualquier otra actividad académica. La concurrencia agradecerá la preocupación del expositor en tal sentido.

En el apéndice II narro una experiencia al respecto, cuyo fin era ayudar a comprender el tema de la objetividad-subjetividad en la construcción del conocimiento, en un curso-taller que impartí en la Asociación de Economistas Mexicanas, delegación Guerrero, en noviembre del 2000.

6. Procuremos ser grandilocuentes para que el público *entre en nuestra misma frecuencia*, valga la frase coloquial, o sea, sienta como suyas las ideas que expresamos, con el afán de cautivarlo desde el principio, y no se pierda el atractivo de escucharnos. Aquí vale la recomendación subsecuente: *conocer previamente las características socioculturales y académicas de los*

*grupos a los que nos dirigiremos para adecuar, en la medida de lo posible, el lenguaje y los casos a su entorno.*

7. Para que la disertación no pierda su valor *observemos constantemente las reacciones del auditorio para percibir cómo acoge nuestras palabras*, con el propósito de reorientarlas, si lo creemos oportuno, y así mantener expectante a la muchedumbre.

El orador experimentado sabe interpretar el significado de los *distintos silencios* que pueden invadir el recinto, para actuar en consecuencia. Cuándo la gente *está concentrada realmente*, siguiendo con interés el discurso, o cuándo los asistentes *nos comunican con su silencio* las pocas ganas de proseguir escuchándonos, puesto que no conseguimos aportarles cosas trascendentes para su vida personal y profesional.

8. Tratemos, pues, de ser habilidosos para no cansar a los concurrentes con una presentación monótona del documento, con mayor razón si el número de páginas es grande. En caso de leerse el trabajo, éste no debe superar las veinte cuartillas a doble espacio, lo cual ocupará de treinta a cuarenta minutos de lectura.

Como indiqué antes, es aconsejable *intercalar comentarios bien centrados para lograr una intervención amena, y no dejar de mirar a los espectadores para conocer el efecto que produce nuestra alocución.*

9. Durante la exposición del texto, o si se improvisa, es menester *variar el tono de la voz* como una expresión de grandilocuencia; no valorar este detalle evidenciará poco respeto hacia los oyentes; por lo mismo, el tedio aparecerá y posiblemente muchos cabecearán o sucumbirán en los brazos de Morfeo.

*Si pese a nuestra retórica advertimos aburrimiento en el público o parte de éste se muestra distraído, tal actitud es una señal de alarma para recurrir con diligencia a determinadas estrategias:*

- a) Poner énfasis en frases que estimamos relevantes.
- b) Si la materia lo permite, conviene *incluir ejemplos relacionados de preferencia con el medio sociocultural o académico de los asistentes*, a fin de ilustrar ciertos aspectos del trabajo.
- c) Preguntar al auditorio si entiende nuestros planteamientos.
- d) No permanecer en el mismo punto; de ser posible sigamos hablando en tanto que nos acercamos a aquellas partes donde contemplamos a sujetos con signos de lasitud.
- e) Si el local posee una buena acústica, aconsejo hablar sin micrófono de modo tal que nuestra voz se escuche en todo el recinto.
- f) Si la índole del discurso y las características de los concurrentes ayudan, es oportuno indicarles que redacten (en unos cuantos minutos) la defini-

ción de un concepto o desarrollen una idea sobre cierto asunto; ello con la intención de que algunos lean sus aportaciones al concluir el ejercicio.

Tal petición *contribuye de inmediato a superar el ambiente de pesadez que prevalece*, pues las personas cambian de postura por el movimiento corporal que realizan al buscar papel y pluma para escribir; esto sirve también para relajar los músculos.

Además, se intuye en ellas *una actitud de alerta ya que tal vez piensen cómo asumir el encargo en caso de resultar seleccionadas para ello*.

- g) Si persistiese la falta de concentración en una buena parte de la asistencia, es preciso suprimir información que no altere el contenido sustantivo (esencial) de nuestra disertación y, sin brusquedad, terminar cuanto antes.
- h) La carencia de interés del auditorio no siempre es por fallas del hablante; *quienes acuden a un acto académico acaso vivan circunstancias complicadas que dificulten su concentración para escuchar con cuidado al invitado*.

Entre los elementos objetivos que repercuten negativamente en la exposición del orador, por experimentado que sea, están: el exceso de trabajo o los conflictos institucionales que afrontan los oyentes, así como sus problemas familiares y per-

sonales. Igualmente, influyen el hambre, el sueño, la aireación inadecuada del local, el ruido externo (del tránsito vehicular, por ejemplo) o interno (aparatos de ventilación ruidosos).

- i) Es posible que ciertos miembros del grupo se inclinen por ahondar sobre determinadas cuestiones. Para no frustrar sus expectativas mostremos disposición de atender sus dudas e inquietudes, con objeto de ampliarles la información o proporcionarles bibliografía; de igual modo, *conversemos no exclusivamente sobre la materia de la conferencia sino con respecto a otros asuntos que preocupan a la gente que fue a oírnos.*
- j) Aprovechemos estos momentos para intercambiar el correo electrónico, la dirección o el teléfono, con el propósito de mantener el contacto con quienes dejaron de hacer otras cosas para escucharnos. *La atención que brindemos a los asistentes al concluir la disertación será valorada positivamente por éstos y coadyuvará para que nos recuerden en forma grata, y deseen nuestro pronto retorno.*

10. En ocasiones llevamos redactado el discurso pero devienen cosas que nos obligan a tomar la decisión de no leerlo; verbigracia, si quien nos precedió en el uso de la palabra improvisó, o descubrimos lasitud en el público, o éste, suponemos, espera de nosotros una exposición no tan formal.

En cualquiera de los casos sugerimos comentarle que no obstante tener por escrito la ponencia *evitaremos su lectura para no abrumarlo*. Este aviso resulta, por lo general, del agrado de las personas y ayudará a concentrar aún más su atención, pues estarán explícitamente enteradas del esfuerzo que realizaremos al no leer el documento pergeñado.

Con todo, se corren riesgos al improvisar, por ejemplo, hablar en exceso sobre un punto del tema a desarrollar, o utilizar muletillas; ello tal vez origine tedio en el auditorio. Sobre esto Peter B. Medawar precisa:

*Una torrencial lluvia de palabras puede hacer pensar al orador que es muy brillante, pero es más probable que su público lo considere locuaz. Una presentación medida, quizá con un toque de gravedad es, sin duda, lo que Polonio habría recomendado. Trátese también de no aburrir a nadie. El científico que tenga tiempo de dar clases a niños de primaria pronto sabrá si tiene a su público o no en la mano: los niños no pueden mantenerse quietos, y si se aburren, empiezan a moverse [...], pero en el momento en que los muy jóvenes se interesan (en la conferencia), permanecen quietos (ibid., p. 92).*

Al respecto recuerdo una vivencia bella que tuve con escolares de primaria al impartirles, con la profesora Amparo Ruiz del Castillo, una plática sobre “Cómo

aprender a investigar”. En el capítulo XXII se relatan los pormenores de dicha experiencia.

11. Muchas veces la hora de nuestra intervención llega cuando la multitud ha escuchado a varios ponentes, lo cual nos ubica en una posición de desventaja con respecto a los primeros, pues es posible que para esas alturas la gente exhiba cansancio y, en consecuencia, disminuya su interés en lo que decimos.

Si es el caso, conviene actuar con habilidad e iniciar como lo planteamos antes, con una anécdota, una pregunta o un comentario para superar los visos de lasitud y atraer de nuevo la atención de los oyentes.

*Si éstos evidencian fatiga excesiva, es recomendable sugerirles que se levanten unos momentos para mover los músculos y, además, respiren profundamente.* Ello servirá para que se relajen y, a la vez, puedan percatarse de que como oradores valoramos sus necesidades físicas.

Con tal acción *se consolida un vínculo de confianza con los asistentes* y a partir de ese instante tendremos la posibilidad de controlar al auditorio —en el buen sentido del término— si ponemos, asimismo, cuidado en los otros puntos a los que me he referido previamente.

12. Antes y durante la preparación del discurso, el conferenciante no debe olvidar que la contundencia de su expresión oral será mayor si los ademanes son

naturales y sirven para reforzar su elocución, es decir, su “manera de hacer uso de la palabra para expresar los conceptos” (*Diccionario enciclopédico Planeta*, t. 4, p. 1626).

El público se percatará en el acto de la habilidad y enjundia del disertante al comprobar si recurre o no a expresiones físicas (gesticulaciones, ademanes) para reforzar su oratoria y, en caso afirmativo, cómo las aprovecha para persuadirle.

El empleo correcto de las manos servirá para que el auditorio comprenda ciertas cuestiones; por ejemplo, si en el documento existen citas textuales de otros creadores, su lectura exige indicar la fuente de donde provienen las ideas o información. Resulta oportuno, en este caso, que con los dedos índice y medio de ambas manos el orador haga en el aire una señal de comillas para patentizar que citará literalmente a determinado autor.

13. La práctica revela la trascendencia de acercarnos a la gente cuando vamos a disertar. Semejante proceder será justipreciado por los asistentes y coadyuvará para que se animen a participar. No veamos pues a la concurrencia como enemiga; al contrario, demostrémosle que aun cuando nos invada el pánico escénico, anhelamos ser escuchados para que, en su momento, atendamos igualmente sus deseos de intervenir para enriquecer nuestra exposición.

14. No nos arredre ser iconoclastas, o sea contravenir las normas establecidas, si con ello se crea una atmósfera cálida para que la estancia de la gente sea más grata y, además, se facilite la comprensión del tema que se abordará. Semejante modo de obrar será un punto a nuestro favor para conquistar al público.

En agosto de 1999 debía discurrir en la Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia. El lugar designado para dicha actividad académica era el Salón de Honor de la Rectoría con cupo para sesenta personas. A la conferencia llegaron más de doscientas.

*Al advertir este hecho y ante la imposibilidad de trasladarnos a otra sala más grande, propuse a los participantes un cambio en la disposición de los asientos, a fin de colocarlos en círculo, y a quienes no alcanzaron silla les sugerí sentarse en el suelo (estaba alfombrado afortunadamente) para sentirse cómodos.*

Esta índole de acciones no siempre son bien vistas por las autoridades, pues alteran la formalidad que se supone debe guardarse en un sitio catalogado como recinto especial para actos solemnes; empero, en ciertas circunstancias es menester tomar decisiones en beneficio de los espectadores aun cuando se molesten algunos burócratas.

Cautivar a la concurrencia implica un *verdadero desafío*. Sólo cuando el disertador se afana realmente a través de la práctica perenne, no exenta de *lapsus*, se consigue con la retórica el éxito anhelado. La recompensa a tal empeño vale la pena en tanto que deja muchas satisfac-

ciones y experiencias, las cuales nos ayudan para madurar intelectual y emocionalmente.

Terminaba de escribir estas líneas cuando al fin pude localizar un libro sobre oratoria de Antonio Lamar escrito hace muchos años, del cual extraigo algunos puntos que estimo válidos, con lo que se demuestra que las buenas ideas resisten el paso del tiempo:

*Compórtese con naturalidad ante su auditorio, dejándose llevar por los impulsos de su temperamento natural. Sea siempre usted mismo.*

*Sin renunciar en ningún caso a su propio estilo, embelézcalo con los recursos de otros, dotando a sus discursos de contrastes y pinceladas que hagan de ellos auténticas obras de arte.*

*Dentro de los límites permisibles en cada caso, baraje hábilmente los estilos y géneros a su alcance, a fin de dar más brillantez al discurso.*

*Para ayudar a su formación como orador, dedíquese durante algún tiempo a escuchar a otros oradores, estudiando sus virtudes y defectos, aplicándose después a sí mismo los resultados de sus observaciones (Para hablar en público, pp. 26-27. El énfasis es mío).*

15. Concibamos, pues, el arte de hablar como un medio para solazar a quienes nos escuchan y, a la vez, para fortalecer nuestro espíritu.

Ello implica que al pronunciar un discurso, o al estar conversando informalmente, los interlocutores *sientan que creemos plenamente en los pensamientos que expresamos*, en tanto que nuestra alocución se basa en ideas, información y experiencias expuestas con naturalidad y elegancia.

## Capítulo XIII

### **El aspecto subjetivo antes, durante y al concluir la disertación**

Para conquistar al público no basta con mantener bajo control una serie de cuestiones de carácter objetivo como las descritas, u otras que se indican en el capítulo subsiguiente. Influye, de igual modo, nuestro *estado de ánimo*, que surge o se modela tanto por la presencia de situaciones institucionales como por factores personales, por ejemplo:

- a) Los problemas familiares o emocionales que afrontamos el día del compromiso para disertar.
- b) Llegar al hotel y no tener la habitación reservada.
- c) Se retrasan los individuos designados para trasladarnos al auditorio.

- d) Una actitud de displicencia de los organizadores del acto académico hacia nosotros antes de iniciar la conferencia o el curso-taller.
- e) Sentirnos mal con la ropa que llevamos puesta.
- f) La presencia de una enfermedad o la aparición de un malestar físico inesperado.
- g) Percatarnos de que el lugar se encuentra cerrado o la mayoría de la gente aún no llega.
- h) Carecer de los recursos solicitados (micrófono y otros aparatos para apoyar nuestra disertación).
- i) El ruido excesivo dentro y fuera del local, por las razones señaladas en otro capítulo.
- j) Darnos cuenta de que el recinto resulta inadecuado para la manera como hemos planeado la exposición.
- k) Los coordinadores no cuidan nuestra presentación ante el auditorio (lectura incorrecta del *currículum*, por ejemplo).
- l) Comprobamos que ciertos grupos o personas asisten por exigencia de algún preceptor.
- m) Si se trata de un congreso, esperar a veces más de una hora pues se difiere nuestra participación debido a que los ponentes que hablaron antes, o los organizadores, no se ajustaron a los tiempos establecidos.
- n) Interferencia de funcionarios antes o durante la disertación.
- ñ) Aparición de un suceso que impida la verificación de la actividad programada.

Las cuestiones apuntadas dificultan que nos comportemos con naturalidad, sobre todo si carecemos de experiencia para hablar en público. *Nuestra humanidad se deja sentir más intensamente en tales momentos.*

En circunstancias como las mencionadas, tratemos de controlar aquellos aspectos personales cuya presencia afecta negativamente el estado anímico, en tanto que los organizadores recurran a sus buenos oficios para evitar fallas institucionales, con el propósito de no reducir nuestro desempeño.

De cualquier modo, procuremos superar los factores aludidos realizando lo que nos corresponde, aunque ello signifique un esfuerzo físico y mental considerable.

Ciertos casos vienen a mi mente, donde se manifiesta la objetividad-subjetividad de los avatares que afronta el expositor antes, durante o al concluir su intervención.

1. Revisaba estas notas cuando llegó la fecha de dictar una conferencia en la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM.

Minutos antes de dirigirme a ese plantel escribí las siguientes palabras, como una forma de hacer menos pesado mi desasosiego: “Hoy, martes 26 de septiembre del 2000, a las 16:30 horas debo impartir una plática. Sin embargo, me siento con el ánimo por los suelos ya que anteayer falleció el maestro Fernando Holguín Quiñones de quien recibí un apoyo inapreciable para mi formación y práctica profesional. Y ese mismo día mi

madre sufrió un segundo infarto cerebral y se encuentra hospitalizada en el estado de Morelos. Su situación se reporta como crítica y todo puede ocurrir. Ayer les pedí a los organizadores de la jornada que se comunicaran conmigo previamente a la conferencia, para definirles si era posible o no impartirla, dependiendo del estado de mi progenitora.

Mi hermana me habló de Cuernavaca hace unos minutos para decirme que dentro de su gravedad, sigue estable. Son las 14:30 horas y estoy terminando de afinar el guión, que por las circunstancias referidas no logré concluir antes. A ver cómo me va...”.

Hoy, miércoles 27 de septiembre del 2000, vuelvo brevemente a escribir en la computadora como una forma de superar un poco mi angustia y tristeza, antes de partir a esa ciudad. Parece que les agradó la charla, aunque luego de concluir advertí que pocas personas estaban interesadas en participar para formular comentarios o exteriorizar sus dudas.

Hice notar esto al auditorio y fue un alumno quien arguyó: “Como la exposición fue clara y precisa, él presumía que por tal razón no había muchas preguntas”. De todos modos recomendé al grupo que no dejara de plantear sus opiniones, ya sea en esa oportunidad o en otras, pese al temor de hablar en público que muchos experimentamos.

Les relaté algunos casos que expongo en este libro (concretamente el del Che Guevara y el de la Escuela Normal de Ayotzinapa, Guerrero) para animarlos a

romper el silencio. Varios estudiantes aceptaron la exhortación, lo cual valoré sinceramente.

Dejo por hoy de redactar pues otros deberes más urgentes reclaman mi atención...

2. En abril del 2000 me propusieron dictar en Chilpancingo, Guerrero, una conferencia de cuatro horas (con un receso de 20 minutos) a quinientos profesores en servicio procedentes de todas las regiones de ese estado.

La plática se planeó para realizarse la tarde del primer día de la Semana Santa; se efectuaría en el auditorio de la secundaria donde los mentores cursaban sus materias para obtener la licenciatura.

Acepté la invitación programada en esa fecha por mi amistad con la organizadora de tales cursos en dicha entidad federativa.

Siempre he pensado en la importancia de ser responsable en cualquier actividad académica; por ello pedí a mi amiga fuese por mí al hotel con suficiente tiempo, a fin de principiar la charla puntualmente. Pasaron los minutos y no llegaba.

Al poco rato se presentaron dos personas para trasladarme a la sede; en el trayecto me pusieron al tanto del contratiempo que la funcionaria enfrentaba: los maestros con quienes trabajaría se habían apoderado por la mañana de las instalaciones de la Secretaría de Educación, y adentro se hallaba la citada directiva.

Arribamos al recinto cerca de las 17 horas; empero, éste permanecía cerrado pues el director de la secundaria decidió no proporcionarlo para la conferencia. Ante tal novedad el equipo organizador recurrió con presteza a los oficios de un cerrajero para abrir el local, lo cual se consiguió veinte minutos después.

Para entonces se hallaban sólo unos cuantos docentes, quienes se habían adelantado; los demás –según lo expresaron– llegarían posteriormente, una vez signados los acuerdos con el gobierno estatal para resolver las exigencias del magisterio.

Los profesores y profesoras participantes en el plantón no tuvieron oportunidad de comer y su regreso a donde se efectuaría la charla les implicó caminar cerca de dos kilómetros. Estos datos los suministraron las primeras personas en hacer acto de presencia, los cuales fueron de mucha utilidad para normar mi criterio.

En estas condiciones –cavilé– será difícil concentrar su atención durante dos horas (el tiempo de la plática se redujo por la eventualidad mencionada).

Inicié con los pocos maestros congregados (alrededor de treinta), pero *modifiqué completamente la orientación del discurso; empecé por enterarme de los problemas metodológicos que enfrentaban en sus trabajos de tesis, con la mira de centrar mi disertación en estas cuestiones.*

Al llegar el resto de los preceptores, transidos de hambre, dejé de exponer para preguntarles sobre su ac-

tividad política enfocada a presionar a las autoridades del estado para que atendieran sus demandas.

Además de preocuparme por analizar en mi vida profesional el aspecto político como una parte intrínseca de la práctica docente, estimé que si dedicaba unos minutos a sus asuntos, y más por su agobio, ellos corresponderían poniendo atención a mis palabras.

Para interesarlos en las cuestiones metodológicas me referí a la investigación-acción y cómo ellos (los y las maestras que asistieron al plantón) podrían utilizar los recursos científicos de dicho procedimiento para conseguir de manera planeada sus propósitos.

Les pregunté si meditaron en la estrategia a seguir y si se prepararon para arrostrar hechos inesperados durante su plantón; si reflexionaron previamente en los puntos sobre los cuales dialogarían con los directivos, etcétera.

En esta índole de actividades políticas –recalqué– la metodología militante resulta provechosa para organizar el proceso de conocimiento y transformación de la realidad.

Destaqué la trascendencia de fundamentar teórica y empíricamente tanto los problemas como las hipótesis. Respecto a éstas hice hincapié en que no sólo debían formularse para interpretar los fenómenos sino, también, para prever el curso de los acontecimientos. Lo anterior nos ayudaría para enfrentar situaciones imprevistas.

Pese a los signos de lasitud en el público, por la jornada tensa, procuré involucrarlo en mi exposición; afortunadamente participaron muchas personas.

En este caso *distraje varios minutos para abordar un tema de la metodología no solicitado por la organizadora de la conferencia, a fin de exponerlo en esa ocasión. El hecho de valorar las circunstancias que en ese momento vivían los y las maestras fue importante para conseguir su atención; para ello me apoyé, además, en las experiencias y problemas vividos por los asistentes al elaborar sus trabajos de tesis.*

3. En 1984 debía impartir un curso-taller sobre investigación en una escuela de la Universidad Autónoma de Guerrero, ubicada en la ciudad de Acapulco. Llegué al plantel puntualmente (las nueve horas). Como se acostumbra casi siempre, me llevaron primero a las oficinas del directivo de quien recibí la invitación. Pasaron varios minutos pero el funcionario no daba indicios de abandonar su lugar.

Le sugerí entonces que pasáramos al local designado para llevar a efecto la actividad académica, pues estimé –le dije al sujeto– que ya era tarde. Para mi sorpresa, éste ni se inmutó y como justificación adujo: “No se preocupe maestro, aquí así es, todos se demoran. El mismo Consejo Universitario nunca principia a tiempo. Si se cita a medio día, comienza seis horas después”. Tales disculpas me exacerbaron aunque traté de no exteriorizar mi molestia.

Al presentarme en el aula comprobé lo dicho por el burócrata de que habría pocas personas. Sin más, me

expresó: “Lo dejo con el grupo”. Ante semejante falta de seriedad me rebelé; le exigí que se esperara para presentarme formalmente cuando llegara la mayor parte de la gente.

Efectivamente, la mayoría arribó al salón pasadas las 10 horas. Siempre he sido de la idea de mantener cierta disciplina en el trabajo académico; en razón de ello expuse, al concluir la primera jornada y una vez que ya existía una relación de *empatía* con sus integrantes, la necesidad de que asumieran su responsabilidad durante el curso-taller.

Fui enfático al proferirles: “Si el día de mañana no asisten puntualmente, en ese momento retorno a la ciudad de México”. Para mi sorpresa, los convocados respondieron positivamente al llamado de atención; superé la desazón y pudimos cumplir con los objetivos previstos.

4. En diciembre de 1993 la Facultad de Estudios Superiores, Unidad Zaragoza de la UNAM me invitó a un “Coloquio sobre investigación clínica y epidemiológica”.

El chofer enviado por la institución se presentó en mi domicilio con más de una hora de retraso, pues no le llegó a tiempo la orden correspondiente; por ello comencé tarde mi conferencia. Ofrecí previamente disculpas al público por esa falta de respeto ajena a mi voluntad; traté entonces de controlar mi enojo para no afectar mi disertación.

Al concluir, recuerdo bien la primera pregunta que me formularon: ¿Qué sugería para que al investigador se le tomara en cuenta en nuestra Universidad?

Confieso que a veces no cuido el protocolo cuando expreso mis puntos de vista, pues no me preocupo si se encuentran directivos entre el auditorio. Ésta fue mi contestación: “Después de lo que voy a decirles, es posible que las autoridades de la escuela no vuelvan a invitarme para dictar conferencias. Un modo de valorar el trabajo de nuestros investigadores es subordinar la burocracia de las instituciones educativas a las exigencias de las actividades académicas y no al revés, como lo acabamos de observar hace unos minutos cuando los administradores de este plantel olvidaron tramitar a tiempo el envío del vehículo, a fin de que pudiera llegar a la hora fijada para principiar mi disertación”.

Como es lógico presumir, en los meses subsecuentes dejé de recibir solicitudes para asistir a esa Facultad.

5. En 1991 realizamos una acción contrahegemónica en una población del estado de Veracruz. El director de la Universidad Pedagógica Nacional-Unidad Coatzacoalcos me pidió coordinar un curso-taller sobre investigación. Dado que la escuela carecía de auditorio, gestionó oficialmente, ante el presidente municipal de esa ciudad, la autorización del uso de la sala de Cabildo para cumplir, en ese lugar, con el compromiso.

Se consiguió dicho local y en la fecha en que iniciábamos lo hallamos cerrado; no había empleados ni funcionarios para resolver el problema. Tal desatención irritó al grupo. Por ello, puse a consulta con el directivo de la institución escolar las siguientes opciones: 1) Impartir el curso en la plaza principal, frente a la alcaldía, para exhibir ante los medios de comunicación la irresponsabilidad de las autoridades del municipio o, 2) abrir la sala de Cabildo aunque se enfadaran los burócratas.

Se decidió por la segunda acción. Cuando más tarde llegó el responsable del área podrán imaginarse la molestia que experimentó al ver forzada la chapa, pero antes de acusarnos de allanamiento —y frente a la otra opción dada a conocer: tomar clases en pleno jardín—, cedió su enojo y aceptó la falla en la organización.

Parafraseando a José Artigas\*, prócer uruguayo, podemos señalar que *el cumplimiento de una actividad académica no admite la menor demora*.

6. El 19 de septiembre de 1985 comencé a las nueve horas un curso-taller sobre metodología de la investigación en la Universidad Autónoma de Coahuila, Unidad Torreón. A las once de la mañana, durante el receso, un profesor me enteró del sismo acaecido en la ciudad de México.

---

\* José Artigas decía: **“La causa de los pueblos no admite la menor demora”**.

Pese a la magnitud de la tragedia que se anunciaba por radio, sugerí al director del plantel que viéramos las noticias por televisión. Las escenas eran dantescas y la preocupación por mi familia creció aún más al no saber de ella.

Decidí llevar a cabo un postrer intento para no abandonar al grupo; acudimos al cuartel del ejército para tratar de comunicarme con mi primo, quien en esa fecha era capitán y se desempeñaba en el área de transmisiones de la presidencia de la República. Pensé que quizás él sabía de la situación de mis consanguíneos y sobre la base de esa información decidir lo concerniente. Con gentileza los oficiales adujeron la imposibilidad de establecer contacto pues se había decretado la prioridad militar. No tuve más remedio que trasladarme con presteza a la ciudad de México.

7. A veces las coincidencias nos llevan a las evocaciones. Tiempo después, en 1997, el día en que se recordaba el terremoto, volví a ese plantel universitario y, por casualidad, me tocó impartir en el mismo auditorio un curso-taller semejante al que dejé en ciernes doce años antes.

Varios de los inscritos, quienes asistieron otrora como alumnos, en esta última oportunidad fungían como catedráticos de la escuela. Comencé mi exposición con un dejo de nostalgia evocando aquella actividad académica que el sismo impidió culminar en la fecha aludida.

Les pedí hacer de cuenta que proseguiríamos con la jornada inconclusa; compartí con el público la emoción que vivía, y creo que éste también la experimentó. Así, *a partir del momento en que reviví ese suceso físico y cómo afectó el acto académico en aquella fecha, sentí un vínculo espiritual entre los universitarios.*

8. En octubre del 2000, en la Universidad de Panamá a donde fui a dictar una conferencia sobre formación de investigadores (véase el capítulo VIII) ocurrió un hecho que me causó malestar, pues lo consideré un atropello a la academia.

Antes de mi discurso recibí una tarjeta de la máxima autoridad de esa institución invitándome a cenar a las 20 horas. Comencé a disertar a las 19 horas y justamente cuando debía estar con ese funcionario, su auxiliar me entregó una tarjeta con la subsecuente anotación: “Doctor Rojas Soriano, el rector lo está esperando en el restaurante Las Tinajeras”.

Hice caso omiso de esta injerencia y continué atendiendo al grupo, pues notaba su interés por participar. Intervinieron varias personas; a una de ellas le demandé volver a hacer uso de la palabra al concluir mi disertación, a fin de que ampliara sus comentarios.

Entonces el susodicho ayudante llamó a quien tenía el encargo de exponer (un profesor de color). No supe en ese instante lo que dialogaron; cuando solicité al cate-

drático compartir sus ideas me comentó que el sujeto de marras no quería que hablara (seguramente para no retrasar mi presencia en la cena con las máximas autoridades de la Universidad de Panamá). *Este hecho lo juzgué una intromisión todavía mayor en mi conferencia y, encima, lo percibí como un acto discriminatorio hacia ese docente, y más por la falta de tiento.*

Me impuse a las preocupaciones del burócrata expresándole al maestro de color nuestro afán por escucharlo, ante lo cual el impertinente no tuvo más remedio que ceder. Dedicué todavía cerca de treinta minutos para el intercambio de experiencias y opiniones, pues notaba las ganas del grupo por proseguir la interlocución.

Sentía mucho la presión del enviado del rector por lo que traté de concluir del mejor modo posible; ofrecí, además, conversar en el hotel donde me hospedaba con quienes lo desearan.

Estaba un tanto molesto por no disponer de tiempo suficiente para ahondar en mis planteamientos y ampliar la participación del público; pero, a la vez, me sentí bien dado que corroboré la satisfacción de las personas por la manera como abordé el tema. Al otro día fueron a verme algunos universitarios para dialogar.

9. Las pugnas entre los organizadores de una actividad académica pueden causar cierta inquietud al conferenciante. Al respecto rememoro lo sucedido en Argentina en noviembre de 1994. De la Escuela de Psicología So-

cial fundada por Enrique Pichon-Rivière recibí una invitación para impartir conferencias y talleres en varias instituciones, así como en un sindicato de mentores de ese país.

Minutos antes de principiar mi disertación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, se suscitó una disputa en la dirección de dicho plantel.

Los directivos universitarios no deseaban en el *presidium* la presencia de funcionarios del otro centro académico (la Escuela de Psicología Social). Éstos, a su vez, reclamaban su derecho a sentarse en ese lugar, toda vez que mi estancia en Argentina se debía a ellos.

Era hora de irnos al auditorio, mas la discusión seguía. Les propuse una salida decorosa para ambas partes: en el sitio de honor se ubicarían dos representantes de cada dependencia; tal sugerencia fue aceptada.

Como es de suponer, un hecho de esta naturaleza puede generar tensión en el expositor, quien se verá compelido a poner todo lo que está de su parte para superar situaciones incómodas como la relatada.

10. Según hemos visto, a veces debe lucharse contra la burocracia enquistada en las instancias educativas para efectuar ciertas actividades académicas; empero, también algunos trabajadores sindicalizados obstaculizan (por su falta de experiencia o disposición) el cumplimiento de compromisos de este tipo. Rememoro lo que

pasó en julio de 1988 en la Universidad de San Carlos de Guatemala al impartir un curso-taller a docentes de esa institución.

La jornada vespertina se programó para finalizar a las 20 horas. El primer día, y por la dinámica del trabajo, rebasamos el tiempo previsto. A las 20:10 se presentó personal de intendencia para cerrar el auditorio.

Ante tal desconsideración, a la mañana siguiente exhorté a los directivos a resolver este malentendido que generó desazón en el grupo. Afortunadamente los funcionarios actuaron con presteza para evitar mayores contratiempos.

**11. *Exponer estas vivencias tiene como propósito mostrar que el orador afronta en ocasiones circunstancias adversas que afectan su estado de ánimo.*** No hay reglas precisas sobre cómo proceder en cada caso particular. *La experiencia, la buena voluntad* para cumplir satisfactoriamente con lo acordado, así como *prepararse anímicamente* para enfrentar las rémoras que se presenten, todo ello servirá a fin de superar un ambiente poco propicio para la disertación.

Si pese a nuestros esfuerzos no resultamos victoriosos en esa oportunidad, evitemos el desaliento y evoquemos al celeberrimo Demóstenes quien, no obstante los artilugios (artimañas) de su rival Esquines, logró salir avante en aquella memorable lid, como lo relato en el capítulo vi.

## Capítulo XIV

### **Aspectos físicos a considerar para facilitar nuestra exposición**

En la práctica no basta con prepararse intelectual y anímicamente para alcanzar el éxito como oradores. Debemos comentar con los encargados de la organización aquellas cuestiones de carácter institucional que quizás pudieran entorpecer la exposición.

Igualmente, es oportuno considerar las características físicas del lugar, así como determinadas situaciones o conductas con el afán de propiciar condiciones ambientales agradables para mejorar nuestro desempeño.

Aunque algunos rubros se han analizado, por experiencia estimo relevante tocar de nuevo ciertos puntos para conseguir los objetivos planteados. Por ejemplo:

1. Solicitar a los organizadores un local con ventilación e iluminación adecuadas y, de ser factible, alejado de ruidos excesivos.

Si el aspecto ambiental no se atiende, el público resentirá los efectos de este descuido, pues experimentará más rápidamente signos de lasitud con las consecuencias que conocemos. Peter B. Medawar las precisa: “susurros siseantes, consulta ostentosa a los relojes, risa en los momentos más serios, lentos y graves meneos de las cabezas, etcétera...” (*ibid.*, p. 95).

La fatiga propiciará en ciertas personas el deseo de salirse –o acaben por hacerlo–, mientras que otras dormiten, lo cual representará para el hablante un indicador claro de que está a punto de fracasar. Empero, debe señalarse que: “el sueño muy a menudo se debe a hipoxia en un salón de conferencias mal ventilado... no necesariamente al aburrimiento” (*ibid.*).

2. Si pretendemos impartir un curso-taller se requiere disponer de un aula o auditorio con sillas movibles para colocarlas de forma tal que durante la sesión plenaria los participantes se miren directamente. En vista de que se debe trabajar en equipos, al concluir nuestra intervención, lo precitado permitirá ubicar los asientos en círculo para facilitar la discusión en cada uno de los subgrupos.

Al pedir este tipo de recintos los organizadores muestran, por lo general, disposición para cumplir con esa exigencia, a fin de elevar la calidad del trabajo académico.

Con todo, al llegar a donde se realizará la conferencia-taller o el curso-taller nos damos cuenta de que nuestra sugerencia no se consideró, pues el lugar elegido es un auditorio con butacas fijas. Dicha experiencia en mi caso es frecuente.

Cuando esto sucede procuro de inmediato “adaptar” el local a los requerimientos académicos para que esa contrariedad no afecte nuestro ánimo y se alcancen los objetivos previstos.

Así, me aproximo a los asistentes para conseguir una mejor interacción. También camino hacia diversos sitios para estar cerca de quienes se hallan situados lejos del proscenio. Trato de que participen (con preguntas o comentarios) miembros del público ubicados en distintos puntos, para que perdure la expectación de toda la concurrencia.

3. Es recomendable presentarse con tiempo suficiente a donde discursaremos, con el propósito de mantenernos tranquilos a la hora en que nos corresponda intervenir, y no ser presa de los nervios por acudir tarde. Asimismo, arribar a la sala con algunos minutos de antelación servirá para conocer su tamaño y diseño, así como la clase y cantidad de gente, entre otras cosas, con objeto de “irnos ambientando”.

Es en ese momento cuando nos percatamos si nuestras observaciones en cuanto a la iluminación y ventilación fueron tomadas en cuenta por los organizadores;

si cuidaron que el recinto elegido para realizar el acto estuviese distante de los ruidos provenientes del exterior.

Hay auditorios donde de inmediato nos sentimos bien porque resultan acogedores; otros, en cambio, tienen un aspecto sombrío, dificultándose establecer una relación más personal con los concurrentes.

*Muchas instituciones carecen de recursos y espacios idóneos para llevar a efecto ciertas actividades académicas; por ello debemos tomar medidas para superar condiciones ambientales adversas que pueden afectar negativamente la concentración.*

Un caso viene a mi retentiva. En mayo de 1995 la Asociación de Pedagogos de Cuba me invitó a impartir un curso-taller para sus agremiados, el cual tendría lugar en La Habana.

El calor en esa fecha era bastante elevado (por encima de los 35 grados centígrados) y el salón donde se efectuarían los trabajos carecía de aire acondicionado y de ventiladores. El clima afectaba también a los compañeros cubanos habituados a laborar con altas temperaturas. Ante tales condiciones físicas podrán imaginarse el esfuerzo que todos debimos hacer para cumplir con el compromiso.

Recuerdo, además, lo ocurrido en noviembre de 1993 a la profesora Amparo Ruiz del Castillo y a quien escribe estas líneas, en una escuela secundaria pública de la ciudad de México. Una maestra nos invitó a su clase de

segundo año para dar una plática sobre “Iniciación en el campo de la investigación”.

Nos tocó exponer a la hora en que otros grupos disfrutaban de su recreo. El ruido impedía mantener la concentración completa de los alumnos; por ende, la profesora Ruiz del Castillo se dirigió a la puerta para cerrarla pero, ¡oh sorpresa!, carecía de vidrios. En tales circunstancias tuvimos que afanarnos aún más para conseguir los objetivos previstos.

En otra ocasión, el 18 de noviembre del 2000, en Chilpancingo, Guerrero, principiaba a las 9 horas un curso-taller y justamente en ese momento, como si hubiese un acuerdo previo, empezaron a sonar los tambores y cornetas de la banda escolar que se preparaba, en el patio de la escuela, para festejar dos días después el inicio de la Revolución Mexicana. Durante media hora el salón donde trabajábamos se llenó de un ambiente de patriotismo que inflamaba los corazones pero aturdía los oídos.

4. Otro punto importante es asegurar la disponibilidad de un micrófono si los públicos son numerosos o en caso de padecer una infección en las vías respiratorias.

Si se cuenta con dicho medio debemos hacer un uso correcto del mismo. Algunas personas no desean, consciente o inconscientemente, que su voz se escuche en todo el auditorio.

Repetimos, así, el mismo vicio presente en las clases: hablar sólo para quienes se encuentran en las pri-

meras filas, o para el profesor, olvidándonos del resto del grupo. Ésta es una forma de protegernos de las críticas, pues pensamos que si no se nos escucha serán menores los cuestionamientos a la exposición.

Es preciso cerciorarnos de que nuestra voz abarque a todo el público; para confirmar tal hecho no dudemos en preguntarle si nos oye perfectamente bien. Tal sugerencia no está de más, pues a veces el aparato no funciona de manera correcta, como me sucedió en Almoloya de Juárez, según lo relato en el capítulo VIII, inciso 6.

5. En ocasiones los organizadores del ciclo de conferencias o de la mesa redonda nos preguntan con varios días de anticipación el tipo de recursos audiovisuales que necesitamos. Empero, suele ocurrir que falle la organización y sentirnos contrariados por no disponer de ellos.

En caso de llevar diapositivas u otro material para proyectar, *debemos aprestarnos para afrontar cualquier contingencia con objeto de utilizar otros medios como el pizarrón o el rotafolio o, si se carece de éstos, procurar –como indiqué antes– exponer la información con claridad y precisión para que el auditorio la comprenda sin complicaciones.*

6. La planeación de una jornada académica (una conferencia, una mesa redonda, un foro, curso-taller, etcétera) responde a las ideas que tienen los patrocinadores sobre este renglón.

Para respetar la formalidad requerida se arregla un espacio a fin de sentar a los conferenciantes. Es posible que el mueble detrás del cual se ubican los miembros del *presidium* esté situado lejos de la concurrencia. Si es el caso sugiero, una vez concluida la inauguración, pedir a los organizadores que coloquen la mesa cerca de los oyentes.

Lo anterior puede hacerse aunque se trate de una actividad en donde intervienen varios expositores cuyos trabajos llevan por escrito y precisan, en consecuencia, de un lugar para poner sus documentos.

7. Si el disertador decide improvisar, y él es el único invitado, recomiendo acercarse a la gente para establecer desde el principio una relación más cálida con ella. *Si el local cuenta con sillas movibles y los concurrentes no son numerosos (menos de cien) conviene colocar los asientos en círculos concéntricos y sentarse entre ellos, o caminar en medio del grupo.*

***El hecho de aproximarnos al público para interactuar en forma más estrecha será una decisión altamente valorada por sus integrantes, pues se percatarán de que el orador se interesa por compartir sus experiencias y conocimientos, en vez de imponerlos.***

Además, ello motivará a las personas a participar, en tanto que se darán cuenta de la ideología del disertante,

revelada a través de su comportamiento: *quien expone desea también aprender de los asistentes.*

Eliminemos, por ende, las barreras que se interponen entre nosotros y el auditorio, con el propósito de conquistar su atención, primero, y luego su reconocimiento.

Conducirnos del modo descrito no es sencillo para muchos ponentes, pues ello supone “dejar el lugar seguro” asignado (detrás de la mesa y lejos del gentío) para hablar desde ahí. Si somos tímidos debemos realizar un doble esfuerzo para proceder según lo recomendado.

8. La adopción de cierta postura corporal resulta decisiva desde el preludio, ya sea para cautivar a la multitud o para convertir nuestra presencia en casi una pesadilla. Si decidimos permanecer sentados es preciso hacerlo de modo tal que nuestra figura destaque más; para ello debemos conservar enhiesto el cuerpo, sin llegar a la rigidez, para no perder la prestancia.

Si el expositor no se preocupa por este detalle se sumirá en el sillón, lo cual denotará carencia de personalidad y le restará fuerza a su discurso. *A través de las expresiones corporales se envían también a la concurrencia ciertos mensajes que muestran la enjundia o el marasmo del individuo.*

Es fácil comprobar el impacto de una posición correcta o incorrecta. Revisemos la experiencia diaria, por ejemplo en un salón de clases: casi todos los estudian-

tes se sientan de manera descuidada; expresan así parte de su forma de ser.

Se piensa que mientras más cómodos permanezcamos en el sillón, nos sentiremos mejor. Esto quizá sea cierto; no obstante un buen orador debe esmerarse por dejar una impresión agradable en la gente, y sabe de la importancia de cuidar la postura corporal, pues si se halla mal sentado o parado, ello le quitará vigor a su alocución.

9. Cuando el recinto es grande y no logra llenarse, debemos crear las condiciones para reducir la posibilidad de que los oyentes se distraigan, con el fin de conseguir una mayor receptividad hacia nuestro discurso.

Por ejemplo, podemos sugerir a las personas ubicadas en sitios alejados del estrado que se pasen a las primeras filas o al centro de la sala. Esta petición ayudará a forjar un vínculo más directo y personal con los asistentes y propiciará, sin duda, una mejor interlocución.

Al respecto describo una experiencia que viví con quinientos estudiantes del último año de la carrera de una escuela normal del estado de Guerrero, en abril del 2000. La invitación era para dictar una conferencia con objeto de proporcionar elementos metodológicos para elaborar el trabajo de tesis.

El auditorio contaba con ochocientos espacios y, lo que es usual en estos casos, una buena parte de los alumnos se sentó en los lugares más distantes del *presidium*,

pues había suficientes asientos para ubicarse en cualquier sitio, mientras las primeras filas quedaron vacías.

Ante este fenómeno, expresé al público que iniciaría interrogando a quienes se encontraban en los puntos más retirados del proscenio. Y diciendo y haciendo. De inmediato me dirigí a la parte de atrás del recinto y, simultáneamente, los colegas se pasaron a las butacas más próximas al templete, ante la risa espontánea de sus compañeros.

Así, conseguí un mayor control del numeroso grupo e interesarlo en el tema. En esa ocasión estimé oportuno armar mi discurso basándome en las preguntas y comentarios de los estudiantes. Ello hizo posible no sólo concentrar su atención en mis palabras, sino motivarlos con el propósito de lograr una participación más amplia.

## Capítulo XV

### **Situaciones adversas que pueden presentarse antes o durante nuestra disertación**

1. A veces debemos dictar una conferencia enseguida de la hora de comer. En tales circunstancias es probable que tanto los oyentes como el disertante vean disminuido su rendimiento. Si es el caso, tomemos las medidas pertinentes para prevenir el tedio o la falta de concentración de la gente (bostezos, dormitar, leer subrepticamente algún periódico o revista, conversar con quienes están al lado, etcétera).

Como oradores evitemos que el consumo de alimentos y bebidas alcohólicas provoque ahíto (indigestión), pues ello afectará negativamente nuestro desempeño.

Cierto día, al impartir un curso-taller a estudiantes y profesores de la Facultad de Psicología de la Universidad de Guadalajara afronté una circunstancia un tanto complicada. Los directivos me invitaron a una comida al finalizar la sesión del turno matutino. En ese momento olvidé que no había desayunado y despreocupadamente –dado lo ameno de la plática– bebí tres copas de tequila (mi límite son dos).

Al retornar al recinto supuse que tendría problemas para expresarme pues me sentía un poco aturdido, lo confieso; hice un gran esfuerzo para controlarme y culminar la jornada sin contratiempos, lo cual conseguí afortunadamente. Desde esa fecha procuro no consumir bebidas alcohólicas antes de disertar.

2. Volvamos al instante cuando el tribuno se halla frente a la concurrencia, a punto de comenzar, y vive con cierta excitación la oportunidad que anhelaba ansiosamente, aunque tal vez con zozobra. Por su mente quizá pase la idea de que los oyentes esperan de él planteamientos novedosos sobre la materia, lo cual entraña ya un compromiso. Requiere, pues, poner todo lo que está de su parte para cautivar a los espectadores, quienes acaso dejaron de hacer cosas de valor por atender la convocatoria.

El disertador debe afanarse desde el principio por conquistar a la asistencia; para ello conviene, como lo apunté, abrir la exposición con una anécdota o con una

pregunta, a fin de crear una atmósfera agradable para iniciar “con el viento a su favor” la lectura de la ponencia, o para plantear sus puntos de vista, si pretende improvisar.

Del mismo modo, resulta oportuno demandar a los participantes que expresen sus expectativas sobre la conferencia. Esto coadyuvará tanto para despertar desde los primeros segundos su atención, como para establecer un vínculo más estrecho con ellos; de esta forma se alcanzarán más fácilmente los objetivos trazados.

Recuerdo una experiencia que viví en febrero de 1998 en la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, estado de Guerrero, reputada como una de las más combativas del país. En dicho plantel estudió el líder guerrillero Lucio Cabañas, lo cual encierra un significado especial para los miembros de esa institución.

Días antes de mi arribo los normalistas se habían enfrentado a la policía en la ciudad de Chilpancingo para tratar de liberar a su líder. Los violentos sucesos se difundieron a todo el país a través de los medios electrónicos y la prensa escrita. Ante la gravedad de los acontecimientos el gobierno federal se vio obligado a terciar para satisfacer la demanda estudiantil.

Principiaría la plática en ese lugar a las 14 horas, inmediatamente después de la comida. Supuse que el proceso digestivo reduciría la concentración de muchos, por lo que *modifiqué la estrategia. En vez de discursar según el guión confeccionado comencé por consultar a la multitud, reunida en el auditorio de la escuela, sobre*

*los temas de su preferencia, para abordarlos en la charla.*

De este modo –razoné– podría mantener el interés de los concurrentes durante mi disertación e incitarlos para manifestar sus dudas y comentarios. Contra lo esperado, el silencio se apoderó del local.

Pasaron varios segundos, mas nadie se atrevía a abrir la boca. Para provocarlos –en el buen sentido del término– les pregunté, mostrando a la vez mi sorpresa: *¿Por qué no hablan si me dicen que ustedes son muy aguerridos?!*, en referencia directa a su participación en las marchas y mítines que llevaron a cabo, días antes, en la capital del estado para liberar a su líder.

Una parte de los presentes esbozó una sonrisa nerviosa mientras un murmullo leve se dejó sentir entre la concurrencia. Hizo, entonces, uso de la palabra el dirigente (excarcelado) de los normalistas. A partir de ese momento la tirantez desapareció; varios educandos y preceptores exteriorizaron sus preguntas e inquietudes durante la conferencia.

3. He relatado ciertos pormenores para ilustrar cómo el hecho de principiar la alocución enseguida de ingerir alimentos y bebidas alcohólicas altera de forma negativa el plan de trabajo.

Sin embargo, en otras ocasiones la ausencia de comida origina un campo propicio para la aparición de lasitud en la gente, o que ésta se duerma o abandone la sala.

Empero, si el público tiene disciplina puede esforzarse para escuchar al disertante.

Esta experiencia me sucedió en la ciudad de La Habana, Cuba. En abril de 1993 (en pleno periodo especial decretado por el gobierno de la isla) impartí un curso-taller sobre metodología en la Academia de Ciencias de Cuba. Se inscribieron investigadores de dicha institución, así como catedráticos de la Universidad de La Habana y especialistas de varios ministerios gubernamentales. En total, sesenta personas.

El primer día del compromiso, a media mañana, la organizadora del mismo me entregó la siguiente nota: “Raúl, no ha llegado la ración a la Academia, por lo que no habrá almuerzo durante la semana. De todos modos seguimos trabajando según el horario previsto”, el cual era de las 9 a las 17 horas.

Ante esa realidad desfavorable, que supuse afectaría negativamente el rendimiento de los asistentes, decidí ir en el receso a la Casa del Científico, donde me hospedaba, para traer las cajas de galletas destinadas a mis amigos cubanos. Se distribuyeron tres piezas a cada participante y un té con mucha azúcar. Los días subsiguientes compré más comestibles en la tienda de un hotel cercano al edificio donde se verificaba el curso.

Además de estas condiciones difíciles, recuerdo que en tanto trabajábamos en la Academia de Ciencias sonaban, a cierta hora, las sirenas dispuestas en puntos estra-

tégicos de la ciudad de La Habana, con el fin de mantener sobre aviso a sus habitantes, como medida preventiva frente a una invasión norteamericana.

Se creía por parte de varios grupos, dentro y fuera de Cuba, que una vez desaparecida la égida económica y militar de la ex Unión Soviética hacia el gobierno de Castro, la caída de éste sería cuestión de meses o semanas, lo que podría conseguirse con una nueva incursión a la isla por parte de los grupos anticastristas radicados en Estados Unidos.

Pese a tales circunstancias adversas, el interés de los compañeros y compañeras cubanas se conservó en todo momento, comenzando por la puntualidad, no obstante las deficiencias que aún prevalecen en el sistema de transporte de dicho país.

Desde aquella fecha mi admiración hacia los isleños se acrecentó pues corroboré que su vitalidad era mayor para luchar por su patria, cuan más sufrían por la debacle del llamado *Socialismo real* y por el bloqueo impuesto por el imperio, que ha soñado siempre con poner de hi-nosjos a uno de los últimos regímenes donde prevalece una cosmovisión distinta al capitalismo, provocando con semejante medida la diáspora del pueblo cubano.

## Capítulo XVI

### **Estrategias para incitar la participación del público**

1. *¿Es conveniente la interrupción del expositor por parte del público?* Si se planea una conferencia para apoyar las actividades académicas de una institución y se propone a un especialista para dictarla, o si se trata de un foro o de una mesa redonda, se espera por lo general que la concurrencia participe. Las reglas de organización prevén, por ejemplo, un periodo de preguntas y respuestas al concluir el disertador o los ponentes.

Ello se hace con el fin de proporcionar a los invitados el tiempo necesario para desarrollar sus planteamientos, y para prevenir que la intervención de la muchedumbre conduzca a posibles desviaciones en el análisis de la cuestión.

Tal modo de organizar la jornada sirve para controlar el tiempo, y evitar que se disperse la atención sobre el asunto por preguntas y comentarios fuera de lugar de alguna persona, los cuales pueden durar varios minutos, como sucede en ocasiones.

*Si el orador sabe de la materia y desea sostener una relación estrecha con su auditorio, debe plantear a éste la posibilidad de que se le interrumpa si alguien no comprende cierta idea o requiere anotar determinada información.*

En mi caso, aun cuando formalmente se me indique que prepare una disertación magistral, cambio las reglas del juego con el afán de conseguir, desde el principio, una mayor interacción con el público.

Así, la conferencia se vuelve *interactiva*, lo cual –según he comprobado reiteradas veces– resulta del agrado de los asistentes.

Empero, tal proceder quizá sea en ocasiones contraproducente en tanto que algunos pretenderán intermitir sin razones de peso, restando fluidez a la exposición.

Evoco el caso de una profesionista quien asumió como algo personal la exhortación a participar en un curso-taller organizado por la Asociación de Economistas Mexicanas, delegación Guerrero (octubre del 2000). Habló dos veces aunque lo hacía sin centrarse en las cuestiones que se discutían en ese momento.

Después de sus primeras digresiones levantó varias veces la mano para hacer uso de la palabra; con una señal

amable le rogué que esperara su turno. Iniciaba el receso cuando llegó corriendo hasta donde me hallaba para pedirme de nuevo el micrófono, si bien la mayoría ya estaba de pie; desbarraba, pues sus comentarios no encajaban dentro de la discusión.

Al finalizar la jornada propuse –para alentar la participación– que a la hora de abordar la redacción del trabajo, alguien con experiencia me apoyara por si omitía ciertas cosas. No salía aún de la sala cuando esta persona, deseosa siempre de colaborar, se acercó a mí para proponerme su ayuda “aunque no sé mucho del asunto” –según sus palabras.

Con tal “amenaza” me fui a descansar. Al día siguiente la interesada no asistió.

Cuando llegué a la ciudad de México me encontré con un correo electrónico donde dicho personaje se disculpaba por no haber acudido a la sesión en la que pretendía subvenirme (auxiliarme), pues su gripe se había agravado.

Me puse a cavilar en ese instante sobre *cómo obrar si existe disposición de algunos para participar pero sus intervenciones son prolongadas y no apuntan al tema, y el tiempo disponible es poco.*

La conducta que sigo en estos casos es dejar que expresen sus puntos de vista, en tanto que tienen derecho a ello. Trato, eso sí, de que no acaparen el tiempo destinado a los demás asistentes; asimismo, procuro conversar con esta clase de personas fuera del horario asignado

para la actividad académica, con objeto de brindarles las consideraciones que se merecen.

*La decisión del orador de fomentar la participación de la concurrencia mientras aquél expone quizá genere contratiempos como el descrito. Aun así, dicha determinación será valorada positivamente, pues el auditorio se dará cuenta de que el invitado rehuye el autoritarismo o el protagonismo innecesario. Si consigue involucrar al grupo contará con una oportunidad excelente para intercambiar opiniones y, al culminar la jornada, tanto el conferenciante como los asistentes se sentirán satisfechos.*

2. Para construir un ambiente con el propósito de que el público se decida a participar, *resulta pertinente que antes de comenzar la disertación dialoguemos con ciertos individuos para entrar en materia*; preguntemos sobre las características académicas y expectativas de los convocados y conozcamos los nombres de dos o tres de ellos; así, durante nuestra alocución o al terminar ésta podremos dirigirnos a dichas personas para solicitarles algún comentario, lo cual servirá para que otras se animen a romper su silencio.

3. Evítese una exposición orientada al monólogo. Para ello debe motivarse a los concurrentes a fin de que manifiesten sus dudas y puntos de vista. Esto tal vez represente para el disertador un riesgo si surgen preguntas

complicadas o críticas, y ello reduzca el efecto positivo que el discurso pudo haber causado. Sin embargo, sólo de esta suerte es dable superar nuestras limitaciones.

4. En la concepción positivista del proceso educativo el auditorio espera del expositor la contestación a todas las interrogantes, dado que supuestamente domina el tema. Por ello es importante no hacer alarde de contar con la capacidad para responder cualquier duda.

*Es mejor exhibir modestia y decirle a los oyentes algo que quizá los decepcione: posiblemente no dé salida a todos sus cuestionamientos porque carezca en esa oportunidad de la respuesta precisa. Mas esto debe verse como un acicate, y así recalcarlo el ponente, para que se comprometan con él en la búsqueda del conocimiento.*

Esta convocatoria servirá, además, para animar a la gente a quedarse a la sesión de preguntas y respuestas; de este modo no abandonará inmediatamente el lugar al creer que la participación del público es de poca trascendencia, comparada con la disertación del invitado.

El hecho de abrir un espacio a quienes se inclinan por construir con el especialista las posibles soluciones a las dudas de otros miembros del auditorio, es una forma de mostrar deferencia hacia aquellos individuos que en su medio particular han descollado en los campos de la docencia e investigación. Esta manera de obrar por parte del disertante los hará sentirse, al igual que al resto, tomados en cuenta.

En tales circunstancias me resulta oportuno evocar las palabras que pronunció Rigoberta Menchú el 5 de noviembre de 1992, al dictar una conferencia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM a la que asistieron cientos de universitarios.

Esta mujer indígena guatemalteca, Premio Nobel de la Paz, expresó una reflexión al advertir las decenas de preguntas que le llegaron luego de su alocución: “Tengo sobre la mesa muchas interrogantes, pero no todas las debe responder el profesor. Si sabemos leer y escribir y si fuera su maestra les dejaría que *investigaran* para que ustedes traten de contestarlas”.

Me gusta recordar dicha lección magistral de pedagogía porque es útil como marco de referencia para incitar a los asistentes a preocuparse, junto con el expositor, en la construcción de las respuestas.

En este orden de ideas, las experiencias adquiridas dentro y fuera de México sirven para reconocer la validez de los planteamientos de Paulo Freire:

*El educador ya no es sólo el que educa sino aquel que, en tanto educa, es educado a través del diálogo con el educando, quien, al ser educado, también educa. Así, ambos se transforman en sujetos del proceso en que crecen juntos y en el cual los argumentos de la autoridad ya no ri-*

*gen* (Paulo Freire y la educación liberadora, p. 20. El énfasis es mío).

5. Tal pensamiento me lleva a plantear que impartir una plática, intervenir en una mesa redonda, o coordinar un taller o seminario, son procesos educativos en los que los ponentes aprendemos también del público.

Sus comentarios resultan valiosos para confirmar ciertas cuestiones, o para estimularnos a la indagación de aspectos específicos de la realidad.

6. Para conseguir una mayor participación procuro –como apunté antes–, superar la idea que prevalece en el sentido de que el expositor tiene la obligación de despejar cualquier duda derivada del discurso.

*Si al estar frente a un grupo estimamos que sus inquietudes pueden satisfacerse total o parcialmente por sus integrantes, debemos entonces, dependiendo del tiempo, exhortarlos para que ofrezcan, antes que nosotros, las interpretaciones o datos que posean tocante al asunto tratado.*

A quien enunció la cuestión le demandamos algo más. En tanto intervienen los interesados en contestar, él debe preparar su versión, la cual dará a conocer cuando los otros expresen sus reflexiones.

De este modo la sesión se vuelve bastante dinámica, pues *el público asume la responsabilidad que le co-*

*rresponde: a una reunión académica no debe asistir sólo para escuchar o formular interrogantes. También es menester contribuir con sus conocimientos y experiencias en busca de respuestas a los problemas planteados por los demás, o por el mismo disertante.*

Una vivencia, entre muchas que al respecto he tenido, la tuve en la Universidad de Panamá en octubre del 2000, a la que me referí antes para tocar otros aspectos.

En este caso relato lo concerniente a la intervención de la concurrencia de acuerdo con la metodología de trabajo aludida. Una vez que concluí mi disertación exhorté a los académicos a exponer sus inquietudes, y más porque se notaba su interés en hablar. El primero preguntó acerca del papel de la escuela en la formación del niño.

Como desde el inicio precisé que no pensaba contestar a todas las preguntas sino al contrario, mi intención radicaba en dejarles más dudas, sugerí, por consiguiente, que otros trataran de responder al compañero (en todo caso, aclaré, yo participaría como alguien más del grupo).

Tres personas levantaron la mano. Antes de dar la palabra para que atendieran tal preocupación, le demandé a quien la planteó –para su sorpresa y del resto de los concurrentes– que fuera “armando su propia respuesta” a fin de expresarla, una vez que lo hicieran los interesados en subvenirle (ayudarle).

Superado el desconcierto que produjo esta forma de proceder, para lo cual destacué lo valioso de su participación activa en el proceso de conocimiento –mientras citaba los planteamientos de Freire y Gramsci para reforzar mis palabras–, muchos perdieron el temor de cuestionar a sabiendas de que asumían el compromiso de cooperar en la contestación a sus interrogantes.

Resulta más significativo lo anterior si se toma en cuenta que la asistencia era numerosa (más de trescientas personas). Dicho modo de actuar rompe con el esquema dominante, el cual no siempre es el mejor para lograr una interlocución efectiva con la multitud.

Veamos lo que acontece en una mesa redonda o en una conferencia dictada dentro de un ambiente convencional, y cuando el público es grande. Se indica a éste formular sus preguntas e inquietudes en tarjetas que las edecanes reparten previamente entre los concurrentes.

Ésta es una manera cómoda de proteger al expositor, quien podrá elegir libremente las interrogantes que quiera responder durante el periodo dedicado a tal fin (narro una experiencia en el capítulo XIX), para salir sin mácula del compromiso.

7. Si somos expertos en el tema y estamos realmente preocupados por intercambiar ideas y experiencias con el auditorio, y poseemos además la capacidad para manejar al grupo (en el buen sentido del término), debe-

mos invitar a éste a que exponga sus críticas y comentarios verbalmente, y obrar según apunté antes.

Lo precitado coadyuvará para establecer una relación más personal con los oyentes; asimismo, si sabemos aprovechar esa oportunidad, siempre con la propensión de que nuestros pensamientos se comprendan, la gente quedará satisfecha o complacida totalmente, pues sentirá que su asistencia no fue en vano; ello representará la máxima recompensa para nosotros, como oradores.

*Si logramos, a través de una dinámica grupal pertinente, la participación del mayor número de personas, habremos conseguido socializar nuestros aportes intelectuales.*

8. En ocasiones asistirán al acto algunos individuos con un objetivo exclusivamente: cuestionar los planteamientos del disertante para hacerse notar, o aprovechar esos espacios académicos a fin de expresar sus propios razonamientos. Esto es válido, ya que cualquiera tiene el derecho de dar a conocer sus ideas.

El ponente se percatará de inmediato si la crítica es constructiva o negativa. En cualquier caso debe dejársele hablar, salvo que pretenda apoderarse del control del auditorio. A veces del mismo público surgen iniciativas para poner en su lugar al impertinente por su modo de proceder, evitándose así entrar en un debate insubstancial.

Si esto no acontece, el conferenciante debe neutralizar al adversario con elegancia y, a la vez, con eficacia. Por ejemplo, si está hablando con micrófono (y el local no es muy grande y posee buena acústica), debe dejar el aparato y dirigirse al grupo “a viva voz” (sin gritar).

En ese momento tiene que hacer gala de su capacidad argumentativa para replicar de modo sereno las críticas sin mirar directamente al sujeto; al contrario, de ser posible, es aconsejable sonreír levemente como una muestra de que posee el dominio de la situación.

En estas circunstancias el orador debe conservar la mayor calma posible. Si necesita impugnar a quien pretende ponerlo en aprietos sin cuidar las formas, resulta oportuno tener en mente el apotegma de un intelectual que luchó en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, cuyo nombre no recuerdo: ***“Hay que decir las cosas prohibidas con las palabras permitidas”***. Así, el expositor exhibirá delicadeza y enjundia al participar en la controversia.

Si el interlocutor no es agresivo conviene sugerirle que dialoguen fuera del recinto para discutir cuestiones que, por el tiempo disponible, no es oportuno tocar ahí, o porque no corresponden a lo que se expone en esa oportunidad. Planear, en cualquier caso, una salida inteligente para no quedar mal con el resto de la concurrencia.

Por otro lado, *si las críticas son pertinentes, el invitado no debe desestimarlas, con lo cual evidenciará*

*humildad al reconocer sus errores u omisiones, así como su interés por aprender también de los asistentes.*

9. Cuando la disertación se circunscribe dentro de una actividad académica más amplia y se tienen objetivos precisos a cubrir con la exposición, sugiero impartir no una conferencia tradicional, sino una *conferencia-taller*.

Para llevarla a cabo exitosamente el experto requiere dialogar con los organizadores del acto sobre cuestiones como las siguientes:

- a) El material bibliográfico o hemerográfico que leerá la gente interesada en la conferencia-taller. El documento seleccionado por el ponente debe darse con bastante anticipación para su lectura y, de ser posible, que cada persona entregue una reseña crítica el día de la jornada académica. Si se trata de un libro, deben enviarse ejemplares suficientes para su distribución oportuna.

El hecho de leer previamente algún trabajo sobre el tema a discutirse, resulta de gran ayuda para el expositor, pues le será más sencillo profundizar en ciertos puntos valorados como fundamentales. *Quienes asisten a la conferencia-taller se convertirán en verdaderos participantes, lo que permitirá aprovechar mejor las aportaciones del especialista y se abrirá la posibilidad de realizar un debate intelectual más fecundo.*

- b) Igualmente, deben conocerse las expectativas y el tamaño del grupo, las características de sus miembros, el tipo de local y las condiciones ambientales imperantes (si hay ruido, calor, ventilación inadecuada) en donde se verificará la conferencia-taller.
- c) Además, es preciso contar con varias aulas aledañas a la sala principal, dependiendo de la asistencia, con objeto de ubicar a los equipos para trabajar en taller, después de la disertación. Recuérdese que la primera parte de la jornada (donde expone el invitado), y la última, en la que se lleva a cabo el debate, son reuniones plenarios. Para involucrar aún más a los asistentes, se requiere disponer de un recinto que tenga, de preferencia, sillas movibles a efecto de proceder según lo descrito en el capítulo v.
- d) Para que los participantes se sientan de verdad tomados en cuenta, los organizadores deben cuidar otros detalles con el propósito de alcanzar los objetivos previstos. Es necesario construir, valga el término, *un ambiente de compañerismo que coadyuve a superar el nerviosismo, la indiferencia o apatía de la gente. Sin duda, una relación de confianza entre todos los concurrentes favorecerá el proceso de enseñanza-aprendizaje.* Un modo de lograr lo anterior es hacer sentir bien al grupo; por lo tanto, la institución organizadora

debe sacar a la luz su hospitalidad al ofrecer, por ejemplo, café, té, refrescos y galletas. La experiencia demuestra que tal hecho contribuye para que las personas se sientan relajadas durante el trabajo en taller y en las sesiones plenarias.

Dicho aspecto es, además, altamente valorado por quienes asisten a un acto de esta naturaleza, en tanto que *revela la parte humana del trabajo académico-científico*.

- e) Asimismo, se requiere tener en cuenta el tiempo que comprenderá toda la jornada; éste debe ser de cinco horas: Una para la disertación del personaje; dos para organizar los equipos, realizar la discusión sobre los planteamientos del expositor, así como la formulación de las preguntas y comentarios. Otras dos horas se destinarán para la reunión plenaria en donde cada subgrupo leerá sus aportaciones, con las cuales se abrirá el debate.
- f) Los equipos pueden integrarse al azar o conformarse de modo intencional. Si asisten personas que se conocen entre sí, éstas preferirán participar conjuntamente en lugar de hacerlo con gente desconocida si la selección fuese aleatoria. Tal actitud evidencia cierto temor de discutir con quienes no se tiene relación alguna.  
El ponente debe decidir el criterio para constituir los subgrupos de conformidad con las opiniones

de los interesados y los objetivos de la conferencia-taller. En cualquier caso, evítese que sean numerosos a fin de conseguir la participación de todos sus miembros. Deben componerse de entre cuatro y ocho sujetos, dependiendo ello del total de asistentes.

- g) Empero, el estudio de un tema en grupos pequeños puede caer en los marcos de la educación positivista, en donde sólo uno o dos integrantes toman notas, discuten, preparan resúmenes. Esto se debe a varias razones, por ejemplo: hay quienes desean sobresalir, o sus compañeros los identifican como “los que saben más”, “poseen mayor facilidad para escribir”, “cuentan con experiencia para hablar en público”, etcétera.

Tales individuos son casi siempre designados como los responsables de exponer los resultados de la jornada. En consecuencia, los demás asumen una actitud receptiva, pasiva, y cuando mucho su participación se reducirá a la discusión suscitada dentro del equipo. Mas ellos sentirán que con eso basta, pues cumplieron con su compromiso y tendrán así la conciencia tranquila.

- h) Para superar el trabajo en taller de corte tradicional, el conferenciante indicará previamente al grupo que la elección será al azar o la definirá él. Por lo mismo, recalcará la trascendencia de que todos

los miembros del subgrupo asuman la responsabilidad de participar activamente; por ejemplo, elaborando notas y resúmenes, o precisando dudas y comentarios. De este modo, cualquiera podrá presentar las aportaciones respectivas.

Si los otros integrantes no seleccionados intervienen oportunamente para ofrecer elementos adicionales con objeto de apoyar a quien resulte elegido, tanto mejor. Además, el resto del auditorio puede hacer uso de la palabra para demandar aclaraciones, o para formular preguntas al equipo que expone.

## Capítulo XVII

### **Situaciones inesperadas que pueden suceder antes o durante la exposición**

Cuando tenemos, supuestamente, todas las variables bajo control y se vislumbra la ruta despejada hacia el éxito, pueden surgir situaciones que no esperábamos afrontar, al menos no en esa oportunidad.

1. A veces durante una conferencia sucede lo imprevisto: se descompone el micrófono o se suspende la energía eléctrica, lo que impide utilizar dicho instrumento.

Cierto día viví en la Universidad Autónoma de Puebla esa realidad, al cortarse el suministro de luz. Hablaba para un público numeroso (alrededor de quinientas personas) y, encima, era de noche; por dichas razones se me hacía cuesta arriba proseguir discursando.

En tales circunstancias traté de conservar la atención de los universitarios acercándome a ellos; procuré hablar lo más fuerte posible para contrarrestar el bisbiseo que se esparció. Por suerte, el recinto poseía una acústica buena, de lo que me valí para continuar, aun sin el aparato.

Para mantener la expectación un recurso útil, en momentos como esos, es relatar una experiencia o formular una cuestión que posea atingencia con el tema. En mi caso, éste versaba sobre los procedimientos de investigación, sus posibilidades y limitaciones.

Cuando se fue la luz, y ante el barullo generado, inquirí a la multitud en medio de la oscuridad: *¿en qué se parece una encuesta a la minifalda?*

Por unos instantes se produjo un silencio, que aproveché para dar la respuesta en el sentido de que “tanto esa técnica como la falda corta muestran algo del asunto, mas no permiten descubrir lo *esencial*”. Los concurrentes festejaron el parangón, lo cual aproveché para seguir a oscuras disertando durante diez o quince minutos más, hasta que llegó de nuevo la energía eléctrica.

Si controlamos la barahúnda pero persiste tal falla, que nos impide emplear el micrófono, recomiendo abreviar la exposición y el periodo de preguntas para evitar que el público abandone el auditorio.

Con el propósito de enfrentar exitosamente esta clase de imprevistos, aconsejo *educar la voz para hablar cada vez más fuerte, y así no depender irremediablemente de un amplificador*; es recomendable hacerlo de vez en cuando en espacios abiertos, aprovechando cualquier oportunidad, para acostumbrarnos a circunstancias como las señaladas. De esta manera, si requerimos expresarnos ante auditorios grandes se nos escuchará aunque no usemos el aparato.

En lo personal, el haber participado en varios mítines sin recurrir al micrófono y en lugares no cerrados me sirvió de entrenamiento. De igual modo, el hecho de exponer en estas condiciones me ayuda a hilar mejor las ideas, en caso de improvisar.

2. El 9 de noviembre de 1998 era la fecha programada para disertar en la ciudad de Morelia, Michoacán, sobre la formación de investigadores. La Secretaría de Educación de dicha entidad organizó la “Jornada estatal de investigación educativa de las instituciones formadoras de docentes” y debía dictar la conferencia inaugural.

Una hora antes de comenzar, la titular de esa dependencia me comentó que la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) había bloqueado el día anterior varias carreteras que confluían en la capital del estado. Igualmente, amenazó con impedir la realización de dicha actividad académica, con el fin de presio-

nar a las autoridades para lograr sus demandas magisteriales.

La funcionaria y sus subalternos se sentían realmente preocupados ante tal incertidumbre. Dado el escaso tiempo del que disponíamos, les propuse la estrategia siguiente:

- 1) *Para evitar confrontaciones innecesarias, la secretaria de Educación no debía acudir a inaugurar el acto.* Dicha responsabilidad recaería en otro miembro de la dependencia.
- 2) Si llegasen los contingentes de esa agrupación sindical, *les invitaríamos amablemente a expresar sus demandas* ante los trescientos maestros que asistirían a la jornada de investigación educativa.
- 3) *Si persistiese el amago* –pese a ofrecerles el espacio para que dieran a conocer sus comunicados– *actuaríamos con cautela, cancelando mi participación, para prevenir situaciones graves.*

Cuando arribamos al auditorio se respiraba un ambiente de intranquilidad, pues los asistentes se encontraban al tanto de lo que sucedía. En tales condiciones tuvo lugar la ceremonia de apertura.

Para que la zozobra reinante no perturbase mi disertación, di por un hecho la llegada inminente de los manifestantes; pensé, por ello, en que era dable cualquier imprevisto, como una forma de prepararme para su arri-

bo. Pasaron los minutos y no se presentaban; poco a poco el desasosiego entre los concurrentes fue desapareciendo.

Al cabo de una hora estimamos que los integrantes de la CNTE habían acordado no interrumpir la conferencia. Ésta se efectuó sin mayores contratiempos y el auditorio participó ampliamente en el debate que se suscitó luego de mi discurso.

En casos como el narrado se afrontan dos tipos de inquietudes: *el normal, relativo a la exposición ante un público numeroso, y el relacionado con la circunstancia inesperada que vivimos ante la posible suspensión del acto por razones no académicas*, aun cuando comprendamos y apoyemos las demandas del magisterio.

3. Los docentes y oradores afrontamos hoy en día un fenómeno que provoca desazón: las llamadas que reciben en sus teléfonos celulares algunas personas mientras estamos hablando. La interrupción inesperada surge muchas veces cuando el expositor y el grupo están más concentrados en la clase o conferencia. Tal falta de respeto al trabajo académico debe prevenirse *demandando a los asistentes que apaguen sus aparatos antes de iniciar la actividad, salvo si se trata de una situación realmente grave que amerite tenerlos encendidos*.

En cierta ocasión, al impartir un curso-taller en la Universidad Nacional de Honduras, un miembro del grupo recibió una llamada. Como si estuviese en su casa el

sujeto se puso a hablar en voz alta. Pasaron los segundos y no concluía; me acerqué entonces por detrás y le coloqué el micrófono cerca de su oreja para que todos escucháramos la conversación; sin embargo, el impertinente seguía absorto, hasta que los demás asistentes le llamaron la atención.

## Capítulo XVIII

### **El final de la exposición: momento decisivo para completar el éxito**

El epílogo en una conferencia o en un curso es un momento tan significativo como el preludio. Conviene por ello cerrar con *broche de oro* la disertación, de modo tal que nuestra presencia en ese lugar sea recordada de manera grata en los ulteriores días o semanas.

1. Un recurso es citar el pensamiento de un insigne personaje relacionado con la ponencia. En mi caso, para reconocer el entusiasmo y empeño de la gente y alentarla a que siga preparándose, concluyo a veces con una dedicatoria; pronuncio un bello poema de Nezahualcōyotl, tanto en lengua náhuatl como su traducción al es-

pañol, aunque ello se vea por algunos como algo cursi o premoderno. El poema dice así:

*Ihuan axcan quimati noyolo  
nicaqui se cuicatl  
niquiti se xochitzintli  
oninequisquia,  
amo queman ixpolihui*

*Por fin lo comprende mi corazón:  
escucho un canto,  
contemplo una flor..  
¡Ojalá no se marchiten!*

(Fuente: Natalio Hernández, “En busca del diálogo”, periódico *La Jornada*, 13 de diciembre de 1997, p. 26).

2. Otra forma de despedirse, que el público mira con agrado, es hacerle patente nuestro reconocimiento por la oportunidad que nos brinda para conocer sus dudas, inquietudes y críticas dado que encierran aprendizajes valiosos que sabremos aquilatar. Así, el auditorio verá que el conferenciante es una persona que lo toma en cuenta y recompensará su sencillez con un aplauso.

3. En otras ocasiones conviene concluir incitando a los asistentes a documentarse sobre la materia abordada para ahondar en su análisis. Si se estima pertinente, el

orador debe comentar que luego de la conferencia dedicará algunos minutos para atender a quienes deseen conversar con él. Esta postrer actitud siempre *es valorada positivamente por los concurrentes en tanto que se evidencia la inclinación del invitado por atender sus preocupaciones intelectuales y, además, se revela la dimensión humana del trabajo académico.*

4. Si el disertador ha escrito libros y artículos conviene que lleve ejemplares para que los organizadores del acto académico los exhiban, a fin de que los interesados puedan conseguirlos. De esta manera perdurará el vínculo de la gente con el expositor a través de la obra de éste.

Si se cautivó a los espectadores muchos ansiarán contar con un ejemplar firmado por el autor-conferenciante. Éste es uno de los momentos de mayor emotividad, pues autografiar un texto significa que el oyente, y ahora el posible lector, nos otorga su reconocimiento.

La satisfacción que experimentamos es el pago a todas nuestras angustias y desvelos originados por aceptar el reto no sólo de investigar o de participar en prácticas desafiantes (profesionales, políticas), *sino por ser asiduos al plasmar en el papel nuestras experiencias y desarrollos intelectuales.* Asumir semejante compromiso implica afrontar óbices diversos así como vivir tropiezos, varios de los cuales relato en estas páginas.

Mas ante todo, nos enfrentamos con nosotros mismos, puesto que *el proceso de escribir entraña un acto profundamente humano*, en donde se manifiestan las potencialidades y limitaciones que tenemos, al igual que las frustraciones y satisfacciones.

Si además de sacar a la luz los pensamientos se alcanza cierto éxito en tanto que los trabajos se leen y citan en distintas instituciones y países, ello significará triunfar sobre el anonimato, lo cual representa un paso más hacia el culmen de la existencia y, por ende, nos acercará a la conquista de una expresión nueva de nuestra humanidad.

5. En cualquier caso, la partida debe estar envuelta en un dejo de añoranza para que *trasciendan los momentos culminantes que tanto el orador como los espectadores vivieron conjuntamente*, aunque hayan sido sólo unos cuantos minutos. Cuando se consigue seducir a los asistentes, muchos anhelarán emular al invitado, así como su pronto retorno para seguir deleitándose con la grandiosidad de las enseñanzas y el *don de gentes\** del personaje.

Construyamos el ambiente para poetizar, es decir, “embellecer con el encanto de la poesía”\*\* nuestro adiós, a fin de que perduren las remembranzas...

---

\* Sólo en este modismo (que significa *afabilidad*) y en otro (*el dicho de las gentes*), se acepta el vocablo *gente* en plural.

\*\* *Diccionario de la Real Academia Española.*

## Capítulo XIX

### **Cuando el orador se convierte en polemista\***

En ocasiones se expresan comentarios durante un acto académico que nos llevan a iniciar una polémica, o a participar en ella para formular un punto de vista diferente del sostenido por algún disertador.

La situación se complica cuando la persona de quien disintimos asiste a una mesa redonda o a un congreso amparada en un puesto de funcionario, pues ello crea una imagen que inspira en el auditorio cierto res-

---

\* En éste y en los subsiguientes capítulos se relatan diversas experiencias para enriquecer los planteamientos y recomendaciones expuestas en las páginas precedentes.

peto hacia quien “abandona sus tareas importantes en la administración pública para intervenir en una actividad de esta naturaleza”.

Por lo tanto, no resulta sencillo contradecir a tal clase de conferenciantes. Asimismo, la gente acaso piense que es una descortesía hacia los organizadores de la jornada académica si se cuestiona al invitado.

Pese a esto, a veces debemos ser iconoclastas y violentar dicha idea conservadora a fin de mostrar otras posturas intelectuales que encierran, en cierto modo, una posición político-ideológica distinta de la prevaliente en la concurrencia o en los disertantes.

1. Al respecto recuerdo una experiencia que viví, en septiembre de 1992, en la Universidad Autónoma de Tamaulipas. La mesa redonda donde participaría se planeó para discutir la problemática socioeconómica de México. Pergeñé, por lo mismo, un documento para leerlo. Empero, la coyuntura que se presentó me condujo a modificar el discurso, toda vez que el primer ponente –un asesor de la presidencia de la República para asuntos fronterizos– se refirió en su perorata a las bondades que traería consigo la firma del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá.

De los planteamientos que tal consultor reveló, destacaba el siguiente: “Habría una mayor inversión en el sector industrial dado que se instalarían muchas maquiladoras, lo cual ayudaría a crear empleos estables;

la gente dejaría, por ende, de estar subempleada o dentro de la llamada economía informal”.

Al escuchar tales argumentos, con los que no coincidía puesto que las bases de apoyo eran insuficientes, decidí dejar de lado mi escrito y armar de inmediato otra ponencia, mientras escuchaba al enviado del gobierno.

Empecé por anotar las ideas básicas para fundamentar mi disertación. Afortunadamente después de ese individuo tocaba el turno a otro, lo que me dio un poco más de tiempo para discurrir, a fin de mostrar una concepción distinta del tratado comercial.

Como ocurre con algunos (¿o muchos?) representantes gubernamentales que exhiben, por su ínfula de ser funcionarios, desdén hacia el público y demás oradores, quien participaba en la mesa redonda se ausentó al concluir su compromiso.

Cuando hablaba el segundo invitado le pasé una nota al moderador de la mesa redonda, en la que le indicaba el cambio de tema. El título nuevo era: “Una perspectiva diferente del Tratado de Libre Comercio”.

Supuse que esto no ocasionaría mayor escollo, mas no fue así. Mientras seguía con presteza trabajando en mis apuntes, ordenándolos para lograr una mayor coherencia en la alocución, el moderador mandó traer al asesor presidencial quien –como ya expuse– se había retirado del auditorio.

Justo cuando el segundo disertador concluía llegó ese consejero y volvió a ocupar su lugar en el *presidium*.

El encargado de dirigir la mesa redonda era –cabe mencionar– un especialista que coordinó la elaboración de los libros de historia de educación primaria durante el régimen de Carlos Salinas, los cuales causaron una polémica nacional porque, entre otras cosas, se eliminaron a varios héroes nacionales de dichos textos.

En mi réplica saqué a la luz los planteamientos manejados por peritos independientes que no estaban en la mente de los negociadores mexicanos en dicho tratado, verbigracia, *las repercusiones de la industria maquiladora*. Si bien, como señalé en esa oportunidad, semejante clase de manufactura genera ocupaciones en cantidades relativamente significativas, habría que preguntarse por la índole de empleos que se crean; cuáles son las condiciones de trabajo predominantes y cómo irrogan (causan daños) en la salud y en la integración familiar, en tanto que absorbe en gran medida a personas del sexo femenino (madres muchas de ellas).

Éstas y otras cuestiones causaron desazón en el asesor presidencial, quien de inmediato pretendió descalificarme apelando a la falacia subsecuente: “El doctor Rojas Soriano piensa que vivir en la capital de la República le otorga capacidad para saberlo todo y, por lo mismo, para criticar cualquier cosa”.

Se suscitó, así pues, el debate; el público se involucró también. La relación con el individuo de marras se volvió tensa a partir de ese momento. Por suerte para mí, rara vez lo he vuelto a ver pues resultó muy puntilloso.

2. En otra ocasión, en diciembre de 1992, durante el Foro de Investigación Educativa auspiciado por la Universidad Autónoma de Nayarit, se dio una confrontación con el subsecretario de Educación Pública para Asuntos Educativos del Distrito Federal. En esa oportunidad se analizaban las condiciones socioeconómicas en que se realiza la práctica docente, así como los óbices que dificultan elevar su calidad.

Cuando intervino dicho funcionario arguyó, entre otras cosas, que era factible lograr la excelencia académica sin mayores complicaciones, para lo cual deberíamos atender la recomendación subsecuente que, además, era –según sus palabras– una política de gobierno: “Hacer más con menos recursos”.

Nos endilgó, encima, otros planteamientos para sustentar su concepción del proyecto educativo, de conformidad con el modelo neoliberal de la economía.

La mayoría de los convocados dejó sentir su desaprobación con tales puntos de vista, pues mientras el enviado gubernamental daba a conocer sus razonamientos, la gente movía la cabeza en señal de repulsa hacia ellos, lo cual reconoció en ese instante el *personaje*. Pese a esto, recalcó que no existía otro camino que el de seguir con los señalamientos trazados para dicho sector.

Al finalizar su exposición tocó el turno a otro ponente, por lo que se dio la coyuntura para que quien escribe estas líneas efectuara con presteza –como miembro del auditorio, pues un día antes había participado como diserta-

dor— un análisis sucinto de la realidad socioeconómica del país, antes de inquirirle sobre las cuestiones siguientes:

*¿Acaso las condiciones materiales de vida de los educandos y preceptores no repercuten en el aprovechamiento escolar?*

*¿Cómo lograr la excelencia educativa en nuestro país, cuando prevalecen profundas desigualdades sociales?*

Dadas las reglas impuestas por los organizadores, las dudas y comentarios debían presentarse por escrito.

El funcionario federal hizo sólo una alusión breve a mis preguntas sin responderlas. Ante esto, y dado que pude transcribir en otra hoja las reflexiones e interrogantes planteadas (para contar con una copia), demandé tiempo al moderador para leerlas.

El subsecretario escuchó mi réplica; no obstante, cuando concluí adujo la necesidad de retirarse de inmediato pues debía atender otro compromiso. Así, dichas inquietudes quedaron sin respuesta. Empero, pude percatarme de que la concurrencia coincidía conmigo en los cuestionamientos espetados al servidor público quien, quizá sin desearlo, concitó en su contra a la multitud por su alocución desaguisada.

Otras polémicas con integrantes del gobierno las relato en el libro *Crisis, salud-enfermedad y práctica médica*.

## Capítulo XX

### Grupos difíciles para el conferenciante

1. En cierto momento debemos disertar en grupos cuyas características relativas a su formación académica resultan aparentemente incompatibles para aceptar a un orador con una preparación y un enfoque diferentes sobre una materia específica.

Relato aquí la experiencia que viví en el Instituto Nacional de Pediatría, en octubre de 1987, donde debía dictar a médicos y enfermeras una conferencia sobre los aspectos sociales del proceso salud-enfermedad y de la práctica médica. La charla –cabe apuntar– no era del agrado del director de ese instituto pues estaba en desacuerdo con mis ideas sobre la cuestión que abordaría.

Al entregarme la invitación las organizadoras del acto me advirtieron que para la inmensa mayoría del personal

médico de dicha institución *lo social* no existe; por lo mismo, el enfoque biomédico se encuentra consolidado en la práctica de los galenos a quienes dictaría la conferencia.

Asimismo, me anunciaron los cambios estratégicos realizados sobre el tema de la ponencia, cuyo título original era: “Sociología médica. Investigación en salud”. Para no sobresaltar a los asistentes, las coordinadoras (catalogadas por sus compañeros y por la dirección de ese instituto como subversivas y comunistas) decidieron imprimir los carteles, para divulgar la plática, sólo con el subtítulo: “Investigación en salud”.

Por si fuera poco, se suprimió la carrera que estudié. Así, en los anuncios sólo quedó, para despistar, el grado (*doctor*) sin especificar la profesión (*Sociología*).

2. Abrí la disertación siguiendo una estrategia: destacar en primer lugar la trascendencia de la medicina clínica, así como reconocer la dimensión biológica en el proceso salud-enfermedad. En razón de ello, señalé la necesidad de alcanzar una excelente preparación académica para comprender las distintas entidades nosológicas, así como el manejo correcto de los procedimientos para el diagnóstico, terapéutica y pronóstico de la enfermedad. Sin tales requisitos, insistí, no podría ejercerse la profesión de modo adecuado y oportuno.

Después, expuse los aspectos sociales en torno a la salud-enfermedad y la práctica médica. Para ello, y con-

tra mi costumbre, recurrí a los planteamientos del secretario de Salud (1982-1988) expuestos en los *Cuadernos de la Secretaría de Salud* (núm. 11, p. 12):

*La salud de la población es el resultado de la estructura y funcionamiento de la sociedad en su conjunto, es decir, de la manera como se distribuye el producto social hacia el interior de la misma. En este sentido, la atención primaria a la salud interactúa con otros componentes del desarrollo social como son el trabajo, la educación y la urbanización, entre otros.*

Para no sentirme mal al citar a dicho funcionario, a quien he criticado públicamente pero cuyas ideas en este caso son válidas en términos generales, recordé “para mis adentros” lo escrito por Antonio Gramsci: “Un grupo social puede apoderarse de la ‘ciencia’ de otro grupo sin aceptar su ideología” (*Introducción a la filosofía de la praxis*, p. 92).

De acuerdo con esta línea de exposición cité, además, el Plan Nacional de Desarrollo del gobierno de Miguel de la Madrid. En el rubro Salud se apunta:

*Es necesario destacar que la salud es una resultante de la interacción de factores biológicos, ambientales, económicos y sociales. Con este contexto, en la medida que la población disponga de empleo, de una dieta alimenticia equili-*

*brada, de una vivienda higiénica, de servicios de agua potable y drenaje, de un hábitat salubre, de educación y de servicios que le permitan ocupar adecuadamente su tiempo libre, en esa medida estarán los habitantes en mejores posibilidades de resistir a los agentes que producen la enfermedad y la muerte (p. 245).*

3. Recordé al grupo de facultativos (médicos) y enfermeras que asistieron a la plática, la sugerencia de Bernardino Ramazzini, quien hace tres siglos ponía de relieve la necesidad de formular al paciente esta cuestión: ***“Dime en qué trabajas, y te diré entonces de qué te enfermas”***.

Tal planteamiento debe obligarnos a superar el modelo biologista que se orienta hacia una práctica individual, hospitalaria y curativa, y el cual muestra una visión reduccionista del proceso salud-enfermedad.

Para apoyar la exigencia de valorar *lo social* tanto en la determinación de las causas de los padecimientos como en su tratamiento, mencioné a otro galeno, el presidente Salvador Allende, quien expresó, en un discurso histórico pronunciado en la ciudad de Guadalajara, en diciembre de 1972, la trascendencia de que “el médico levante su voz para reclamar que la medicina llegue a las barriadas populares y, fundamentalmente, a los sectores campesinos”.

4. Por justicia refiero la conducta favorable de las cuarenta profesionales de enfermería presentes; ellas se inclinaban por ahondar en las cuestiones sociales, reafirmando el interés visto durante su formación: su deseo de superar el enfoque biologista predominante en las clínicas y hospitales.

En relación con los especialistas del Instituto Nacional de Pediatría devino lo esperado, pues revelaron poca disposición para escuchar planteamientos sobre la influencia *social* en la generación de las diversas patologías, y en su ejercicio profesional.

Aun así, expuse el argumento del doctor Manuel Velasco Suárez, quien días antes de la conferencia, dijo, en su calidad de director del Hospital Juárez:

*Sin necesidad de contar con muchas camas se podría mejorar sustancialmente la atención médica de las instituciones gubernamentales mediante una nueva actitud de los médicos, que tendrían que salir de sus centros de salud y de los hospitales para prevenir las enfermedades (periódico Unomásuno, 24 de octubre de 1987, p. 2).*

Mientras analizaba la forma como las variables sociales influyen en el proceso salud-enfermedad y en la práctica médica, los galenos, tal como previeron las organizadoras

de la jornada, empezaron a abandonar la sala, salvo siete de ellos que se quedaron a escuchar mi alocución.

5. Hice ver a los asistentes lo negativo de rechazar la influencia de *lo social*, pues esa actitud no favorecía el desarrollo de la medicina; por si fuera poco, la historia de nuestro país revelaba que el modelo biologista y el tratamiento curativo no habían abatido substancialmente los ingentes problemas de salud de las mayorías.

Hablé, igualmente, sobre los investigadores cuyas aportaciones consolidaron dicha ciencia, por ejemplo, Pasteur, Koch y otros muchos. Ellos mostraron siempre un espíritu abierto a la crítica y no centraron su preocupación sólo en tratar los padecimientos. Pasteur decía: “Al meditar sobre la enfermedad nunca pienso en encontrar un remedio para ella sino, en cambio, en hallar los medios para prevenirla” (René Dubos, *Pasteur y la ciencia moderna*, p. 117).

Al concluir la plática varias compañeras de enfermería manifestaron su identificación con mis planteamientos, puesto que ellas sí comprendían –en sus propias palabras– el peso de los aspectos sociales en la etiología de los males y en la práctica médica. Esto se debía, según las enfermeras, al contacto directo que tienen con el paciente y al conocimiento de su problemática familiar y social, mientras que los galenos se dedican básicamente a estudiar los expedientes clínicos; ven a la dolencia mas no al enfermo.

6. Las organizadoras del acto comentaron que el hecho de que alguien diserte ante los médicos sin llevar bata blanca se toma como una ofensa para ellos, pues el personal del Instituto Nacional de Pediatría se cree la flor y nata en su campo.

Tal actitud revela los elementos ideológicos (valores, prejuicios, ideas, representaciones) presentes en la formación y en el ejercicio de la carrera. El color de la ropa y el estetoscopio ceñido al cuello del galeno simbolizan el conocimiento y, por lo tanto, el poder de que dispone para enfrentar a la enfermedad y a la muerte.

Desde esa perspectiva tenía una gran desventaja frente a los profesionales de la medicina, ya que pese a ir de traje y con mi distintivo de la UNAM colocado en la solapa del saco, no llevaba la vestimenta que expresa, aunque ellos lo nieguen, el símbolo de su dominio, el cual había experimentado cuando trabajé como sociólogo en el Centro Médico Nacional, de 1973 a 1977.

7. En febrero de 1988 regresé a ese hospital para dictar una plática similar a quienes se inscribieron para cursar su residencia.

Los cuarenta integrantes del curso propedéutico reconocieron la trascendencia de las cuestiones sociales en su profesión, contrariamente a la actitud asumida por quienes ya laboraban de planta en ese lugar.

Los médicos que comenzaban su especialización volvían de su servicio social en donde muchos vivieron experiencias con poblaciones marginadas en el campo y la ciudad. Hice votos para que no se dejaran absorber por el enfoque biologista e individualista que ha sentado sus reales en dicho instituto.

Años después, en el otoño de 1995, impartí a ochenta especialistas del Hospital Primero de Octubre del ISSSTE una charla similar a la del Instituto Nacional de Pediatría.

La crisis que enfrentó el país a partir de diciembre de 1994 irrogó (ocasionó perjuicios) en el abastecimiento de fármacos y materiales de curación a los hospitales, así como en el mantenimiento de los equipos y edificios, al igual que en las condiciones de trabajo de los galenos. *Se les exigía hacer más con menos recursos.*

Para mi sorpresa, todos los expertos de la medicina se quedaron a la plática; no sólo eso, su participación fue bastante amplia, y a veces apasionada, tanto para preguntar sobre la influencia de las variables sociales en el proceso salud-enfermedad y en la práctica médica, como para relatar sus vivencias.

Aproveché la oportunidad para comentarles la conducta de los facultativos del Instituto Nacional de Pediatría. Me di cuenta en ese momento de un fenómeno: *el cambio de actitud que no pudieron hacer las palabras lo consiguió la crisis económica, pues ésta obligó a muchos a considerar la influencia de los factores sociales en la etiología de la morbimortalidad.*

## Capítulo XXI

### **Desafíos y satisfacciones en un curso-taller impartido en Palenque, Chiapas**

1. Muchas experiencias y satisfacciones me han dejado los actos académicos donde he participado. Entre los que más recuerdo, y que me han ayudado a sentir menos pesada la estancia lejos de la familia, sobresale el curso-taller que tuvo lugar en la ciudad de Palenque, en El Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos, del estado de Chiapas. Quizá las condiciones en las que se efectuó, así como el tipo de concurrentes, son los motivos especiales para conservarlo vivo en mi memoria.

Se llevó a cabo del 29 de abril al 1 de mayo de 1999, justo unos días después de iniciada la huelga estudiantil en la UNAM, en la que intervenía activamente como profesor y padre de familia. Reinaba la incertidumbre so-

bre cuándo culminaría el conflicto –por la represión o la negociación entre las partes–, y en qué condiciones retornaríamos a las actividades académicas.

Dicha inseguridad me inquietaba, y en cierto momento valoré la posibilidad de posponer el curso-taller sobre metodología de la investigación en salud, pues no deseaba alejarme de donde se desarrollaban los acontecimientos. Además, pensaba, si fuese necesario regresar de inmediato a la ciudad de México, esto no sería sencillo dado que dicha población chiapaneca –pese a ser un centro turístico de importancia– no se halla debidamente comunicada por vía aérea.

2. Me sobrepuse a tales circunstancias y acepté el reto (aunque el verdadero desafío estaba por venir), estimulado en parte por ser un tema de mi preferencia y, según lo expuse, por la clase de participantes inscritos, en total 45 personas, de las cuales 22 provenían de San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Los integrantes acababan de concluir sus estudios como técnicos médicos, comunitarios y farmacéuticos, y requerían de elementos metodológicos para sus trabajos de tesis.

La mayor parte pertenecía a comunidades indígenas del área de influencia del conflicto armado, que surgió con el levantamiento zapatista el 1 de enero de 1994. Casi todos hablaban una lengua indígena, además del español.

A la intranquilidad por el desenlace imprevisto de la huelga estudiantil, se agregó mi traslado de la ciudad de México a la de Palenque, Chiapas. No obstante el cansancio que experimentaba luego de varios días y noches de intensa actividad política, me levanté a las 5 de la mañana del 29 de abril para tomar el avión de México a Villahermosa, Tabasco. Ahí me esperarían los directivos de la institución para transportarme por vía terrestre a Palenque, viaje cuya duración es de dos horas, aproximadamente.

El curso-taller se programó para iniciar a las 10 de la mañana. En la fecha señalada el calor en la zona era agobiante y el aula asignada carecía de un sistema adecuado de ventilación.

3. De conformidad con lo anotado en el capítulo v, solicité, antes de mi llegada a Palenque, colocar las sillas en círculo, para interactuar más fácilmente con los miembros del grupo.

Pese a la experiencia adquirida al coordinar decenas de cursos de este tipo dentro y fuera del país, *confieso que los primeros minutos resultaron un tanto complicados*, pues me encontraba frente a personas a quienes las autoridades escolares les demandaron asistir al curso-taller como una exigencia académica para trabajar en sus tesis.

Percibía en los pasantes una mezcla de tensión y cierto escepticismo; esto los volvía poco receptivos. Pensé en una idea quizá presente en ellos, *escuchaban a alguien con otro marco cultural* y, por ende, con ca-

racterísticas y necesidades diferentes a las suyas, no obstante mi esfuerzo por contextualizar los planteamientos metodológicos, en función del medio rural-indígena de donde eran los participantes, y en el cual se desempeñarían profesionalmente.

4. Para dar el “salto” y superar el momento difícil de comunicación prevaleciente al principio, ello con el propósito, primero, de ser aceptado como parte del grupo y, segundo, conseguir su participación activa y entusiasta en el proceso de enseñanza-aprendizaje, decidí *lanzarme a fondo*.

Como uno de los temas preliminares del curso-taller se refería al análisis de la problemática de salud y a las prácticas para prevenir y tratar las patologías, pregunté a los asistentes tanto por el tipo de afecciones más frecuentes en sus comunidades, como por los procedimientos tradicionales de uso cotidiano para curarlos.

Nadie se atrevía a hablar; fue en ese instante que rememoré ciertos padecimientos existentes en la comunidad del estado de Morelos, de donde soy originario, y el modo de atenderlos. Les hablé de “el mal de ojo”, “el mal aire”, “el susto”, “las espinas que caminan”, el empacho, y de otros males que en el medio rural e indígena aún se valoran como enfermedades o padecimientos.

Les relaté cómo se curan algunos de ellos en mi pueblo. Por ejemplo, en el tratamiento para el empacho se le indica al enfermo acostarse boca abajo para untarle

ceniza caliente en la espalda; se procede luego con las dos manos a jalar la columna vertebral, aunque en el medio rural e indígena la frase utilizada es: “se truena el espinazo”.

“El mal de ojo” se cataloga como un padecimiento cuya etiología, se cree, puede ser la envidia que una persona despierta en quien posee la propiedad de “hacer daño” con la mirada. Su manifestación más evidente es un malestar indefinido sin una causa perceptible, a veces con elevación de la temperatura corporal (“está achacoso”, se dice).

Para esta clase de enfermedad las curanderas (y a falta de éstas las madres) usan una planta denominada “jarilla” o, como sucedáneo, un manojo de ruda, y con un huevo fresco pasan éste y las ramas por todo el cuerpo de quien padece “el mal de ojo”, procurando realizar un movimiento en cruz. En tanto, la curandera reza.

Para que el individuo sane se aconseja llevar a cabo esta práctica una o dos veces al día (según la gravedad del daño), y durante cuando menos dos jornadas seguidas. Cabe mencionar que una vez concluida cada sesión, el *blanquillo*\* se rompe y se deposita en una taza, la cual se coloca debajo de la cama del enfermo “para que absorba el daño”. Si éste existe la *clara* muestra otra com-

---

\* En el medio rural este vocablo es sinónimo de huevo. El diccionario de El Colegio de México registra esta voz.

posición distinta de aquélla que tiene en un producto normal, señalan los médicos tradicionales.

Para extraer “las espinas que caminan” a fin de evitar que penetren más profundamente en el cuerpo, se sigue este procedimiento: se hace un amasijo con cucarachas y velas de cebo, el cual se unta en el lugar por donde se introdujo la espina, cubriéndose con una venda. Al otro día aquélla resulta fácil de sacar.

Asimismo, para terminar con una hemorragia causada por una cortadura, se elabora una malla con telaraña (que abunda en las casas cuyos techos son de palma), y con tal apósito se tapona la herida.

Varias de estas prácticas las observé, en tanto que otras las experimenté en carne propia siendo niño, comenté a los participantes del curso-taller.

5. Mientras describía tales experiencias advertí en ellos una metamorfosis en su actitud: *sus rostros antes adustos exhibían ahora una leve sonrisa*. Poco a poco fue desapareciendo la tensión; sentí en ese momento un cambio cualitativo en la conducta de los asistentes, toda vez que “hablaba ya en su mismo idioma”.

Algunos se animaron a exponer los padecimientos y terapéuticas prevalecientes en las comunidades donde vivían o laboraban. La modificación en el comportamiento del grupo se percibía en el ambiente.

Luego de la primera parte de la jornada, que duró dos horas, organicé el trabajo en taller; se formaron equipos

de seis personas para discutir temas del programa tomando en cuenta el contexto de su realidad cotidiana.

Concluida dicha actividad nos reunimos en el horario vespertino para la sesión plenaria.

De acuerdo con lo señalado en el capítulo XVI, procuro vencer la resistencia del grupo para que acepte un cambio de estrategia: *yo designaré a quien leerá las conclusiones del equipo, no éste.*

Tal medida la planteo antes de la discusión en cada subgrupo. La justifico para *incitar la participación activa de todos sus integrantes*, verbigracia, sugerir ideas, tomar notas sobre el desarrollo del debate, realizar resúmenes, etcétera. Con tal modo de proceder cualquiera estará en posibilidad de leer las aportaciones respectivas.

Por si fuera poco, *quien resulte elegido debe pasar al frente del grupo*. Cabe apuntar que aunque las sillas se coloquen en círculo, el frente se entiende como el lugar donde se halla el ponente. Ello le otorga otro significado al hecho de expresarse en público, pues el designado debe dejar su “sitio seguro” para dirigir la palabra a sus compañeros desde otro punto, identificado como el que corresponde al profesor o coordinador. La metodología a la que recurro para efectuar este tipo de trabajo la describo con detalle en mi libro *Formación de investigadores educativos*.

Pese a estar enterados de que quizá fuesen elegidos para exponer, en dicho curso-taller advertí una reacción símil

a la de otras partes: angustia en muchos, quienes acaso deseaban no hablar de buenas a primeras. No existía, de momento, otra estrategia para inducir la participación.

6. Durante la segunda jornada los concurrentes aún se resistían a intervenir *motu proprio* si demandaba sus opiniones sobre los aspectos tratados, o si debían dar a conocer los aportes del trabajo colectivo, sólo algunos empezaban a perder el miedo y exteriorizaban sus dudas.

Fue al tercer y último día cuando modifiqué la táctica para conseguir el objetivo trazado. Ya no seleccionaría a las personas de cada equipo para que enunciaran los resultados de sus discusiones respectivas. Era indispensable “otro salto”.

*Valoré en esos minutos la trascendencia de que los asistentes asumieran una nueva responsabilidad: serían miembros espontáneos quienes hablarían y, encima, deberían pasar a donde yo me encontraba.* Por lo tanto, coloqué una silla vacía a mi lado y les dije: “Preciso de su ayuda para elevar el nivel del curso; requiero de un voluntario para ocupar este asiento, con el propósito de que presente los avances o dudas que se tengan”.

Como lo esperaba, la gente no se atrevía a dar el paso decisivo. Insistí de nuevo en la importancia de animarse a dejar el anonimato, pues existía un ambiente de compañerismo y, además, el grupo, y yo como parte de él,

asistíamos para enseñar y, a la vez, para aprender, de conformidad con los planteamientos de Gramsci y Freire.

Por fin una persona hizo suyo el desafío; pasó, por consiguiente, a ocupar el “sitio de honor”, como designé a la silla vacía. Otros se decidieron a romper su silencio cuando manifestaba a los participantes que no deseaba ver ese lugar *solo*. Sabíamos que muchos hacían un gran esfuerzo para afrontar el reto; por lo mismo, recompensábamos su disposición con un aplauso.

7. Para cuando principió la postrer sesión, la batalla se había ganado. Reinaba un ambiente de confianza en el grupo y la comunicación resultaba fluida pues existía una completa identificación entre los asistentes. La gente controló su temor de hacer uso de la palabra dado que sobraban interesados en participar. Tomaba en cuenta primero a quienes aún no hablaban o lo habían hecho poco.

Disfrutábamos realmente de esos momentos del proceso educativo y, por mi parte, dejé un poco de preocuparme por el devenir del movimiento estudiantil de la UNAM. Recordaba que al llegar a Palenque tenía signos de lasitud por las vicisitudes referidas; al culminar la jornada académica el cansancio dio paso a una gran laxitud (relajamiento).

8. La clausura fue sumamente emotiva. Percibía en los pasantes sentimientos contrapuestos, mismos que yo experimentaba: el de sentirse contentos, pues el curso-

taller llegaba a su fin; mas, por otro lado, el anhelo de que no concluyera para seguir gozando de instantes placenteros en los que nos solazaban las bromas y comentarios surgidos espontáneamente en el grupo.

Les di a conocer un pensamiento, y ahora lo reafirmo: yo fui quien más aprendió en esos días; en razón de ello les agradecí su disposición de abrirme sus mentes y corazones para así adentrarme un poco en su cosmovisión.

Como una muestra de mi reconocimiento a su empeño y exultación evoqué el bello poema de Nezahualcóyotl, plasmado en el capítulo XVIII, en donde indico la fuente, y también como una propensión hacia el rescate de nuestra cultura prehispánica. Me atrevo a transcribirlo aquí para que, cual ósculo que embelesa, perdure en tu retentiva histórica, estimado lector:

*Ihuan axcan quimati noyolo  
nicaqui se cuicatl  
niquiti se xochitzintli  
oninequisquia  
amo queman ixpolihui*

*Por fin lo comprende mi corazón:  
escucho un canto,  
contemplo una flor..  
¡Ojalá no se marchiten!*

## Capítulo XXII

### **Cómo aprender a investigar. Plática con alumnos y alumnas de cuarto año de primaria**

*Raúl Rojas Soriano y Amparo Ruiz del Castillo*

Dada la trascendencia que tuvo para nosotros la experiencia vivida con un grupo de niños, incluyo en este libro ciertos aspectos de ella, la cual se presenta completa en mi obra *Investigación-acción en el aula. Enseñanza-aprendizaje de la metodología*.

1. El mayor desafío intelectual lo enfrentamos en marzo de 1993 cuando la maestra de inglés de Sofía, nuestra hija, que en esa fecha tenía 9 años de edad y cursaba

el cuarto año de primaria, nos invitó a impartir una charla sobre “Cómo aprender a investigar”.

*En un principio pensamos ingenuamente en lo sencillo que sería cumplir con ese compromiso: enseñar los aspectos básicos de la investigación a menores, en comparación con los escollos que surgen al trabajar con jóvenes y adultos. Por ello, respondimos asertivamente (afirmativamente) a dicha solicitud, y nos dedicamos a pergeñar el tema, pues la plática se verificaría diez días después.*

Sabíamos que para llevar a cabo dicha actividad requeríamos de *elementos teóricos provenientes del campo de la psicología de niños, de la pedagogía orientada al trabajo con infantes, así como disponer de mayores conocimientos sobre comunicación, etcétera, para sustentar adecuadamente la práctica educativa.* Empero, no disponíamos de tiempo para efectuar las lecturas pertinentes ya que apenas lo había para planear la clase.

Enfrentaríamos ese reto basándonos en las experiencias docentes adquiridas con estudiantes y preceptores de educación superior, y con egresados de diferentes carreras en cursos dictados en dependencias públicas y asociaciones de profesionales.

Estimamos que con eso era suficiente, por el momento, para organizar e impartir la plática a colegiales de ese grado.

La realidad, como bien dice el Subcomandante *Marcos*, se iba a encargar de desmentirnos.

2. El día de la invitación, la educadora informó a los compañeros de Sofía que asistiríamos a su clase para dar una charla sobre investigación.

Surgieron de inmediato las primeras exigencias de la niña en cuanto la recogimos en la escuela. Como en ocasiones ella y su hermana Minerva nos acompañan a conferencias y cursos destinados a profesores universitarios y normalistas, *Sofía nos pidió pensar en que eran niños, así como cuidar el modo de exponer el tema, y no hablar en forma teórica, es decir, “rebuscada”*.

Esta solicitud-acusación implicaba un llamado de atención pues aun cuando procuramos expresarnos de manera clara y precisa, nos preocupamos todavía más porque esa plática la impartiéramos con un lenguaje accesible para facilitar la comprensión de los contenidos.

Encima, la mentora nos advirtió sobre un hecho común en los chicos, que ya sabíamos, mas sólo la experiencia directa, *viva*, aunque resulte chocante el término, podría ayudarnos a comprender: “los infantes son muy inquietos y será difícil mantener su atención por más de una hora”.

Esta aserción encerraba en sí misma un desafío que nos llenaría de angustia, de miedo a enfrentar al grupo de nuestra hija. La responsabilidad era más grande al saber que ahí se encontraría Sofía observando nuestra actuación.

Cabe aquí mencionar algo importante: *los menores conocen muy bien el poder del maestro, cómo y para*

*qué usarlo*, ya que en sus pocos años han vivido diversas experiencias al respecto. Sin embargo, no esperábamos que una de las amigas de Sofía nos pidiera, casi nos exigiera, que cuando impartiésemos la clase regañáramos a tal niño pues siempre la molestaba, o le preguntáramos a otra de sus compañeras, con quien no se llevaba bien, para ponerla en ridículo.

3. Para tratar de organizar la plática nos formulamos los objetivos a cubrir: 1) Proporcionar algunos elementos metodológicos para iniciar al grupo en el aprendizaje del proceso de investigación y, 2) alentar su participación activa y crítica en las clases.

Derivado de lo anterior, surgieron cuestiones sobre los contenidos a incluir. Simultáneamente, apareció otra inquietud: ¿Cómo impartir los temas?, es decir, ¿de qué forma transmitir el conocimiento a educandos de cuarto grado de primaria?

La experiencia docente nos sugirió preparar un escrito sobre los puntos básicos previstos para abordarse en nuestra charla y que fuese de fácil comprensión.

Para lograr una lectura amena incorporamos varias fotografías y figuras a fin de ilustrar aspectos específicos del documento. Las interrogantes y ocurrencias de Mafalda, relativas a la ciencia, fueron de gran ayuda para pergeñar un texto que despertara aún más la curiosidad de los escolares.

Asimismo, se plantearon preguntas dirigidas a los infantes, cuyas respuestas usaríamos en clase para discutir cuestiones metodológicas (esta propuesta educativa elaborada *ex profeso* está en mi libro citado en la página 261).

Entregamos el material a la maestra con la recomendación de que el grupo lo leyera en casa y contestase las preguntas sin ayuda de los adultos. Para que todos se compenetraran con el contenido del texto, solicitamos a la mentora realizar una *lectura dirigida* en el aula, antes de la plática, y que sus alumnos llevaran el documento el día de la charla.

Estas observaciones quizá resulten para muchos obvias o exageradas; sin embargo, las experiencias adquiridas con grupos de jóvenes y adultos apuntaban hacia lo valioso de insistir en este asunto.

La revisión previa del escrito serviría para disponer de bases mínimas para trabajar sobre la materia y, a la vez, coadyuvaría para mantener el entusiasmo de los colegiales e incitar su participación.

Pergeñamos, pues, un primer borrador. Vino a la mente la sugerencia que expresamos a estudiantes y profesores universitarios y normalistas. Para que el trabajo sea de fácil comprensión es menester que ciertas personas lo lean con “ojos críticos”, con el afán de localizar pensamientos poco claros y cuáles requieren de un mayor desarrollo, o ilustrarse con ejemplos, etcétera.

Las críticas ayudarían a mejorar la redacción y presentación de las ideas con objeto de hacer más sencilla

la comunicación del conocimiento. ¡Qué “rollo”!, pensarán ustedes, mas esto nos muestra la experiencia y a ella nos remitimos.

Rogamos a Sofía y a Minerva, quien cursaba el quinto año de primaria, revisar al alimón (conjuntamente) el documento, e indicarnos sus comentarios y sugerencias.

*Redactamos varias versiones hasta conseguir el visto bueno de nuestras hijas. Sin embargo, la inquietud no nos abandonó, pues la duda persistía respecto a si los planteamientos eran suficientemente claros para que se comprendieran sin complicaciones.*

Construimos, además, una maqueta para mostrar un experimento sobre la capacidad del hombre, en comparación con la del mono antropoide, para elaborar conceptos (este experimento se describe en el libro citado al principio). De igual modo, recurrimos a las cartulinas para, por un lado, apoyar el desarrollo de la plática y, por el otro, alentar la participación del grupo.

Si bien durante los días de preparación de la clase sentíamos cierta seguridad en cuanto a saber cómo impartirla, a medida que se acercaba la fecha del compromiso, la angustia empezaba a apoderarse de nosotros. Temíamos fallar, pues si bien los objetivos eran precisos, no había la certeza de alcanzarlos.

4. Pese a trabajar con cientos de estudiantes y profesores normalistas y universitarios de diversas carreras, debemos confesar que nunca antes enfrentamos una si-

tuación similar. El grupo de niños y niñas nos infundía más temor que el experimentado al relacionarnos con jóvenes y adultos.

En los días previos a la charla dormimos inquietos; dos noches despertamos sobresaltados por el miedo de fracasar con 34 escolares de cuarto año de primaria.

Una noche antes lucubramos muy tarde, mejor dicho hasta la madrugada, para terminar de organizar los materiales y discutir los últimos detalles de la estrategia a seguir, como si fuésemos al combate teniendo como contrinicante a un enemigo poderoso. No era para menos.

Estas horas de febril actividad sirvieron para acercarnos un poco a la problemática que vive el docente de educación básica en su práctica cotidiana. El hecho de preparar la clase nos ayudó a comprender, aunque sea mínimamente, *la complejidad del esfuerzo de miles de maestras y maestros que en condiciones de vida y de trabajo deterioradas por la crisis, ponen lo mejor de ellos para formar individuos cuyo futuro es incierto*. En esa ocasión dormimos poco, ya que debíamos llegar temprano a la escuela.

El plan estaba al punto, al igual que nuestras mentes, pues íbamos con la idea de aprender de los colegiales durante el tiempo destinado a estar con ellos. Seguramente surgirían críticas por parte de los infantes, mas no poseíamos la menor pista de cómo y sobre qué las formularían.

Previamente a la plática nos cercioramos con la mentora de que la lectura se hubiese realizado; además,

le propusimos emplear una videograbadora a fin de poder observar nuestros errores, con la intención de corregirlos.

Advertimos a la profesora que posiblemente la presencia de la cámara inhibiría a los niños y niñas, dado que ésta era la experiencia vivida con grupos de jóvenes y adultos. Ella nos aseguró lo contrario, que la videocámara no les causaría recelo, como lo comprobamos en su momento; la maestra se comprometió a llevar a cabo la videograbación.

5. Al llegar al aula, una vez hecha nuestra presentación, le pedimos al grupo hablarnos por nuestro nombre para favorecer el diálogo, y que colocaran las sillas en círculo.

Luego de una breve prelucción al tema, demandamos seis voluntarios sin mencionar el propósito: realizar una dinámica grupal. De inmediato y de manera efusiva, todavía sin saber en qué consistiría su participación, la mayoría levantó la mano “peleándose” por ser incluidos entre quienes cooperarían de forma espontánea.

Este comportamiento es semejante al contemplado en otros grupos de niños de cuarto, quinto y sexto año de primaria y de primer año de secundaria, y contrasta con el que exhiben los estudiantes y profesores universitarios y normalistas tanto de México como del extranjero con quienes hemos trabajado.

Concluida la dinámica grupal (descrita en el capítulo tres del texto aludido), llevamos a efecto otras actividades de enseñanza-aprendizaje para, ulteriormente,

organizar a la clase en siete equipos con el propósito de que respondieran las preguntas: *¿Qué problemas de tu colonia o escuela desean discutir?, ¿cuáles son las posibles causas por las que surgen? y ¿qué sugieres para tratar de solucionarlos?*

Seis de los subgrupos decidieron discurrir sobre cuestiones que tenían atinencia con el plantel. Luego de media hora de actividad suspendimos el taller para iniciar la reunión plenaria. La selección del niño o niña de cada equipo que expondría las conclusiones del mismo, fue al azar. Los elegidos pasaron al frente del grupo.

Todo iba bien hasta ese momento; sin embargo, advino una situación no prevista. Varios colegiales formularon diversas críticas hacia el maestro de español, quien se encontraba en el aula junto con la de inglés: “El profesor no nos trata de igual forma a todos pues tiene sus preferencias, sus clases son aburridas, no permite el trabajo en equipo, deja mucha tarea y su carácter es agrio” (varios equipos dibujaron caricaturas para ilustrar el comportamiento del mentor).

Ante tal hecho, tratamos de que el preceptor y los educandos no vieran en esos cuestionamientos una actitud negativa. Ello nos llevó a reflexionar una vez más sobre las ventajas y “desventajas” del trabajo conjunto.

En relación con las primeras, *la práctica ha demostrado que a través de la participación grupal se logra que todos o la mayoría intervengan en las discusiones, y se consigue un aprendizaje colectivo.*

Sus “desventajas” para los docentes identificados con el método tradicional de enseñanza-aprendizaje, radican en que *las personas comienzan a reflexionar por su cuenta, a preguntar sobre cuestiones relacionadas con el tema objeto de análisis, a discutir asuntos vinculados directa o indirectamente con la problemática que se estudia.*

6. Nuestro compromiso con ese grupo concluyó con la sesión plenaria en la que los alumnos le dijeron “sus verdades” al maestro de español. La clase duró poco más de dos horas. Nos sentíamos satisfechos con los resultados, concretamente, por haber cumplido con los objetivos trazados.

Las experiencias adquiridas con los escolares de primaria nos han llevado a comprobar su capacidad para adaptarse a las circunstancias más diversas, así como su deseo de participar entusiasta y críticamente cuando se hallan motivados para realizar ciertas tareas.

Debemos, por tanto, preguntarnos:

*¿En qué momento los sistemas familiar y escolar empiezan a limitar en los niños y niñas su curiosidad e interés por intervenir espontáneamente en actividades que sirvan para conocer su entorno físico y social?*

*¿Qué papel nos corresponde asumir a los profesores para que los estudiantes de cualquier nivel dejen de ser individuos pasivos, receptivos y obsecuentes?*

## Capítulo XXIII

### **Necesidad de improvisar un discurso ante situaciones y temas desconocidos**

En ocasiones enfrentamos la necesidad de dictar una conferencia sin haber contado con el tiempo y los materiales suficientes para prepararla. De igual modo, se nos demanda enunciar planteamientos sobre ciertas cuestiones que no conocemos bastante, o criticar determinados proyectos de investigación sin haberlos revisado previamente para orientar mejor nuestros comentarios.

1. En 1987 participé en una reunión internacional sobre la problemática de los niños en la República del Ecuador. A los integrantes del grupo nos concentraron en una finca alejada de la ciudad de Quito. Cuando menos lo esperaba me llegaron sendas invitaciones de la Univer-

sidad Central del Ecuador y del Instituto de Investigaciones Socioeconómicas para dictar dos días después algunas conferencias en dichas instituciones. No pude negarme debido a la gentileza con que me trataron y, además, porque sabía lo fundamental de los temas sobre los que disertaría. Elaboré, por consiguiente, un guión para orientar mis pláticas, pese a no contar con los materiales para el caso; me atuve, por tanto, a lo que recordaba sobre las cuestiones.

Si se desconoce la materia a tratar y se carece de tiempo para organizar la ponencia, o nos sentimos inseguros para exponer, lo conveniente es excusarnos de manera afable a fin de no sufrir innecesariamente.

2. Por otra parte, se piensa que el hecho de poseer alguna experiencia en determinado campo del conocimiento, nos otorga la capacidad para intervenir sin mayor problema en una discusión y, lo que resulta más comprometedor, que tenemos la competencia necesaria para formular críticas fundamentadas a los proyectos.

En noviembre de 1997 me invitaron a participar en una reunión académica en el Instituto de Investigación en Ciencias Médicas de la Universidad Autónoma del Estado de México, para que diera a conocer mis puntos de vista sobre cinco trabajos.

Por diversas razones los documentos no me llegaron oportunamente para leerlos antes del pleno. Acepté colaborar debido a mi amistad con la directora de ese instituto y porque sabía de los esfuerzos que hacía junto

con los investigadores para realizar los estudios; aunado a esto, mi inquietud por aprender cosas nuevas fue, igualmente, un acicate. Los títulos de los proyectos sobre los cuales debía emitir mi opinión relacionada con los aspectos metodológicos eran:

- Tratamiento de parálisis facial de Bell con acupuntura, validado con un programa de computación.
- Depresión en el adolescente.
- Relación de la medición índice cintura-cadera con perfil de lípidos en población adulta.
- Enfermedades de transmisión sexual en mujeres internas en centros penitenciarios del Estado de México.
- Infección de vías urinarias asintomática en el adolescente.
- Entamoeba gingivalis.

Cada equipo debía, en diez o quince minutos, exponer su proyecto de investigación en una plenaria donde se hallaba todo el grupo. Hecho esto expresaría mi opinión sobre la parte metodológica. No es sencillo cumplir tal compromiso si sólo se escucha la lectura del documento sin tener la posibilidad de revisarlo meticulosamente para centrar mejor la crítica. Súmese a ello la presión de estar frente a diversos especialistas.

En circunstancias como ésta debemos prepararnos para oír con la mayor atención posible los planteamientos de cada subgrupo. Es necesario disponer de suficien-

te papel para escribir las anotaciones que estimemos pueden servir para armar nuestra disertación.

En mi caso, además de lo antedicho, solicitaba al equipo respectivo aclarar aquellas cuestiones que en una primera lectura del documento percibiera un tanto confusas, o pedía que relejera cierta parte del trabajo en donde hubiese dudas en cuanto a su estructura metodológica.

Con mis apuntes hechos al vuelo debía con presteza ordenar las ideas antes de sacar a la luz mis comentarios y recomendaciones. Surgen aquí varias dudas: ¿Por dónde abrir la crítica al proyecto que acaba de presentarse?, ¿qué tan oportunos son los señalamientos?, ¿nuestras aportaciones serán de interés para el equipo respectivo y para los integrantes de los otros?

*Cuando prevalece un ambiente de compañerismo y de respeto al esfuerzo de los demás, como acontecía en este caso, se facilita la discusión, el planteamiento de errores u omisiones, así como la aceptación, por parte de quienes exponen, de las observaciones que formula el consultor.*

No obstante la presión propia en este tipo de compromisos, soy de la idea de que como asesores conseguimos muchas satisfacciones, las cuales nos ayudan a proseguir en el camino de la superación profesional.

3. Algo similar viví en agosto del 2000 en la Universidad de Tamaulipas, aunque aquí la incógnita era mayor. Sus directivos me invitaron a una reunión con académicos.

Al llegar al aula en donde se encontraban más de cuarenta profesores, el director del plantel señaló que tres equipos presentarían sus proyectos de investigación y, al final, quien escribe estas líneas expresaría su opinión.

Esto me tomó de sorpresa, pues llevaba la idea de que se trataba de un debate sobre cuestiones metodológicas en el que intervendría como un miembro más del grupo. Los temas eran los siguientes: “Cultura institucional”, “Violencia intrafamiliar en Tamaulipas” y “Evaluación del trabajo docente en la Universidad”.

La experiencia adquirida en la Universidad Autónoma del Estado de México y en otras partes fue de gran ayuda para cumplir con dicho encargo, no sin sufrir de cierta presión por participar en un asunto para el cual no estaba preparado *ex profeso* y porque, encima, padecía en esa ocasión una severa neuralgia –cosa rara en mí–, y para no quedar mal me administré un fuerte analgésico.

4. El 18 de noviembre del 2000 me hallaba en la ciudad de Chilpancingo para impartir un taller sobre investigación, organizado por la Asociación de Economistas Mexicanas. Era sábado y la actividad académica concluía a las 13 horas; mi regreso a la ciudad de México lo tenía previsto a las 15 horas. Antes del desayuno me habló al hotel una maestra que había asistido a una conferencia que dicté semanas antes en esa población.

Deseaba mi presencia en un diplomado sobre investigación para platicar acerca de cuestiones metodológicas con los maestros que participaban en él.

Pese al escaso tiempo disponible no pude negarme a tal petición, pues además de procurar satisfacer la inquietud de los preceptores por conocer mis puntos de vista sobre el tema, estimo que en esta clase de reuniones, no obstante su brevedad, se aprende de la gente en tanto que se conocen sus preocupaciones y experiencias al respecto.

En circunstancias como la descrita, en donde se dispone sólo de unos cuantos minutos para interactuar con los interesados en escucharnos, se requiere aprovechar la oportunidad de manera correcta para dejar una buena impresión en el auditorio. Por ejemplo, *dirigir la disertación hacia aspectos específicos de la materia; formular comentarios bien centrados; ilustrar las ideas con algunos casos concretos. Mas, ante todo, mostrar una inclinación por compartir pensamientos y dudas, al igual que para proseguir ulteriormente el vínculo con el grupo.* Éste se percatará enseguida si valió la pena la invitación que se le hizo de improviso al disertante.

Las vivencias narradas guardan su parte positiva en tanto que me han inducido a cerciorarme con tiempo suficiente sobre el tipo de intervención que tendré en un acto académico, con el propósito de cumplir satisfactoriamente con los compromisos adquiridos.

De cualquier modo, procuro prepararme siempre para afrontar realidades inéditas, dado que todo puede acontecer al aceptar discurrir en público.

## Capítulo XXIV

### El desafío de presentar un libro sobre el Che Guevara

1. Hallarme cerca de algo o de alguien que evoque a Ernesto Che Guevara, *prototipo del rebelde que lucha por un mundo mejor*, siempre me emociona. Era uno de nuestros ídolos durante el movimiento estudiantil de 1968; por eso acepté en el acto la propuesta del director de la Editorial Plaza y Valdés, para que fuese el prologuista de una obra escrita por un revolucionario cubano, amigo del mítico guerrillero.

Me comprometí siempre y cuando el comandante Jorge Serguera Riverí (“Papito”), autor de *Los caminos del Che. Datos inéditos de su vida*, estuviese de acuerdo y aprobara mi presentación.

2. El texto se entregó a la editorial a principios de septiembre de 1997 y debía editarse antes del treinta aniversario del óbito (muerte) del Che en Bolivia (a conmemorarse el 9 de octubre de 1997).

Poco era el tiempo disponible para publicar un volumen de casi 400 páginas, y más porque incluía modismos del español de Cuba que debían revisarse con esmero, a fin de evitar frases confusas para quienes hablan dicho idioma en otros países.

Por mi parte, el pergeñar el prefacio de unas memoranzas bien escritas, donde se relatan aspectos señeros de la vida del Che Guevara, significó una verdadera provocación a mi intelecto, tanto por el lapso breve para entregarlo, como por la responsabilidad que representaba hacerlo, a sabiendas de que sería leído por combatientes de la Revolución Cubana que lucharon con él.

Pensaba que mi *presentación* no debía pasar de cinco cuartillas con el propósito de incitar su lectura en quienes leyeran el libro, dado que muchos ignoran el prólogo e inician a partir de las páginas redactadas por el autor de la obra. Por eso, el primer desafío consistía en arrobar al lector remiso para que se sintiera atraído por mi proemio.

3. Disponía de pocos días, pues las memorias se encontraban en el proceso de edición a fin de que se publicaran antes de la efeméride, para su divulgación masiva.

Una cuestión preliminar surgió al punto: *¿Cómo empezar la redacción del preámbulo?*

Rememoré lo dicho por Octavio Paz al reportero del *Excélsior* dos días antes de recibir el Premio Nobel de Literatura. A pregunta expresa sobre la rémora más grande que debía enfrentar al escribir, el galardonado declaró, de manera lapidaria: “Hallar la primera frase, lo más difícil”.

Si me atrevo a transcribir esta respuesta, al igual que algunas recomendaciones enunciadas en los capítulos precedentes, es con la mira de que al reiterarlas, aplicándolas a un caso concreto, su comprensión resulte sencilla para que sea un estímulo en cuanto te decidas.

Efectivamente, afrontaba en ese momento dicha realidad, pues confeccionar mi quimera implicaba un reto de verdad, que me hizo sufrir por horas.

4. Surgió a vuela pluma un primer borrador con ideas un tanto dispersas; lo revisé varias veces para depurar la escritura. Tomé en cuenta lo que aconsejo a mis alumnos y alumnas y apunto en éstos párrafos.

El texto debía llamar la atención desde el preludio. En razón de esto, agregué al título: **PRESENTACIÓN**, el subtítulo: *Un desafío para el lector*.

Grandes eran mis expectativas, la de conquistar al leyente. Por ello, razonaría cada vocablo, frase y párrafo que escribiera, los cuales revisaría escrupulosamente hasta conseguir que el documento irradiara cadencia.

La exposición de las ideas debía ser clara y precisa; a la vez, su encadenamiento estructurarse de modo tal que resultase algo hermoso; sería –meditaba– como leer un poema de amor.

Me preocuparía tanto por el contenido como por la forma de escribir los pensamientos, toda vez que así atraería de inmediato la curiosidad del lector. Ése, al menos, era mi afán.

En este proceso cuidaría la entrada de cada acápite con el fin de evidenciar desde ahí la belleza del lenguaje y sirviese, al mismo tiempo, de acicate para proseguir la lectura. Por si fuera poco, el comienzo de cada párrafo marcaría, como una ruta imaginaria, por dónde se encastraría la argumentación.

No bastaría redactar un párrafo con pulcritud si no atendía a su enlace con los restantes. Pasar de uno a otro encerraba un reto: cómo evitar saltos que patentizan una falla notable en quienes apenas incursionan en este arte, si bien los escritores experimentados no se hallan exentos del error de expresarse de manera desarticulada.

Otras exigencias: suprimir cacofonías y no repetir un vocablo en el mismo párrafo o en párrafos contiguos, salvo si resultase indispensable; tratar de que éstos no fuesen grandes para que desde la primera ojeada se vieran atractivos, pero tampoco que se parecieran a telegramas. En ocasiones no conviene reducir el tamaño de un acápite pues se trunca el desarrollo del concepto.

5. Especial cuidado dedicaría a superar los *lapsus cálami*, es decir, mis yerros al correr la pluma: abusar del vocablo *que* (una forma de queísmo), así como construir frases donde incluyo términos innecesarios o verbos comodines que empobrecen la fuerza expresiva de nuestro léxico, entre otros vicios.

Además, no redactaría párrafos de igual tamaño en una misma página porque esto vuelve cansada la lectura. Revisaría la construcción de los pensamientos para que no quedasen inconclusos y procuraría que la puntuación fuese la correcta para facilitar su comprensión.

No debía, del mismo modo, descuidar la ortografía pese a contar con programas computacionales que ayudan a localizar erratas, pues aquéllos no detectan siempre todas las fallas.

Requería también de las herramientas sustantivas de cualquier prosista, un diccionario de sinónimos y otro de español. En mi retentiva guardaba las restantes recomendaciones plasmadas en los capítulos previos.

Pensaba en la reflexión de Paulo Freire:

*Lo más importante es escribir tomando en cuenta la claridad del texto, la capacidad de decir lo que había que decir, el buen gusto del lenguaje. En trabajos anteriores –continúa Freire– he insistido en que no existe antagonismo entre escribir con rigor y escribir bonito. He destacado que la búsqueda de la belleza en la producción*

*del texto no es sólo deber de los artistas de la palabra, sino de todos y todas los y las que escribimos (Cartas a Cristina, p. 188).*

6. Del primer borrador surgieron otros más depurados que, a la vez, me llevaban a nuevas inquietudes, a la exigencia de perfeccionar el trabajo con el afán de que la *Presentación* no desmereciera frente a la obra del comandante Jorge Serguera Riverí; procuraría, pues, responder al contenido de ésta y a convertir en realidad mi anhelo perenne al redactar cualquier texto, *el de cautivar al público*.

Para conseguir lo primero revisé otra vez el libro. Hubiese deseado leerlo muchas veces; empero, debía entregar el documento a la brevedad para que las memorias del comandante Serguera se publicaran a tiempo. De esta segunda revisión se derivaron nuevos elementos para afinar algunas ideas e incluir otras en la *Presentación*.

Con el propósito de localizar giros gramaticales impropios, leía en voz alta las distintas versiones del prefacio. Esta práctica resultó efectiva porque descubrí varias imperfecciones en su redacción.

Como no me dedicaba sólo a escribir, dado que debía atender otros asuntos, ello me creaba cierta impaciencia, pues –cavilaba–, ahora que me siento inspirado debo cumplir con tal compromiso (impartir clases, por ejemplo).

Evocaba entonces lo que Josué de Castro (autor del libro *Geografía del hambre*) les aconsejaba otrora a sus amigos, entre quienes estaba Paulo Freire:

*Les sugiero un buen hábito para los que escriben: Terminado el libro, el ensayo, métenlo en “cuarentena” por tres o cuatro meses en un cajón. Después, en una noche determinada sáquenlo y reléanlo. Uno siempre cambia “algo” (Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza*, pp. 56-57).*

Recurrí en otras ocasiones a semejante recomendación con buenos resultados; mas, ahora, me era prácticamente imposible atenderla. Ni siquiera podía ignorar el escrito unas semanas o días, aunque sí consideré oportuno “olvidarme” de él algunas horas mientras me dedicaba a otras actividades; ello servía para descansar un rato del correr de la pluma, aunque en el fondo de mi ser el proyecto permanecía latente.

*La tarea de exponer nuestras ideas, sin duda maravillosa en tanto que se liberan las energías creadoras del espíritu, nos aprisiona por momentos dentro de nuestra propia imaginación. Así, nos damos cuenta de la lentitud con que avanzamos, pues los logros resultan insuficientes, por no decir desalentadores.*

Esta sensación, contraria a lo esperado, se manifiesta, verbigracia, en la confusión que observamos en cuanto al modo de ordenar los pensamientos. En vez de

cristalizarlos se advierte muchas veces una mayor dispersión por la manera como se redactaron. Empero, en otros intentos se consigue dar a luz páginas más depuradas.

En tales circunstancias rememoraba la reflexión de Alan F. Chalmers que ilustra lo anterior: “Comenzamos en la confusión y acabamos en una confusión de un nivel superior” (*¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, p. 9). No en un mayor embrollo, aclaro.

7. La frustración y el desánimo acechan a cada instante con sus consecuentes resultados: desistir del propósito de publicar el documento o dejar de corregir y entregarlo ya. Esa dialéctica –en la que se mezclan los aspectos objetivos y subjetivos– forma parte de la vida del escritor.

En mi caso, si bien procuraba olvidarme del prólogo, lo cierto es que en mi interior seguía pensando en él fuera del estudio. El texto en ciernes no me dejaba en paz; tampoco yo a él. Sin embargo, cuando no lo contemplaba físicamente, ello ayudaba para relajarme y el efecto era reconfortante: volver con nuevos bríos a la mesa de trabajo con el afán de salir avante.

Una y otra vez revisaba las ideas plasmadas en papel y en cada momento hallaba más detalles que subsanar. Pese a la cortedad del escrito, parecía arduo elaborarlo con esmero por el breve lapso disponible.

La presión generaba un mayor desgaste físico y mental aunque, por otra parte, fomentaba mi numen para con-

vertir el proceso de escribir en un verdadero arte que disfrutaba íntimamente.

Al redactar recordaba el pensamiento de Eduardo Galeano: “Que el lector sienta que la historia está ocurriendo mientras las palabras la cuentan” (*Días y noches de amor y de guerra*, p. 214).

8. Revisaba el octavo borrador cuando de la editorial requirieron el prefacio para incorporarlo a las memorias del comandante Serguera; de no entregarse a la brevedad, el proceso se detendría y, en consecuencia, la obra no se publicaría oportunamente.

De mi esfuerzo dependía cumplir o no con los compromisos adquiridos: su presentación en la UNAM y la realización de entrevistas en la radio, así como su divulgación a través de la prensa escrita. Pedí 24 horas para llevar el documento.

Antes de enviarlo al autor del libro, solicité a la profesora Amparo Ruiz del Castillo y al director de la editorial que leyeran el legajo para contar con otros puntos de vista. Hecho esto, se remitió por fax a Cuba.

La respuesta del comandante Jorge Serguera Riverí llegó el mismo día: le agradó el prólogo. Con todo, no quedé conforme y volví a revisarlo; pulí algunos pensamientos e incluí otros para cerrarlo con *broche de oro*.

Camino a la editorial me di tiempo para repasarlo por última vez; sólo cambié de lugar una coma.

9. Me sentía satisfecho con el proemio; en él se plasman tanto mis puntos de vista como mi estilo de escribir. Al respecto debo decir que el modo de redactar es parte de la personalidad del sujeto, su pulcritud o dejadez. No me cabe la menor duda.

Si existe esmero en refinar la construcción gramatical y en cuidar la ortografía, poco a poco superaremos los vicios y fallas que se cometen en este proceso, toda vez que tal proceder lo juzgo como una exigencia para ser originales en la exposición de las ideas; por ello, me atrevo a afirmar que *quien escribe en forma rebuscada, así tendrá sus pensamientos: abstrusos*.

No exagero cuando apunto lo antedicho para perfeccionar un texto. Viene a mi mente la manera de obrar de Gabriel García Márquez, la cual expongo para sacar a la luz esta disposición natural del escritor meticulado, la de preocuparse él mismo, con la ayuda de otros, por pulir su obra, vigilando todos los detalles para evitar gazapos:

*Antonio Bolívar Goyanes [...] tuvo la bondad de revisar conmigo los originales, en una cacería milimétrica de contrasentidos, repeticiones, inconsecuencias, errores y erratas, y en un escrutinio encarnizado del lenguaje y la ortografía, hasta agotar siete versiones. Fue así como sorprendimos con las manos en la masa a un militar que ganaba batallas antes de nacer, una viuda*

*que se fue a Europa con su amado esposo, y un almuerzo íntimo de Bolívar y Sucre en Bogotá, mientras uno de ellos se encontraba en Caracas y el otro en Quito (El general en su laberinto, p. 274).*

10. Se pensaba presentar la obra en la Casa Universitaria del Libro (dependencia de la UNAM) y difundirla a través de entrevistas a su autor en periódicos y por radio.

Revelo algunos de los cargos y actividades del Comandante Jorge Serguera Riverí, durante y después de la Revolución Cubana, para tener una idea más precisa de la trascendencia del otrora adalid.

*Abogado defensor de revolucionarios en los Tribunales de Urgencia; auditor general de las fuerzas armadas y jefe de los tribunales revolucionarios; fiscal de la Audiencia de La Habana; jefe militar de las provincias de Matanzas y de Las Villas y del 5o. Cuerpo del Ejército de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba con sede en Camagüey. Fue también fiscal de los procesos políticos de más relieve de la Revolución. Además, en 1965 fungió en Argelia como embajador de Cuba y en 1967-1974 en la República Popular del Congo. Fue miembro de la Delegación que acompañó a Fidel Castro en sus dos primeros viajes a la antigua Unión Soviética. Compañero inseparable de Ernesto Che Guevara en sus viajes por varios países de África.*

Para suscitar una mayor polémica en torno al escritor y su obra, me puse en contacto con Jorge Serguera Riverí dos días antes de divulgar el libro en México. El propósito era plantearle un asunto que en términos de inculpación le hacía Jorge G. Castañeda, autor del volumen *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*:

*Para Serguera, otro elemento decisivo en la opción de internarse en el África estribaba en la situación geoestratégica de este territorio. De acuerdo con el embajador cubano en Argelia (Serguera), quien fue acusado de haber embarcado al Che en África y de pintarle un panorama demasiado optimista, Guevara apostó a que la Unión Soviética toleraría un apoyo cubano a la lucha y a la revolución en África, aunque no fuera el caso por el momento en América Latina (pp. 347-348).*

Dado que el amigo del guerrillero legendario no podría estar en la fecha acordada en la ciudad de México para presentar sus memorias (3 de octubre de 1997), estimé pertinente dar a conocer su pensamiento acerca de la imputación de Jorge G. Castañeda.

Propuse al comandante Serguera preparar su contestación; yo me comunicaría con él a la ciudad de La Habana el día de la entrevista, la cual se transmitiría en un

programa de radio con difusión en todo el país, y cuyo conductor era el connotado periodista Ricardo Rocha.

Le sugerí dejar su línea telefónica desocupada a la hora prevista, considerando el horario diferente que existe entre ambas ciudades.

El comandante Jorge Serguera Riverí respondió de manera contundente al comentario-acusación de Jorge G. Castañeda en el sentido de que él (Jorge Serguera) embarcó al Che Guevara en la aventura del África al “pintarle un panorama demasiado optimista”.

En forma clara y precisa Serguera demuestra la diferencia entre quien concibe un texto desde una posición cómoda y quien escribe teniendo como aval el cúmulo de experiencias vividas durante la lucha revolucionaria en su país. Su respuesta completa permanece grabada, la cual por falta de espacio no transcribo.

11. La presentación del libro se llevó a cabo en la fecha indicada, en ausencia del comandante Jorge Serguera. Aun así, el acto fue realmente emotivo. Fungí como moderador del mismo.

Entre los expositores se hallaba un combatiente de la Revolución Cubana, adlátere del autor. Cuando le correspondió expresar su comentario, su voz sólo se escuchaba en las primeras filas, a pesar de disponer de micrófono. Le demandé hablar más fuerte y no pudo hacerlo. Insistí, con resultados similares; de inmediato sugerí a la

persona que se encontraba a su lado, acercase más el micrófono a dicho presentador.

Ese luchador, al igual que el Che Guevara, evidenciaba cierto temor de tener el aparato delante de la boca (véase el capítulo VI).

12. Para contar con la participación del autor decidí al alimón (conjuntamente) con el director de la editorial que publicó la obra, organizar otra presentación en Cuba, durante la Feria Internacional del Libro a verificarse en el mes de febrero de 1998.

*Estimamos que dicho acto en ese país resultaría trascendental, toda vez que se conocerían datos inéditos de la vida del mítico personaje.* Suponíamos que asistirían combatientes de la lucha revolucionaria y dirigentes del gobierno cubano. Era necesario, por lo mismo, prepararnos para afrontar con éxito el compromiso.

Algunos funcionarios del régimen estaban enfadados porque el volumen se había editado primeramente fuera de la isla; quizá por ello se mostraban renuentes a apoyar su difusión.

No se tenía, pues, la seguridad de divulgar el texto en La Habana según lo expresado por el comandante Serguera, quien estaba un tanto molesto y, a la vez, triste, dada la situación desencadenada por la edición de sus memorias en México, antes que en su patria.

Con tal incertidumbre viajé con el director de la Editorial Plaza y Valdés a ese país, para persuadir al comandante Serguera de presentar su obra en un acto al que invitaríamos a los combatientes de la Revolución Cubana que aún vivían. El hijo del autor nos ayudaría a convencerlo.

Una vez que logramos dicho propósito me afané —como moderador— en diseñar la estrategia para la difusión del libro, misma que le describí a Serguera un día antes de la fecha prevista (8 de febrero de 1998).

Partí del supuesto de que tal suceso resultaba relevante tanto para quienes lucharon en la gesta armada como para diversos miembros del gobierno y población en general. Debíamos, por ende, planear una presentación fuera de lo común; por lo mismo, no concebía una sesión tradicional a sabiendas de que asistirían individuos que expusieron a diario su vida en la lucha revolucionaria.

*La idea era mantener al público en máxima tensión desde el preludio.* Asimismo, durante el desarrollo de la actividad debería introducir elementos novedosos para concentrar su atención.

Con el autor del texto revisé los distintos detalles relativos a la organización, así como los pasos a seguir si surgían hechos imprevistos.

Cabe puntualizar que tres meses antes recurrí a dos intelectuales cubanos con la intención de que comprometieran a especialistas en la materia, para que comentaran las memorias de Serguera.

Debía cuidar todos los pormenores; era como prepararnos para ir al combate, por lo que no dejaría nada al azar; ello implicaba controlar los diversos aspectos de la divulgación, por ejemplo: cerciorarnos de que la actividad se llevara a cabo en un lugar adecuado en la Feria Internacional del Libro; tener la certeza de que acudirían, atraídos por la fama inmarcesible del Che, los personajes más conspicuos de la vida política y académica de Cuba.

13. Llegó el día esperado. Existían en mí sentimientos contrapuestos, pues, por una parte, anhelaba ansiosamente vivir el momento culminante; mas, por la otra, temía fracasar.

La gente rebasó la capacidad del auditorio; en la primera fila se encontraban varios comandantes de la Revolución Cubana: el jefe de inteligencia del gobierno durante muchos años, Manuel Piñeiro Lozada (“Barba Roja”); Armando Hart Dávalos, jefe de la resistencia en el llano y ex ministro de Cultura, entre otros, así como el hijo del presidente Fidel Castro.

Como moderador debía iniciar la apertura de la sesión; empero, como iconoclasta, no seguí las normas tradicionales: dar a conocer a los comentaristas de la obra, leyendo el *currículum* de cada uno de ellos.

La presentación organizada en México meses antes fue una lección valiosa. La estrategia en aquélla y en la que estaba por realizarse era idéntica, o sea *dejar expectante al público desde el principio*.

En razón de ello la entrada debía ser espectacular. La idea me surgió al evocar la película más recordada de Bruce Lee, *Operación dragón*, la cual inicia de manera insólita: con una demostración magistral de artes marciales de ese afamado karateca, antes de dar a conocer el título de la película y los nombres de sus protagonistas.

De acuerdo con la estrategia, sin siquiera saludar a la concurrencia, prorrumpí en estos términos:

**¡Comenzamos!...** ¿Fidel Castro conoce su obra?, le pregunta el reportero de *La Jornada* al comandante Serguera Riverí, autor de las memorias que hoy presentamos.

Mientras profería en tono enfático lo antedicho, enseñé al auditorio el diario mexicano en donde se publicó la entrevista que Carlos Martínez le hace a Serguera el 29 de septiembre de 1997, intitulada: “Si el *Che* viviera, conspiraría contra el imperialismo”.

—A dicha pregunta del reportero contesta el adalid (al decir esto vuelvo de nuevo a leer el periódico): “No. Si se lo hubiera mostrado antes, habría querido añadir o quitar cosas, entonces ya no hubiera sido mi libro. Prefiero, si Fidel está en contra en algo, asentarlos en la segunda edición, que entonces tendrá más lectores y será más polémico”.

Luego de semejante entrada inusual en un acto de este tipo, retomo la parte convencional del mismo, es decir, saludar al público y referirme a la trayectoria de cada uno de los comentaristas y del escritor.

Aquéllos conocían los pormenores de la Revolución Cubana y las andanzas del Guerrillero Heroico. Sus puntos de vista sobre las memorias de Serguera fueron atinados y se ganaron el reconocimiento de los oyentes.

Al concluir el primer presentador toqué brevemente la forma como se editó el texto, y con tiento justifiqué por qué en México (a sugerencia esto último del autor, quien deseaba dejar en claro que la publicación en otro país fue a causa de las penurias económicas existentes en Cuba, para que saliera a la luz antes del 30 aniversario del óbito del Che Guevara).

Acto seguido, leí trozos de la obra que seleccioné, a fin de mantener la expectación de la multitud, sobre todo porque en ellos *se exhibe la parte humana y desafiante del héroe legendario durante la gesta revolucionaria*; encima, mencioné datos inéditos de su vida, desconocidos en la isla. Comencé evocando la coyuntura en la que Serguera conoció al Che:

*Como me había despedido de Fidel, con indicaciones y respuestas para Raúl, iba a partir para La Plata y como el Che llevaba ese mismo camino para su campamento central en Mompié me invitó a ir con él una parte del trayecto, facilitándome un mulo mientras él iba en “Pajarito”, su famoso mulo de la sierra –relata el comandante Serguera.*

*En el trayecto entre Las Minas y Mompié nos sorprendieron dos cazas F-47. Los vi venir y no los perdía de vista cuando de las alas se distinguieron chispazos azulados. Sin pensarlo me abalancé del mulo buscando una brecha, hueco, árbol, cuando casi simultáneamente con un estruendo infernal pasaban unos y estallaban otros proyectiles del avión, inmediatamente el ruido ensordecedor de los motores que pasaban rasante a la par que indiferentes remontaban hacia el sureste. Me levanté, kafkianamente, el mulo pastaba. Soledad y silencio. Lejos, como a cien metros en su cabalgadura sin mirar atrás, el Che había continuado imperturbable. Me monté en el mulo y con su trote, a pesar de mis golpes, minutos después alcancé al Che. “¡Te tiraste pendejo!” “¡Sí, pero yo veré el final y tú no!”*

*Aquella conducta me pareció irracional. Para mí era imprudencia, no valor. Temeridad innecesaria. Su observación, tal vez por la misma razón me avergonzó y me molestó. Sin conocerme bien y ante lo pueril del hecho me pareció su juicio precipitado. Luego comprendí que para él, aquella actitud ante la vida y en la coyuntura en que se hallaba era un patrón de conducta y un reto permanente a la debilidad y a la cobardía. No llevaba implícito ningún daño personal [...]*

*El Che no encajaba en ninguna clasificación psicológica. Nosotros decíamos que se llevaba recio a sí mismo (ser estricto consigo mismo). De una austeridad sorda, callada y permanente [...]*  
*El Che, para el que lo conoció de cerca, siempre en el borde de la realidad: un mito vivo* (Jorge Serguera Riverí, *Los caminos del Che. Datos inéditos de su vida*, pp. 61-62).

Me referí, igualmente, a la forma como el comandante Serguera, a la sazón embajador en África, sirvió de enlace entre el Che y el general Juan Domingo Perón, radicado en Madrid, España, con el propósito de que éste recibiera el apoyo de Cuba en la restauración de la democracia en Argentina.

Por diversas razones, no imputables al Che, la relación entre ambos personajes no prosperó; este hecho muestra el interés que el mítico guerrillero tenía por su país natal. El vínculo entre Guevara y Perón se desconocía en la isla.

En cierto momento el último de los comentaristas hizo alusión a las críticas formuladas contra Jorge Serguera Riverí: “Algunos autores han señalado que el comandante Serguera embarcó al Che Guevara en la aventura del África al pintarle un panorama optimista...”.

Esperé a que concluyera para aprovechar la oportunidad a fin de que Serguera dejara impoluto su nombre.

–Efectivamente, Jorge G. Castañeda en su libro *La vida en rojo* plantea esa inculpación. La respuesta que dio el comandante Serguera en una entrevista por radio, divulgada en México, a finales del mes de septiembre de 1997, la tengo grabada aquí (diciendo esto levanté el casete para enseñarlo a la muchedumbre); empero, como Serguera se encuentra entre nosotros, le ruego contestar a esa delación.

El adalid se puso de pie y con la vehemencia de quien ha vivido los avatares de la lucha revolucionaria, plasmados en las memorias que en esos instantes presentábamos, se dirigió a la multitud. Su voz elocuente penetraba en todos los rincones del auditorio; en tanto, los espectadores escuchaban absortos, pero vivamente emocionados, su vibrante alocución.

Concluidas sus palabras el público se paró y durante varios minutos aclamó la contestación categórica del insurrecto a la imputación anodina de Castañeda.

14. Terminada la presentación, los combatientes de la Revolución Cubana se acercaron al *presidium* para saludar a su compañero de armas. Dos de ellos, Manuel Piñeiro Lozada (“Barba Roja”) y Armando Hart Dávalos, expresaron sus felicitaciones por el prólogo que escribí, y por la organización del acto.

En ese preciso momento me percaté realmente de que había valido el empeño de varios días para re-

dactar en México el prefacio y posteriormente, en Cuba, para planear la difusión de la obra. Sus comentarios fueron mi mejor recompensa, los cuales dejaron una impronta indeleble en mi corazón.

Cobré ahí plena conciencia de lo trascendente que resulta esmerarse en la exposición de las ideas, con objeto de cautivar a la concurrencia.

Las sugerencias de Antonio Gramsci escritas en la cárcel a donde fue enviado por la dictadura de Mussolini, eran enseñanzas valiosas que no podría jamás olvidar:

1) “El *exterior* de una publicación debe ser cuidado con la misma atención que el contenido ideológico e intelectual; en realidad son dos aspectos totalmente inescindibles”. 2) “Conocer la psicología del público particular al que se quiere conquistar” (*Los intelectuales y la organización de la cultura*, pp. 158-159).

15. Todo salió según la estrategia diseñada, aunque algo no me dejaba en paz desde que se confirmó la presentación del libro. Por la incertidumbre respecto a si tendría lugar o no, decidí no llevar la cámara de video.

Craso error que lamenté profundamente al concluir el acto. Sólo me consolaron las palabras del ex jefe de la inteligencia cubana, el comandante Manuel Piñeiro Lozada (“Barba Roja”), quien haciendo honor a su fama de disponer de la mayor información secreta de Cuba sobre los movimientos guerrilleros apoyados por la isla,

me dijo: “Ya sé quién es usted”. Como respuesta a su comentario le susurré: “Me gustaría entrevistarle algún día, comandante”, a sabiendas de que hasta esa fecha nadie lo había conseguido. Razones de Estado impedían propalar aquellos datos relativos a los movimientos insurrectos en donde los cubanos, y el Che en particular, se involucraron, y que Piñeiro Lozada poseía exclusivamente.

Ante mi requerimiento, el susodicho personaje se concretó a sonreír, dejando entrever la posibilidad. Días después, ya en México, me enteré por la prensa del trágico accidente que truncó sus sueños revolucionarios en pos de un mundo mejor.

Un anhelo dejaba de hacerse realidad. Si bien en mi mente quedan frescos los recuerdos de esa fecha, como el de convivir, luego del acto, con decenas de combatientes de la Revolución Cubana. En aquella ocasión memorable relataron muchas anécdotas con la jocosidad característica de los isleños. Les sugerí que las escribieran para sacarlas a la luz; a ello varios comandantes adujeron: “No creerían todo lo que vivimos”.

Evoco esas remembranzas en tanto que pude estar cerca del Che durante el convivio que organizaron sus correligionarios, y al dialogar por más de una hora, pese a la grave enfermedad que padecía, con su amigo de juventud, Alberto Granado, con quien recorrió en motocicleta parte de América del Sur.

Enseguida transcribo la *Presentación* que redacté para el libro del comandante Jorge Serguera Riverí.

## PRESENTACIÓN

**(Un desafío para el lector)**

*Por el Dr. Raúl Rojas Soriano*

Existen pocos libros que se refieren a la presencia del Che en África. El lector tiene en sus manos una de esas obras, con la peculiaridad de que fue escrita por el único acompañante del Guerrillero Heroico en sus viajes por diferentes países africanos, y que además participó activamente en las luchas de liberación de Cuba y fue su embajador en Argelia y el Congo.

Este personaje es el comandante Jorge Serguera Riverí, “Papito”, quien proporciona aspectos hasta ahora desconocidos de la estadía del Che en ese continente y que sin duda servirán a sus biógrafos para documentarse mejor, aparte de que despertarán nuevas polémicas en torno al guerrillero.

En este libro que “ha sido meditado durante años”, como lo señala su autor, se analizan diversos hechos históricos para contextualizar la situación socioeconómica y política prevaleciente en los países africanos en donde actuó ese héroe de la Revolución Cubana. Ello contribuirá a comprender mejor la importancia que tuvo en esas tierras la presencia del Che para impulsar los movimientos nacionales de liberación y consolidación de

las nacientes repúblicas africanas que luchaban contra el colonialismo y el consecuente subdesarrollo.

Empero, no es una contextualización fría y académica, ajena a las pasiones humanas; al contrario, el comandante Serguera tiene la virtud de mantener atrapado al lector entre las páginas del texto al relatar en forma amena y pormenorizada diversas experiencias para ilustrar la realidad sociopolítica de cada momento, y adelantar posibles razones que impulsaron a los personajes que participaron en la trama social de ese periodo histórico a asumir determinados compromisos políticos y, en su caso, a realizar las acciones revolucionarias correspondientes. Como lo expresa Serguera: “La vida es más rica que la imaginación de un novelista”.

Asimismo, el autor desafía las explicaciones simplistas de los sucesos relevantes en y para la Revolución Cubana que le tocó vivir como combatiente y diplomático. Pasa así revista a distintos planteamientos teóricos sobre la práctica política y revolucionaria, ofreciendo estratégicamente a lo largo del documento pinceladas de la realidad para someter la teoría al análisis crítico de los hechos.

Las anécdotas que “Papito” incorpora vuelven más placentera la lectura y logran que el lector **viva**, como si fuera uno de los protagonistas, los diferentes episodios del proceso histórico africano y, en particular, donde al Che le correspondió actuar.

Cabe mencionar que en estas páginas no solamente se tratan las luchas del guerrillero y en ese sentido se observa una desmistificación de este personaje al detallarse la participación de otros revolucionarios, incluido el autor, en ese y en otros continentes, por lo que la obra no tiene un solo protagonista en tanto que la lucha revolucionaria no es cuestión de un solo hombre, aunque en el fondo resalte la figura del Che como la principal.

Al guerrillero se le analiza considerando las turbulencias políticas internacionales y los cambios que experimentaba Cuba en esa época, y se le sitúa en medio de las pasiones que desatan los distintos personajes que intervinieron a favor o en contra de la Revolución Cubana. Al hablar sobre Ernesto Guevara el comandante Serguera dice: “Voy a referirme aquí al Che que conocí, al hombre de carne y hueso” quien “abandonó las prerrogativas que el poder concede y puso en juego su vida para probar sus verdades”.

Es, pues, un relato humano, crítico y comprometido con los ideales de la Revolución Cubana. Fue elaborado por un verdadero luchador quien, por lo mismo, posee la autoridad moral e intelectual para ofrecernos sus ideas y experiencias políticas y revolucionarias, las cuales resultan auténticas lecciones de Ciencia Política que debemos examinar críticamente para orientar los procesos de transformación de nuestra realidad histórica concreta.

Además, Jorge Serguera enriquece el texto con expresiones que revelan a un individuo enamorado de la vida y del amor y, por lo mismo, las páginas son envueltas por el calor humano que contagia al lector al llevarlo a escenarios en los que poco a poco va sintiéndose parte de la trama.

La manera como están redactados los pensamientos, anécdotas y acontecimientos nos permite disfrutar de cada renglón y cada párrafo y, al menos en lo personal, deseé que la lectura se prolongara indefinidamente como un modo de mantener un contacto permanente con aquella realidad que atrajo poderosamente la atención del Che.

La situación que ahí observó y los hechos que sucedieron “le llevaron –como dice Serguera– a una visión cualitativamente nueva de los problemas del Tercer Mundo y de la forma en que éste podía encarar su situación política, económica y social”.

Las realidades del subdesarrollo y la impotencia de combatirlo por las vías convencionales condujeron al guerrillero, en hipótesis que se desprende implícitamente del libro, a buscar nuevos caminos para hacer viable su utopía, mismos que le guiaron a Bolivia en donde pondría a prueba, a través de la práctica revolucionaria, sus desafíos teóricos y anhelos humanistas que, finalmente, le costaron la vida. El Che pudo así concretar una de sus proféticas frases de combate: “¡Qué importa

la vida de un hombre cuando está en peligro el futuro de la humanidad...!”

Solamente quien participó como revolucionario en el Movimiento de Liberación de Cuba y en la consolidación de su política exterior en África, que vivió cerca del Che y compartió inquietudes, anhelos y frustraciones con el Guerrillero Heroico en la construcción de una sociedad más justa, pudo haber escrito una obra polémica como ésta, que muestra las debilidades, compromisos y potencialidades de los individuos en su relación con el poder y en su lucha por un mundo mejor.

Es un libro con un gran contenido humano y, por ello, estoy convencido de que generará en los leyentes pasiones, desafíos y esperanzas de acuerdo con su realidad histórica específica.

Combatiente de muchas batallas teniendo como rivales a enemigos poderosos, “Papito” se enfrenta ahora, con las armas del intelecto y con una capacidad expositiva envidiable, al juicio crítico de quienes se atrevan a leer estas memorias. Estoy seguro de que saldrá bien librado y en este proceso de búsqueda de la verdad, el autor y sus lectores serán los vencedores. Enhorabuena.

## Capítulo XXV

### El oficio del sociólogo

#### *Charla de café con estudiantes universitarios*

1. La invitación se me hizo quince días antes. Quizá por vez primera sentí despreocupación por un compromiso, pues los organizadores me comentaron que deseaban una reunión más bien informal. Una conversación entre amigos, así lo entendí.

La fecha fijada era el 14 de noviembre del año 2000. El aula de mi Facultad destinada para tal fin se llenó (cincuenta estudiantes). Previamente a la lectura del *currículum* breve que pergeñé, me consultaron si podían tutearme. Gustoso accedí.

La pregunta inicial se refirió a lo que pensaba respecto a la Sociología; una más tocó el punto relacionado con mi primer trabajo como sociólogo.

Otras cuestiones versaron sobre distintas facetas de mi vida profesional y personal, mismas que contesté con sinceridad.

2. Relaté la experiencia de escribir mi primer trabajo (*Guía para realizar investigaciones sociales*). Para hacer más emotivas mis palabras les enseñé la primera edición publicada hace casi 25 años (enero de 1976), mientras les mostraba la versión más reciente. *Ello con el propósito de ilustrar las modificaciones que se operan en una determinada obra, consecuencia de los cambios que se dan en las circunstancias históricas donde se trabaja, aunado al proceso de superación que vive el autor.*

Expuse algunas de mis muchas limitaciones y los escollos que afronté en ciertas fases de mi existencia, y cómo influyeron en mi formación académica y en mi práctica como profesionista. Cito los más relevantes en el capítulo IV. Igualmente, saqué a la luz relatos de mi infancia y juventud, los cuales coadyuvaron a mantener la atención de los asistentes.

3. A pregunta expresa discurrí sobre los motivos de mi admiración por el Che Guevara. Narré brevemente la manera como redacté el prólogo del libro *Los caminos del Che. Datos inéditos de su vida*, del comandante de la Revolución Cubana Jorge Serguera Riverí, y cómo organicé la presentación del volumen en La Habana, en 1998,

según lo describo en el capítulo XXIV. Para que mi alocución fuera más enfática, les mostré dicho texto.

4. Con el fin de precisar la forma como procede un investigador, relaté la experiencia de construir una historia de vida para ayudar en la defensa de un compatriota sentenciado a muerte en los Estados Unidos. Aludí a los factores subjetivos que se manifiestan en el proceso de indagación y el modo como actué para acercarme a la realidad, con objeto de recopilar los datos requeridos.

Mencioné ciertas anécdotas derivadas del afán por conseguir información de quienes no deseaban suministrarla, o de aquellas personas dispuestas a hacerlo, pero cuando llegué a entrevistarlas se entretenían viendo sus telenovelas.

Mejor dejo de cavilar sobre este asunto toda vez que me llevaría muchas páginas describir el trabajo realizado. La experiencia es materia para un nuevo libro que anhelo pronto concluir (espero no tardar tres años en decidirme a redactarlo, como sucedió con éste).

5. Cerca de dos horas habían transcurrido; los y las estudiantes no evidenciaban hastío, al contrario, persistía el interés por la plática, mientras disfrutaban de un café (¿con aroma de mujer?).\*

---

\* *Café con aroma de mujer*, afamada telenovela colombiana donde se analizan magistralmente las vicisitudes de la oligarquía de ese país.

La conversación se encauzaba por rumbos a veces nostálgicos, o giraba hacia situaciones graciosas que ocasionaban la risa espontánea de la gente; la charla resultaba sumamente agradable, pues entre todos habíamos creado un ambiente de confianza que se percibía en el aula. Gozábamos, ciertamente, de ese momento placentero.

Su atención en mis palabras fue un acicate para atreverme a leerles aquellas páginas que escribí un día antes, donde citaba la reunión que en esos minutos se verificaba, teniendo a los estudiantes de Sociología como protagonistas.

Te invito, apreciado lector, a evocar conmigo aquel instante emotivo con el que concluyó la charla. Leamos juntos el prelude de esta obra: “¿En qué circunstancias escribí este libro?” para ilustrar los momentos de excitación, donde la pasión por el correr de la pluma y la desesperación se dejan sentir, contradictoriamente, al mismo tiempo. Supuse –espero estar en lo cierto– que con tal lectura se comprendería con más facilidad los avatares que se viven al elaborar un texto.

## Capítulo XXVI

### El oficio del escritor

#### *Cómo escribí este libro*

1. Las circunstancias en que redacté esta obra las anoté al principio de la misma. En el capítulo I preciso las razones por las que decidí escribirla, atendiendo al tema y a los objetivos que me animaron. Corresponde aquí relatar brevemente su preparación.

Esta propensión a reflexionar al respecto es con el fin de mostrar, *grosso modo*, cómo procedí para organizar y depurar las distintas ideas y escolios que surgían *en un proceso pleno de creatividad y, a la vez, de incertidumbre por los desafíos que implicaba*. Relato, asimismo, cómo fui, poco a poco, confeccionando algunos de los párrafos y capítulos, a guisa de ejemplo.

En razón de ello, narro ciertos pormenores propios de dicha actividad, los cuales anhelo, estimado lector,

que te inciten a seguirme en la asombrosa aventura que entraña el proceso de escribir. Y cómo es dable convertir en un arte semejante trabajo. Sirvan estas líneas a tal intención, cuyo propósito es, igualmente, para fines didácticos.

Las cuarenta cuartillas redactadas a principios de 1998, según puntualizo en el proemio de la obra, ayudaron a encaminar la tarea, pese a no sentirme contento con las páginas escritas.

De una lectura hecha al vuelo de esa versión se derivaron distintas cuestiones sobre las que era posible discutir; anoté, tentativamente, temas específicos que me interesaba desarrollar.

2. La propuesta preliminar era de doce capítulos. Pensé que comprendía los puntos básicos de conformidad con los objetivos que me había trazado. En determinado momento me sentí satisfecho con el texto, mas al revisar los primeros seis capítulos me di cuenta de que requería ahondar en diversos aspectos, así como depurar la redacción; me sentí, de verdad, frustrado.

Repasé su contenido y presentación varias veces, hasta conseguir que fuesen de mi agrado. Cabe apuntar que un día me satisfacía cierta versión, empero, al poco rato descubría imperfecciones; volvía entonces a pulirla una y otra vez, hasta sacarle brillo.

Por la incesante incorporación de ideas, el capítulo v se convirtió en el ix. Empero, en él trataba dos puntos

que si bien tienen un vínculo estrecho, guardan su propia especificidad. El título original era “Recomendaciones para exponer por escrito y en forma verbal el discurso”.

La separación dio lugar a estos dos capítulos: “Recomendaciones para escribir un discurso” y “Recomendaciones para pronunciar o improvisar un discurso”.

No es mi pretensión cansarte, querido lector. Por ello paso a otros asuntos, igualmente relevantes, para que poseas una noción más precisa de cómo elaboré esta obra.

3. El proceso para refinar cada una de las frases, acápites y capítulos implicó un gran esfuerzo, toda vez que los borradores se cubrían de apostillas (aclaraciones, explicaciones), y con las nuevas versiones sucedía igual.

A veces leía sin detenerme a examinar meticulosamente cada locución plasmada en el papel. Esta lectura de corrida sirvió para localizar las fallas u omisiones más notorias; en otros momentos revisaba renglón por renglón para dejar al descubierto mis propios errores, que en una inspección rápida resultaban difíciles de hallar.

Corregía en ocasiones sobre las hojas impresas. Al instante de incluir las acotaciones en el archivo de la computadora incorporaba también ciertas ideas; del mismo modo, desarrollaba determinado pensamiento o procuraba subsanar vicios del lenguaje.

Hecho esto, repasaba el texto en la pantalla de la computadora para detectar errores en la redacción, no con-

templados en lecturas precedentes. A un lado conservaba, como herramientas imprescindibles, los diccionarios de sinónimos y de español, cuya consulta era permanente para sustituir vocablos o conocer de modo preciso la acepción de cierta voz.

4. Este proceso de perfeccionamiento gradual del texto lo comparaba con el que realiza el escultor, cuyo afán es esculpir una roca amorfa para transformarla en un objeto de belleza majestuosa. Sus instrumentos: el cincel y el martillo, entre otros; los del prosista, los glosarios aludidos para depurar con prurito cada frase.

En ambos oficios existe un bosquejo que se forja en líneas generales de acuerdo, por un lado, con la experiencia y el conocimiento sobre la materia y, por el otro, con la imagen de aquello que se ambiciona producir. En uno y en otro caso, la inspiración es el elemento insustituible para que dicha actividad genere creaciones maravillosas.

*En el trabajo de pulir su estatua el artista se llena de polvo; el escritor, de muchos borradores.* Poco a poco va adquiriendo forma el producto que en la mente hemos imaginado; quizá los últimos momentos destinados a revisar con vehemencia el fruto de nuestro numen resulten los más complicados y conmovedores. La obra ya está ahí, en su culmen; falta el toque final, acaso el decisivo.

El anhelo por alcanzar la meta, al igual que la creatividad derivada de la pasión por lo que se hace, se han plasma-

do en una hermosa realidad: vislumbrar el principio del fin. Las frustraciones, angustias y desvelos han quedado atrás; sólo un horizonte prometedor se avizora...

5. Con un plan trazado previamente, si bien sólo en sus puntos fundamentales, los primeros borradores daban paso a nuevas versiones, mismas que refinaba perennemente, en un proceso dialéctico de superación del escrito. Fueron más de veinte las que surgieron durante las jornadas que dediqué a perfeccionar cada pensamiento.

En ocasiones enriquecía el contenido; en otras, embellecía su presentación. Ocurría, además, que al analizar la construcción de las ideas, desarrollaba simultáneamente éstas para profundizar en el planteamiento respectivo. O, en tanto meditaba sobre el documento, introducía giros gramaticales oportunos; asimismo, cambiaba el léxico para volver más ágil y placentera la lectura.

Relato lo antedicho con objeto de ilustrar el empeño para brillantar la escritura. Tal labor efectuada acuciosamente no significó aburrimiento o tiempo perdido. Al contrario, la viví como un medio para mejorar intelectual y espiritualmente en tanto que disfrutaba plenamente del correr de la pluma para embellecer las frases.

También reafirmé lo que he expresado en muchas conferencias y cursos-taller: *escribir debe concebirse como un verdadero arte.*

Una precaución mantuve casi siempre durante la redacción, la de imprimir las hojas que corregía y sacar,

al menos, dos respaldos del archivo de la computadora donde guardaba mi quimera, por si el disco se dañaba o sucedían imprevistos. Quizá exagero, pero las horas invertidas bien valían esa molestia a fin de sentirme tranquilo.

6. Para aumentar el repertorio léxico llevé a efecto la subsecuente tarea. En el tiempo en que no corregía o escribía me dediqué a revisar detenidamente el diccionario de sinónimos con la mira de hallar términos que pudiera necesitar para suplir ciertas voces plasmadas en la obra.

Dicha actividad sirvió un tanto para distraerme puesto que no contemplaba físicamente el libro en proceso. De este modo, “lo dejaba descansar un rato”, *aunque en el fondo estaba dentro de mí, en mis pensamientos y anhelos.*

Confeccioné un listado de vocablos cuyo uso podría requerir al examinar por última vez el texto. En la práctica, recurrí a tal relación mucho antes; fue de suma utilidad para depurar la redacción.

En varias ocasiones, al repasar las hojas me sentía insatisfecho por la estructura de una idea, dado que me parecía incorrecta o susceptible de mejorarse. Dedicaba, por ello, especial cuidado para pulir su construcción.

Empero, tal labor no resultaba sencilla pues a veces me “encajonaba” y, pese al esfuerzo desplegado, no conseguía

perfeccionar la escritura, lo que me frustraba y, contradictoriamente, me incitaba a proseguir.

7. Para contener la desesperación, dejaba el volumen y me ocupaba de cuestiones domésticas, o leía periódicos y revistas. Ello despejaba la mente, en tanto volvía en pos de mi ilusión.

La exigencia que me había impuesto, de escribir con pulcritud, se reflejaba al leer otros textos con ojos críticos. Así, descubrí varios gazapos en el diario *La Jornada* y en la revista *Proceso*, como seguramente existen en cualquier publicación de ese tipo (algunos los señalo en el capítulo XI). El numen, es decir, la inspiración, se hacía entonces presente y volvía al escritorio con nuevos bríos.

Además de lo apuntado, escribía acotaciones o recordatorios en cualquier papel que tuviese a la mano, para repasarlos en la primera oportunidad; concentraba las hojas de distinto tamaño en una carpeta. Las notas entreveradas eran de esta clase: “tomar en cuenta tal sugerencia”, “revisar el significado de cierto vocablo”, “desarrollar cierto planteamiento”, “confirmar esta información”, entre otras tantas indicaciones que surgían de un trabajo paralelo, pero enriquecedor.

Sólo yo podía descifrar esos mensajes, pues las anotaciones las hacía al vuelo, mientras examinaba los avances o efectuaba cualquier otra cosa que tuviese atingencia directa o indirecta con la obra.

En las últimas semanas invertí quince horas diarias de trabajo, en promedio. Hubo desgaste físico y mental, lo reconozco; con todo, la pasión que se apoderó de mí tuvo su efecto: superar el cansancio y mis propias limitaciones. En dicho proceso se despertó la *creatividad* y el anhelo de plasmarla en esta obra.

8. Las satisfacciones al escribir, pese a los contratiempos, han sido enormes. El empeño con el que retomé el proyecto hace poco más de tres meses se fue convirtiendo en un verdadero placer que disfrutaba a cada paso. Deseo compartir contigo, estimado lector, la alegría de concluir este volumen. Espero que su lectura se haya convertido en un solaz, tanto como su redacción lo fue para mí.

En este proceso de embellecimiento, recordaba a veces cómo escribí mis primeros libros, con lápiz y en máquina mecánica. Igualmente, cómo se editaron, siguiendo el procedimiento inventado por Gutenberg hace más de cinco siglos. Otros tiempos, que parecen tan lejanos no obstante los pocos años transcurridos.

La innovación tecnológica superó tal procedimiento dado que hoy en día resulta obsoleto para atender las necesidades crecientes de la industria editorial. Pronto acaso se le lleve a un museo. No así las formas artesanales para escribir y corregir un texto, mismas que apoyan el trabajo que se lleva a cabo por medios electrónicos.

Hoy, 25 de noviembre del 2000, he vivido una realidad un tanto contradictoria: el hecho de disponer de

avances tecnológicos impresionantes, comparados con los de hace veinte años. Mas dichos adelantos generan incertidumbre, al menos a mí. Veamos el porqué.

Durante más de diez horas me dediqué a introducir en el archivo de la computadora las acotaciones realizadas, durante otras tantas, al capítulo IX (“Recomendaciones para escribir el discurso”). Además de esta tarea meticulosa, aprovechaba la oportunidad, como lo expresé en un acápite precedente, para efectuar modificaciones al documento en el preciso instante de revisarlo en la pantalla de la computadora. *Proceder acuciosamente era un modo de espolear la imaginación creativa* para perfeccionar el capítulo de marras.

Invertí en el libro bastante tiempo con el afán de construir una versión más depurada y atractiva. Empero, contra mi costumbre, no imprimí las páginas corregidas. Confié en la máquina y ésta me falló (¿o fui yo quien cometió errores en su manejo?). No viene al caso ahora descubrir al culpable. Lo cierto es que procedí a trasladar a otro disco el trabajo acabado de rectificar.

Como mencioné en el preludio, dudo de lo que mis ojos no ven; en razón de ello decidí verificar si se copiaron las hojas con las enmiendas. Mas, en el disco virgen sólo se grabó el texto tal como aparecía antes de incluir los cambios. Al percatarme de ello, regresé al disco en el que había laborado pero, ¡oh sorpresa!, tampoco en él estaban incorporadas las apostillas. Otras diez horas perdidas, pensé.

La madrugada del día 26 de noviembre del 2000 me sorprendió batallando de nuevo con la tecnología. Comencé de nuevo a introducir las correcciones en la computadora. Aquellas que hice al vuelo traté de recuperarlas; parece que lo conseguí en tanto recordaba la mayor parte de las alteraciones.

Donde afronté mayores retos fue para rehacer los dos párrafos con los que iniciaba este capítulo, ya que luego de concentrarme en el octavo proseguí escribiendo el presente. Capturar dichos pensamientos, perdidos en el laberinto cibernético, resultó un verdadero desafío a mi imaginación.

Si por los errores cometidos tales parágrafos no son de vuestro agrado, estimado lector, te sugiero que elabores otra versión; si me gusta prometo incluirla, con los correspondientes créditos, en la próxima edición. Mi correo electrónico lo anoté en el proemio (dejo unos momentos de escribir para imprimir las cinco páginas que he redactado pues no quiero perderlas).

Mientras la impresión estaba en proceso se me ocurrió ahondar en una idea que escribí minutos antes, tarea que realizo en la máquina, e inmediatamente después en la hoja impresa, para tener un respaldo.

9. Empero, volvamos a la incertidumbre que viví cuando no pude copiar, en otro disco, los cambios llevados a cabo en el archivo donde trabajaba.

Una vez superado ese momento de desesperación e impotencia, escribo estas notas para narrarte la eventualidad aludida. Si no hubiese ocurrido, quizá parte de este capítulo nunca se habría escrito. Tal experiencia revela nuestra fragilidad ante estos avances tecnológicos, si bien reconozco su valía para avanzar con más rapidez en esta tarea, en comparación con la forma de obrar cuando se carecía de dichos recursos.

Sin duda, los gajes del oficio eran mayores. Borrar palabras, cambiar de lugar un párrafo o modificar su presentación, por ejemplo, representaba un gran reto por el tiempo y el esfuerzo que se invertía. Las tijeras para recortar, junto con el pegamento, eran algunas de nuestras herramientas de trabajo, al igual que la máquina mecánica.

Además de la creatividad, quien aspiraba a escribir requería de una buena dosis de paciencia. ¡Y las cosas salían!, pese a las limitaciones que al respecto se afrontaban en esa época, me refiero, concretamente, hasta los primeros años de la década de los ochenta del siglo xx.

Regresemos otra vez a lo que venía relatando. Terminé felizmente de rehacer el texto, cuyas modificaciones la computadora no incorporó al archivo donde laboraba. Las correcciones realizadas directamente en la pantalla fueron las más arduas de reconstruir. Para ello leí todo el capítulo, procurando recordar los cambios efectuados en la escritura.

Cuando redacto estas líneas se me ocurren ciertas frases para plasmarlas en *la cuarta de forros* del libro, es decir, la contraportada; debo anotarlas en el acto para que la retentiva no me traicione y pueda precisarlas ulteriormente.

En tanto escribía esto último se hizo presente otro pensamiento; mas como llegó, se fue, pues lo he perdido; espero recordarlo... Realicé por unos minutos un gran esfuerzo mental para saber qué deseaba incluir en un lugar previo a este párrafo. Las ideas se agolpan en el cerebro y salen precipitadamente como si quisieran un espacio en la obra. No me doy abasto para redactarlas.

Rememoro en este instante lo contradictorio del trabajo del escritor. En mi caso, tardé tres años en escribir este volumen. Las vicisitudes que viví las relato en las primeras páginas. En estos días la imaginación, atrapada durante tantos meses, se despliega sin cortapisas. Las palabras fluyen sin mucha dificultad, como las fumarolas del volcán Popocatepetl que por estas fechas nos ha cautivado con su majestuosidad, luego de un largo periodo de relativa calma.

10. Volvamos de nuevo, estimado lector, al momento en que capturé las correcciones hechas al capítulo VIII, pues la máquina se negó a incluirlas en el archivo respectivo. Me llevó otras ocho horas, gracias a las cuales recuperé casi la totalidad de las enmiendas; más todavía: me di tiempo para corregir de nuevo el texto.

Antes de retirar el disco de la computadora decidí imprimir las 32 cuartillas sobre las que había trabajado. Esta vez –pensé– no me va a ganar la tecnología. Me sentí seguro al contemplar las hojas impresas. Hecho esto copié el texto para disponer de una protección (acostumbro tener al menos dos discos con el documento respectivo).

Supuestamente ejecuté la operación de modo correcto, pero al revisarla comprobé que sólo se grabó la versión anterior; en el acto “jalé” el archivo donde laboraba; los agregados y correcciones que hice tampoco aparecieron. Entonces la desesperanza se apoderó de mí; en tanto, la pregunta en la mente era: ¿Qué estará pasando?

Amparo me ayudó enormemente para evitar desquiciarme ante la inoportuna “negativa” de la máquina de incorporar los cambios realizados la primera vez.

En esta segunda ocasión su ayuda fue aún mayor. Me propuso dividir la obra, cuyo tamaño era de casi trescientas páginas, y crear otro respaldo electrónico. Así lo hizo, pues debido a su magnitud posiblemente –en hipótesis– el programa computacional ya no registró las últimas modificaciones.

La copia impresa con las enmiendas sirvió para rehacer el escrito más rápidamente. Me tardé cinco horas.

11. Me falta todavía componer los dos primeros acápites de este capítulo, mismos que se perdieron, según lo relaté antes, en el laberinto cibernético.

Debo unos minutos dejar de trabajar pues necesito pagar algunos recibos. Vuelvo al rato...

Mientras caminaba a cumplir con mis obligaciones vinieron a mi mente nuevos planteamientos a fin de perfeccionar esta parte del libro, mismos que acabo de incluir. De igual modo, medité sobre la manera de organizar las ideas para la sección pendiente (“El oficio del sociólogo. Charla de café con estudiantes universitarios”), y cómo culminar el encanto de escribir.

Empero, no logro recordar con precisión cómo había estructurado los dos primeros párrafos de este apartado cuya versión, que me gustaba mucho, no se registró en la computadora por el contratiempo referido. Espero reconstruirlos; mientras, debo proseguir...

12. Las batallas finales son a veces las más cruentas; por lo mismo, presento enseguida *sólo tres versiones* de los dos primeros acápites del capítulo IX –con los que gocé y sufrí enormidades–, para *ilustrar un poco lo que he expresado aquí* (cabe mencionar que en las sucesivas lecturas dicha parte la amplié y dividí en tres; la modificación constante de la obra fue el común denominador y necesitaría otro volumen para narrarla).

Al revisar las páginas que redacté a principios de 1998 (con las que no me sentía satisfecho) no localicé ninguna mención a las ideas que expongo al inicio del capítulo aludido.

La *propuesta inicial* de los primeros párrafos del capítulo IX, la escribí a mediados de septiembre del 2000:

Aunque cada discurso tiene su especificidad en tanto se prepara para cierto tipo de público y para exponerlo en determinado lugar y fecha, lo cual hace que sea un fenómeno único, ello no significa que no puedan señalarse algunas sugerencias para mejorar nuestra presentación, las cuales pueden ser de utilidad, en términos generales, en prácticamente todos los casos.

Si consideramos necesario llevar nuestra ponencia por escrito debemos cuidar escrupulosamente tanto el contenido como la forma de exponerlo. Sin duda empezar a redactar un texto puede ser motivo de angustia para muchos de nosotros. Esto les sucede hasta a las personas más experimentadas, quienes enfrentan dificultades en mayor o menor medida al comenzar a escribir.

*La segunda versión de los dos párrafos* la redacté en octubre de ese año:

*Cada discurso posee su especificidad en tanto se prepara para cierta clase de público y para pronunciarse en determinado lugar y fecha, situación que lo vuelve un fenómeno único. Sin embargo, ello no impide enunciar algunas suge-*

*rencias para elevar la calidad de nuestra disertación, las cuales pueden utilizarse, en términos generales, en prácticamente todos los casos.*

*Si pensamos llevar escrita nuestra ponencia debemos cuidar escrupulosamente tanto su contenido como su presentación. Sin duda, empezar a redactar un texto posiblemente angustie a muchos. Esto les ocurre también a individuos con experiencia quienes afrontan apuros al escribir.*

*La última versión publicada en el libro (acaso no la definitiva), escrita en diciembre del 2000, es:*

**Cada discurso posee su especificidad en tanto se prepara en función de objetivos concretos, así como en determinadas circunstancias, y para pronunciarse ante cierta clase de público, en una fecha y lugar precisos.**

**Pese a tales peculiaridades, es factible enunciar sugerencias para elevar la calidad del escrito, las cuales son válidas en prácticamente todos los casos.**

**El contenido y su presentación deben cuidarse escrupulosamente, pues son aspectos que no es dable escindir en la preparación del documento. Sin duda, decidirse a redactar un texto implica superar el marasmo y la rutina cotidiana; acaso la incertidumbre ante retos inéditos *angus-***

**tie a un escritor novel y ello complique el inicio. Mas esto le ocurre igualmente a individuos con experiencia, quienes afrontan apuros al escribir.**

*La versión subsecuente de estos párrafos te corresponde componerla, estimado lector. Evoquemos el apotegma de Pascal: “La frase más ruin vale más que el papel en blanco” (Mauricio Lebedinsky, *Notas sobre metodología*, p. 18). ¡Decídete!, deja correr tu pluma.*

13. Luego de varios ensayos conseguí rehacer los dos primeros acápites de este capítulo que se perdieron en el laberinto cibernético, según lo relaté antes, aunque ahora salieron ocho.

14. Las últimas dos revisiones del volumen las he realizado en forma bastante rápida dado que descubro cada vez menos gazapos; ello seguramente porque las ideas se fueron puliendo en las lecturas precedentes. La postrer versión la leí en unas cuantas horas pues hallé pocos yerros. Dentro de algunas semanas o meses posiblemente, por prurito, vuelva a rehacer estas páginas.

Sirva como ejemplo de este empeño perenne de refinamiento, lo apuntado en el apartado que hace las veces de prelusión (“¿En qué circunstancias escribí este libro?”): “...hoy, 13 de noviembre del 2000 terminé de incluir en el archivo de la computadora las correc-

ciones plasmadas en la enésima versión del texto, la cual era supuestamente la definitiva”. Al respecto, cabe precisar que luego de esa propuesta surgieron siete más, en los subsiguientes cuarenta y cinco días.

Pese a esto no incorporé en el libro muchas cosas por carecer de tiempo para discurrir más profundamente sobre ellas; quizás en ediciones ulteriores aparezcan otros planteamientos. Mientras, te exhorto, estimado lector, a escribir sobre los rubros que faltan, así como a perfeccionar los que abordo aquí.

15. Hoy, 31 de diciembre del 2000, a las 22:45 horas, concluyo los últimos retoques para abrillantar esta obra, a unos cuantos minutos de que culminen el año, el siglo y el milenio.

Su redacción me ha dejado muchas satisfacciones no obstante haberla escrito en condiciones anímicas difíciles, debido a la angustia en que viví durante los tres meses y medio, periodo en el que elaboré el volumen, por la razón referida en el preludio (“¿En qué circunstancias escribí este libro?”). La zozobra que me acompañó en ese lapso se convirtió hace cinco días en *profunda tristeza*(☩)...

*Postdata* final: Dedico esta obra a mi madre, *In memoriam*, como postrer adiós.

## **Capítulo XXVII**

### **El lector tiene la palabra**

*Espacio para la introducción que debe escribir el lector, si no le agrada la que redacté para este libro*



## Apéndice I

### **Reflexiones sobre el movimiento estudiantil en la UNAM, 1999-2000**

*Raúl Rojas Soriano y Amparo Ruiz del Castillo  
4 de enero del 2000*

“Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero al ir avanzando por los caminos de la vida mantenerse como revolucionario en una sociedad burguesa es difícil”.

Dr. Salvador Allende, Guadalajara,  
México, diciembre de 1972.

Dr. Juan Ramón de la Fuente, rector de la UNAM,  
Estimadas profesoras y profesores

Señoras y señores:

Hoy en día resulta cada vez más frecuente escuchar entre los funcionarios, personal académico y miembros de la sociedad que se requiere transformar la Universidad Nacional Autónoma de México. Mas debemos preguntarnos: ¿Para qué? ¿Para preparar profesionistas y técnicos que respondan prioritariamente a las exigencias del mercado, aplicando criterios productivistas, pragmáticos y utilitarios y administrarla como si fuese una empresa competitiva? ¿O transformar nuestra Máxima Casa de Estudios para formar individuos capaces de responder a las exigencias planteadas por su medio profesional y el desarrollo del país, pero con un profundo sentido social y humanista? ¿Son acaso excluyentes calidad y competitividad con valores comunitarios, pensamiento crítico y compromiso social? En síntesis, ¿qué estructuras de pensamiento pretenden desarrollarse, en qué tipo de Universidad y para qué nación?

El movimiento estudiantil nos ha obligado de nuevo a reflexionar sobre el modelo de Universidad que queremos y, por tanto, los vínculos que la institución –y cada uno de los universitarios– debe establecer con la sociedad en general y con el medio profesional en particular.

Reconocemos, pues, que el movimiento estudiantil nos ha llevado a repensar la manera como la UNAM ha venido realizando sus tareas sustantivas, cuáles son sus logros, cómo influyen en el medio social y

de qué modo los universitarios participamos en estas actividades.

Dicho movimiento también nos ha mostrado en qué ha fallado nuestra casa de estudios y cuáles son sus estructuras, procesos y relaciones que deben modificarse para atender las demandas tanto de su comunidad como de la sociedad en general.

La discusión que se está dando y que seguramente se profundizará durante el Congreso, cuya realización ha sido una de las demandas de la movilización estudiantil, tiene como uno de sus ejes de análisis el papel de la UNAM y de las demás universidades públicas en el contexto de la llamada globalización económica, que sigue la lógica del modelo neoliberal y de las exigencias particulares de las clases que tienen el poder económico y político en México.

En otras palabras, el “nuevo modelo de universidad pública” que surja del actual conflicto, debe partir del papel que históricamente ha desempeñado este tipo de institución en el desarrollo nacional.

Para que la UNAM mantenga un liderazgo intelectual en el país debemos transformar aquellas formas organizativas y prácticas académicas que limitan o impiden una mayor participación de sus miembros en los distintos aspectos de la vida universitaria.

La manera vertical como hasta hoy se han tomado las decisiones que afectan directa e indirectamente el trabajo académico, ha propiciado tanto la falta de identifi-

cación de un considerable porcentaje de profesores y estudiantes con la institución y sus formas de gobierno, así como el actual conflicto universitario.

El desinterés de las anteriores autoridades de la rectoría por dialogar con el Consejo General de Huelga, y por tomar en cuenta el punto de vista de los académicos, así como efectuar clases y exámenes extramuros en condiciones antipedagógicas, y llevar al cabo diversas acciones de desprestigio contra el movimiento estudiantil y sus demandas, prácticas que se siguen realizando, han entorpecido la solución del conflicto.

Los docentes de la FCPYS que consideramos justas las exigencias estudiantiles nos hemos reunido en el plantel dos veces por semana, desde la suspensión de labores, para analizar la problemática universitaria y los efectos de la huelga, con miras a la transformación efectiva de la máxima casa de estudios del país.

Apoyamos desde el primer momento la realización de un Congreso universitario democrático y resolutivo a fin de disponer de un espacio en el que puedan decidirse, con el concurso de toda la comunidad, los cambios institucionales pertinentes.

Consideramos que la rectoría debe atender esta exigencia y evitar que se manipule su organización y resultados porque ello sólo beneficiaría a quienes no desean la superación de la UNAM. Habrá que buscar los mecanismos para que en el Congreso se manifiesten, en efec-

to, las diversas tendencias y proyectos de Universidad y que, una vez alcanzados los acuerdos necesarios, éstos sean asumidos por el Consejo Universitario.

Quienes hemos participado en este movimiento estamos convencidos de la necesidad de contar con una Universidad de excelencia para hacer frente a las exigencias de nuestra sociedad. Sin embargo, sabemos que los cambios en las estructuras económicas, políticas y sociales del país no han sido favorables para la mayoría de la población y que la Universidad no es ajena a la tendencia excluyente imperante en el modelo de desarrollo neoliberal que prevalece en nuestra sociedad. En consecuencia, *es preciso que la educación que se imparta contribuya a superar las desigualdades sociales cada vez mayores que padece el país y no se mantenga como un elemento más que refuerce la exclusión de amplios sectores de la población.*

Por último, queremos enfatizar que las ideas aquí expuestas reflejan el sentir de un grupo de profesores que, como señalamos al principio, nos hemos venido reuniendo porque la Universidad es parte consubstancial\* tanto del proyecto de nación como de nuestro propio proyecto de vida y porque consideramos que, tal como lo afirmara José Vasconcelos, y sin que esto se inter-

---

\* *Consubstancial*: “Que está íntimamente unido a algo” (*Diccionario enciclopédico Planeta*).

prete como una frase demagógica, lo que hoy se demanda de la Universidad es que trabaje por el pueblo, y la mejor forma de hacerlo es pugnando porque un mayor número de personas cuenten con mejor educación.

Por ello, y con el respeto que nos merecen otras opiniones, podemos señalar que la huelga nos ha dejado muchas enseñanzas y que el cumplimiento de las demandas del movimiento estudiantil facilitará el proceso de transformación de nuestra Universidad.

## Apéndice II

### **Un caso para ilustrar una conferencia o un curso**

#### *“La objetividad-subjetividad del proceso de conocimiento”*

El 18 de noviembre del 2000 coordiné un taller sobre investigación, organizado por la Asociación de Economistas Mexicanas, en Chilpancingo, Guerrero. El interés radicaba en mostrar la objetividad-subjetividad del proceso de conocimiento, concretamente al recopilar la información.

Señalé en esa ocasión que no basta disponer de aparatos e instrumentos sofisticados para observar con mayor objetividad un fenómeno; ello se debe a la presencia de intereses, o a determinados valores, que incitan a manipular tales recursos en determinado sentido.

Por tanto, estimé oportuno relatar, por su vínculo con los participantes (dada su cercanía geográfica), la masacre de 17 campesinos en ese estado, el 28 de junio de 1995, conocido como el caso de Aguas Blancas por el lugar donde acaecieron los hechos. En esa fecha el gobierno de Guerrero mostró “los acontecimientos” a través de un video que se divulgó por televisión tanto en el ámbito nacional como internacional.

En dicho documental, realizado por un miembro del aparato estatal, se imputaba a los lugareños el haber disparado contra la policía cuando se dirigían a un mitin; tal versión se reforzaba con otras imágenes del mismo video en donde los campesinos muertos sostenían entre sus manos rifles y pistolas. Conclusión: dichas personas eran culpables de haber comenzado la violencia y, por ende, de su cruento desenlace.

Meses después el connotado periodista Ricardo Rocha difundió en un canal televisivo la videograbación original (sin cortes). Las imágenes exhibieron otra realidad: la culpa del ataque recayó entonces en la policía y en diversas autoridades. Se exoneró del delito a los labriegos y se encarceló a algunos de los responsables; el gobernador pidió licencia, en términos eufemísticos, aunque más bien fue destituido, según las reglas no escritas de nuestro sistema político.

## Glosario de términos y modismos

Ciertos vocablos poseen diversos sinónimos o significados; escribo sólo aquellos que empleo en el libro. El sentido de otras voces poco usuales se incluye en el interior cuando se aluden, por lo que aquí únicamente se apuntan y entre paréntesis se anota la página donde está la explicación.

Para confeccionar este glosario recurrí a los diccionarios citados en la bibliografía, adecuando en varios casos las referencias; incluí también algunos términos aun cuando no se hallan registrados en los manuales de la lengua española; en este caso incorporé la noción que se usa comúnmente. De igual modo, definí determinados conceptos en función del contexto en que se utilizan en la obra. Cuando creí pertinente registré la acepción considerando sólo una fuente, la cual se indica entre paréntesis. Nota: la abreviatura R. A. E. se refiere a la Real Academia Española.

<b>Abrillantar</b>	“Dar más valor o lucimiento” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Abrojo</b>	“Sufrimiento, dificultades, daños” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Abrumar</b>	“Agobiar con algún grave peso” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Absorto</b>	Ensimismado; admirado; pasmado
<b>Abstruso, sa</b>	De difícil comprensión

<b>Abulia</b>	“Falta de voluntad o disminución notable de su energía” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Acápite</b>	Párrafo
<b>Acepción</b>	Significado
<b>Acérrimo</b>	Encarnizado; intransigente
<b>Acervo</b>	Cúmulo; patrimonio
<b>Acíbar</b>	Amargura; disgusto
<b>Acicate</b>	Estímulo; incentivo
<b>Aclamar</b>	Aplaudir; vitorear; ovacionar
<b>Acomodadizo</b>	Acomodaticio; conformista
<b>Acotación</b>	Anotación; apostilla
<b>Acuciosamente</b>	“Con deseo vehemente” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Acuciosidad</b>	“Calidad de acucioso, es decir, movido por deseo vehemente” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Achacoso</b>	Levemente enfermo
<b>Adagio</b>	Proverbio; refrán
<b>Adalid</b>	Caudillo militar
<b>Adlátere</b>	“Persona subordinada a otra, de la que parece inseparable” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Addenda</b>	Adiciones a una obra escrita
<b>Aducir</b>	Alegar; argüir
<b>Adusto</b>	Seco; desabrido
<b>Advenimiento</b>	Llegada
<b>Advenir</b>	Suceder; sobrevenir; pasar; recurrir
<b>Advertir</b>	Observar; notar; informar; avisar
<b>Afable</b>	Afectuoso en el trato

<b>Afamada</b>	Famosa
<b>Afección</b>	Enfermedad
<b>Aflicción</b>	Pena; tristeza
<b>Aflorar</b>	“Surgir, aparecer lo que estaba oculto u olvidado” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Agremiado</b>	Miembro de un gremio o asociación
<b>A guisa de</b>	A manera de
<b>Ahínco</b>	Empeño grande
<b>Ahító</b>	Indigestión; empacho
<b>Ahondar</b>	Profundizar
<b>Aireación</b>	Ventilación
<b>Al alimón</b>	Conjuntamente; en colaboración
<b>A la sazón</b>	En aquella ocasión; entonces
<b>Albedrío</b>	<i>Libre albedrío</i> : “Potestad de obrar por reflexión y elección” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Alcaldía</b>	Municipio
<b>Aleatoria</b>	Azar
<b>Aledaño</b>	Colindante; que está junto
<b>Álgida</b>	Muy fría
<b>Alocución</b>	Discurso
<b>Aludir</b>	Referirse; mencionar
<b>Alusión</b>	Acción de aludir
<b>Allende</b>	Más allá de
<b>Amago</b>	Amenaza
<b>Amasijo</b>	Acción de amasar
<b>Amenidad</b>	Calidad de ameno (agradable)
<b>Amenizar</b>	Hacer ameno algo
<b>Aminorar</b>	Disminuir; menguar; reducir

<b>Amorfo</b>	Sin forma regular o bien definida
<b>Ampuloso</b>	Redundante; hueco
<b>Anfibología</b>	(véase p. 135)
<b>Anodina</b>	Insubstancial; insignificante
<b>Antedicho</b>	Dicho antes o con anterioridad
<b>Antelación</b>	Anticipación
<b>Añoranza</b>	Nostalgia; melancolía
<b>Apelar</b>	Recurrir; acudir
<b>Apertura</b>	Inauguración; comienzo; principio
<b>Apocado</b>	Tímido; de poco ánimo
<b>Apócope</b>	Supresión de sonidos al final de un vocablo: <i>cuan</i> por <i>cuanto</i>
<b>Apología</b>	Elogio; alabanza; defensa
<b>Apósito</b>	Remedio externo que se fija con un vendaje sobre la herida
<b>Apostilla</b>	“Nota que se añade a un texto para aclararlo o completarlo”; explicación ( <i>Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española</i> )
<b>Apotegma</b>	“Dicho breve y sentencioso” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Aprestar</b>	Disponer; preparar
<b>Apuro</b>	Aprieto
<b>Aquiescencia</b>	Consentimiento; permiso
<b>Aquilatar</b>	Apreciar el mérito de una persona
<b>Arcano</b>	Secreto; misterio
<b>Arenga</b>	Discurso para enardecer los ánimos de la multitud

<b>Argüir</b>	Argumentar; razonar; replicar
<b>Armonía</b>	“Grata variedad de sonidos y pausas que resulta en la prosa o en el verso por la buena combinación de las sílabas, voces y cláusulas” ( <i>Diccionario enciclopédico Gran Espasa Ilustrado</i> )
<b>Armonioso</b>	Sonoro o agradable al oído
<b>Arredrar</b>	Atemorizar; amedrentar
<b>Arrobar</b>	Embelesar; cautivar; extasiar
<b>Arrostrar</b>	Afrontar; resistir; desafiar
<b>Artilugio</b>	Artimaña; ardid
<b>Aserción</b>	Afirmación
<b>Aserto</b>	Afirmación
<b>Asertiva</b>	Afirmativa
<b>Asiduo</b>	Perseverante; persistente
<b>Asumir</b>	Responsabilizarse; hacerse cargo
<b>Ataviar</b>	Adornar; engalanar; hermohear
<b>Aticismo</b>	Delicadeza y elegancia al escribir
<b>Atingencia</b>	Relación; conexión; correspondencia
<b>Atril</b>	Mueble para poner el discurso y leer con comodidad
<b>Atuve</b>	Del verbo <i>atener</i> (sujetarse)
<b>Aun</b>	Incluso; hasta; también
<b>Aún</b>	Todavía
<b>Auspiciar</b>	Patrocinar
<b>Auspicios</b>	Indicios; señales
<b>Autografiar</b>	Dedicar una obra a quien lo demande
<b>Autoría</b>	Calidad de autor
<b>Avante</b>	Adelante
<b>Avatar</b>	Vicisitud; cambio

<b>Ávido</b>	Ansioso; anhelante
<b>Avivar</b>	Excitar; despertar; animar
<b>Avizorar</b>	Observar
<b>Barahúnda</b>	Alboroto; desorden
<b>Barullo</b>	Desorden; confusión
<b>Barrunto</b>	Indicio; presentimiento
<b>Beldad</b>	Belleza o hermosura
<b>Biologista</b>	Centrado en los aspectos biológicos
<b>Bisbiseo</b>	Murmullo; rumor
<b>Bosquejo</b>	“Proyecto o idea sin concretar” ( <i>Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española</i> )
<b>Bregar</b>	Luchar; trabajar afanosamente
<b>Brillantez</b>	Brillo
<b>Brillar</b>	“Sobresalir en talento” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Burócrata</b>	“Empleado público, particularmente el que tiene a su cargo tareas administrativas” ( <i>Diccionario de El Colegio de México</i> )
<b>Cabildo</b>	Salón donde se reúnen los integrantes del gobierno municipal
<b>Cacofonía</b>	(véase p. 135)
<b>Cadencia</b>	Regularidad en la combinación de sonidos
<b>Calidez</b>	Calor; ardor
<b>Canonjía</b>	Beneficio; provecho
<b>Capital</b>	Principal; muy grande

<b>Carácter</b>	Signo de escritura
<b>Caracteres</b>	Signos de escritura
<b>Cardinal</b>	Principal
<b>Catalogar</b>	Clasificar
<b>Catagórica</b>	Terminante; concluyente; rotunda
<b>Cavilar</b>	Pensar
<b>Cejar</b>	Ceder; aflojar
<b>Celebérrimo</b>	Muy célebre
<b>Certidumbre</b>	Certeza
<b>Cibernética</b>	“Ciencia del control y de la comunicación en las máquinas y en los seres vivos” ( <i>Diccionario enciclopédico Planeta</i> )
<b>Ciernes</b>	En ciernes: en sus inicios
<b>Circunloquio</b>	(véase p. 138)
<b>Circunstante</b>	Asistente, concurrente
<b>Claque</b>	Personas pagadas para aplaudir
<b>Clínico</b>	“Perteneiente o relativo a la clínica o enseñanza práctica de la medicina” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Coadyuvar</b>	Contribuir; ayudar
<b>Colegir</b>	Deducir; inferir
<b>Compeler</b>	Obligar
<b>Conato</b>	Intento; propósito
<b>Concitar</b>	“Conmover; excitar inquietudes en el ánimo de los demás”; reunir; congregar ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Concurrente</b>	Asistente
<b>Condiscípulo</b>	Compañero

<b>Conducente</b>	Procedente; adecuado
<b>Conferenciante</b>	Persona que dicta una conferencia
<b>Conferir</b>	Atribuir; otorgar
<b>Confinar</b>	Recluir; encerrar; desterrar
<b>Connivencia</b>	Complicidad; contubernio
<b>Connotado</b>	Distinguido; notable
<b>Consagrado</b>	Afamado; acreditado; ilustre
<b>Consagrar</b>	Autorizar
<b>Consagrarse</b>	Acreditarse; lograr fama
<b>Consanguíneo, a</b>	“Dícese de la persona que tiene parentesco de consanguinidad con otra” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Consorte</b>	Cónyuge; esposo; esposa
<b>Conspicuo</b>	Sobresaliente; ilustre
<b>Constituir</b>	Formar; componer
<b>Constreñir</b>	Limitar; reducir; oprimir
<b>Consubstancial</b>	(véase definición p. 333)
<b>Consultor</b>	Asesor; consejero
<b>Contienda</b>	Lucha; batalla; discusión
<b>Contingencia</b>	Posibilidad de que algo suceda o no suceda; eventualidad
<b>Contravenir</b>	Desobedecer; violar; transgredir
<b>Controversia</b>	Polémica; discusión
<b>Contundencia</b>	Que causa impresión
<b>Convincente</b>	Que convence
<b>Convivio</b>	Convivencia; convite
<b>Correligionario</b>	Compañero; camarada
<b>Corroborar</b>	Confirmar; comprobar
<b>Cortapisa</b>	Obstáculo; dificultad
<b>Cortedad</b>	Corto-a

<b>Cosmovisión</b>	“Manera de ver e interpretar el mundo” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Coyuntura</b>	Oportunidad; circunstancia
<b>Craso</b>	Muy grave
<b>Cronos</b>	Dios del tiempo
<b>Cruento</b>	Sangriento
<b>Cuan</b>	Apócope de <i>cuanto</i>
<b>Culmen</b>	Cumbre
<b>Culminar</b>	Concluir una tarea; llegar un proceso al grado más alto
<b>Culminante</b>	Sobresaliente; principal
<b>Cúmulo</b>	Infinidad; montón; multitud
<b><i>Currículum</i></b>	Conjunto de datos personales, académicos y profesionales de una persona
<b>Dable</b>	Posible; factible
<b>Dantesca</b>	Espantosa
<b>Debacle</b>	Desastre; ruina; catástrofe
<b>Dechado</b>	Modelo; ejemplo
<b>Decurso</b>	Transcurso; sucesión
<b>Deferencia</b>	Respeto; consideración
<b>Dejadedez</b>	Pereza; negligencia
<b>Dejo</b>	“Sentimiento que queda después de hecha una cosa” ( <i>Diccionario Larousse</i> )
<b>Delación</b>	Acusación; denuncia
<b>Demandar</b>	Pedir; solicitar
<b>Demérito</b>	Hecho que acarrea desaprobación
<b>Demóstenes</b>	Famoso político y <i>orador</i> (384-322 a. de J.C.). “A fuerza de estudio y tenacidad logró superar sus deficiencias

	físicas y adquirir un notable talento de orador” ( <i>Diccionario Larousse</i> )
<b>Denotar</b>	Significar; indicar
<b>Denodado</b>	Esfuerzo; brío
<b>Denuedo</b>	Valor; intrepidez
<b>Deprisa</b>	“Con celeridad, presteza o prontitud” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Depurar</b>	Perfeccionar; purificar; limpiar
<b>Desaguisado</b>	Inconveniente; desatino; desacierto
<b>Desasosiego</b>	Preocupación; inquietud
<b>Desatención</b>	Falta de atención
<b>Desatino</b>	Disparate; desacierto; error
<b>Desazón</b>	Molestia; disgusto
<b>Desbarrar</b>	“Discurrir fuera de razón; errar en lo que se dice o hace” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Descollar</b>	Sobresalir; destacar
<b>Desdén</b>	Menosprecio; indiferencia
<b>Desesperanza</b>	Falta de esperanza
<b>Desestimar</b>	Rechazar; rehusar
<b>Designio</b>	Plan; fin
<b>Desinencia</b>	Terminación (de un vocablo)
<b>Devenir</b>	Sucedir; sobrevenir; transcurso; proceso
<b>Diáfano</b>	Transparente, claro
<b>Dialéctica</b>	Corriente filosófica que considera que el pensamiento, la naturaleza y la sociedad se desarrollan en forma <i>contradictoria</i>

<b>Dialogador</b>	Persona que participa en un diálogo
<b>Diapositiva</b>	Materiales que se proyectan –para agrandarlos– en una clase o conferencia
<b>Diáspora</b>	Dispersión
<b>Diatriba</b>	(véase p. 84)
<b>Dicción</b>	Pronunciación; modo de hablar
<b>Didáctico</b>	Para contribuir a la enseñanza
<b>Diferir</b>	Retardar la ejecución de una cosa
<b>Digitopuntura</b>	Procedimiento médico chino para curar ciertos padecimientos usando los dedos de las manos para dar masaje en puntos precisos del cuerpo
<b>Digresión</b>	Participación fuera de lugar
<b>Dilación</b>	Demora; tardanza
<b>Diletante</b>	Aficionado; principiante
<b>Diligencia</b>	Prontitud; rapidez; prisa
<b>Discurrir</b>	Pensar; reflexionar; hablar
<b>Discursear</b>	Hablar; disertar
<b>Discípulo</b>	Alumno; estudiante
<b>Disentir</b>	Discrepar; discordar; divergir
<b>Disertación</b>	Conferencia; charla
<b>Disertador</b>	Orador
<b>Disertante</b>	Orador
<b>Disímil</b>	Diferente; distinto
<b>Disimular</b>	Encubrir; ocultar; tapar
<b>Disonancia</b>	Que suena mal; inarmonía
<b>Displicencia</b>	Indiferencia en el trato
<b>Disputa</b>	Discusión; polémica; querella
<b>Distintivo</b>	Insignia; señal

<b>Ditirambo</b>	Alabanza; elogio
<b>Doquier</b>	Dondequiera
<i>Duce</i>	Caudillo
<b>Ecléctico</b>	“Procura armonizar doctrinas u opiniones diferentes buscando una posición intermedia o indefinida”; “acomodaticio” ( <i>Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española</i> )
<b>Efeméride</b>	“Acontecimiento notable que es recordado en cualquiera de sus aniversarios” ( <i>Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española</i> )
<b>Efímera</b>	Pasajera; de corta duración
<b>Égida</b>	Escudo; protección; defensa
<b>Egregio</b>	Ilustre
<b>Elipsis</b>	(véase p. 130)
<b>Elocución</b>	(véase p. 175)
<b>Elocuencia</b>	Capacidad de hablar o escribir con eficacia para cautivar o persuadir
<b>Elucubrar</b>	Lucubrar
<b>Embarazosa</b>	Incómoda; dificultosa
<b>Embelesar</b>	Cautivar; encantar
<b>Embrollo</b>	Confusión; enredo
<b>Eminente</b>	Notable; ilustre; excelente
<b>Empatía</b>	Confianza; afectividad
<b>Empeño</b>	Deseo ferviente de hacer algo
<b>Empero</b>	Pero; sin embargo
<b>Emular</b>	“Imitar las acciones de otro procurando igualarlas e incluso excederlas.

	Generalmente se le da sentido favorable” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>En cierne(s)</b>	En sus principios
<b>Endilgar</b>	Lanzar; dirigir; encajar
<b>Enésima</b>	Número indeterminado de ocasiones
<b>Enhiesto</b>	Erguido; derecho
<b>Enjundia</b>	Energía; fuerza; vigor
<b>Enmienda</b>	Corrección
<b>Enquistada</b>	Encajada
<b>Enrevesado</b>	Enredado; confuso
<b>Entorno</b>	Ambiente; medio
<b>Entrañar</b>	Contener
<b>Entrever</b>	“Conjeturar a partir de varios elementos vagos una posible conclusión” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Entreverada</b>	Que tiene intercaladas cosas diferentes
<b>Epidemiológico</b>	Relativo a las enfermedades (epidemias)
<b>Epígrafe</b>	Pensamiento breve de un autor célebre para abrir un discurso o libro.
<b>Epílogo</b>	Última parte del discurso
<b>Errata</b>	“Equivocación material cometida en lo impreso o manuscrito” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Esbozar</b>	Insinuar; bosquejar
<b>Escindir</b>	Dividir; separar
<b>Escolio</b>	“Nota que se pone a un texto para explicarlo” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )

<b>Escollo</b>	Dificultad; obstáculo
<b>Escribidor</b>	“Mal escritor” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Esculpir</b>	Labrar a mano una escultura
<b>Espetar</b>	Decir; ensartar
<b>Espíritu</b>	“Vigor natural y virtud que alienta y fortifica el cuerpo para obrar” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Espolear</b>	Incitar; estimular; avivar
<b>Espuria</b>	Falsa
<b>Estetoscopio</b>	Aparato médico para oír mejor los sonidos del cuerpo
<b>Estrado</b>	Lugar desde donde habla el orador
<b>Etiología</b>	Origen; causa
<b>Eufemismo</b>	“Manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura y malsonante” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Eufemístico</b>	Relativo al eufemismo
<b>Eufonía</b>	(véase p. 124)
<b>Evocar</b>	“Traer una cosa a la memoria o a la imaginación” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Evocación</b>	Recuerdo; remembranza
<b>Exacerbar</b>	Irritar; exasperar; enfurecer
<b>Excitar</b>	Provocar; estimular; incitar
<b>Exclusivamente</b>	Únicamente
<b>Excusar</b>	Rehusar; disculpar; eximir
<b>Exhortar</b>	Invitar; rogar

<b>Exiliar</b>	Expatriar
<b>Eximio</b>	Eminente; excelente
<b>Expectación</b>	Curiosidad; atención
<b>Expectante</b>	“Que espera observando, o está a la mira de una cosa” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Expresivo</b>	“Perteneiente o relativo a la expresión lingüística” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b><i>Ex profeso</i></b>	A propósito; deliberadamente
<b>Exultación</b>	Alegría; júbilo; gozo
<b>Facultativo</b>	Médico
<b>Falacia</b>	Mentira; engaño
<b>Falaz</b>	Mentiroso; engañoso
<b>Farfulladamente</b>	“Con prisa, atropelladamente” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Farfullar</b>	“Hablar muy de prisa y atropelladamente” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Fármaco</b>	Medicamento
<b>Farragosa</b>	Desordenada; confusa
<b>Fascismo</b>	“Movimiento político y social de carácter autoritario que se produjo en Italia, por iniciativa de Benito Mussolini, después de la Primera Guerra Mundial” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Febril</b>	Agitado; inquieto
<b>Flamígero</b>	Que arroja llamas; agresivo
<b>Gaje</b>	Inconveniente; molestia
<b>Galeno</b>	Médico
<b>Galimatías</b>	“Lenguaje oscuro por la impropiedad de la frase o por la confusión de las ideas” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )

<b>Garete</b>	A la deriva
<b>Gazapo</b>	Error; yerro
<b>Gesta</b>	“Conjunto de hechos memorables” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Glosario</b>	Diccionario
<b>Grácil</b>	Delgada
<b>Grandilocuencia</b>	“Elocuencia muy abundante y elevada”; “estilo sublime” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Grandilocuente</b>	“Que habla o escribe con gran elocuencia” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Grandiosidad</b>	Grandeza; admirable
<b>Grata</b>	Agradable; gustosa
<b>Grosso modo</b>	Aproximadamente; sin detallar
<b>Guajiro</b>	Persona rústica; campesino
<b>Guarismo</b>	Cifra
<b>Habilidoso</b>	Que tiene habilidad
<b>Hábitat</b>	“Conjunto de condiciones geofísicas en que se desarrolla la vida de una especie o de una comunidad animal o vegetal” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Hastío</b>	Tedio; disgusto
<b>Hecatombe</b>	Catástrofe
<b>Hinojo</b>	Rodilla
<b>Hipérbaton</b>	(véase p. 131)
<b>Hipoxia</b>	Disminución de oxígeno en la sangre que puede causar fatiga
<b>Hito</b>	“Acto o acontecimiento puntual que marca un momento o un estado im-

	portante en el desarrollo o en la historia de una cosa” ( <i>Diccionario de El Colegio de México</i> )
<b>Hojear</b>	“Pasar las hojas de un libro, leyendo de prisa algunos pasajes” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<i>Ibid.</i>	El mismo autor y libro antes citado
<b>Iconoclasta</b>	Rompe con las reglas establecidas
<b>Ignara</b>	Ignorante
<b>Ignota</b>	Inexplorada; desconocida
<b>Impávida</b>	Serena; sin miedo
<b>Impeler</b>	Incitar; estimular
<b>Impoluto</b>	Limpio; sin mancha
<b>Impostación</b>	(véase p. 122)
<b>Impronta</b>	Huella; marca
<b>Impropio, a</b>	Incorrecta; inoportuna; inadecuada
<b>Improviso</b>	Que no se prevé; de repente
<b>Imputación</b>	Reproche; recriminación
<b>Inarmonía</b>	Carencia de armonía; disonancia
<b>Incertidumbre</b>	Duda; inseguridad; indeterminación
<b>Incidental</b>	Fortuito
<b>Incitar</b>	Inducir; estimular; alentar
<b>Íncrito</b>	Ilustre; célebre
<b>Incólume</b>	Sin daño; sano; ileso
<b>Incongruidad</b>	Falta de congruencia
<b>Increpar</b>	Reprender severamente
<b>Inculpación</b>	Acusación
<b>Incursión</b>	Invasión

<b>Indeleble</b>	Imborrable; permanente
<b>Indicio</b>	Señal; signo
<b>Índole</b>	Clase; tipo
<b>Indolencia</b>	Flojera; pereza; apatía
<b>Inédito</b>	Desconocido; nuevo
<b>Ineluctable</b>	Inevitable
<b>Inescindible</b>	Inseparable
<b>Inexcusable</b>	Imperdonable; injustificable
<b>Inexorable</b>	Implacable; inflexible
<b><i>In extenso</i></b>	Con todos sus pormenores
<b>Infausta</b>	Desgraciada; triste; dolorosa
<b>Inflamar</b>	Encender; enardecer
<b>Infortunada</b>	Desafortunada; desacertada; inoportuna
<b>Ínfula</b>	Presunción; vanidad
<b>Ingente</b>	Muy grande
<b>Inherente</b>	“Que por su naturaleza está de tal manera unido a otra cosa, que no se puede separar de ella” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Injerencia</b>	Intromisión
<b>Inmarcesible</b>	Inmarchitable; imperecedera
<b><i>In memoriam</i></b>	Para su recuerdo
<b>Inminente</b>	Próximo; inmediato
<b>Inmutar</b>	Alterar; turbar
<b>Inquirir</b>	Preguntar; pedir una respuesta
<b>Insigne</b>	Célebre
<b>Insólito</b>	Inusual; raro; nuevo
<b>Insoslayable</b>	Que no puede evitarse o eludirse

<b>Insubstancial</b>	Insignificante; simple
<b>Insurrecto</b>	Revolucionario; insurgente
<b>Intelecto</b>	Entendimiento
<b>Interactiva</b>	Dinámica
<b>Interactuar</b>	Interaccionar: ejercer una acción recíproca entre todos los miembros del grupo, que se traduzca en una participación activa, crítica y propositiva
<b>Interlocución</b>	Diálogo
<b>Interlocutor</b>	Dialogador
<b>Interludio</b>	Intermedio; entremés
<b>Intermitir</b>	Interrumpir una actividad
<b>Intitular</b>	Designar; nombrar; titular
<b>Intrincado</b>	Confuso; complicado; enredado
<b>Intrínseca</b>	Esencial; íntima
<b>Introversión</b>	Timidez; retraimiento
<b>Intuir</b>	Percibir; vislumbrar; distinguir
<b>Inusitado</b>	Desusado; insólito
<b>Irrogar</b>	Ocasionar daños, perjuicios
<b>Justipreciado</b>	Apreciado; valorado
<b>Lapidaria</b>	Corta; concisa
<b>Lapso</b>	Tiempo
<b>Lapsus</b>	Voz latina que significa “falta o equivocación cometida por descuido” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Lapsus cáلامي</b>	Expresión latina: <i>error al escribir</i>
<b>Lapsus línguae</b>	Expresión latina: <i>error al hablar</i>
<b>Lasitud</b>	Cansancio; fatiga
<b>Laxitud</b>	Relajamiento; distensión

<b>Legajo</b>	Conjunto de papeles sobre cierto tema
<b>Leída</b>	Lectura
<b>Lenitivo</b>	(véase definición p. 56)
<b>Léxico</b>	Vocabulario; diccionario; lenguaje
<b>Lexicón</b>	Diccionario; léxico
<b>Leyente</b>	Lector
<b>Lid</b>	Combate; lucha; pelea
<b>Lingüística</b>	Perteneciente o relativo al lenguaje
<b>Locución</b>	Frase; expresión
<b>Lucubrar</b>	Trabajar de noche y con ahínco en actividades creativas
<b>Lugareño</b>	Campesino; pueblerino
<b>Mácula</b>	Mancha; tache
<b>Magistral</b>	(véase p. 165)
<b>Malograr</b>	“Frustrarse lo que se pretendía o se esperaba conseguir” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Manufactura</b>	Lugar donde se fabrica
<b>Marasmo</b>	Apatía
<b>Marras</b>	<i>De marras:</i> Consabido, es decir, se alude a una cosa o individuo sobre los que ya se ha hablado repetidas veces, por ejemplo: el sujeto de marras
<b>Mas</b>	Pero; sin embargo. Nota: no debe confundirse con <b>más</b> (con acento) que es un adverbio de cantidad.
<b>Máxima</b>	“Idea, norma o designio a que se ajusta la manera de obrar” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )

<b>Máxime</b>	Sobre todo; principalmente
<b>Meditabundo</b>	Pensativo; reflexivo; absorto
<b>Memorable</b>	Célebre; notable
<b>Menester</b>	Necesario
<b>Mentó</b>	De <i>mentar</i> : insultar utilizando a la madre del aludido
<b>Mentora</b>	Profesora
<b>Metáfora</b>	“Figura retórica que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita, por ejemplo: <i>La primavera de la vida</i> ” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Metamorfosis</b>	Cambio; transformación
<b>Meticulosa</b>	Minuciosa; concienzuda
<b>Mítico</b>	Que se ha vuelto un mito
<b>Mito</b>	“Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Modismo</b>	“Expresión fija, privativa de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que la forman” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Morbimortalidad</b>	Relativo a la enfermedad y la muerte
<b>Morfeo</b>	Dios del sueño
<b>Motu proprio</b>	Expresión latina que significa <i>voluntariamente</i> ; “de propia, libre y espontánea voluntad” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )

<b>Muletilla</b>	Repetición exagerada de un vocablo o frase en una charla
<b>Musa</b>	Inspiración; numen
<b>Musitar</b>	Susurrar
<b>Natura</b>	Naturaleza
<b>Nerviosidad</b>	Nerviosismo
<b>Neuralgia</b>	“Dolor continuo a lo largo de un nervio y de sus ramificaciones” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Nobel</b>	Máximo premio anual que se otorga a personajes que han hecho aportaciones notables a la ciencia, la literatura y la paz, en el ámbito mundial
<b>Noción</b>	Idea que se tiene de algo
<b>Nosología</b>	Parte de la medicina cuyo objeto es describir y clasificar las enfermedades
<b>Novel</b>	Principiante
<b>Núbil</b>	Mujer en edad de casarse
<b>Nueva</b>	Noticia
<b>Numen</b>	Inspiración; musa
<b>Óbice</b>	Obstáculo; estorbo
<b>Óbito</b>	Fallecimiento de una persona
<b>Obnubilar</b>	Ofuscar
<b>Obsecuencia</b>	Sumisión
<b>Obsecuente</b>	Sumiso; obediente
<b>Ojeada</b>	“Mirada rápida y ligera que se da a algo” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Oratoria</b>	“Arte de hablar con elocuencia” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )

<b>Ósculo</b>	Beso
<b>Ostentar</b>	Hacer patente una cosa
<b>Otrora</b>	En otro tiempo
<b>Paradigma</b>	Modelo
<b>Parágrafo</b>	Párrafo
<b>Parangón</b>	Comparación; semejanza
<b>Parlamentar</b>	Conversar; hablar
<b>Pasante</b>	Persona con estudios concluidos
<b>Patente</b>	Manifiesto; visible
<b>Patología</b>	Enfermedad (su estudio)
<b>Pavura</b>	Pánico; miedo; pavor
<b>Penuria</b>	Escasez; falta
<b><i>Per cápita</i></b>	Por persona; por cabeza
<b>Perceptible</b>	Que se puede percibir
<b>Perenne</b>	Permanente; incesante; continuo
<b>Perfilar</b>	“Afinar, hacer con primor, rematar esmeradamente una cosa” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Pergeñar</b>	Preparar una cosa
<b>Perífrasis</b>	(véase p. 138)
<b>Periplo</b>	Viaje; travesía
<b>Perito</b>	Experto; conocedor
<b>Perorata</b>	Discurso inoportuno o molesto
<b>Pervivir</b>	“Seguir viviendo a pesar del tiempo o de las dificultades” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Pesquisa</b>	Investigación
<b>Pifia</b>	Error; descuido
<b>Pleno</b>	Lleno; reunión; junta

<b>Pleonasma</b>	(véase p. 132)
<b>Poetizar</b>	(véase p. 236)
<b>Polemista</b>	Persona que participa en polémicas
<b>Porfiar</b>	Insistir; obstinarse
<b>Pormenor</b>	Detalle; circunstancia
<b>Porqué</b>	Causa; motivo; razón. Nota: no debe confundirse con <b>por qué</b> , vocablos que se usan para iniciar una pregunta y deben ir separados; tampoco con <b>porque</b> , conjunción (sin separación y sin acento en la <b>e</b> ) que se incluye en una respuesta o afirmación.
<b>Positivista</b>	Corriente de pensamiento cuya ideología se orienta a refrendar las relaciones sociales dominantes en la escuela, la familia, etcétera. Por ejemplo, el profesor es “superior” al alumno en razón de sus conocimientos y cultura.
<b>Postrer</b>	Apócope de <i>postrero</i> ; último
<b>Preámbulo</b>	Introducción; preludio
<b>Precedente</b>	Anterior
<b>Preceptor</b>	Profesor
<b>Precitado</b>	Antes citado
<b>Preclaro</b>	Célebre; insigne; ilustre
<b>Prefacio</b>	Prólogo; presentación
<b>Preliminar</b>	Inicial; anterior
<b>Preludio</b>	Introducción; principio

<b>Prelusión</b>	Introducción; preludeo
<b>Premura</b>	Urgencia; prisa
<b>Prescindir</b>	Dejar; omitir; abstenerse
<b>Preservar</b>	Conservar; resguardar
<b><i>Presidium</i></b>	Lugar en el estrado donde se ubican los invitados especiales en un acto académico, político o social
<b>Prestancia</b>	Distinción; gallardía
<b>Presteza</b>	Rapidez; prontitud; diligencia
<b>Presumir</b>	Suponer; conjeturar; sospechar
<b>Prevenir</b>	Evitar; impedir; preparar; aprestar
<b>Previo</b>	Anterior; que sucede primero
<b>Primordial</b>	Principal; fundamental; esencial
<b>Prócer</b>	Personaje distinguido
<b>Proemio</b>	Prólogo; prefacio
<b>Proferir</b>	Pronunciar; decir; exclamar
<b>Prolegómeno</b>	Prólogo; introducción
<b>Prolijo</b>	Extendido en exceso; pesado
<b>Prologuista</b>	“Persona que escribe el prólogo de un libro” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Propalar</b>	Divulgar secretos
<b>Propedéutica</b>	“Enseñanza preparatoria para el estudio de una disciplina” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Propender</b>	“Inclinarse alguien, por naturaleza, afición o por otro motivo, hacia una determinada cosa” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Propensión</b>	Acción y efecto de propender

<b>Prorrumpir</b>	“Proferir repentinamente y con fuerza y violencia una voz, suspiro u otra demostración de dolor o pasión vehemente” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Proscenio</b>	Estrado; templete
<b>Prosista</b>	Escritor; autor
<b>Protocolo</b>	Formalidad; etiqueta
<b>Prototipo</b>	“El más perfecto ejemplar y modelo de una virtud,... o cualidad” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Proverbio</b>	Refrán; adagio
<b>Prurito</b>	Afán de perfección; de hacer bien las cosas
<b>Pueril</b>	Propio de un niño
<b>Pugnar</b>	Procurar; luchar
<b>Puntilloso</b>	“Persona que se molesta por muy poco, que es muy susceptible” ( <i>Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española</i> )
<b>Purista</b>	Perfeccionista
<b>Queísmo</b>	Abuso del vocablo <i>que</i> en la escritura, o su omisión injustificada
<b>Quimera</b>	Ilusión; sueño
<b>Realce</b>	Brillo; esplendor
<b>Rebuscada</b>	Complicada; confusa
<b>Recóndito</b>	“Muy escondido, reservado y oculto” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Recopilar</b>	Reunir; coleccionar
<b>Refrendar</b>	Corroborar; permitir

<b>Régimen</b>	Sistema político de un país
<b>Reiteración</b>	Repetición
<b>Remembranza</b>	Recuerdo; memoria; evocación
<b>Rememorar</b>	Recordar; evocar
<b>Remiso</b>	Flojo; reacio; renuente
<b>Rémora</b>	Dificultad; obstáculo
<b>Renuente</b>	Reacio; desobediente
<b>Réplica</b>	“Expresión, argumento o discurso con que se replica” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Replicar</b>	“Instar o argüir contra la respuesta o argumento”; “responder oponiéndose a lo que se dice o manda” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Repulsa</b>	Rechazo; repudio
<b>Reputado</b>	Reconocido ampliamente en su campo
<b>Reputar</b>	Considerar; calificar; acreditar
<b>Requerir</b>	Solicitar; pedir
<b>Requisitoria</b>	Reproche
<b>Resabio</b>	“Sabor desagradable que deja una cosa” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Resbalón</b>	“Indiscreción, metedura de pata” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Rescoldo</b>	“Resto que queda de un sentimiento o pasión” ( <i>Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española</i> )
<b>Reseña crítica</b>	Análisis minucioso de una obra para expresar comentarios fundamentados sobre su contenido

<b>Resignar</b>	“Conformarse con las adversidades” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Retahíla</b>	Serie; sarta
<b>Retentiva</b>	Memoria
<b>Reticencia</b>	Reserva; desconfianza
<b>Reticente</b>	Reservado; desconfiado
<b>Retórica</b>	“Arte de bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos, de dar al lenguaje escrito o hablado eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmover” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Retornar</b>	Regresar; volver; tornar
<b>Retraimiento</b>	Timidez; introversión
<b>Revelar</b>	Manifestar; mostrar
<b>Rollo</b>	“Discurso, exposición o lectura larga y fastidiosa” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Rotafolios</b>	Mueble en el que se colocan hojas grandes para escribir notas en una clase o conferencia
<b>Rotativo</b>	Periódico
<b>Rubor</b>	“Color encarnado o rojo encendido que la vergüenza saca al rostro” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Ruborizar</b>	Sentir vergüenza
<b>Rubro</b>	Tema; título
<b>Semblanza</b>	Bosquejo biográfico de una persona
<b>Semejante</b>	Parecido; similar. Tal, por ejemplo: <i>semejante (tal) idea.</i>

<b>Sempiterna</b>	Perpetua; perdurable; eterna
<b>Sendos, as</b>	“Dícese de aquellas cosas de las que corresponde una para cada una de otras dos o más personas o cosas”. ( <i>Diccionario enciclopédico El Pequeño Larousse Ilustrado</i> )
<b>Señero</b>	Extraordinario; único; sin par
<b>Signar</b>	Firmar
<b>Silepsis</b>	(véase p. 130)
<b>Símil</b>	Semejante; similar; parecido
<b>Sinonimia</b>	“Circunstancia de ser sinónimos de dos o más vocablos” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Sin par</b>	Sin igual; singular
<b>Sobresaltar</b>	Inquietar; turbar; alterar
<b><i>Socialismo real</i></b>	Sistema socioeconómico imperante en la ex Unión Soviética y en los países de Europa del Este hasta 1990-1991, en donde se desvirtuó la idea del socialismo científico desarrollado por Marx y Engels en el siglo XIX
<b>Solaz</b>	Placer; esparcimiento
<b>Solazar</b>	Dar solaz, es decir, “placer, esparcimiento, alivio de los trabajos” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Solecismo</b>	(véase p. 133)
<b>Subalterno</b>	Empleado de categoría inferior
<b>Sublime</b>	Extraordinario; eminente

<b>Subrepticio</b>	Que se hace a escondidas; oculto
<b>Subsanar</b>	Reparar un defecto o daño
<b>Subsecuente</b>	Siguiente
<b>Subsiguiente</b>	Siguiente
<b>Subvenir</b>	Apoyar; auxiliar; ayudar
<b>Sucedáneo</b>	Sustituto
<b>Sucinto</b>	Breve; corto
<b>Suele</b>	Del verbo <i>soler</i> : ser frecuente
<b><i>Sui géneris</i></b>	Especial; peculiar
<b>Susodicho</b>	Mencionado con anterioridad
<b>Sustantivo</b>	Esencial; fundamental
<b>Susurrar</b>	Hablar quedo; murmurar
<b>Susurro</b>	“Ruido suave y remiso que resulta de hablar quedo” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Sutil</b>	Delicado; tenue
<b>Taciturno</b>	“Callado, silencioso, que le molesta hablar” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Tálamo</b>	Cama
<b>Taponar</b>	Obstruir un conducto o paso
<b>Temática</b>	“Conjunto de los temas parciales contenidos en un asunto general” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Terapéutica</b>	Tratamiento
<b>Terciar</b>	Interceder para arreglar una disputa
<b>Tergiversar</b>	Distorsionar; interpretación errónea
<b>Tesis</b>	“Conclusión, proposición que se mantiene con razonamientos”; “Disertación escrita que presenta a la uni-

	versidad el aspirante al título de doctor [o licenciado] en una facultad” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Tesitura</b>	Actitud; disposición; postura
<b>Tesón</b>	Empeño; constancia
<b>Tiento</b>	Tacto; “delicadeza y prudencia para tratar alguna cosa” ( <i>Diccionario de El Colegio de México</i> )
<b>Tilde</b>	Acento ortográfico
<b>Tirantez</b>	Tensión
<b>Tocante a</b>	Acerca de; respecto a; referente a
<b>Tornar</b>	Volver; retornar; regresar
<b>Transido</b>	Agobiado; consumido; muerto
<b>Traslación</b>	(véase p. 133)
<b>Trémula</b>	Tembloroso-a
<b>Tribuno</b>	Orador
<b>Trova</b>	Poesía
<b>Turbación</b>	Desconcierto; perturbación
<b>Vástago</b>	Hijo
<b>Vasto</b>	Amplio
<b>Vaticinio</b>	Pronóstico
<b>Venalidad</b>	“Cualidad de venal: que se deja sobornar con dádivas” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Verbigracia</b>	<i>Verbi gratia</i> ; por ejemplo
<b>Versar</b>	Tratar
<b>Vibra</b>	Energía
<b>Vicisitud</b>	Alternancia de situaciones prósperas y adversas

<b>Vislumbrar</b>	Ver; divisar
<b>Viso</b>	Destello; aspecto
<b>Vitalidad</b>	“Actividad o eficacia de las facultades vitales” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Viveza</b>	“Ardimiento o energía en las palabras” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Vocablo</b>	Palabra
<b>Vorágine</b>	Turbulencia; torbellino
<b>Voz</b>	Palabra
<b>Vulgo</b>	“El común de la gente popular” ( <i>Diccionario de la R. A. E.</i> )
<b>Yerro</b>	Error; equivocación

### **Modismos o frases hechas**

Al correr la pluma resulta conveniente recurrir a ciertos modismos para darle viveza al escrito; verbigracia, en esta obra me valí de algunos de ellos para conseguir un estilo que vuelva placentera la lectura. Te exhorto a que investigues su significado, siguiendo el sentido de la idea donde se incluyen.

*A pie juntillas*  
*A renglón seguido*  
*A sabiendas*  
*A vuela pluma*  
*Al pie de la letra*

*Con buenos auspicios  
Con el viento a su favor  
Dar el avión  
De buenas a primeras  
De corrida  
De nuevo  
De verdad  
De vez en cuando  
Flor y nata  
Hecho al vuelo  
Lanzarme a fondo  
Navegar al gareté  
No quitar el dedo del renglón  
Por suerte  
Salir por la puerta grande  
Se me hace cuesta arriba  
Sentar sus reales  
Sus buenos oficios*



## Bibliografía

- Agüera, Isabel, *Ideas prácticas para un currículo creativo*, Narcea Ediciones, Madrid, 1997.
- Baena Paz, Guillermina, *Redacción aplicada*, Editores Unidos Mexicanos, México, 1980.
- Becali, Ramón, *Martí corresponsal*, Orbe, La Habana, 1976.
- Castañeda G., Jorge, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Alfaguara, México, 1997.
- Chabolla Romero, J. Manuel, *Breve diccionario de locuciones latinas*, Instituto Tecnológico de Celaya, México, 1990.
- Chalmers, Alan F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Siglo XXI, México, 1996.
- Darwin, Carlos, *Autobiografía*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1986.

- Diccionario enciclopédico Planeta*, Planeta, Madrid, 1994.
- Diccionario de dudas e incorrecciones del idioma*, Ediciones Larousse, México, 1998.
- Diccionario de dudas e irregularidades de la lengua española*, Teide, Barcelona, 1991.
- Diccionario de sinónimos y contrarios*, Teide, Barcelona, 1981.
- Diccionario del español usual en México*, El Colegio de México, México, 1996.
- Diccionario enciclopédico Gran Espasa Ilustrado*, Espasa, Madrid, 1998.
- Diccionario Larousse*, Ediciones Larousse, México, 1999.
- Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Espasa Calpe, Madrid, 1999.
- Diccionario práctico de ortografía*, Larousse, México, 1996.
- Dubos, René, *Pasteur y la ciencia moderna*, Eudeba, Argentina, 1978.
- Durkheim, Emilio, *Educación y sociología*, Linotipo, Bogotá, 1979.
- Fiori, Giuseppe, *La vida de Antonio Gramsci*, Península, Barcelona, 1976.
- Freire, Paulo, *Cartas a Cristina. Reflexiones sobre mi vida y mi trabajo*, Siglo XXI, México, 1996.
- Freire, Paulo, *Pedagogía de la autonomía*, Siglo XXI, México, 1997.

- Freire, Paulo, *Pedagogía de la esperanza*, Siglo XXI, México, 1992.
- Galeano, Eduardo, *Días y noches de amor y de guerra*, Era, México, 1981.
- García Márquez, Gabriel, *El general en su laberinto*, Diana, México, 1989.
- González Reyna, Susana, *Manual de redacción e investigación documental*, Trillas, México, 1998.
- Gramática práctica. Ortografía, sintaxis, incorrecciones, dudas*, Océano, Barcelona, s/f.
- Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*, Península, Barcelona, 1972.
- Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos, México, 1975.
- Grijelmo, Alex, *La seducción de las palabras*, Taurus, Madrid, 2000.
- Jaeger, Werner, *Demóstenes*, FCE, México, 1994.
- La fuerza de las palabras*, Selecciones del Reader's Digest, Editora Mexicana, México, 1982.
- Lamar, Antonio, *Para hablar en público*, Olimpo, México, 1961.
- Lebedinsky, Mauricio, *Notas sobre metodología*, Quinto Sol, México, s/f.
- Martí, José, *La edad de oro*, Gente Nueva, La Habana, s/f.
- Martí, José, *Obras completas*, t. 20, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965.
- Martín Vivaldi, Gonzalo, *Curso de redacción*, Paraninfo, Madrid, 1995.

- Martínez Selva, José María, *Aprender a comunicarse en público*, Paidós, Barcelona, 2000.
- Medawar, Peter B., *Consejos a un joven científico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Mills, Wright, *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Moreno, José G., *Minucias del lenguaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- Ortografía de la lengua española*, Real Academia Española, Espasa, Madrid, 1999.
- Piaget, Jean, *Seis estudios de psicología*, Edit. Seix Barral, México, 1998.
- Revista *Debates Americanos*, No. 3, La Habana, enero-junio de 1997.
- Rojas Soriano, Raúl, *Crisis, salud-enfermedad y práctica médica*, Plaza y Valdés, México, 2000.
- Rojas Soriano Raúl, *Guía para realizar investigaciones sociales*, Plaza y Valdés, México, 2001.
- Rojas Soriano, Raúl, *Investigación-acción en el aula*, Plaza y Valdés, México, 1999.
- Rojas Soriano, Raúl, *Investigación social. Teoría y praxis*, Plaza y Valdés, México, 1999.
- Rojas Soriano, Raúl, *Teoría e investigación militante*, Plaza y Valdés, México, 2000.
- Rojas Soriano, Raúl, *Trabajo intelectual e investigación de un plagio*, Plaza y Valdés, México, 1999.

- Rojas Soriano Raúl y Amparo Ruiz del Castillo, *Vínculo docencia-investigación para una formación integral*, Plaza y Valdés, México, 2000.
- Saad, Antonio Miguel, *Manual del redactor*, Diana, México, 1992.
- Sagan, Carl, *El mundo y sus demonios*, Planeta, México, 1997.
- Santamaría Haydée, *Haydée habla del Moncada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- Serguera Riverí, Jorge, *Los caminos del Che. Datos inéditos de su vida*, Plaza y Valdés, México, 1997.

*El arte de hablar y escribir*  
se terminó de imprimir en mayo de 2011  
Tiraje 1 000 ejemplares